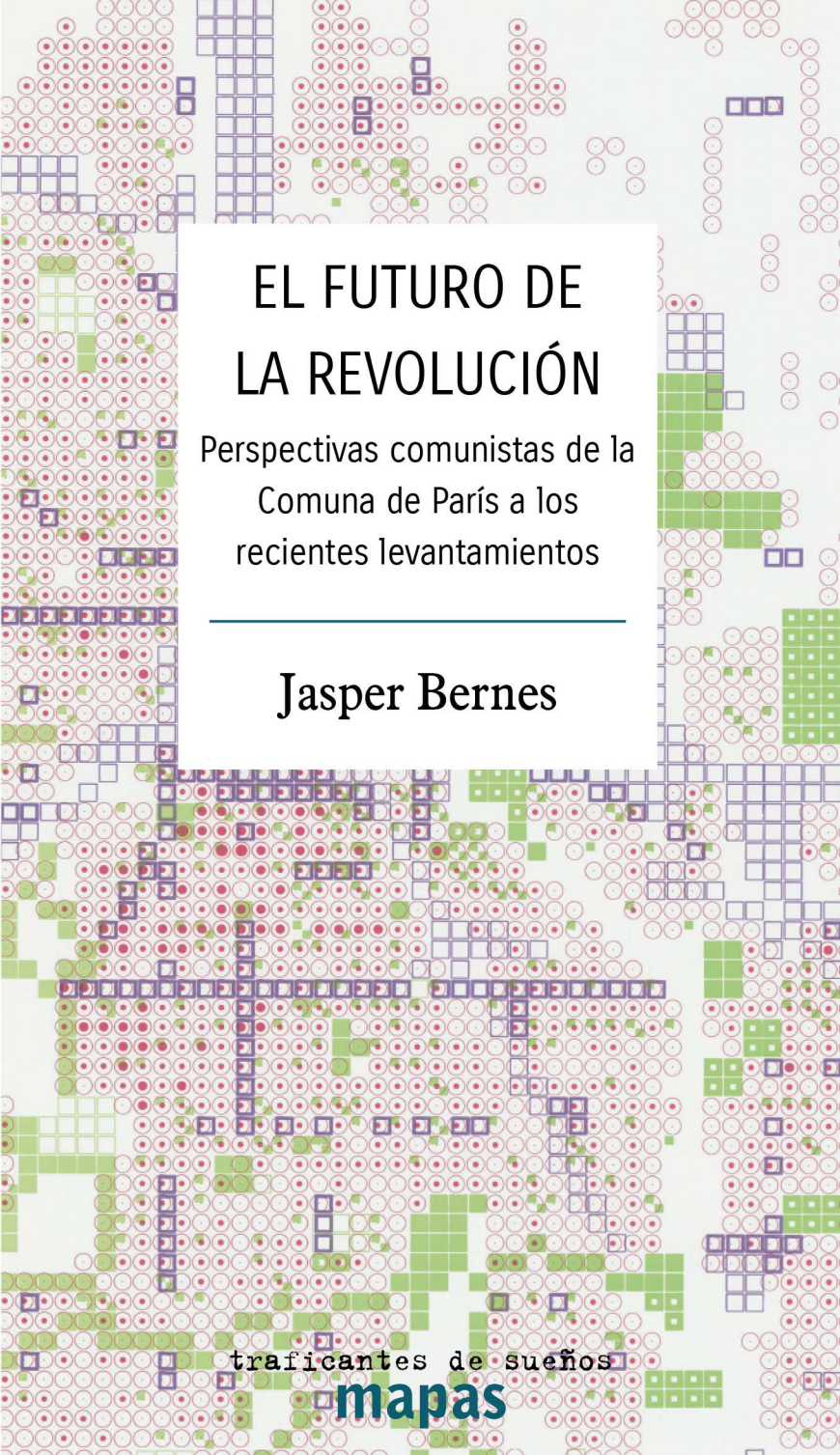




EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN

Perspectivas comunistas de la
Comuna de París a los
recientes levantamientos

Jasper Bernes

traficantes de sueños

mapas

Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2025, Jasper Bernes.
© 2026, de esta edición, Traficantes de Sueños.



creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

* Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
- * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición en inglés: *The Future of Revolution. Communist Prospects from the Paris Commune to the George Floyd Uprising*, Londres / Nueva York, Verso, 2025.

Primera edición en castellano: septiembre de 2026

Título: *El futuro de la revolución. Perspectivas comunistas de la Comuna de París a los recientes levantamientos*

Autor: Jasper Bernes

Traducción: Emmanuel Rodríguez López

Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños

Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid
Tlf: 915320928
mail:editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-61-7
Depósito Legal: M-18392-2026

El futuro de la revolución

Perspectivas comunistas de la
Comuna de París a los
recientes levantamientos

Jasper Bernes

Traducción
Emmanuel Rodríguez López

traficantes de sueños
mapas

Índice

Introducción. La revolución y sus ejemplos	11
1. Los consejos obreros y la perspectiva comunista	37
La Comuna	37
1905 y la huelga general	54
El soviet	67
El KAPD, los grupos de fábrica y el Ejército Rojo del Ruhr	86
Los consejos en perspectiva comparada	104
2. La prueba del comunismo	129
La prueba del valor 1: Marx contra el dinero trabajo	144
La prueba del valor 2: Marx contra Lassalle	150
La prueba del valor 3: Marx y el GIK	158
La prueba de valor 4: Bordiga contra el GIK	163
El demonio en Matrix	182
La prueba del comunismo	189
3. Investigación, organización y el largo	68
Agradecimientos	203
	275

Introducción. La revolución y sus ejemplos

MARX NOS DICE que las revoluciones se visten con los ropajes del pasado para expresar la poesía del futuro. Pero, ¿hay realmente algo nuevo en la historia del comunismo desde la muerte de Marx?

El poderoso, si bien derrotado, movimiento comunista del siglo XX, reordenó ideas y formas decimonónicas, entre ellas el marxismo. El partido, el sindicato, la comuna; el levantamiento, la insurrección, la revolución; la huelga, el sabotaje, la ocupación; el anarquismo, el socialismo, el comunismo. Todo esto proviene del siglo XIX. Lo único nuevo es el consejo obrero o soviét, nacido del fuego de la huelga de masas de 1905 en Rusia. Todo lo demás ha resultado más o menos invariable desde finales del siglo XIX. En el siglo XXI, estas viejas ideas, a veces olvidadas, regresan bajo la apariencia de lo nuevo. La poesía del futuro sigue, no obstante, ahí fuera, lista para ser pronunciada detrás de las máscaras del pasado que persisten bajo la forma de ideologías radicales fosilizadas. No podemos decir directamente cómo será el futuro: este debe hacerse antes de poder pensarse. No obstante, podemos trazar lo que habrá que hacer

y, para ello, puede ser útil estudiar los futuros revolucionarios del pasado, aquellas ideas del comunismo específicas de las revoluciones pasadas.

*

Este libro es una larga historia del consejo obrero como idea, larga porque incluye su prehistoria en el siglo XIX, así como su vida posterior ya en nuestra era. El consejo obrero es lo que yo llamo un ejemplo revolucionario. El ejemplo revolucionario es una idea arraigada en la práctica, una idea con futuro, una idea que promete, a través de su propia generalización, dar paso al comunismo. Se trata de una acción que, en tanto ejemplo, en tanto idea, encuentra su significado en una acción posterior, en la extensión, la intensificación y el refinamiento autorreflexivo, convocando a la vasta mayoría proletaria a participar en la abolición de la sociedad de clases y el establecimiento de una comunidad humana sin clases.

Gran parte de mi enfoque fundamental aquí se debe a otras personas. No tengo mucho que añadir que sea realmente nuevo, más bien ofrezco una nueva elucidación de viejos debates e historias a la luz de otros nuevos. El núcleo de este estudio es la lectura de una serie de documentos comunistas clave de Marx, Rosa Luxemburg, C. L. R. James y muchos más. Pero mi atención se centra en la relevancia de estos textos para el presente. Desde hace más de una década, mi compromiso con las luchas, ya sea de forma directa o teórica, se ha visto influido por la teoría de la comunización, desarrollada en Francia

inmediatamente después y en respuesta a los fracasos de Mayo del 68. La comunización surge como una potente crítica de lo que Gilles Dauvé, figura seminal en el desarrollo de la teoría, denomina «la ultraizquierda», una constelación en la que el comunismo de los consejos ocupa un lugar especialmente destacado. La comunización constituye una crítica interna del concepto de consejo por parte de sus verdaderos partidarios, que lo consideraron insuficiente ante lo que mostró Mayo del 68 y lo que confirmó la década de lucha de 1970: una nueva era de reorganización de la clase, estancamiento económico y crisis, en la que el trabajo ya no pudo afirmarse como el polo opuesto al capital y, por lo tanto, ya no pudo plantear el surgimiento de un sistema revolucionario de consejos a partir de la huelga general.

Pero esta crítica a la ultraizquierda debe mucho a la propia ultraizquierda y todavía conserva ciertos presupuestos básicos de sus interlocutores. Cincuenta años después, las diferencias entre los comunistas de los consejos de la década de 1960 y sus críticos de la década de 1970 parecen menos marcadas. A la hora de elaborar esta perspectiva, me ha influido especialmente un texto, un ensayo de A New Institute for Social Research, «Theses on the Council Concept» [Tesis sobre el concepto de consejo], que rastrea la historia del concepto de consejo destacando lo que tiene en común con cualquier comunismo que postule la autoorganización proletaria como condición de su surgimiento. Para estos autores, el concepto de consejo es *«esencialmente la capacidad de respuesta autorreflexiva a las condiciones naturales y sociales en el proceso de su transformación colectiva por parte de los*

individuos» [cursiva en el original].¹ Definido de este modo, el «consejo» es un nombre para una serie de funciones que tendrá que cumplir todo proceso social para que la revolución comunista tenga éxito. «Consejo» denomina entonces, de manera abstracta, los aspectos fundamentales del ejemplo revolucionario, como el proceso en el que su reproducción produce el comunismo y en el que su autorreflexividad lo preserva y extiende. Esta autorreflexividad constituye una característica fundamental de cualquier ejemplo que pueda servir para reproducir el comunismo, ya sea la comuna o el consejo. Se trata, en este sentido, de un requisito para que los seres humanos libremente asociados produzcan una vida en común, un requisito del comunismo tal y como lo ha definido la lucha proletaria desde al menos 1848.

En este trabajo, distingo en el consejo obrero aquello que es eterno y aquello que es histórico. La historia de la revolución comunista podría considerarse como una secuencia de grandes y pequeños fracasos en los que se van perfilando cada vez más los contornos lógicos de dicha revolución. El consejo obrero es un refinamiento consciente del ejemplo revolucionario planteado por la Comuna de París de 1871, que, a pesar de su fracaso quizás inevitable, proporcionó al mundo una nueva idea del camino hacia el comunismo lo suficientemente potente como para que Marx y otros muchos reconsideraran sus concepciones previas, que hacían hincapié en la conquista y la instrumentalización del poder estatal. La Comuna permitió a Marx comprender mejor algunos aspectos de la revolución comunista que

¹ A New Institute for Social Research, «Theses on the Council Concept», *isr.press*, 2019,

luego seguirían siendo válidos, como la necesidad de destruir el poder armado del Estado y armar a los trabajadores. Marx y otros muchos comunistas del siglo XIX ya conocían esta lección de 1848. Pero los acontecimientos de 1871 añadieron una nueva restricción. Cuando Marx escribe que la Comuna reveló que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado existente, y a servirse de ella para sus propios fines», revela algo que seguramente sea cierto hasta la eternidad (en este último punto, Marx es ambiguo).² Como veremos, la forma consejo es una elaboración y un refinamiento de la forma comuna, que añade nuevas restricciones y revela nuevos requisitos para el comunismo.

Desde la década de 1840, tanto en solitario como al lado de Engels, Marx había hecho hincapié en que la lucha de clases proporcionaría en sí misma la teoría que le serviría de guía. Marx y Engels escribieron en *La ideología alemana*: «Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetar la realidad. [...] Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente».³ Esta es quizás su contribución más importante a la teoría del comunismo, una inversión copernicana de las corrientes

² Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 22, Londres, Lawrence & Wishart, 1988, p. 328 [ed. cast.: *La Guerra Civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 64].

³ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 5, Londres, Lawrence & Wishart, 2010, p. 49 [ed. cast.: *La ideología alemana*, trad. por Wenceslao Roces, Madrid, Akal, 2014, p. 29].

morales, ideológicas y a veces religiosas de la teoría comunista que se encontraron en la década de 1840, al demostrar que los planetas del movimiento de los intelectuales comunistas, con sus ideas contrapuestas, orbitan alrededor del sol del movimiento proletario. Esta es la esencia misma de su materialismo, que enraíza las ideas en la práctica social.

En tanto algo que surge de la lucha contra el capitalismo, el comunismo es, en este sentido, siempre idea y práctica, una idea sobre la práctica que surge de la propia práctica. Siguiendo a Gilles Dauvé, podemos llamar movimiento comunista al movimiento real del comunismo —esto es, la práctica comunista—. Pero el movimiento comunista es algo distinto de un movimiento de comunistas, que es en gran medida una organización de la idea de comunismo. El movimiento comunista asoma con sus muchas cabezas de hidra solo en coyunturas revolucionarias específicas, cuando formas particulares de práctica, ya sea la comuna, el consejo u otras, abren un camino hacia un horizonte comunista, una perspectiva comunista, visible desde algún punto de acción ascendente. El movimiento de los comunistas existe, sin embargo, como anticipación o memoria del movimiento comunista. En momentos no revolucionarios, como el nuestro, el movimiento de los comunistas se convierte cada vez más en una suposición o un deseo, basado en los recuerdos de lo que ocurrió en pasadas ocasiones y en suposiciones sobre lo que ocurrirá en las próximas, y por tanto corre el riesgo de desalinearse con el movimiento comunista cuando este reaparece. Como señala Dauvé, no obstante, en las coyunturas revolucionarias se abre una articulación entre la práctica comunista y las ideas comunistas que absorbe

parcialmente el movimiento de los comunistas en el movimiento comunista, obligándole a medirse con la realidad efectiva de la práctica comunista y, más ampliamente, de la lucha de clases.⁴

Quizás el mejor ejemplo de esta desalineación y su corrección parcial sea la teoría de la Segunda Internacional —el marxismo en la época inmediatamente posterior a Marx—, que chocó con la Primera Guerra Mundial y la consiguiente revolución mundial de 1917-1923. Este desajuste persistió, sin embargo, durante todo el siglo xx, mucho después de que la Segunda Internacional fuera destruida por sus propias contradicciones. Una constatación clave de este desajuste frente al movimiento comunista se encuentra en el ensayo seminal de Rosa Luxemburg sobre la Revolución rusa de 1905, «La huelga de masas», en el que se argumentaba el carácter insuficiente de la ideología socialdemócrata reinante frente a las nuevas formas explosivas de la masiva lucha de clase.⁵ Sin embargo, a diferencia de sus contemporáneos anarquistas y de León Trotsky, Luxemburg no prestó especial atención a los soviets, los nuevos consejos obreros, cuyo ejemplo pronto se extendería por el mundo y que en su relato eran indistinguibles de los sindicatos. Por lo tanto, no fue capaz de separar completamente lo nuevo de lo antiguo en esa coyuntura.

⁴ Gilles Dauvé y François Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Oakland, PM Press, 2015, p. 110 [ed. cast.: *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, trad. por Emilio Madrid Expósito, Barcelona, Ediciones Espartaco Internacional, 2003, p. 254].

⁵ Rosa Luxemburg, *The Complete Works of Rosa Luxemburg*, vol. 4, *Political Writings 2: On Revolution (1906–1909)*, ed. por Peter Hudis y Sandra Rein, Nueva York, Verso, 2022, pp. 193-262 [ed. cast.: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. por José Aricó y Nora Rosenfeld, Madrid, Siglo XXI, 2015].

No fue hasta la revolución mundial de 1917-1923, cuando se constituyeron a gran escala soviets y consejos en Rusia, Alemania, Italia, Hungría, así como en lugares tan lejanos como Estados Unidos y Noruega, que se logró clarificar estas cuestiones. La forma, la actividad y los resultados de estos consejos fueron increíblemente diversos; de hecho, ningún estudio histórico comparativo ha tenido realmente en cuenta su alcance global, la magnitud de su éxito y la profundidad de su fracaso. En este breve estudio no puedo hacer esta historia. Lo que sí puedo es explorar la idea del comunismo que propusieron tanto los consejos como aquellas corrientes del movimiento comunista que intentaron aclarar, refinar y promover esa idea de comunismo.

Durante el periodo de entreguerras, estas corrientes tuvieron poco alcance o influencia. En la medida en que los llamados comunistas de los consejos tenían una idea limitada del papel del partido, eran totalmente críticos con los sindicatos y se oponían a cualquier noción de frente popular, quedaron totalmente eclipsados por el leninismo, tal y como se formuló durante los años veinte y treinta. En las décadas de 1940 y 1950, a medida que el fraude del estalinismo y el triunfo del capitalismo mundial se hicieron evidentes, se renovó el interés por esta corriente, sus partidarios y sus representantes. En Estados Unidos, Francia e Italia, pequeños grupos comenzaron a reorientar la teoría comunista hacia la autoorganización proletaria. Para la supervivencia y el renacimiento del comunismo de los consejos resultaron significativas la teoría y la práctica únicas y, en muchos aspectos, *sui generis*, de C. L. R. James y Raya Dunayevskaya, de la Tendencia

Johnson-Forest, disidentes de la Internacional Trotskista, que desarrollaron importantes ideas sobre la relación entre la organización comunista y la autoorganización proletaria. James y sus colegas introdujeron cuestiones novedosas que ejercerían una fuerte influencia en el resurgimiento del comunismo de los consejos, como se explica a continuación.

La Revolución húngara de 1956, que se caracterizó por el resurgir de los consejos obreros, impulsó esta corriente antibolchevique, pero no fue hasta la década de 1960 cuando encontró verdaderos partidarios. Los acontecimientos de Mayo del 68 en Francia y del Otoño Caliente italiano animaron la aparición de decenas de grupos interesados en la historia de los consejos obreros, que también contaban con afiliados en Estados Unidos y en la Nueva Izquierda alemana. En gran medida, nuestra comprensión de la historia de los consejos obreros y del comunismo consejista se forjó retrospectivamente durante este periodo. La biografía de Paul Mattick es instructiva a este respecto: siendo muy joven, participó en la Revolución alemana, en el movimiento consejista y en el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD). En 1926, huyó de Alemania a Estados Unidos. Durante los años de la Gran Depresión, formó un pequeño grupo comunista consejista en Chicago —la única organización de este tipo en Estados Unidos— y publicó importantes trabajos en *International Council Correspondence* (una filial en lengua inglesa de la revista germano-holandesa *Rätekorrespondenz*) y *Living Marxism*. A partir, sin embargo, de los años cuarenta y cincuenta, le resultó cada vez más difícil encontrar editores para sus importantes e incisivos escritos, que fueron rechazados tanto por los expertos de la

Partisan Review como por el Instituto de Investigación Social. Solo con la llegada de la Nueva Izquierda y el resurgimiento del interés por los consejos obreros, primero en Alemania y después en Estados Unidos, Francia e Italia, sus trabajos encontraron finalmente lectores. La mayoría de sus publicaciones datan así de las dos últimas décadas de su vida.

Un factor en el impulso de este renacimiento fue la teoría y la práctica de la Internacional Situacionista. Esta situó los consejos obreros en el centro de su singular mezcla de marxismo, anarquismo y arte vanguardista, y ejerció una gran influencia en la producción intelectual de la revuelta de Mayo del 68, mucho más allá de su efecto real en el movimiento. Su influencia fue especialmente notable en la recepción de los acontecimientos franceses por parte de los radicales de otros lugares. Aunque en 1968 no se formaron verdaderos consejos obreros, los nuevos comunistas de los consejos tenían buenas razones para esperar que así fuera, dada la hostilidad de los trabajadores radicales hacia los partidos y sindicatos de izquierda. La autoorganización proletaria volvió a ser el motor de la historia, como parecieron confirmar los acontecimientos en Francia, Italia, Estados Unidos y China. A finales de la década de 1970, también se formaron consejos obreros en las revoluciones portuguesa e iraní, en Chile durante el gobierno de Allende y en Polonia. Sin embargo, en su mayor parte fueron menos revolucionarios o comunistas que órganos de autodefensa de los trabajadores. Lo mismo ocurrió con las organizaciones de base y los comités de trabajadores formados en Italia durante el Otoño Caliente y en los años posteriores.

Y lo mismo ocurre con la autoorganización durante nuestro propio periodo histórico, que a menudo se desarrolla sin horizonte revolucionario alguno y sin prometer nada más que la reproducción del proletariado en tanto tal. Seguimos bajo la larga sombra de 1968, no por algún imperioso legado de influencia intelectual, sino porque aquellos acontecimientos revelaron una nueva estructuración de los elementos de clase que ahora es casi universal y que se puede observar en las luchas de Hong Kong, Haití, el Líbano y Sudán, entre otros lugares. A medida que el ritmo de crecimiento del capitalismo se ha ralentizado, también lo ha hecho su capacidad para llevar a cabo reformas significativas en pro de la clase trabajadora, lo que ha provocado el consiguiente deterioro de las instituciones del movimiento obrero, que ahora constituyen formas de identificación remanentes. En el pasado, la autoorganización proletaria se producía contra esas instituciones, afirmando la inmediatez revolucionaria; cada vez más, la autoorganización debe arreglárselas con lo que hay, empleando medios insurreccionales para objetivos fundamentalmente defensivos. Sin embargo, las luchas que tienen como objetivo la reproducción del proletariado como tal convierten, en palabras de *Théorie Communiste*, «la pertenencia a una clase en una restricción externa» y ponen en tela de juicio los fines de tales movimientos en general, lo que puede llevar a un rechazo de toda negociación o resolución, así como a una indiferencia hacia las mismas. A menudo, estos movimientos tienden a plantear fines autorreflexivos, en los que el objetivo de la lucha es la lucha en sí, sin que nadie sepa a dónde puede conducir, ni mucho menos cómo podría hacerlo.⁶

⁶ Roland Simon, «The Present Moment», *Sic*, núm. 1 (1), p. 96, noviembre de 2011, disponible en sicjournal.org.

En este sentido, cabe destacar un aspecto específico de la gramática de 1968: la ocupación más allá del espacio de producción. Se trata de consejos sin trabajadores, organismos autoorganizados que aspiran a gestionar las realidades políticas y económicas del capitalismo tardío, pero que no controlan nada con lo que puedan hacerlo, en tanto se constituyen fuera de los espacios de producción. Su trabajo suele tener un enfoque práctico, orientado a la reproducción material del propio movimiento. Cuando deliberan, cuando se convierten en asambleas, suelen ser deliberaciones negativas, que impiden el consenso, a veces hasta el punto de rechazar por completo la asamblea, de modo que la atención se centra exclusivamente en cuestiones prácticas.

Hoy en día es habitual sugerir que esta situación —la muerte del movimiento obrero y sus instituciones— significa que tendremos que empezar de nuevo desde cero, reconstruir los partidos y sindicatos que en su día prometieron llevar a la clase obrera a la salvación. Pero el siglo XXI no se parece en nada al XIX, y las condiciones en las que florecieron estas instituciones —rápida industrialización, urbanización, proletarianización— solo se dan en una parte cada vez más reducida del mundo e incluso allí con importantes diferencias. En lugar de empezar desde cero, el comunismo del siglo XXI tendrá que empezar por el final, para realmente volver a empezar con nuevas formas de organización y autoorganización adecuadas a un capitalismo estancado, en el que los movimientos proletarios no van a encontrar aliados entre los modernizadores liberales o nacionalistas. No podemos decir cómo van a ser esas formas de organización, pero quizá podemos decir algo acerca

de cómo no van a ser, así como sobre las tareas fundamentales que deberán emprender. Podemos recurrir al movimiento comunista del pasado para comprender la estructura lógica del comunismo, lo que habría tenido que haber ocurrido, aunque solo sea para comprender mejor lo que tendrá que suceder en el futuro.

Esta reflexión está de hecho en el núcleo de la transformación de la práctica de los consejos obreros, en tanto se convirtió en la teoría del comunismo de los consejos. Una figura clave en este sentido es Jan Appel, que participó en los consejos alemanes de 1918 y fue miembro fundador del KAPD, creado en 1920 tras una gran escisión del Partido Comunista Alemán (KPD), y que declaró que «la idea de los consejos en el periodo de lucha proletaria por el poder político es el centro del proceso revolucionario».⁷ En 1920, los consejos de 1918 habían sido neutralizados políticamente, absorbidos en muchos lugares por los sindicatos o subordinados al liderazgo socialdemócrata. El KAPD y otros grupos dentro del movimiento consejista trataron de revitalizar los consejos y convertirlos en la base para reiniciar una revolución social estancada. El discurso de Appel, en nombre del KAPD en la reunión de 1921 de la Internacional Comunista, que expulsó al grupo por su supuesto aventurerismo, plantea una nueva idea de la relación entre los comunistas organizados y la autoorganización de los proletarios, en la que el partido se convierte en amplificador y catalizador, en promotor de las luchas, con el objetivo, en última instancia,

⁷ Kommunistische Arbeiter-Partei Deutschlands, «Programme of the Communist Workers Party of Germany (KAPD)», mayo de 1920, disponible en marxists.org.

de transformarlas en una dictadura de los consejos del proletariado, un medio por el cual los propios proletarios reclamarán todo el aparato productivo, ahora organizado para la producción para uso común y no para el lucro. En tanto catalizador, el partido desaparecería en este proceso, disolviéndose en los consejos proletarios y comunistas cuya conquista facilitó.

En 1920 y 1921, esta era una teoría acerca de cómo los comunistas aún podían ganar. Sin embargo, el KAPD se debilitó al mismo tiempo que retrocedían las perspectivas revolucionarias. A finales de la década de 1920, la teoría de los consejos, que sus partidarios continuaron desarrollando, pasó a ser una teoría sobre la revolución futura y no sobre la revolución presente. Mientras estaba en prisión por su actividad revolucionaria, Appel comenzó a estudiar seriamente a Marx. A partir de sus ideas y de su propia experiencia, desarrolló un modelo de producción y distribución comunista por medio de los consejos obreros. A partir de las premisas de Marx y de su propia experiencia, Appel deduce que «la contradicción más profunda e intensa en la sociedad humana reside en el hecho de que, en última instancia, el derecho de decisión sobre las condiciones de producción, sobre qué y cuánto se produce y en qué cantidad, es arrebatado a los propios productores para ponerlo en manos de órganos de poder altamente centralizados».⁸ En *El capital*, Appel no solo encuentra una teoría sobre el funcionamiento

⁸ Jan Appel, «Recuerdos», 1966, disponible en marxists.org. Para más información sobre Appel, así como enlaces a la transcripción original en neerlandés, se puede consultar Antonie Pannekoek Archives, aaap.be.

del capitalismo, sino también una visión implícita del comunismo como negación de la desposesión, es decir, como control directo del proletariado sobre las condiciones de producción. *El capital* de Marx se convierte, entre otras cosas, en una prueba del comunismo, una teoría lógica de lo que este debe lograr.

Appel sintetiza sus conclusiones en un libro, *Grundprinzipien kommunistischer Produktion und Verteilung* [Los principios fundamentales de la producción y distribución comunista], escrito en colaboración con el Grupo de Comunistas Internacionales (GIK) y publicado en 1930.⁹ Como reveló el renacimiento del comunismo de los consejos de la década de 1960, es posible que estos fundamentos no resistan la prueba del comunismo, una conclusión a la que llegaron tanto los partidarios como los detractores del comunismo de los consejos en los años sesenta. Para algunos de los que participaron en los acontecimientos de Mayo del 68 en Francia, en los que desde las universidades ocupadas se abogaba por el establecimiento de consejos obreros, estos acontecimientos pusieron de manifiesto defectos fundamentales en la teoría del poder obrero a través de los consejos, tal y como se concebía entonces. En la medida en que los consejos surgen antes de la destrucción del poder estatal y del mercado, se convierten en instrumentos de negociación sobre el valor de la fuerza de trabajo. Además, incluso los consejos revolucionarios, organizados de una específica manera, podían preservar

⁹ Group of International Communists of Holland (GIKH), *Fundamental Principles of Communist Production and Distribution*, trad. por Mike Baker, Londres, Movement for Workers' Councils, 1990 [ed. cast.: *Los principios fundamentales de la producción y distribución comunista*, Madrid, Dos Cuadrados, 2024].

aspectos clave del capitalismo y, por lo tanto, no lograr su abolición. Para distinguir lo que funciona y lo que no, la cuestión del valor en el capitalismo resulta fundamental: la ausencia o no de la autovvalorización se convertía en una prueba clave para el capitalismo. Sin embargo, como veremos, la negación del valor no es una prueba para el comunismo, ya que el capitalismo podría abolirse sin dar lugar a una sociedad sin clases, sin Estado y sin dinero.

Esta crítica inmanente a la teoría del consejo obrero dio lugar a lo que se conoce como teoría de la comunización, desarrollada por *Invariance*, *Troplouin*, *Négation*, *Théorie Communiste* y otros grupos comunistas de ultraizquierda. Para estos grupos, la revolución comunista es un proceso social expansivo más que el florecimiento de una forma social concreta. Sustituyen la teoría nominal de los comunistas de los consejos —en la que el consejo es el objetivo— por una teoría adverbial del comunismo, en la que el comunismo es más un proceso que una forma. Los consejos obreros, vinculados por delegados revocables y un plan común, podían mantener la división del trabajo de la sociedad capitalista, por no hablar de la división entre el trabajo y el resto de la vida. La infraestructura capitalista, moldeada por la competencia y la producción con fines lucrativos, simplemente no puede gestionarse de otra manera. Debe transformarse mediante una serie de medidas comunistas, es decir, actos comunistas que instaurarían una reproducción sin dinero, sin Estado y sin clases. Estas medidas tienden a romper, en lugar de reforzar, las divisiones entre una empresa y otra, entre el lugar de trabajo y la comunidad y entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida.

Sin embargo, vista en perspectiva, esta teoría podría ser tanto una crítica del comunismo de los consejos como una prolongación del mismo: una refundamentación de la teoría en la autoactividad del proletariado. La comunización toma del comunismo de los consejos el rechazo de cualquier programa impuesto desde arriba, de cualquier concepción del partido como líder, organizador o educador de las masas, así como la demoledora crítica de aquellas instituciones obreras, como los sindicatos, diseñadas para representar a los trabajadores en tanto tales. Tanto para los partidarios de los consejos como para los de la comunización, la teoría sigue siendo una consecuencia de la práctica. Las ideas que importan son aquellas que animan a millones de personas en la lucha, como lo hizo en su día la idea del consejo o la comuna. La teoría de la comunización anticipa el surgimiento de una idea del comunismo inmanente a la lucha del siglo XXI. Se trata de prestar una atención crítica a la lucha proletaria, de escuchar lo que tiene que decir y de criticarla en sus propios términos, de revelar lo que esas luchas tendrían que aprender para tener éxito. De hecho, esta es la única forma en la que un grupo dedicado a esos principios puede persistir, su única razón para continuar, como reflexión, síntesis y clarificación de las luchas existentes.

La teoría inicial de los consejos obreros no constituía una razón en sí misma, era una teoría acerca de cómo ganar, desarrollada en unas condiciones en las que la victoria aún parecía posible. Este es el verdadero fin de la teoría: convertirse en práctica. La teoría surge de la práctica y vuelve a ella, renovada. La revolución comunista debe ser, entre otras

cosas, un enorme logro teórico, una investigación de las condiciones sociales y técnicas de la reproducción capitalista emprendida con el fin de dismantelar y transformar esas condiciones en comunismo. Se trata de una labor de planificación distribuida a través de la cual se debe coordinar la autoactividad de millones de personas, equilibrando lo que se puede saber y hacer con lo que no, transformando la necesidad en la base de la libertad. La revolución comunista será una gran investigación, además de una gran apropiación.

Ser comunista de los consejos cuando no hay consejos obreros significa aceptar límites bastante radicales en la propia actividad e incluso una incertidumbre sobre el significado de los propios consejos o, al menos, sobre lo que significa el término. Se puede participar en las luchas, aprender de ellas e informar sobre ellas sin pensar que se pueden moldear u organizar. «No hay nada más que organizar», escribe C. L. R. James en *Notes on Dialectics* [Notas sobre dialéctica]. «La organización tal y como la hemos conocido ha llegado a su fin. La tarea es abolir la organización. La tarea de hoy es apelar, enseñar, ilustrar y desarrollar la *espontaneidad*. El proletariado encontrará su método de organización proletaria». ¹⁰ James escribió este texto en 1948, como parte de su ruptura con el movimiento trotskista, bajo cuyos auspicios él y otros se organizaron como la Tendencia Johnson-Forest. Aunque todavía participaba nominalmente en el movimiento trotskista, en *Notes*, James utiliza el esquema de Hegel para llegar a la conclusión teórica de que «ya no había lugar para el partido en el movimiento obrero». Su énfasis

¹⁰ C. L. R. James, *Notes on Dialectics: Hegel, Marx, Lenin*, Londres, Allison & Busby, 1980, p. 171.

en la elaboración creativa de la autoactividad proletaria le lleva incluso a suspender la forma organizativa de los soviets o de los consejos, prefiriendo formulaciones más abiertas y condicionales, en las que «cada trabajador administra la economía del Estado» y, como resultado, tanto el partido como el Estado se disuelven en una autoactividad proletaria dispersa.¹¹ Sin embargo, en 1956, tras reorganizarse con sus compañeros de la Johnson-Forest como *Correspondence Publishing Committee* [Comité Editorial del *Correspondence*] y *Facing Reality* [Afrontar la realidad], James consideró los consejos obreros de la Revolución húngara de 1956 como una prueba fehaciente de sus anteriores afirmaciones proféticas. En su libro *Facing Reality*, escrito en colaboración, describe los consejos obreros como «la forma política que destruye el poder estatal burocrático, sustituyéndolo por una democracia socialista [...] que comprende a toda la población trabajadora, organizada en la fuente de todo el poder, el lugar de trabajo, y que toma todas las decisiones en la fábrica o en la oficina».¹²

Pero cuando no hay consejos obreros y hay que mantener abierta la mente, incluso sobre la forma que puede adoptar esa actividad revolucionaria autónoma, ¿qué se puede hacer a la hora de «apelar, enseñar, ilustrar y desarrollar la *espontaneidad*»? Una respuesta fue producir textos como *The American Worker*, cuyo propósito era «comprender lo que piensan y hacen los trabajadores mientras están en el banco o en la línea de producción», para

¹¹ *Ibíd.*, 176.

¹² C. L. R. James y Grace Lee con la colaboración de Cornelius Castoriadis, *Facing Reality*, Queens, Nueva York, Factory School, 2006, p. 12.

así localizar la base de dicha actividad autónoma.¹³ Adoptado por otros desertores de la ortodoxia socialista y comunista, como *Socialisme ou Barbarie* en Francia y el grupo en torno a la revista *Quaderni Rossi* en Italia, textos como *The American Worker* se convirtieron en la base para la organización de los grupos comprometidos con la autoactividad proletaria. Estos proyectos, como la llamada «encuesta obrera» o «co-investigación», se desarrollaron de manera muy diferente a *The American Worker* y se basaron en una comprensión meridiana de los problemas a los que se enfrentaba dicha empresa.¹⁴ Comprender lo que piensan los trabajadores solo puede ser útil para el proyecto de catalizar la autoactividad revolucionaria, cuando los propios trabajadores forman parte del proceso de investigación. Si, como planteó James en *Notes on Dialectics*, el problema era la superación de la antinomia entre «el partido como conocimiento», el movimiento de los comunistas, y «el proletariado en sí», el movimiento comunista, entonces el conocimiento debe ser el conocimiento de los proletarios revolucionarios en el acto de abolirse a sí mismos.

Esto hace que la idea de correspondencia, visible en el nombre que adoptó el grupo James, *Correspondence Publishing Committee* [Comité Editorial del *Correspondence*], resulte fundamental para la actividad en momentos no revolucionarios. La correspondencia es una forma de organización que vincula la

¹³ Paul Romano y Ria Stone, *The American Worker*, Detroit, Bewick, 1972 [1947], p. 10.

¹⁴ El concepto de «encuesta obrera» se remonta a la obra de Marx titulada «Enquête ouvrière», publicada en 1880 en *La revue socialiste*. Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 24, Londres, Lawrence & Wishart, 1994, p. 328-334.

investigación militante con la lucha proletaria, convirtiendo a esta última en una consecuencia de la primera.¹⁵

Para algunos grupos importantes en el renacimiento del comunismo de los consejos, la correspondencia se convirtió en una forma de organización antivanguardista, un conjunto de vínculos e intercambios entre proletarios en lucha que podía convertirse en la base para la actualización de la autoorganización y en un momento en el devenir de la autoconciencia proletaria en autoactividad. Informations et Correspondances Ouvrières (ICO), fue un grupo que se separó de Socialisme ou Barbarie y se centró en el consejo obrero como instrumento de organización proletaria revolucionaria, actuó como centro de intercambio de informes y análisis de los proletarios involucrados en las luchas laborales, pero sin intervenir formalmente en dichas luchas, en tanto grupo, insistiendo en la autonomía táctica y estratégica de los comités y organizaciones laborales. Aunque la versión del comunismo de los consejos de ICO es un objeto central de crítica para los grupos posteriores a 1968, que desarrollaron la teoría de la comunización, se considera sintomática de la enfermedad que afligió a una gama mucho más amplia de grupos «ultraizquierdistas». Se trata de

¹⁵ Al igual que «inquiry» [«encuesta»], el término «correspondence» [«correspondencia»] se remonta a Marx y Engels. El nombre de la primera organización que ambos fundaron en Bruselas en 1846 fue Communist Correspondence Committee [Comité de Correspondencia Comunista]. Los comunistas de los consejos también utilizan el término para referirse a publicaciones como *Internationale Rätekorespondenz* en alemán (1934-1937) y la publicación correspondiente en inglés *International Council Correspondence* (1934-1943).

una crítica a la ultraizquierda desde dentro que, sin embargo, nunca logró constituirse como una separación real de esta, ya que solo la propia ultraizquierda podía escucharla. Lo que unía a todos estos grupos, que derivaron del renacimiento del comunismo de los consejos y su crítica, es la cuestión de la investigación como razón de ser, un tema que, en última instancia, se deriva del grupo de James en tanto respuesta a la pregunta de qué podría hacer una formación antipartidista de comunistas en momentos decididamente no revolucionarios, aparte de participar en las luchas como individuos. La mejor teoría comunista del siglo XXI ha sido producida por grupos como estos —desde *Endnotes* hasta *Chuang*, pasando por *Angry Workers*, *Théorie Communiste* y la sección *Field Notes* de *Brooklyn Rail*, por nombrar solo algunas publicaciones—, que suelen adoptar la forma de una investigación sobre la lucha proletaria, síntesis crítica y reflexión sobre los levantamientos del siglo XXI. Sin embargo, estas formas de investigación siguen alejadas de las propias luchas, se reincorporan a las mismas gota a gota, no en torrente.

En ausencia de una revolución, no se dan las condiciones para vincular el saber y el hacer, el movimiento de los comunistas y el movimiento comunista. Solo el surgimiento de la autoactividad proletaria proporciona las condiciones para superar la distinción entre ambos movimientos, cuando los intelectuales comunistas se unen y se disuelven en la autoactividad proletaria o se oponen a ella como un obstáculo. En coyunturas no revolucionarias, esta actividad debe permanecer de forma espectral o especulativa, o bien debe limitarse a ser un catálogo de los límites internos a la acción proletaria. Lo

que los proletarios saben en su vida cotidiana no es necesariamente lo que saben en las condiciones de acción colectiva, ya que esta implica un aprendizaje. Ni siquiera es lo que, por definición, necesitarían saber en condiciones revolucionarias. Lo que importa ahora es aprender a producir comunismo, no a vivir en el capitalismo. La investigación sobre la lucha es importante en ese proceso de aprendizaje, pero también es aquí donde la vida cotidiana cobra importancia como repertorio de capacidades y habilidades concretas para hacer y crear, que la revolución haría proliferar y perfeccionaría. Muchas de estas habilidades son laborales, formas de conocimiento inherentes al entorno urbano, a la infraestructura material del capitalismo y, por lo tanto, al proyecto de dismantelar y transformar ese entorno y esa infraestructura.

Se trata de lecciones, no obstante, que las revoluciones tienen que aprender. En su discurso ante el Komintern en nombre del KAPD, Appel sostuvo que los militantes comunistas deben constituir un «marco» que el proletariado revolucionario pueda adoptar como propio, en tanto resulta «coherente con el desarrollo de la revolución hasta ese momento».¹⁶ Esto implica la creación de grupos de fábrica, protoconsejos o comités obreros formados por militantes comunistas dedicados a la formación de consejos revolucionarios. Al hacerlo, estos grupos de fábrica ofrecen un ejemplo de las posibilidades ya presentes en la lucha. El *Grundprinzipien* de Appel, escrito después de la destrucción de los grupos de fábrica, es

¹⁶ John Riddell (ed.), *To the Masses: Proceedings of the Third Congress of the Communist International, 1921*, Historical Materialism Book Series, vol. 91, Leiden, Brill, 2015, pp. 448-457.

también un ejemplo de ello: una elaboración teórica de una idea ya presente en los consejos de 1918. En la actualidad, la comunicación de estos ejemplos es la primera tarea de los revolucionarios comunistas: los comunistas generalizan tácticas como bloqueos, ocupaciones, así como el uso de láseres y fuegos artificiales contra la policía, y sitúan estas tácticas dentro de horizontes estratégicos concretos. No se trata simplemente de ejemplos, sino de potencias, de posibilidades de lucha que deben actualizarse en diferentes contextos; esa actualización es la teoría generada por la lucha.

He dividido este estudio en tres secciones. En la primera, relato la historia del consejo obrero como idea y como práctica —es decir, como ejemplo revolucionario— desde la Comuna de París hasta la Guerra Civil española, analizando textos fundamentales de Karl Marx, Rosa Luxemburg, Karl Korsch, Jan Appel, Amadeo Bordiga y otros, a la luz de la historia revolucionaria. En la segunda, examino la teoría madura del valor de Marx como una «prueba de comunismo», es decir, como un esbozo en negativo de lo que este necesitaría lograr para realizarse. Reflexiono sobre las propuestas que los comunistas de los consejos desarrollaron para la socialización del trabajo, así como sobre los debates más recientes que dichas propuestas han suscitado. Muchos de los personajes de la primera sección reaparecen como interlocutores teóricos en la segunda. En la tercera y última sección, examino el destino del consejo obrero como idea y práctica desde la Segunda Guerra Mundial, momento en que se sentaron las bases de nuestra comprensión de la historia del consejo obrero y el comunismo de los consejos, pero también un

periodo en el que el mundo pareció transformarse de maneras que ponían en tela de juicio algunos aspectos de la idea de consejo. A la luz del «largo 68», analizo textos fundamentales de C. L. R. James, Guy Debord, Paul Mattick, Gilles Dauvé, *Théorie Communiste* y otros autores, y sigo la aparición de nuevas ideas sobre la relación entre la organización proletaria y la investigación teórica, para terminar examinando estas ideas a la luz del levantamiento de George Floyd de 2020.

Para escribir este libro, ha sido imprescindible contar con la colaboración y el asesoramiento de muchas otras personas. La redacción de algunas partes vino facilitada gracias a los grupos de lectura que organicé en 2022 y 2023, tanto *online* con la ayuda de Red May como a nivel local con comunistas de la bahía de San Francisco. Este libro puede considerarse una conferencia sobre la lectura de ciertos textos clave. No obstante, mis conclusiones son preliminares y animo a los lectores a examinar los textos por sí mismos y sacar sus propias conclusiones. Con todo, he seguido, en su mayor parte, las convenciones de la escritura histórica en lugar del análisis textual, al mismo tiempo que he reducido la documentación al mínimo.

1. Los consejos obreros y la perspectiva comunista

La Comuna

Podemos hablar de la Comuna de París de 1871 o de los consejos obreros de 1917-1923 como ideas, en tanto estos acontecimientos históricos revelan algo que resulta lógicamente cierto acerca de la lucha de clases. Cuando Marx deduce de la fundación de la Comuna de París el hecho de que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está, y a servirse de ella para sus propios fines», nombra algo eternamente cierto.¹ Transforma la Comuna en una imagen del futuro tanto como en un recuerdo sobre el pasado. «La Comuna», escribe C. L. R. James, «mostró el modelo de futuro a millones y millones de personas de cientos de miles de ciudades que quizá prestaron poca atención a la Comuna».² Para James, que

¹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 22, Londres, Lawrence & Wishart, 1988, p. 328 [ed. cast.: *La Guerra Civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 64].

² C. L. R. James, *Notes on Dialectics: Hegel, Marx, Lenin, Motive*, Londres, Allison & Busby, 1980, p. 77.

escribió en 1947, «Europa y Asia hervían de aspirantes a comuneros», en tanto este acontecimiento histórico reveló algo axiomático sobre la lucha de clases y, por esta razón, como escribe James, «desde 1917, el movimiento obrero en un país tras otro ha intentado repetidamente imitar a la Comuna».

Imitar no significa repetir su fracaso, sino retomar donde esta se quedó, porque al igual que la Comuna proviene del futuro, también tiene un futuro: era una «forma política completamente expansiva», un germen de organización social que podría haberse convertido en la estructura organizativa no solo de París, sino de Francia, Europa y el mundo entero: «La forma política al fin descubierta para llevar a cabo la emancipación económica del trabajo».³ Se trata de una afirmación contundente por parte de Marx. ¿Qué característica positiva señala de la Comuna? ¿En qué sentido fue esto un descubrimiento y qué se descubrió exactamente? ¿Cuál es la naturaleza de la Comuna como forma *política*, más que como acontecimiento, y en qué medida puede convertirse en la base de la emancipación *económica* del trabajo?

Marx destaca algunas características positivas de la constitución de la Comuna: en primer lugar, se suprimió el ejército permanente y se sustituyó por el «pueblo armado». En segundo lugar, la Comuna estableció una forma de supervisión desde abajo, mediante la cual los delegados elegidos por los órganos constituyentes recibían mandatos explícitos, revocables de forma inmediata y con un tiempo limitado —«responsables y revocables en todo

³ Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 22..., p. 334 [ed. cast.: *La Guerra Civil en Francia...*, p. 71].

momento»— y, por lo tanto, totalmente subordinados al conjunto de la clase obrera a través de sus organizaciones de base.⁴ En tercer lugar, los delegados no recibían dinero extra por su trabajo administrativo, «debían desempeñarlos con salarios de obreros», un trabajo que era simplificado para que cualquier proletario pudiera participar.⁵ En cuarto lugar, la administración de la Comuna era un órgano de la clase obrera y un órgano de trabajo, constituido principalmente por trabajadores y dedicado a su emancipación mediante medidas específicas y, en última instancia, al establecimiento de una situación en la que «las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común».⁶ La afirmación predictiva de Marx resulta reseñable porque los soviets de 1905 y, más tarde, los consejos de 1917-1923 la confirman por completo, en tanto cumplen las cuatro condiciones, al menos en lo que se refiere a sus aspiraciones. La diferencia entre los soviets y la Comuna radica en la especificación del cuarto término: los consejos son órganos de la clase obrera y de los trabajadores que, a diferencia de la Comuna, se constituyen en el lugar de trabajo, sus delegados son los propios trabajadores y su tarea principal consiste en la reproducción de la sociedad comunista mediante la producción dirigida a satisfacer las necesidades.

Como ya he señalado, existe una contradicción entre el énfasis en la autoorganización y una forma particular de organización, a menos que se pueda demostrar que una organización concreta es una

⁴ *Ibídem*, p. 331 [ed. cast.: p. 67].

⁵ *Ibídem*.

⁶ *Ibídem*, p. 335 [ed. cast.: p. 72].

consecuencia natural de la autoorganización. Una cosa es argumentar que la clase trabajadora debe crear sus propias formas de organización independientes del Estado, y otra muy distinta es argumentar que una forma concreta es esa organización. Para Karl Korsch, que escribió en 1929, la posición contradictoria de Marx sobre la Comuna se refleja en las ambigüedades posteriores que surgen del sistema de consejos, que Korsch considera una consecuencia directa de dicha posición:

Al celebrar Marx esta nueva comuna como la forma al fin hallada para llevar a cabo la emancipación del trabajo, no se proponía en absoluto, a diferencia de lo que han hecho algunos de sus seguidores después de su muerte e incluso en nuestros propios días, señalar *una forma determinada de organización política*, llámese la *comuna revolucionaria* o el *sistema revolucionario de consejos* como única forma válida patentada de la dictadura revolucionaria de clase del proletariado. En la frase inmediatamente anterior alude expresamente a la «diversidad de interpretaciones que se han hecho de la comuna y la diversidad de intereses que en ella se veían expresados» y, en consecuencia, al carácter *extraordinariamente dúctil* de la forma política representada por esta nueva modalidad de gobierno [...] La *constitución revolucionaria de la comuna* acaba convirtiéndose así, en determinadas condiciones históricas, en la forma política de un proceso de evolución, es decir, expresado más claramente, de una *acción revolucionaria* cuyo objetivo esencial no consiste ya en *el mantenimiento de una determinada forma de dominio estatal*, ni en *la consecución tampoco, de un nuevo tipo «superior» de Estado*, sino, mucho más, en la definitiva creación de los presupuestos materiales para la disolución de todo tipo de Estado.⁷

⁷ Karl Korsch, *Karl Korsch: Revolutionary Theory*, ed. Douglas Kellner, Austin, University of Texas Press, 1977, pp. 205-206 [ed. cast.: *Escri-*

Esto hace que la cuarta condición —el hecho de que la Comuna fuera un órgano obrero y trabajador, dedicado a la emancipación de los trabajadores mediante medidas concretas— sea la más significativa: «Su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera». Para Korsch, lo importante en la Comuna y en el sistema revolucionario de los consejos era su contenido proletario y comunista, no su forma. Contenido que, en este caso, no solo se refiere a *quiénes* estaban organizados en la Comuna, sino también a *qué* hacían. La respuesta en el primer caso es «los proletarios» y, en el segundo, «la emancipación mediante la abolición de la sociedad de clases». El contenido es una cuestión de composición, pero también de función: la Comuna era una forma de «lograr la emancipación económica del proletariado».

Sin embargo, para funcionar, la comuna necesitaba tomar forma, expresarse en un conjunto definido de relaciones, sin dejar de ser fundamentalmente obrera y comunista en sus objetivos. Aunque estemos de acuerdo con Korsch en que el «verdadero secreto» de la comuna o del consejo radica en *quiénes* lo componen y *qué* hacen, cabe preguntarse si la forma es simplemente indiferente o si el contenido exige ciertas formas. Si los propios proletarios, a través de su lugar de trabajo, deben producir según un plan común para abolir así la clase, el dinero y el Estado, entonces podríamos deducir que la delegación es una condición necesaria, aunque de ninguna manera suficiente, para la coordinación, donde la coordinación es una condición para la participación

tos políticos II, trad. por José Aricó, México, Folio Ediciones, 1982, pp. 280-282].

universalmente distribuida en la planificación. Todos deben participar y, como no todos pueden reunirse en pleno, debe haber delegación. Sin embargo, si son los propios proletarios quienes se emancipan económicamente, estos delegados solo pueden actuar expresamente como portadores de las intenciones directas de la masa, los electores proletarios; por lo tanto, son responsables y pueden ser destituidos cuando estos electores revocan su consentimiento al afirmar su control fundamental sobre los medios de producción, ya sea de forma explícita o tácita, es decir, simplemente negándose a cumplir. En otras palabras, las estructuras de la comuna pueden deducirse lógicamente de compromisos más fundamentales: la autoorganización del proletariado, la expropiación de los medios de producción y la producción según un plan común. Pero, como se deduce lógicamente, estas estructuras también se derivan de la experiencia común de la lucha de clases. Si la clase obrera quiere arrebatar los medios de producción a la clase capitalista, estos son los mecanismos que debe utilizar y las lecciones que debe aprender, ya sea de la teoría o de la práctica. Por eso Marx la describió como la forma «por fin descubierta» y por eso los soviets de 1905 confirman estas dimensiones fundamentales.

Dado que lo que importa es la función y la composición, la comuna, en tanto forma, es «completamente expansiva» (*ausdehnungsfähig*): constructiva, plástica, escalable. La flexibilidad de la forma está directamente relacionada con el hecho de que esta es inadecuada: una red de consejos podría revitalizar al Estado, como señala Korsch, o reproducir el capitalismo, como señalan sus críticos posteriores.

Sin embargo, esta flexibilidad también es necesaria para que dicha forma se extienda, comprendiendo a la gran mayoría de la humanidad. Para absorber a todo el proletariado y, probablemente, a muchos otros sectores, esa forma debe ser generalizable y adaptable. Su expansividad es espacial y geográfica: una forma destinada a extenderse o morir, a liberar al mundo entero, al igual que la forma-valor del capital. Sin embargo, su expansividad también es dimensional: la comuna es una forma autosemejante y fractal, con comunas dentro de comunas y comunas de comunas, diseñadas para coordinar la actividad y dispersar el poder. Por último, la comuna no se expande de forma contigua, sino que su expansión no tiene fronteras y, por lo tanto, en tanto forma, puede saltar de un lugar a otro, como ocurrió en 1870 y 1871, cuando saltó de Lyon a París. Como emblema de una capacidad universalizable, esta forma capaz de expandirse «anexionó a Francia los obreros del mundo entero» al proporcionar una imagen de futuro y de la posibilidad socialista. En este sentido, es éticamente expansiva.⁸

La Comuna de París fue, por lo tanto, «grito de guerra y cosa en sí», como escribe Kristin Ross en *Lujo comunal*, su libro sobre las secuelas de la Comuna.⁹ Fue tanto un proceso como un acontecimiento, tanto una potencia como una realidad: fue potencia y hecho, grito de guerra y realidad. La Comuna fue

⁸ Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 22..., p. 338 [ed. cast.: *La Guerra Civil...*, p. 76]

⁹ Kristin Ross, *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, Nueva York, Verso, 2015, p. 20 [ed. cast.: *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, trad. por Juanmari Madariaga, Madrid, Akal, 2016, p. 28].

un fragmento de un comunismo aún no establecido, una parte sin un todo, un París potencialmente comunista que solo podía actualizarse convirtiéndose en la anticapital de una Francia, una Europa y un mundo comunistas. Esto explica su poderosa resonancia a través del espacio y el tiempo, y explica la afirmación de James en 1947 de que «Europa y Asia hierven con aspirantes a ser comuneros».

Sin embargo, si hubiera tenido éxito, ¿seguiríamos llamándolo «Comuna»? Normalmente reservamos ese término para experimentos sociales trágicamente fuera de lugar y tiempo: Morelos, Berlín, Barcelona, Shanghái, Oakland. El atractivo de tales acontecimientos proviene de su carácter combativo y aislado. El deseo de repetir, de declarar la Comuna aquí o allá, es un deseo de rectificar, de transformar el fragmento comunal en un todo comunista. Como forma plenamente expansiva, una comuna no puede encontrar su contenido excepto mediante la expansión, lo que tal vez explique por qué las medidas prácticas adoptadas por la Comuna fueron tan decepcionantes, dado su confinamiento a las murallas de París. La producción con fines lucrativos no fue superada dentro de París por las sociedades cooperativas que producían según un plan común. Las expropiaciones se limitaron a los lugares de trabajo abandonados por sus propietarios, y la economía cooperativa, en la que se podía igualar los salarios, era pequeña y solo comprendía los lugares de trabajo bajo control directo del gobierno. Solo la Guardia Nacional, con su Comité Central, funcionaba con delegados revocables, con elecciones generales celebradas para el Consejo Comunal. La Comisión Laboral tenía la intención de establecer estructuras

federales de control obrero pero, más allá de la Guardia Nacional, no había una forma directa para que las organizaciones de base llevaran a cabo decisiones políticas, y mucho menos para embarcarse en un programa de producción común para las necesidades comunales. Aunque la Unión de Mujeres, organizada a nivel federal, estaba formada por miles de mujeres trabajadoras y contaba con el apoyo del gobierno, a las mujeres no se les permitía votar en las elecciones al Consejo Comunal. Y aunque la clase obrera parisina se movilizó, se armó y se empoderó a través de la Guardia Nacional, no está claro que se tratara de «un gobierno esencialmente obrero», dado el escaso número de medidas tomadas a favor de la clase obrera aunque es posible que se hubiera podido convertir en esto.

La autoorganización proletaria fue, sin embargo, su principal motor, si no su guía. A diferencia del intento de insurrección mecánica de Blanqui en Lyon en agosto de 1870, organizado de forma conspirativa, el levantamiento del 18 de marzo fue una reacción espontánea de la clase obrera y los pobres de París ante el intento del ejército francés de desarmar a la Guardia Nacional de la capital, lo que obligó al gobierno a retirarse por completo de la misma. Al día siguiente, un periódico de la Comuna describió lo ocurrido como «una revolución sin precedentes en la historia [...] cuya grandeza fundamental radica en que está hecha enteramente por el pueblo, como una empresa revolucionaria colectiva, anónima, unánime y, por primera vez, sin líderes».¹⁰ La autoorganización proletaria no es necesariamente

¹⁰ Cit. Donny Gluckstein, *The Paris Commune: A Revolution in Democracy*, Chicago, Haymarket, 2011, p. 5.

revolucionaria, pero en este caso lo fue porque este levantamiento espontáneo dispersó el poder armado del Estado y lo sustituyó por el comité central de la Guardia Nacional, compuesto por delegados revocables de cada una de las unidades. Se trataba de un «gobierno esencialmente obrero» porque los trabajadores estaban armados y organizados en unidades de la Guardia Nacional controladas desde abajo. El levantamiento de Montmartre del 18 de marzo contó, de todos modos, con la participación de muchas mujeres, que no estaban representadas en la Guardia Nacional, por lo que no está claro cómo estas unidades, democráticas o no, lograrían la emancipación económica de la clase obrera. Se habían logrado, no obstante, las primeras condiciones de la revolución —podríamos llamarlas condiciones de la insurrección—: el derrocamiento del poder armado del Estado y el proletariado en armas. Este es el «verdadero secreto» que revela la Comuna, válido para todos los tiempos: sin la destrucción del ejército y el proletariado en armas no hay revolución.

Pero aquí la autoorganización se topa con un límite. La autoorganización proletaria es totalmente expansiva: o se expande o muere. Cuando se limita a las murallas de París y a la formación de un poder armado, la necesidad de una unificación estratégica y una centralización táctica convierten a la Guardia Nacional democrática en un ejército más. Solo si el proceso de autoorganización se hubiera extendido por toda la economía parisina, al campo y a otras ciudades como Lyon, Marsella y Toulouse, se podría haber evitado tal situación y un enfrentamiento directo con fuerzas militares superiores. El atractivo universal de la forma totalmente expansiva de la

Comuna clama contra tal situación, llamando a sus aliados a su lado, alentando una lucha guerrillera contra el capitalismo sin fronteras. Como fragmento del comunismo, representa una esperanza real para sus contemporáneos y una esperanza futura para sus herederos. En este sentido, es más que autoorganización, ya que la autoorganización de una fracción aquí significaría el fracaso. Como levantamiento de París que exige su autonomía y como autoorganización de solo una parte de la clase obrera, estaba abocado al fracaso. Solo como símbolo de las posibilidades del comunismo mundial y por medio de su carácter plenamente expansivo podía tener éxito. El problema de la comuna es la necesidad de la organización del otro de la autoorganización, de que la autonomía se realice como universal, de que los propios proletarios se organicen según un plan común, aboliéndose así a sí mismos y a todas las clases. En este sentido, el problema de la comuna es el problema del propio proletariado, una clase que solo puede emanciparse aboliéndose a sí misma como clase y a todas las clases.

«Con la Comuna, París no quería ser la capital de Francia, sino un colectivo autónomo en una federación universal de los pueblos», escribe Kristin Ross en *Lujo comunal*, resumiendo la tensión entre autonomía y universalidad dentro de la forma comuna.¹¹ El concepto de comuna, según muestra, se desarrolló durante el asedio prusiano como una idea de «República universal», que mezclaba el municipalismo proudhoniano y el centralismo jacobino. Muchas de sus figuras centrales eran miembros

¹¹ Ross, *Communal Luxury...*, p. 12 [ed. cast.: *Lujo comunal...*, p. 17].

de la Asociación Internacional de Trabajadores, un grupo explícitamente volcado sobre el internacionalismo obrero, pero cuya sección francesa, alineada con Bakunin, a menudo apoyaba la acción proletaria autónoma, como el efímero intento de declarar la Comuna de Lyon, que Marx y Engels consideraron temerario. Los miembros extranjeros de la Internacional asumieron diversos roles de liderazgo dentro de la Comuna, lo que convirtió efectivamente el sentimiento patriótico en un sentimiento antiimperialista opuesto tanto a Bonaparte como a los prusianos. En tanto acto autónomo, la Comuna tuvo una resonancia universal, en la medida en que proyectó una universalización de la autonomía facilitada por la producción de acuerdo con un plan común.

La emancipación de la clase obrera debe ser, como sabemos por la historia y por Marx y Engels, obra de los obreros mismos.¹² La clase proletaria debe organizarse y autoorganizarse, ya que ¿en quién más se puede confiar para abolir la sociedad de clases y el dominio de clase si no es en la clase que no puede gobernar? En este sentido, la autoorganización es un requisito previo para toda lucha de clases significativa, el preludio de la insurrección, si no de la revolución. Pero, ¿quién es el sujeto de la autoorganización? ¿Qué es la clase obrera en sí? No puede ser la suma de cada trabajador organizado por el capitalismo, ya que, por definición, eso no es autoorganización, sino organización ajena. Tampoco puede ser el producto de todos los trabajadores organizados

¹² Karl Marx, «General Rules and Administrative Regulations of the International Working Men's Association», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 23, Londres, Lawrence & Wishart, 1988, p. 3.

unos con otros, ya que eso es simplemente comunismo, que no deja espacio para otra clase y, por lo tanto, no deja espacio para las clases o la clase como tal. Debe ser la diferencia que marca una parte de la clase cuando se separa de su organización por el capitalismo y para la clase dominante. La autoorganización es siempre una cuestión de una parte de la clase que sería todo, pero que no lo es. La autoorganización nunca es, pues, la clase en sí, sino una fracción de la clase sustraída de unas relaciones dadas. Para organizarse por sí mismos y para sí mismos, los miembros de una colectividad proyectual deben hacerlo conjuntamente, pero sobre todo contra la organización ya existente, por y para el capital. El proletariado avanza alejándose de la organización existente del mundo, pero nunca lo hace por completo. El proletariado siempre es solo algunos proletarios.

La autoorganización no une a la clase trabajadora, sino que la divide. Sin embargo, al hacerlo, presagia la abolición de las clases y no tanto la unidad de los proletarios, como una verdadera comunidad humana. A través de una serie de divisiones, la autoorganización inscribe la división en clases dentro de la clase proletaria con el fin de que se puedan superar todas las divisiones. Frente a una fracción autoorganizada, la unidad de la clase se presenta como la subordinación de cada miembro a su identidad como trabajador explotado o proletario desposeído. Los trabajadores ocupan sus fábricas, pero nunca son todos los trabajadores ni todas las fábricas; tampoco, cuando levantan sus manos, los ocupantes son siquiera los trabajadores. La liberación implica romper con los propietarios y con los árbitros de la fuerza de trabajo; romper con la clase de los gobernantes

y con la clase de los gobernados; romper con los propietarios y con sus delegados y representantes dentro de la clase, que permiten la compraventa de mano de obra a gran escala. Pero, en la misma medida, esta excepcionalidad es también siempre una forma de representación, si no de sustitución. En la autoorganización, estas fracciones rara vez son totalmente egoístas en sus motivaciones, rara vez son estrictamente para sí mismas. Por eso, lo que suele desencadenar las cosas es algún momento de duelo individual: la policía mata o despide a un grupo de trabajadores, y entonces todo el mundo reacciona a la vez por sí mismo y por los demás.

En mayo del 68, por ejemplo, los trabajadores ocuparon las fábricas, pero sus demandas eran egoístas y al mismo tiempo desinteresadas: apoyaban a los estudiantes, se oponían a De Gaulle y luchaban por sus propios intereses. Se inspiraban y eran inspirados por otros proletarios cercanos y lejanos, con y sin trabajo, dentro y fuera de cualquier frontera sociológica que podamos trazar. Los rebeldes de la Comuna de París, la Comuna de Shanghái, Berlín en 1918, Bolonia en 1977 y Argentina en 2001 actuaron por sí mismos y por los demás; no solo por París, Shanghái, Bolonia, Buenos Aires o El Cairo, sino por todas estas ciudades. En la medida en que actuaban de esta manera, hacían posible la superación posterior de la clase misma, actuaban en nombre de todos los proletarios, incluso y especialmente de aquellos que aún no han nacido en la desposesión. De esta manera, en la medida en que introducían algo nuevo en la lucha de clases, algo imitable, inspiraban simpatía, solidaridad e imitación en todas partes.

Tanto fuera, como dentro, el sí mismo de la autoorganización es espectral y puede disolverse en cualquier momento en los extremos deshilachados de los sujetos individuales. Por eso fracasan todos los intentos de representar, contar o fijar el campo revolucionario, sea cual sea su definición. En la acción colectiva, las personas creen juntas lo que dudan individualmente, lo que hace que los límites de tales acciones sean indiscernibles. La autoorganización es una especie de razón fanática: algo se vuelve racional porque en la acción colectiva la gente lo convierte en tal. Desde el periodo rojo revolucionario de 1917-1923 hasta los años sesenta y setenta, esta es la conclusión a la que nos llevan los impactantes reveses y traiciones de los mayores éxitos revolucionarios proletarios. En Alemania, en 1918, tras la Revolución rusa, esta dinámica se planteó quizá con mayor claridad, aunque solo fuera porque allí la institución más conservadora del movimiento obrero, el SPD, se enfrentó a uno de los mayores procesos de autoorganización revolucionaria proletaria jamás vistos. Comunistas como Rosa Luxemburg, organizados en la Liga Espartaquista y sus sucesores, esperaban superar estratégicamente al ala izquierda del capital aprovechando el importante apoyo demostrado por los consejos obreros y soldados de noviembre, las formaciones espontáneas que habían puesto fin a una guerra mundial y derrocado al imperio alemán. Sin embargo, en las elecciones, los trabajadores se cuentan en función del capital, como fragmentos individuales de capital variable, cabezas de familia, ciudadanos y consumidores. Una suerte de incertidumbre heisenbergiana acompaña a la autoorganización. Algún sujeto, algún espectro, se hace sentir, da a conocer su presencia, pero no puede ser

representado ni observado directamente y, de hecho, se disipa cuando se intenta formalizarlo o reunirlo para encarnar al fantasma en formación.

En otras palabras, el objetivo de la autoorganización no es, ni puede ser, la garantía de derechos, ya que eso es organización por y de otros. El momento del contrato, del acuerdo, es por tanto siempre un escándalo para las luchas, que insisten en la autoorganización, ya se trate de los *piqueteros*, los zapatistas, una *zone à défendre* o la Zona Autónoma del Capitolio. La autoorganización no puede convertirse en autogobierno ni en autonomía soberana sin convertirse en la dominación de cada individuo por alguna noción abstracta de lo colectivo, alguna mediación, sustitución o representación. Como individuos atomizados, sin dinero y sujetos al mercado, los proletarios son débiles, pero la colectivización no es garantía contra la heteronomía, ya que el capital trata el trabajo como capital variable, comprado en paquetes que pueden ser individuos o grupos, una función de valor real que puede ser 1 trabajador, 1.000 trabajadores o 12,57 trabajadores, sea lo que sea que esto signifique. La acción colectiva de un movimiento puede ser absorbida como un movimiento de capital variable, como un flujo de fuerza de trabajo reproducido a una capacidad determinada.

Esto explica los repentinos cambios que se producen a la hora de alcanzar un acuerdo. En junio de 1968, en París, la masa de trabajadores recibió las negociaciones entre los líderes de las respectivas clases con una indiferencia igual a la furia con la que, en la gran huelga de mayo, abandonaron sus herramientas. En el «mayo rampante» italiano, las organizaciones de base que paralizaron con facilidad el aparato

industrial italiano desaparecieron con la misma rapidez ante las negociaciones entre las clases. La informalidad de la autoorganización no puede deterrarse ni formalizarse, por mucho que la falta de estructura imponga tiranías. Esa falta de estructura, o más bien ese rechazo de la estructura, deriva de las antinomias de la lucha de clases.

Por esta razón, aunque la autoorganización es la base de la acción revolucionaria, a medida que la revolución avanza, se convierte en un obstáculo que debe superarse.¹³ Quizás «límite» sea el término más adecuado, ya que no es lo que la autoorganización hace lo que obstaculiza la revolución, sino lo que no hace. La fracción autoorganizada no puede autoabolirse por completo, ya que sigue siendo materialmente dependiente, caso de que lo hiciera implicaría su suicidio. Tampoco puede limitarse a negociar o a llegar a acuerdos, ya que eso supondría organizarse por y a través de la clase enemiga. Debe extraer del capital y retirar del Estado lo necesario para que cada individuo se organice con los demás según su propio deseo; es decir, casi todo. El sí mismo de la autoorganización es proyectivo y prospectivo: no son los individuos reales en sí, sino una especie de espíritu que acecha. No existe aquí y ahora, y por lo tanto puede considerarse a sí mismo estrictamente como sí mismo: como trabajador en una fábrica de automóviles, padre en un barrio, ciudadano en una ciudad, como de hecho el yo de otro, como algo que debe ser abolido. La autoorganización siempre se abre camino hasta un punto en el que las opciones

¹³ Roland Simon, «L'auto-organisation est la premier acte de la revolution, la suite s'effectue contre elle», *Meeting*, núm. 3, junio de 2006, pp. 3-17.

son el suicidio, el compromiso o la victoria total, es decir, la superación de la oposición entre el sí mismo y el otro en el sentido aquí expuesto, la abolición de las clases. En ausencia de la producción de comunismo, de una sociedad sin clases, ese sí mismo se manifiesta como un espíritu vengativo y se hace más patente cuando destruye las cosas de este mundo.

1905 y la huelga general

Tal y como Korsch deja claro en su ensayo sobre la Comuna, «las ideas revolucionarias de los *communards* parisinos de 1871 derivaban en parte del programa federalista de Bakunin y Proudhon, en parte del cúmulo de ideas jacobinas que sobrevivieron bajo el nombre de blanquismo, pero solo en una medida muy escasa del *marxismo*».¹⁴ Para Korsch, por tanto, existe una gran contradicción entre el respaldo incondicional de Marx a esta forma y sus posiciones fuertemente centralistas dentro de la Internacional, tanto antes como después de la Comuna. Según Korsch, la defensa de Marx era esencialmente una maniobra retórica, en tanto asimilaba el federalismo de la Comuna a su propio centralismo en sus debates con los anarquistas dentro de la Primera Internacional:

En aras de la esencia revolucionaria de la Comuna de París, reprimió la crítica que, desde su perspectiva, debería haber ejercido sobre la *forma* particular de su manifestación histórica. Si a pesar de todo aún avanzó un paso más, llegando a celebrar la forma política

¹⁴ Korsch, Karl Korsch: *Revolutionary Theory...*, p. 207 [ed. cast.: *Escritos políticos II...*, p. 283].

de la constitución de la comuna revolucionaria como la «forma al fin hallada» de la dictadura proletaria, no es ello cosa que pueda ser explicada en virtud, simplemente, de la obvia *solidaridad* de Marx con los obreros revolucionarios de París, sino, sobre todo, de un *objetivo secundario* realmente importante. Con este Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, escrito por él, inmediatamente a raíz de la gloriosa lucha y de la derrota de los *communards* de París, Marx no se proponía únicamente *acercar el marxismo a la comuna, sino, sobre todo, y al mismo tiempo, acercar la comuna al marxismo*.¹⁵

¿Cuál sería la crítica reprimida por Marx en este caso? Es de suponer que Marx habría hecho hincapié en la falta de organización económica de la Comuna y en la ausencia de medios específicos mediante los cuales los propios trabajadores pudieran producir para satisfacer las necesidades sociales y las suyas propias, de acuerdo con un plan común. Esta noción de planificación resulta en parte ajena a la idea de la Comuna y es esencial para las posiciones que Marx y Engels estaban en curso de imponer dentro de la Internacional. A diferencia de los proudhonianos, que pensaban que estos individuos podrían seguir realizando transacciones a través del mercado, y de Bakunin y sus compañeros colectivistas, que pensaban que las colectividades de base podían realizar transacciones libre y mutuamente desde un punto de partida de autonomía absoluta, Marx consideraba que la organización económica unitaria era la primera condición de la libre asociación y no una condición contingente. Al dar prioridad a las organizaciones políticas en lugar de a las económicas, o más bien al no superar eficazmente la distinción

¹⁵ *Ibídem*, p. 209 [ed. cast.: p. 284].

entre lo político y lo económico, la Comuna corría el riesgo de ser asimilada por el Estado burgués. Los peligros de tal formalismo resultan evidentes. Como escribe Korsch:

Por muy erróneo que sea ver en Proudhon y Bakunin una superación del Estado burgués en la forma «federal», es igualmente erróneo que hoy en día algunos seguidores marxistas de la comuna revolucionaria basada en el sistema revolucionario de consejos, a partir de interpretaciones confusas de Marx, Engels y Lenin, crean que un diputado con mandato breve, revocable en todo momento y de funciones perfectamente delimitadas, o un funcionario estatal vinculado mediante contrato privado y con un «salario» ordinario, constituyen una institución menos burguesa que la de un parlamentario electo.¹⁶

Para Korsch, solo importa el contenido de la Comuna: su carácter revolucionario y obrero. Independientemente de ese contenido y de esa función, la forma de la comuna no tiene nada intrínsecamente revolucionario: la federación mediante delegados revocables podría ser el medio de una organización puramente burguesa, ya que las comunas municipales se remontan a las luchas medievales de la burguesía urbana contra la nobleza terrateniente. Korsch tiene razón desde el punto de vista lógico. Al considerar la experiencia posterior de la Revolución alemana, en la que los consejos de 1918 se incorporaron finalmente a la Constitución de Weimar como «consejos de empresa» (*Betriebsräte*), que todavía hoy existen, demuestra que también tenía razón desde el punto de vista histórico. Ahora bien, una cosa

¹⁶ *Ibidem*, p. 210 [ed. cast.: p. 286].

es considerar que la forma comuna es inadecuada y otra muy distinta es considerarla irrelevante. Es posible que la forma comuna sea una condición necesaria, pero no suficiente, para la revolución; es decir, que allí donde las clases trabajadoras conquistan su emancipación, esta forma o una similar deberán reaparecer, como ocurrió en 1905, en 1917 y, quizá, en revoluciones posteriores, como la española de 1936.

Este es el vínculo esencial entre la comuna y los consejos, algo que los proletarios reconocen como natural y lógica consecuencia de su lucha: una forma que debe adoptarse para que la lucha proletaria se convierta en revolucionaria. León Trotsky deja claras estas condiciones lógicas en sus escritos sobre la Revolución rusa de 1905 y su participación en el soviet de San Petersburgo. Los soviets se formaron para «responder a una necesidad objetiva [...] suscitada por la coyuntura de entonces», la única forma de dar rápidamente a la lucha un carácter de masas mediante la organización de una huelga general política con la más amplia participación.¹⁷ Lo que se necesitaban eran organizaciones «del proletariado», no simplemente «dentro del proletariado», como lo eran en aquel momento Trotsky y sus compañeros socialdemócratas, organizados de forma semiclandestina.¹⁸ Para Trotsky, el soviet media entre el partido y la clase como necesidad objetiva. Describe al soviet como instrumento no partidista que el partido utiliza para ampliar su apoyo, pero también como «órgano natural del proletariado en su lucha inmediata por el poder, determinada por el curso real de los acontecimientos», lo que lleva a cuestionar la

¹⁷ Leon Trotsky, 1905, Nueva York, Random House, 1971, p. 104.

¹⁸ *Ibidem*, p. 51.

necesidad del partido. Según Trotsky, el partido puso en marcha el soviét mediante una convocatoria de delegados, pero la labor que había que realizar era el reconocimiento de una unanimidad ya establecida.¹⁹ Los soviets fueron «una respuesta que surgió por sí sola» a las preguntas que planteaba la revolución.²⁰ Como él mismo escribe: «Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, “la táctica” a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas se contaba con el tiempo de formularlos».²¹

En tanto medio, sin embargo, los soviets se convirtieron en un fin en sí mismos. Dentro de la socialdemocracia, la huelga general revolucionaria, en contraposición con la limitada huelga política y las manifestaciones, se consideraba a menudo como una imposibilidad lógica, ya que los trabajadores sufrirían las peores consecuencias de una interrupción total de la producción, lo que les obligaría a participar en el derrocamiento armado del Estado. No obstante, si los trabajadores eran lo suficientemente poderosos para llevarla a cabo —algo que figuras influyentes de la época, como Engels, consideraban imposible debido al desarrollo de los rifles de repetición y los explosivos—, entonces la huelga general sería un paso intermedio innecesario. Para Trotsky, el soviét resuelve este problema al asumir la organización de las funciones sociales precisamente allí donde estas quedan paralizadas: «En la medida en que la huelga destruye la actividad del gobierno, la organización misma de la huelga se ve empujada a

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Ibíd.*, p. 105.

²¹ *Ibíd.*, p. 106.

asumir las funciones de gobierno. Las condiciones de la huelga general, en tanto método proletario de lucha, eran las mismas condiciones que dieron al Soviet de Diputados Obreros su importancia ilimitada». ²² Como tal, el soviet se convierte en «el embrión de un gobierno obrero». ²³

Al igual que los escritos de Marx sobre la Comuna, la narración de Trotsky sobre 1905 incorpora el soviet al marxismo al establecer un papel de liderazgo natural para el partido, pero al mismo tiempo reconoce el carácter revolucionario esencial del soviet no partidista, respaldando una forma de organización revolucionaria en el lugar de trabajo con orígenes claramente anarquistas y sindicalistas. Lo mismo podría decirse del ensayo de Rosa Luxemburg sobre la revolución de 1905, *La huelga de masas*, que reposiciona al partido con respecto a la autoactividad proletaria, incorporando al marxismo la teoría anarquista y sindicalista de la huelga general, pero al mismo tiempo estableciendo límites estrictos al liderazgo del partido. Sin embargo, Luxemburg considera la huelga de masas como un fenómeno puramente prerrevolucionario. El término «huelga de masas» fue acuñado por Karl Kautsky en 1892 para distinguir el tratamiento socialdemócrata del tema de las huelgas generalizadas de la teoría anarquista y sindicalista de la huelga general, pero su uso del término se refiere a un acontecimiento singular y no al proceso en desarrollo que describe Luxemburg. En este texto, Luxemburg tiene dos adversarios en mente, ambos tratan la huelga de masas o general como un acontecimiento más que como un

²² *Ibíd.*, p. 252.

²³ *Ibíd.*, p. 253.

proceso: por un lado, los anarquistas caricaturizados que imaginan la huelga como una retirada unánime, total e irrevocable del trabajo que pone de rodillas al Estado y a la economía; por otro, los socialdemócratas que imaginan la huelga de masas simplemente como un instrumento político, que el partido debe utilizar con prudencia al servicio de las campañas de reforma. Luxemburg escribe:

Tanto una como otra tendencia parten de la idea común y absolutamente anarquista de que la huelga de masas es solo un arma puramente técnica que podría, según se juzgue útil, y a voluntad, ser «decidida» o inversamente «prohibida», como un cuchillo que se puede mantener, ante toda eventualidad, metido en el bolsillo o por el contrario estar listo para ser usado cuando uno lo decide.²⁴

Al oponerse a una noción fundamentalmente bakunista y conspirativa de la huelga general, la socialdemocracia había dado por sentado que tales huelgas podían decidirse, y así transformó el debate sobre la huelga general en un debate sobre la viabilidad de que los partidos convocaran dicha huelga o en una evaluación de los intentos de huelga general por parte de los socialdemócratas y de las organizaciones sindicalistas organizadas en apoyo del sufragio o la jornada laboral de ocho horas, como había ocurrido en Bélgica y luego en Suecia en 1902. La Revolución rusa de 1905 demostró, contra los anarquistas y los sindicalistas antipolíticos, que la huelga de masas era un fenómeno orientado a reformas

²⁴ Rosa Luxemburg, *The Complete Works of Rosa Luxemburg*, vol. 4, *Political Writings 2: On Revolution (1906-1909)*, ed. Peter Hudis y Sandra Rein, Nueva York, Verso, 2022, p. 198 [ed. cast.: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. por José Aricó, Siglo XXI, p. 9].

políticas como el sufragio y la jornada laboral de ocho horas, pero contra los socialdemócratas estas no eran luchas que pudieran ser controladas o convocadas por los líderes del partido.

De forma similar a como Trotsky consideraba el soviét, Luxemburg veía la huelga general como «un fenómeno histórico que, en un momento dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica».²⁵ No se podía organizar de antemano; no se puede ir «de casa en casa solicitando apoyo para esta “idea” a fin de ganar gradualmente para ella a la clase obrera».²⁶ Simplemente aparece, como ejemplo vivo, y encuentra adeptos entre aquellos que la habrían tachado de absurda si solo se les hubiera hablado de la misma. A lo largo del texto, Luxemburg desarrolla un vocabulario teórico muy cercano a lo que acabaría llamándose teoría de la complejidad. La huelga general es lo que los teóricos de la complejidad denominan un fenómeno «emergente». Del mismo modo que no se puede calcular el comportamiento macroscópico de un sistema físico caótico a partir del comportamiento microscópico de las partículas que lo componen, no se puede tratar la huelga general como una consecuencia de actos individuales racionales. «Una movilización del proletariado urbano artificialmente preparada, que ocurra de una sola vez, una mera huelga de masas hecha por disciplina y dirigida por la batuta de un dirigente del comité ejecutivo del partido, dejará a las amplias masas populares frías e indiferentes», escribe Luxemburg.²⁷ Pero una acción irracional, incluso aventurera, podría producir

²⁵ *Ibíd.*, p. 170.

²⁶ *Ibíd.*, p. 171.

²⁷ *Ibíd.*, p. 198.

sus propias razones *a posteriori*, así como «una movilización combativa, poderosa y audaz del proletariado industrial, surgida de una situación revolucionaria, sin duda repercutirá en las capas más profundas y, en última instancia, arrastrará a una tormentosa lucha económica general a todos aquellos que, en tiempos normales, se mantienen al margen de la lucha sindical diaria». ²⁸ Como tal:

Resulta extremadamente difícil a cualquier organismo dirigente del movimiento proletario calcular y prever las oportunidades y los factores que pueden conducir a una explosión [...] en cada acto de la lucha juegan y actúan unos sobre otros tantos factores importantes económicos, políticos y sociales, generales y locales, materiales y psíquicos, que ninguna acción, por pequeña que sea, puede ser dispuesta y resuelta como un problema matemático. ²⁹

A lo largo del texto, Luxemburg compara la huelga general con fenómenos naturales turbulentos y con un líquido caótico (el adjetivo «tormentoso» se utiliza trece veces). La huelga general «cae como una gran catarata sobre todo el reino, ora se divide en una gigantesca red de angostos arroyuelos; ora brota del suelo como un fresco manantial o se pierde completamente como un río subterráneo». ³⁰ El comportamiento de estos sistemas es caótico y turbulento; no se desarrollan en línea recta. Luxemburg ofrece esta descripción de la huelga general como alternativa a la de Eduard Bernstein, cuyo *Socialismo evolucionista* rechazaba cualquier enfrentamiento violento entre

²⁸ *Ibídem.*

²⁹ *Ibídem.*

³⁰ *Ibídem*, p. 221.

el capital y el trabajo y consideraba la lucha de clases como un proceso evolutivo gradual. Para Bernstein, la huelga general era una alternativa pacifista a la confrontación armada que servía para apoyar la reforma parlamentaria.³¹ Sin embargo, al igual que Bernstein, Luxemburg considera la huelga general principalmente como una fuerza de organización y desarrollo, no como algo directamente revolucionario. Su concepción de la huelga general se puede aplicar igualmente a la revolución: esta es un proceso, no un acontecimiento, que puede implicar un día combates callejeros y al siguiente luchas por reformas en el parlamento. Aunque este desarrollo tiende a la «insurrección general abierta», lo hace a través de «insurrecciones parciales preparatorias» que amplían el terreno de acción, organizando a quienes no están organizados e incorporando a aquellos sectores de la clase trabajadora que no están incluidos en los sindicatos y los partidos políticos.³²

Sin embargo, en ninguna parte del texto de Luxemburg se da a entender que las estructuras ejecutivas de la huelga general puedan convertirse en un gobierno obrero, que la organización de la huelga pueda convertirse en la organización de la revolución, como describe Trotsky. De hecho, Luxemburg apenas menciona los soviets, salvo en una ocasión, cuando se refiere a la campaña por la jornada laboral de ocho horas, impuesta por decreto por el Soviet de San Petersburgo. Mientras Trotsky podría verlo como el embrión de un gobierno obrero, de modo que los soviets

³¹ Eduard Bernstein, *Evolutionary Socialism: A Criticism and Affirmation*, Nueva York, Schocken Books, 1961 [ed. cast.: *Socialismo evolucionista*, Granada, Editorial Comares, 2011].

³² Luxemburg, *The Complete Works of Rosa Luxemburg*, vol. 4..., p. 190.

regularan directamente los salarios, Luxemburg lo ve simplemente como una extensión y masificación de la lucha, centro de trabajo por centro de trabajo. La huelga de masas se desarrolla como una sucesión de acciones políticas y económicas, entre acontecimientos políticos centrípetos y singulares, como la masacre de enero, la huelga general de octubre y la insurrección de diciembre, y periodos de acciones económicas centrífugas y dispersas a nivel empresarial. En lugar de un declive o una despolitización, como temían algunos socialdemócratas, estos momentos centrífugos son una extensión de la lucha que atrae a nuevas capas. La alternancia entre la intensificación política y la extensión económica contribuye a profundizar la lucha, ola tras ola, hasta la insurrección general. Sin embargo, la distinción de Luxemburg entre lucha económica y política solo funciona en la medida en que se imagina una revolución como la de Rusia, donde persisten el Estado y el capital, y con ellos el partido y los sindicatos. La forma comuna, según la caracterización de Marx, es la forma *política* mediante la cual se lleva a cabo la «emancipación económica». La descentralización política se convierte en la condición previa de la organización económica unitaria, al abolir el Estado como esfera separada de la reproducción social y, por lo tanto, toda distinción entre formas económicas y políticas. La regulación directa de la jornada laboral por parte del Soviet de San Petersburgo, por ejemplo, no es ni económica ni política, sino ambas cosas a la vez; sin embargo, solo se puede llevar a cabo si se ha abolido realmente el capital y el Estado. Ni partido ni sindicato, el anfíptico soviético es a la vez económico y político, y en este sentido es un «gobierno obrero», lo que de otro modo sería una contradicción en términos.

Una docena de años más tarde, Luxemburg se convertirá en una defensora del soviét, si bien ambivalente, especialmente en lo que respecta a la distinción entre la lucha económica y la lucha política, y sus portadores institucionales, los sindicatos y los partidos. Su Liga Espartaquista, germen tanto del Partido Comunista Alemán (KPD) como de su sucesor mayoritario, el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD), defenderá los consejos de obreros y soldados de noviembre de 1918, que pusieron fin a la guerra mundial y al imperio alemán. En su ensayo «¿Qué quiere la Liga Espartaco?», aboga por la supervisión dispersa y desde abajo de la comuna, fusionándola con las energías específicamente laborales de la huelga de masas:

Desde la cumbre del Estado hasta la más pequeña comunidad, la masa proletaria debe, por lo tanto, reemplazar a los órganos de gobierno de clase burguesa heredados, a los consejos federales, parlamentos, consejos municipales, con sus propios órganos de clase, con los consejos de trabajadores y soldados, ocupar todos los puestos, supervisar todas las funciones, medir todas las necesidades del Estado en función de sus propios intereses de clase y de sus tareas socialistas. Y solo mediante una interacción viva y constante entre las masas populares y sus órganos, los consejos de obreros y soldados, podrán imprimir al Estado un espíritu socialista.

Tampoco la revolución económica puede tener lugar sino como un proceso sostenido por la acción de masas proletaria. Los simples decretos de las más altas autoridades revolucionarias sobre socialización son en sí mismos una palabra vacía. Solo la clase trabajadora puede hacer carne la palabra a través de sus propios actos. En dura lucha con el capital, cuerpo a cuerpo en cada fábrica, a través de la presión directa de las masas, mediante huelgas, mediante la creación

de sus órganos representativos permanentes, los trabajadores pueden tomar el control de la producción y finalmente su gestión real.³³

Sin embargo, incluso aquí Luxemburg mantiene una separación entre lo económico y lo político que los propios consejos deberían superar. En la práctica, vacila sobre la cuestión de una ruptura definitiva con el SPD y sus sindicatos afiliados, preocupada por perder el contacto con las masas. El programa esbozado en su ensayo constituye lo que podría llamarse la «república de los consejos», retomando el tema donde lo dejó en su ensayo *La huelga de masas* y esbozando lo que ocurre después de la insurrección general a la que tiende la huelga de masas: cómo los trabajadores podrían emanciparse de este modo reconociendo ahora la centralidad de la forma soviét. Al igual que en la Comuna, el primer paso es «desarmar a toda la policía, a todos los oficiales, así como a todos los soldados no proletarios», y el segundo y el tercero, «la confiscación de todas las existencias de armas y municiones, así como de las fábricas de armamento, por los consejos de trabajadores y soldados», con el consiguiente «puesta en armas de toda la población proletaria masculina adulta en el marco de las milicias obreras».³⁴ Al igual que la Guardia Nacional de París, esta milicia está constituida por «la disciplina voluntaria por parte de los soldados», sus oficiales son elegidos y no existe un sistema de justicia militar.³⁵ Pero en lugar de disolver o abolir el Estado bur-

³³ Rosa Luxemburg, *The Rosa Luxemburg Reader*, Nueva York, Monthly Review Press, 2004, p. 351 [hace referencia a ed. cast.: «¿Qué quiere la Liga Espartaco?», disponible en www.marxists.org].

³⁴ *Ibidem*, p. 354.

³⁵ *Ibidem*.

gués, la república de los consejos de Luxemburg lo superaría atrapándolo con su trama de delegaciones y, al igual que la concepción de Lenin en *El Estado y la revolución*, utilizaría su fuerza para establecer un decreto de carácter universal. Sin embargo, la eliminación «de todos los parlamentos y concejos municipales y la asunción de sus funciones por los consejos de trabajadores y soldados, así como por sus comisiones y órganos ejecutivos», como advierte Korsch, podría limitarse a reproducir la función burguesa con una forma nominalmente proletaria. Aunque el parlamento se elimina en el programa de Luxemburg, en esta república consejista, sigue siendo necesaria una «legislación social radical» que reduzca la jornada laboral a seis horas. Esto se debe en parte a que se mantiene parcialmente el control burgués sobre la producción; se trata de un documento de transición que socializa los bancos, las minas, las fundiciones y las grandes empresas de la industria y el comercio, así como todo el sistema de transporte público, pero en otras empresas persistiría la propiedad privada, limitada por la república de los consejos y la continuación de la huelga general antes de su eventual socialización por parte de los «consejos de dirección» basados en el lugar de trabajo.³⁶

El soviet

El soviet, ya sea como concepto o realidad, surge de manera orgánica de la huelga espontánea de masas: el soviet originario de San Petersburgo se formó

³⁶ *Ibidem*.

durante la huelga general de octubre de 1905, un momento de politización dentro del año revolucionario, aunque algunas versiones lo remontan a las secuelas del Domingo Sangriento de enero. En un principio, el soviet es un instrumento dirigido a generalizar la huelga. Al extender e intensificar la huelga, se convierte en expresión de la unanimidad proletaria, es decir, de una voluntad colectiva dirigida a aplacar y afirmar el dominio sobre la maquinaria de producción. Es este poder directo sobre la producción lo que potencialmente convierte al soviet en «una forma política [...] para llevar a cabo la emancipación económica del trabajo». Como órgano coordinador, el soviet no solo hace cumplir la huelga, sino que también concede excepciones para los servicios esenciales. En este sentido, su destino es el control directo de la producción por parte de los propios trabajadores. En lugar de limitarse a solicitar límites legales a la jornada laboral, los miembros del Soviet de San Petersburgo intentan imponer ellos mismos la jornada de ocho horas, desafiando la autoridad del Estado. A raíz de la huelga general de octubre de 1905 y la proclamación de nuevas libertades liberales por parte de Nicolás II, los tipógrafos asociados al soviet de San Petersburgo eludieron directamente las leyes de censura, aunque también llevaron a cabo su propia censura de la literatura de derechas que llamaba a los pogromos contra los trabajadores.

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre coordinar una huelga o incluso una insurrección y coordinar la reproducción de la sociedad comunista. En este sentido, el soviet es, al igual que la comuna, tanto un grito de guerra como la cosa misma. Después de 1905, como idea, el soviet no podía olvidarse,

pero en la medida en que era una forma incipiente, cuya promesa no se había cumplido, tampoco podía recordarse: había que descubrir su función revolucionaria precisa. En 1917, se volvieron a formar de inmediato los soviets, incluso antes de que pudieran ser elegidos en los lugares de trabajo. El 27 de febrero, los miembros del Grupo Central Obrero menchevique, salidos de prisión, formaron el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet de Diputados Obreros de San Petersburgo y convocaron elecciones en las fábricas y cuarteles. Las fábricas más grandes debían seleccionar un delegado por cada 1.000 trabajadores, mientras que las empresas con menos de 1.000 trabajadores enviarían un solo delegado. Sin embargo, este comité ejecutivo de miembros del partido nunca cedió el control al órgano de delegados. Al seleccionar representantes de cada uno de los partidos políticos, continuó tomando decisiones de forma independiente a los delegados, sometiéndolas a su aprobación en ocasiones y en otras no. Antes de la Revolución de Octubre, se trataba principalmente de un órgano político que planteaba exigencias a la legislatura y se coordinaba con los sindicatos y los partidos. No se trataba de un mecanismo de control obrero. Sin embargo, la idea del control obrero persistió. Por todas partes se formaron así comités de fábrica, que a veces incluían a delegados del soviet y a veces no. Estos comités ejercían presión sobre la dirección, especialmente en el sector público, y también se coordinaban entre sí para mantener la producción cuando los propietarios o directivos habían huido. Así se produjo una división entre el soviet, como órgano político, y el comité de fábrica, como órgano económico. Los soviets no eran un órgano a través del cual los comités de fábrica pudieran

ejercer el poder y, en algunos casos, estos intentaron crear estructuras soviéticas alternativas, una medida que se repetiría en Alemania en 1920.³⁷

¿Qué es un soviet? ¿Es el nombre del órgano delegado o de la masa de electores? Cuando, tras su regreso a Rusia en abril de 1917, Lenin proclama «todo el poder a los soviets», ¿a quién se transfiere este poder? En 1877, durante una huelga ferroviaria a nivel nacional que se había convertido en insurreccional en Baltimore y Pittsburgh, atrayendo a trabajadores ajenos al sector ferroviario, algunos seguidores de Marx y Engels, organizados a través del Partido Obrero de Estados Unidos, se hicieron cargo de la huelga en la ciudad de San Luis. Establecieron un comité ejecutivo con delegados de los distintos sindicatos y promovieron una huelga general en toda la ciudad. La élite de San Luis, con su imaginario antiobrero alimentado por las espeluznantes historias procedentes de Francia, se refirió a la huelga como «la Comuna». En la medida en que el comité ejecutivo concedió exenciones a determinadas empresas que prestaban servicios esenciales para que pudieran continuar, con el fin de que la huelga no afectara indebidamente a los propios trabajadores, podríamos considerar esto, siguiendo el razonamiento de Trotsky, como un incipiente autogobierno obrero. Se trataba, en cualquier caso, de una comuna establecida en gran medida desde arriba y que fue fácilmente desmantelada por las milicias reaccionarias creadas por los líderes de la ciudad en respuesta a la huelga. La comuna estaba formada por delegados de las organizaciones obreras existentes, no por elección

³⁷ Véase Axel Weipert, *The Second Revolution: The Council Movement in Berlin 1919-20*, Leiden, Brill, 2023, pp. 117-237.

directa de los propios trabajadores. No se trataba de un soviet, ya que carecía de órganos electivos y de asambleas obreras con la capacidad de supervisar desde abajo.

Del mismo modo, los soviets de 1917 carecían de mecanismos de retroalimentación, revocación o mandato que pudieran dirigirles desde abajo. Los comités de fábrica intentaron crear sus propios consejos centrales, pero esto solo reforzó la división entre lo económico y lo político, y estos consejos solo eran nominalmente responsables ante los comités de fábrica: «Todos los decretos de los comités de fábrica dependían, en última instancia, de las sanciones del Consejo Central, y este podía abolir cualquier decreto de los comités de fábrica».³⁸

Como instrumento para la generalización de la huelga de masas, el consejo obrero adopta una forma doble: intensiva, que llena el lugar de trabajo con una asamblea masiva de huelguistas, y extensiva, que se extiende de un lugar de trabajo a otro. Al principio, a medida que la huelga avanza hacia la insurrección, el soviet es la coordinación de una unanimidad; como decía Trotsky en 1905, no había nada que debatir o discutir, solo planes que poner en práctica. El soviet formaliza una unanimidad de acción y solidaridad ya existente y la convierte en autorreflexiva, en una cuestión de voluntad y compromiso. Esta coordinación ya se había producido a través de intercambios *ad hoc* llevados a cabo por sindicatos y partidos, si bien el soviet formaliza tanto el carácter intensivo y pleno de la huelga de

³⁸ Citado en Peter Rachleff, «Soviets and Factory Committees in the Russian Revolution», *Radical America*, núm. 8 (6), 1974, p. 102.

masas como su extensión a través de las empresas. La huelga debe ser unánime y masiva por voluntad propia, debe representar a la mayoría de los trabajadores y debe estar coordinada; los delegados revocables y mandatados cumplen estos requisitos lógicos. En tanto organización de los propios trabajadores e interrupción de la producción, es a la vez económica y política.

Cuando la huelga de masas se transforma en revolución y el poder armado del Estado se derrumba, las tareas a las que se enfrentan los consejos se transforman. Los consejos, que ya no son la expresión de una negación unánime, deben socializar la riqueza y organizar directamente la reproducción social. Ahora deben convertirse en una afirmación unánime de un plan común, aceptado voluntariamente por los consejos libremente asociados a través de delegados revocables y mandatados. Ningún consejo obrero ha negociado con éxito la transición de instrumento de huelga de masas y de la insurrección a instrumento de socialización. En la medida en que el «comunismo de los consejos» designa una tendencia dentro de la revolución mundial de 1917-1923, se trata de una tendencia que pretende transformar los consejos surgidos espontáneamente de la huelga de masas y de la insurrección en instrumentos de un plan común, esto es, el comunismo, aceptado directamente por los propios trabajadores. En Alemania, donde esta tendencia era más fuerte, los consejos fueron neutralizados y transformados en instrumentos políticos desde los primeros días de la revolución. Los partidarios de los consejos pretendían revitalizarlos y refundarlos eligiendo nuevos delegados directamente de los lugares de trabajo y

transformándolos en mecanismos explícitamente comunistas y proletarios.

Al igual que ocurrió en Rusia en 1917, los consejos obreros de la revolución alemana de 1918 surgieron directamente del movimiento de la huelga de masas contra la guerra del proletariado alemán. A partir de 1914, el SPD colaboró con el *Kaiserreich* para prohibir las huelgas y criminalizar las organizaciones obreras. Cuando la guerra se estancó en 1916 y el racionamiento bélico condujo al empobrecimiento de la clase obrera, el movimiento de delegados sindicales, una red clandestina de delegados de taller dentro de la industria metalúrgica en tiempos de guerra, lideró una huelga ilegal de masas en abril de 1916 en respuesta a la detención de Karl Liebknecht, quien había fundado la Liga Espartaquista contra la guerra en 1914 junto con Rosa Luxemburg y otros. Aunque la polémica de Luxemburg de 1906 sobre la huelga de masas había logrado el respaldo nominal del partido a esta táctica, estas fueron, de hecho, las primeras huelgas de masas alemanas, organizadas ahora plenamente al margen y en oposición al partido. El Estado alemán respondió criminalizando aún más a las organizaciones de trabajadores y reclutando para el servicio militar a líderes de la huelga, como el maquinista Richard Müller. La red de delegados sindicales estaba diseñada, no obstante, para sobrevivir a esa represión mediante un sistema de suplentes, así que organizaron otra huelga de masas aún mayor en abril de 1917. Fue durante esta huelga cuando se crearon los consejos obreros como instrumento de la huelga de masas, primero en Leipzig y luego en Berlín, sin duda inspirados en el ejemplo ruso.

Esta historia recuerda a la versión alternativa del origen del soviét que aparece en el relato publicado tardíamente por el anarquista Volin, *La revolución desconocida*.³⁹ Según Volin, el soviét no surgió de la huelga de masas de octubre, como afirma Trotsky, sino de los acontecimientos de enero. Como es bien sabido, la marcha sobre el Palacio de Invierno fue organizada a través del sindicato Gapon, una asociación creada por la policía secreta zarista para controlar al movimiento obrero. El despido de los miembros del sindicato Gapon de la fábrica de hierro Putilov, a pesar del carácter contrarrevolucionario de este sindicato, provocó una huelga de masas y una marcha sobre el Palacio de Invierno que culminó en la masacre que desencadenó la revolución. Según el relato de Volin, el soviét se formó inmediatamente después del Domingo Sangriento para que los antiguos miembros del sindicato Gapon pudieran coordinarse sin vigilancia policial, del mismo modo que los delegados sindicales establecieron una red semiclandestina para organizarse al margen de los sindicatos colaboracionistas.

En enero de 1918, los delegados sindicales organizaron otra huelga de masas con el objetivo explícito de derrocar al régimen. Se formalizó la estructura protoconsejista del Movimiento de Delegados Sindicales, que contaba con una red de 414 delegados que representaban a más de 400.000 trabajadores. A pesar de las objeciones de los espartaquistas, los delegados suspendieron la huelga, ya que preveían una masacre caso de continuar con

³⁹ Volin, *The Unknown Revolution, 1917-1921*, Montreal, Black Rose Books, 1975, pp. 89-103 [ed. cast.: *La Revolución Desconocida 1917-1921*, Barcelona, Descontrol, 2022, pp. 89-99].

la insurrección. Sin embargo, este fracaso consolidó los objetivos revolucionarios de la red y, cuando el esfuerzo bélico alemán se derrumbó a finales de 1918, comenzaron a planear una insurrección en Berlín, consiguiendo armas para los trabajadores y elaborando planes para ocupar los centros políticos y militares clave en la capital.

Señalaron una fecha, el 11 de noviembre, para la cuarta oleada y el inicio de la revolución en Berlín, pero por dos días resultó ser demasiado tarde. Un último intento desesperado de la Marina alemana de atacar a la flota británica en el Báltico antes del armisticio provocó una serie de motines en el norte que se extendieron de los barcos a los lugares de trabajo y de estos a los cuarteles. Los trenes que transportaban a los marineros detenidos fueron liberados por grupos de trabajadores, que declararon allí mismo la república de los consejos de soldados y trabajadores. En una ciudad tras otra se declararon huelgas generales de forma independiente, mientras los trabajadores marchaban hacia los cuarteles y constituían consejos. En Baviera, el 7 de noviembre, en medio de la huelga general, una manifestación marchó hacia los cuarteles y declaró el consejo de trabajadores y soldados de la República de Baviera. El rey de Baviera huyó, lo que significó la ruina del antiguo régimen en otros lugares. La mayoría socialdemócrata (SPD), que había intentado frenar la revolución y negociar una transición a la democracia parlamentaria con las potencias aliadas, lanzó un ultimátum al gobierno exigiendo la abdicación del emperador antes del 8 de noviembre. Sin embargo, para entonces ya estaba claro que la revolución se desencadenaría en Berlín el 9 de noviembre, como así fue. Los

misimos acontecimientos habían fijado la fecha de la revolución, tal y como había predicho Luxemburg. La comisaría y la prisión fueron rodeadas y Rosa Luxemburg, junto con cientos de personas más, fue liberada. Richard Müller encabezó una marcha de delegados sindicales armados desde la prisión de Moabit, donde había estado encarcelado, hasta el Reichstag, que ocuparon. Allí hicieron un llamamiento para elegir delegados obreros y soldados que se reunirían en los consejos obreros de Berlín.

Sin embargo, el poder no se encuentra en un lugar concreto y la toma del Reichstag no significó el derrocamiento del Estado ni de su poder armado. Las negociaciones entre los socialdemócratas mayoritarios, las potencias beligerantes de la Entente y el príncipe Max de Baden, canciller del Reich, comenzaron antes incluso de la abdicación del káiser el 9 de noviembre, cuando este entregó el poder a un gobierno provisional del SPD. La contrarrevolución se produjo coincidiendo con la revolución, e incluso antes, por eso los consejos de trabajadores y soldados no pudieron esperar a que se constituyera una asamblea del soviets nacional y se establecieron como el poder dominante. Los acontecimientos en Rusia habían demostrado que el lema «¡Todo el poder a los soviets!» podía quedarse en una frase vacía. Por eso, los consejos de Berlín tenían que actuar como vanguardia del poder consejista en el resto de Alemania, incluso antes de que se produjera cualquier coordinación.

La reunión convocada por Müller tuvo lugar al día siguiente en el Circo Busch, un espacio lo suficientemente grande para reunir a los delegados de los consejos de trabajadores y soldados de Berlín.

Estaba presente la Comuna de Berlín en potencia, pero la rapidez de los acontecimientos y las maniobras dilatorias del SPD aseguraron que el evento fuera un verdadero circo. Era domingo y los trabajadores no podían elegir a sus delegados en los lugares de trabajo. Además, en cuanto la revolución pareció inevitable, el SPD convocó la elección de delegados de los soldados en los cuarteles, sabiendo que estos serían más conservadores que los delegados de los trabajadores. De otra parte, apenas se comprobaron las credenciales, de modo que, los 1.500 delegados presentes, la mayoría eran soldados y muchos apoyaban al SPD. Los resultados fueron ambiguos, un compromiso volátil entre el poder soviético y el republicano, sin duda originado en las antinomias del propio concepto de república de los consejos. La reunión ratificó el gabinete provisional del SPD, encabezado por Friedrich Ebert, ahora llamado Gabinete de Comisarios del Pueblo, a cambio de la representación paritaria de los socialdemócratas independientes en el gabinete. Sin embargo, también afirmó que este gabinete estaba, en última instancia, subordinado a los consejos de trabajadores y soldados, al cuerpo de delegados establecido allí y, en última instancia, al propio proletariado de base. Para consolidar este poder, la asamblea eligió un Comité Ejecutivo de Consejos de Trabajadores y Soldados. Lamentablemente, sin embargo, y a pesar de las objeciones de Müller y de los delegados sindicales, la representación dentro del Comité Ejecutivo se dividió entre el SPD, el USPD (socialdemócratas independientes) y un grupo de delegados de los soldados. La mayoría del comité nunca reconoció así la autoridad de los propios consejos, pero tampoco la suya propia. Se consideró a sí misma como un gobierno

provisional antes de las elecciones nacionales a una asamblea constituyente que representaría a todas las clases sociales, tal y como había propuesto el SPD. La reunión del Circo Busch dio, no obstante, motivos a los nuevos consejistas para esperar que su posición se viera reforzada en el futuro: se declaró que «el poder político está en manos de los consejos de obreros y soldados» y se otorgó la presidencia del Comité Ejecutivo al delegado sindical Richard Müller, quien rechazó vehementemente la elección de una asamblea nacional y abogó por un gobierno de los consejos obreros.⁴⁰ También exigió, de forma mucho más radical, la elección de oficiales y la supervisión desde abajo en el ejército, un anatema para los generales con los que el SPD estaba tratando de negociar la desmovilización.

La resolución de esta contradicción fundamental entre la república burguesa y la república de los consejos, o quizá entre el concepto de república y el concepto de consejo, quedó pospuesta por la reunión del Circo Busch, que no se pronunció ni a favor ni en contra de una asamblea constituyente, dejando efectivamente esa decisión en manos de un Congreso Nacional de Consejos que se celebraría en diciembre. El SPD tenía, no obstante, ventaja sobre los espartaquistas, el USPD y los delegados sindicales; y empleó su poder en el gabinete para impedir cualquier cambio radical en el protocolo o en el personal del Reichstag, así como en el Comité Ejecutivo para evitar la organización de cualquier resistencia efectiva al nuevo Estado. Además de la obstrucción del SPD y de los delegados conservadores de los

⁴⁰ Citado en Pierre Broué, *The German Revolution, 1917-1923*, Historical Materialism Book Series, vol. 5, Leiden, Brill, 2005, p. 152.

soldados, el Comité Ejecutivo se vio sobrecargado desde el principio con responsabilidades contradictorias, derivadas del estatus de Berlín como comuna y como pieza de un futuro comunismo. El destino de la revolución dependía de lo que hicieran los revolucionarios en Berlín y, debido a la concentración del poder militar en la capital, las batallas decisivas se libraron allí mucho antes. El Comité Ejecutivo se vio obligado a actuar a favor de los consejos y en contra del Estado. Como dice Pierre Broué, el Comité Ejecutivo «pretendió vigilar y controlar simultáneamente el gabinete del Reich y el gobierno prusiano, impulsar políticamente los consejos berlineses y servir de centro a los diez mil consejos del país, arbitrar los conflictos de trabajo e imprimir a los asuntos generales una orientación revolucionaria», nada de lo cual pudo hacer bien.⁴¹ Dividido entre centrarse en el Estado y en la organización del poder de los consejos, rápidamente se convirtió en un obstáculo para este último. En lugar de disciplinar y frenar al Estado, proporcionó una cobertura ideológica a Ebert y a la consolidación del poder del SPD. Por ejemplo, al declarar que «todas las órdenes que provengan de estas autoridades se considerarán en nombre del Consejo Ejecutivo», llevaron a cabo «un ataque contra los poderes del Consejo de Comisarios del Pueblo» y, al mismo tiempo, brindaron «un apoyo involuntario a los intentos de salvar el aparato estatal, que debía cubrirse con la autoridad del Ejecutivo de los Consejos, primero para sobrevivir y luego para tomar represalias».⁴² El Comité Ejecutivo no era la expresión de un poder dual, sino

⁴¹ *Ibíd.*, p. 174.

⁴² *Ibíd.*, p. 175.

de un poder unitario en el que sus propios intentos de arrebatarse el control al Reich lo subordinaban aún más al Estado. El resultado fue un «gobierno de dos caras, soviético para los obreros, burgués y legal para el aparato del Estado, las clases dirigentes, el ejército y la Entente».⁴³

Fuera de Berlín, en el interregno entre la Revolución de noviembre y el Congreso de diciembre, el SPD comenzó a consolidar rápidamente su posición dentro de la estructura de delegados de los consejos. Aunque los comunistas y otros intransigentes dominaban muchos consejos obreros a lo largo y ancho del corazón industrial de Alemania y más allá, donde se practicaba el poder directo de los trabajadores y la socialización, como era el caso del núcleo industrial del Ruhr, la composición de los delegados hizo que fueran representados por aliados débiles o por enemigos. Mientras que en los consejos obreros de Berlín y otros bastiones comunistas se excluyó a todos los delegados que no habían sido elegidos directamente en los lugares de trabajo —incluso Liebknecht y Luxemburg fueron excluidos de la asistencia—, en otros lugares no hubo tales escrúpulos. De los casi 500 delegados, Broué afirma que 405 habían sido enviados por los consejos obreros y 84 por los consejos de soldados.⁴⁴ Sin embargo, de esos 405 delegados, solo 179 eran trabajadores; los demás eran periodistas y profesionales. La asamblea que resultó de estas campañas se ha descrito ampliamente en la literatura como un acto de suicidio colectivo, «un club de suicidio político», en palabras de Müller. Mientras los espartaquistas esperaban que

⁴³ *Ibidem*, p. 168.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 184

las maniobras dilatorias del 10 de noviembre pudieran investir temporalmente a Ebert y a los ministros con un poder que los consejos podrían recuperar eventualmente, ocurrió lo contrario. El Congreso de los Consejos ratificó efectivamente la República Popular sin conservar para sí mismo más poderes que el de convocar una asamblea constituyente. No habría un consejo central desde el que se pudiera organizar la economía revolucionaria.

En retrospectiva, podríamos decir que Müller, Emil Barth y los delegados sindicales no tuvieron en cuenta la lección fundamental de Luxemburg en *La huelga de masas* durante la planificación de la insurrección de noviembre, dedicando un esfuerzo inútil a programar un último impulso insurreccional cuya fecha la propia multitud acabaría por determinar. Tenían un plan para la insurrección, pero no uno para garantizar su éxito. En la biografía de Müller, Ralf Hoffrogge señala la vaguedad de su llamamiento a favor del soviét, que proporcionaba escasas instrucciones sobre cómo debía llevarse a cabo la elección de delegados, lo que permitió al SPD manipular fácilmente la reunión del Circo Busch. En cualquier caso, la complicada dialéctica entre el movimiento de los delegados y la huelga general en curso rompe con muchas ideas preconcebidas sobre la relación entre espontaneidad y organización. La planificación y los compromisos voluntarios surgen de la huelga general y alimentan su fuego con diferentes tipos de consecuencias, como confirmará el resto de la secuencia.

A medida que se intensificaban los acontecimientos en diciembre, ni Müller, ni el otro representante de los delegados sindicales, ni tampoco Luxemburg

y Liebknecht entre los espartaquistas, pensaron que había llegado el momento de la insurrección. La derrota en el Congreso de los Consejos les había convencido de que les esperaba un duro trabajo de preparación y organización. Pero una parte del proletariado revolucionario, sin saber cuánto se había perdido ya, simplemente no aceptaba el ascenso de la mayoría socialdemócrata. Las luchas en torno a la desmovilización del ejército y el control del departamento de policía de Berlín, que estaba a punto de pasar a manos de los socialdemócratas, así como el destino de las milicias libres itinerantes (*Freikorps*), llevaron al CE a convocar una huelga general cuya magnitud e intensidad sorprendieron a casi todos. La manifestación del 5 de enero fue quizá la mayor acción proletaria de la historia. Doscientas mil personas se congregaron en el centro de Berlín, armadas y listas para luchar, rodeando la sede de la policía y esperando la señal. Los líderes no sabían muy bien cómo responder a esta sorprendente muestra de fuerza, que aspiraba a ser algo más que una mera exhibición. Broué cita la siguiente descripción de ese día, publicada en *Die Rote Fahne*:

Las masas regresan a casa con tristeza, habían esperado un gran acontecimiento y no había sucedido nada. Mientras, los líderes deliberaron. Habían deliberado en el Marstall. Continuaron en la sede de la policía y siguieron deliberando. Los trabajadores permanecían fuera, en la Alexanderplatz vacía, con sus rifles en las manos y sus ametralladoras ligeras y pesadas. Dentro, los líderes deliberaban.⁴⁵

⁴⁵ *Ibidem*, p. 242.

La acción autoorganizada de las masas proletarias, repentinamente dispuesta a la revolución, provocó una escisión en la dirección comunista, una brecha en el tiempo y en el espacio. Tanto las masas como la dirección permanecieron como bajo un hechizo, esperando la señal adecuada de su contraparte. La demostración de fuerza convenció a algunos de los que debatían en la sede policial de que ahora podían derrocar al gobierno de Ebert, pero otros dudaban de que pudieran mantener Berlín más de unos pocos días. Todos coincidían en que una retirada era imposible: había que sostener el entusiasmo del proletariado. A los prorevolucionarios, entre los que estaban Liebknecht y muchos delegados sindicales, que el día anterior habían coincidido con Luxemburg y Müller en que las condiciones aún no estaban maduras, se les permitió formar un comité que derrocaría al gobierno si fuera posible. Dicho comité redactó un comunicado en el que asumía el poder, pero no lo difundió.

Liebknecht y otros tomaron esta decisión después de que les informaran de que la revolucionaria *Volksmarine* (Marina Popular), con sede en el Marstall (el cuartel general del ejército), apoyaría la insurrección. Sin embargo, cuando su comité revolucionario acudió al Marstall, la *Volksmarine* los expulsó, debido a que no se les había consultado adecuadamente. La mayoría socialdemócrata reorganizó sus fuerzas para el contraataque, reconquistando violentamente los edificios de Berlín ocupados por los espartaquistas y sus aliados. Así, con la sangre de los trabajadores, se consagró la burguesa República de Weimar.

En su valoración final del levantamiento, «El orden reina en Berlín», escrita poco antes de ser asesinada por los *Freikorps* junto con Liebknecht, Luxemburg atribuye la culpa de la derrota del levantamiento espartaquista a la historia: esta fue o habrá sido una derrota necesaria, una «escuela», como escribió doce años antes, una expresión de la «inmadurez» política del proletariado alemán cuyas consecuencias le obligarían a madurar. Su teoría de la historia como movimiento le permitía considerar cualquier fracaso como un paso en el camino hacia el éxito. Para Luxemburg, el proletariado era a la vez demasiado y no suficientemente revolucionario: era capaz de resistir la provocación a la que se enfrentaba, pero era incapaz de llevar a cabo la revolución. Es difícil saber, no obstante, cómo el «liderazgo» hubiera podido tener éxito en una situación en la que, según Luxemburg, el fracaso era condición previa para el éxito real, en tanto forma de educación revolucionaria de masas.

En ese último artículo, Luxemburg señala particularmente la vacilación de los marineros revolucionarios, cuyo apoyo esperaban Liebknecht, Georg Ledebour y otros miembros del comité revolucionario, pero que rehuyeron ante la perspectiva de una guerra civil abierta y que, de hecho, expulsaron al comité del Marstall. A lo largo de esta secuencia, la cuestión del ejército y de los consejos de soldados desorientó a los partidos revolucionarios y al proletariado en ascenso, planteando un desafío para el que Luxemburg y los miembros de su partido no tenían respuesta. La revolución alemana fue, ante todo, una revuelta contra la guerra. E incluso los trabajadores, que se mostraban ambivalentes respecto

al parlamento, estaban seguros de que querían la abolición del ejército. De hecho, este fue el único ámbito en el que el Congreso de los Consejos de diciembre *fue* radical, al promulgar una serie de medidas que, según Broué, «supusieron una auténtica sentencia de muerte para el viejo ejército: abolición de las marcas de rango, abolición de la disciplina y del uso del uniforme fuera de servicio, abolición de las marcas externas de respeto, elección de los oficiales por parte de los soldados y transferencia del mando del ejército a los consejos de soldados».⁴⁶ Ebert y el SPD necesitaban la cooperación de los líderes del ejército existente para desmovilizarlo y frenar cualquier exceso revolucionario, pero también para que los restos del ejército imperial participaran en su propia disolución, aunque pareciera improbable. Por su parte, la amplia mayoría de los proletarios se oponía a cualquier reconstitución del ejército o al desarme prematuro de los consejos. La desmovilización también era una complicada y delicada cuestión para los consejos: los revolucionarios no querían una desmovilización demasiado rápida y perder el apoyo de los consejos de soldados y sus guarniciones. La desmovilización podría beneficiar a Ebert y a la derecha socialista, que podían contar con los *Freikorps*, las milicias mercenarias formadas por los recién desmovilizados. Estas podían actuar como delegadas del Estado, puestas a trabajar donde no hubiera ejército ni policía. La revolución se encontraba en la desafortunada situación de tener que apoyar a una fracción social —los soldados— que necesitaba abolir.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 231.

El KAPD, los grupos de fábrica y el Ejército Rojo del Ruhr

La insurrección de enero no se limitó a Berlín; continuó en otros lugares, incluso después de haber sido aplastada en la capital. En Hamburgo, Jan Appel, que había organizado huelgas en la industria armamentística desde 1917 y se había convertido en presidente del movimiento de delegados sindicales, se enteró del asesinato de Luxemburg y Liebknecht, y encabezó una marcha nocturna hacia un cuartel cercano. Los soldados fueron sorprendidos y desarmados, y las armas fueron distribuidas entre 4.000 trabajadores. De todos modos, los sindicatos lograron desmovilizar y desarmar a estos trabajadores. A raíz de esta experiencia, Appel y otros miembros del Movimiento de Delegados, así como muchos espartaquistas, llegaron a la conclusión de que los sindicatos eran inútiles para la revolución. Era necesario crear nuevas instituciones: consejos obreros firmemente arraigados en el lugar de trabajo, libres de la influencia sindical, rigurosamente proletarios y decididamente revolucionarios. Para prepararse para ello, debían crearse organizaciones fabriles especiales siguiendo el modelo de los delegados sindicales. A diferencia de muchos delegados sindicales y de muchos espartaquistas, incluidos Müller y Luxemburg, que estaban dispuestos a arriesgarse a la traición para mantener el contacto con las masas, Appel y sus compañeros, que acabarían formando parte del KAPD, rechazaron rotundamente trabajar con partidos parlamentarios o sindicatos.

En su discurso de 1921 ante el Tercer Congreso de la Komintern, pronunciado en nombre del KAPD

bajo el seudónimo de Max Hempel, y en relación con la rendición de cuentas por sus decisiones durante la Acción de Marzo de ese año, Appel trazó una línea divisoria entre la idea del consejo y la teoría bolchevique de la revolución.⁴⁷ Appel tuvo tiempo de presenciar el curso de la revolución a través de una serie de insurrecciones fallidas, y a partir de estas, y de un análisis más amplio de la ola revolucionaria desde 1917, observó cómo «las masas proletarias revolucionarias se organizan en la lucha». En Rusia y Alemania, los soviets y los consejos se han convertido en «la forma organizativa de las masas». Las antiguas organizaciones de la clase obrera (sindicatos y partidos parlamentarios) solo fueron suficientes durante un periodo en el que esta luchaba por mejorar su situación dentro del capitalismo, pero no para superarlo. Sin embargo, cuando millones de trabajadores reclaman la revolución, esos mecanismos y las personas vinculadas a ellos se convierten, por su propia naturaleza, en un obstáculo, por eso los trabajadores revolucionarios se sienten naturalmente atraídos por la forma de los consejos obreros. «Si así es como se forma el proletariado en la revolución», le dice Appel al Komintern, «entonces así es como nosotros, como comunistas, debemos comprometernos en organizar al proletariado revolucionario».

La labor del Partido Comunista consiste en dar ejemplo y transmitir ejemplos revolucionarios «de manera coherente con el desarrollo de la revolución hasta este momento». Los comunistas aprenden y lideran con el ejemplo. Un consejo no es solo un

⁴⁷ John Riddell (ed.), «To the Masses: Proceedings of the Third Congress of the Communist International», 1921, Historical Materialism Book Series, vol. 91, Leiden, Brill, 2015, pp. 448-457.

consejo, sino que, en una coyuntura revolucionaria, también es una comuna, es decir, la forma futura del comunismo hecha presente en un fragmento del ahora. Se propaga a través de la imitación y el ejemplo. No basta con ganar a las masas para la revolución ni con formar un grupo de líderes profesionales dedicados. Antes bien, había que dar directamente a los trabajadores los medios para ejercer el poder. Para Appel, el partido no es ni una forma cuantitativa que crece con las masas ni una forma cualitativa que se profundiza con la disciplina, sino un catalizador, un mediador efímero que da paso al poder directo de los trabajadores. El objetivo del KAPD, a diferencia de los bolcheviques del KPD, consistía entonces estrictamente en revitalizar el poder de los consejos y en destruir a todos aquellos que se interponían en su camino, es decir, los sindicatos afiliados al SPD, que a finales de 1919 se habían encerrado en la estructura de delegados de los consejos. Los militantes del KAPD se centraron así en la formación de *die unionen* o «uniones obreras», estructuras paralelas a los consejos, pero orientadas hacia los mismos, capaces de agitar a favor del poder de los consejos tanto dentro como fuera de los mismos. En lugar de tratar de organizarse por encima de los consejos, los comunistas debían organizarse junto a ellos: «Los comunistas deben actuar ahora para constituir un núcleo y un marco en el que el proletariado pueda encajar cuando las condiciones lo lleven a la lucha». Esta noción de liderazgo, que considera que el partido proporciona un marco y un núcleo derivados de las propias acciones del proletariado, es muy diferente a la del partido educador de Luxemburg o al del partido profesional de los bolcheviques. En este caso, se trata simplemente de un conjunto de principios

fundacionales, como las *unionen*, un modelo, como los consejos, que el proletariado no solo puede adoptar, sino que de hecho debe adoptar «porque ya no puede luchar por y con los sindicatos».

En aquel momento, Appel y sus compañeros pensaban que era necesario, además de las *unionen*, un partido de los comunistas organizados, en tanto estos reconocían la importancia fundamental de las luchas de los desempleados, que no encontraban su lugar en los sindicatos, pero a los que se podía animar a organizarse directamente en consejos y unirse así a los consejos obreros.⁴⁸ Las *unionen* estaban abiertas a cualquier trabajador revolucionario, independientemente de su afiliación, siempre que estuviera de acuerdo con el objetivo del comunismo. El partido, por otro lado, exigía a sus adeptos que estuvieran de acuerdo con sus principios. Esta división entre *unionen* y partido marcaba la diferencia entre un partido de masas y un partido profesional: las *unionen* eran organizaciones comunistas de masas, mientras que el partido adoptaba posiciones y posturas concretas. Sin embargo, esta estructura significaba que el KAPD no siempre tenía mucha influencia dentro de los grupos de fábrica, ya que los anarquistas tenían sus propias *unionen* y muchos de los miembros de

⁴⁸ Muchos de los partidarios más radicales del comunismo de los consejos, tanto en los últimos años de la Revolución alemana como más tarde en los Países Bajos y Alemania, eran trabajadores desempleados. Paul Mattick, por ejemplo, cuando trajo el legado del comunismo de los consejos a Estados Unidos e intentó organizarse según sus principios durante la Gran Depresión, trabajó principalmente con desempleados. Marinus van der Lubbe, el comunista consejista que incendió el Reichstag, pasó la mayor parte de su vida yendo de un trabajo a otro y organizando a los desempleados.

los grupos de fábrica asociados al KAPD no veían la necesidad de un partido. De hecho, los posteriores compañeros de Appel dentro del Grupo germano-holandés de Comunistas Internacionales (GIK), con quienes desarrollaría, elaboraría y publicaría *Los principios fundamentales de la producción y distribución comunistas*, llegaron a considerar que un partido era redundante o incluso contraproducente.

Visto, no obstante, desde otra perspectiva, tal vez la redundancia fuera el objetivo: donde los consejos fracasaban, los grupos de fábrica podían mantenerse firmes. Donde estos fracasaban, el partido se mantenía inflexible. Ese fue, de hecho, el papel que desempeñó el KAPD en la revolución, si es que desempeñó alguno. Como partido, sus seguidores eran más eficaces cuando actuaban a través de grupos armados autónomos y poco coordinados que se encargaban de prolongar y defender los momentos de insurrección mientras se reproducían a sí mismos mediante expropiaciones. Este fue concretamente el caso durante la Acción de Marzo de 1921, que representó el punto álgido de la limitada eficacia del KAPD y su última oportunidad para la revolución. La Acción de Marzo fue en parte un levantamiento espontáneo y en parte una respuesta coordinada por parte de los grupos armados del KAPD y el KPD, como el conocido grupo liderado por Max Hölz y el menos conocido encabezado por el compañero de Appel, Karl Plättner. A lo largo de 1920 y 1921, a medida que la situación económica empeoraba, los comunistas del KPD y el KAPD buscaron el momento insurreccional oportuno, sin querer perder la ocasión como hicieron el año anterior durante el levantamiento del Ruhr de 1920. En esta ocasión, el punto álgido se produjo en

el este, en Halle y Mansfeld, donde las *unionen* eran muy activas y los trabajadores estaban armados, sobre todo en las ultramodernas fábricas de Leuna, donde, según una estimación, al menos dos mil de los veinticinco mil trabajadores formaban parte del grupo de fábrica AAUD. Cuando el gobierno intentó desarmar a los trabajadores, se extendió una huelga general por toda la región y, con una sincronía poco habitual, tanto el KAPD como el KPD decidieron que había llegado el momento de la insurrección. Este fue el punto álgido del heroico aventurerismo de la ultraizquierda. En respuesta a la llamada general, las unidades armadas comenzaron a incendiar comisarías y juzgados, a atracar bancos y a distribuir los bienes expropiados. Max Hölz, conocido como el Robin Hood de la revolución, tendió una emboscada a las unidades policiales enviadas desde Berlín para sofocar la revuelta de los trabajadores de Mansfeld. He aquí una descripción de su fuerza protocomunista en acción:

El comando motorizado cuenta entre 60 y 200 hombres. Por delante va un grupo de reconocimiento, armado con ametralladoras o armas más ligeras, le siguen luego los camiones con armamento pesado. Después el «jefe» en coche particular «con la caja», en compañía de su «ministro de hacienda». Como cobertura, otro camión cargado de armamento pesado. Todos ellos cubiertos con banderas rojas. Desde la llegada a una localidad el aprovisionamiento es requisado, las oficinas de correos y las cajas de ahorros son despojadas. La huelga general es proclamada y pagada por los empresarios en gran medida. Los carniceros y panaderos están obligados a vender su mercancía entre un 30 y un 60 % más barato. Toda resistencia es aplastada inmediata y violentamente. Estos grupos,

después del *putsch* de Kapp son muy activos en toda Sajonia.⁴⁹

Los comités centrales del KPD y el KAPD hicieron un llamamiento general a la insurrección, pero apenas tenían control sobre unos acontecimientos que se sucedieron con gran rapidez. Los mensajes se perdían durante su transmisión entre el centro y las provincias. Los grupos armados que operaban de forma autónoma desconocían en gran medida lo que sucedía en otros lugares. En un ejemplo revelador de falta general de coordinación, los trabajadores semicualificados de la fábrica ocupada de Leuna rechazaron el llamamiento para tomar las armas y pasar a la ofensiva, intuyendo que serían masacrados. Sin embargo, no sabían que las fuerzas de Hölz estaban cerca y podrían haber acudido en su ayuda. Finalmente, la fábrica fue bombardeada, los trabajadores desarmados y Hölz capturado y arrestado. Se había perdido la oportunidad.

En realidad, la oportunidad se había perdido dos veces, ya que la Acción de Marzo era, en cierto sentido, un eco de una huelga y un levantamiento más generales que habían tenido lugar en la región un año antes y que había llevado a la fundación del KAPD y a la definición de su papel. El levantamiento de 1920, también conocido como la Revolución de Marzo, fue una respuesta al primer intento de las fuerzas derechistas lideradas por el general Lüttwitz de tomar el poder por medio de la fuerza militar.

⁴⁹ Gilles Dauvé y Denis Authier, *The Communist Left in Germany: 1918-1921*, trad. por M. DeSocio, Baltimore, Collective Action Notes, 2006, p. 146 [ed. cast.: *La izquierda comunista en Alemania 1918-1921*, Bilbao, Zero Zyx, 1978, p. 211], disponible en libcom.org.

Este golpe habría tenido éxito si no hubiera sido por la resistencia espontánea de la clase obrera alemana en Berlín, que se llevó a cabo a pesar de las vacilaciones de sus líderes. La mayor parte de los mandos militares no apoyaron abiertamente el golpe pero tampoco se resistieron por la fuerza, por lo que el SPD y sus ministros huyeron de Berlín en busca de un general que les ofreciera refugio. Consideradas las anteriores traiciones de este gobierno en fuga, que había cortejado y, por lo tanto, envalentonado a los mismos elementos que ahora estaban dispuestos a desplazarlo, el naciente KPD se mostró ambivalente y no hizo un llamamiento para defender al gobierno mediante una huelga general. En cualquier caso, la clase obrera alemana, ya organizada como fuerza de combate, se opuso tanto a la reconstitución del ejército y del imperio como a cualquier otra cosa, y dejó de trabajar sin esperar a que se le dijera que lo hiciera. En Berlín, el nuevo gobierno no podía imprimir dinero para pagar a los trabajadores ni propaganda para defender sus acciones, ya que los impresores estaban en huelga. En la región del Ruhr y en Sajonia, los trabajadores se armaron y lanzaron un llamamiento para elegir delegados a los consejos. Max Hölz y su improvisado Ejército Rojo incendiaron comisarías, abrieron cárceles y expropiaron a los bancos de toda la región rural de Vogtland-Erzgebirge. El golpe de Estado pareció envalentonar y concentrar peligrosamente a las fuerzas de la izquierda; el ejército y la burguesía se sintieron amenazados. Pero los acontecimientos no podían rebobinarse simplemente en el carrete de la historia: las fuerzas desatadas por la huelga general no aceptarían un retorno sencillo al *statu quo* anterior.

Esto resultó especialmente cierto en el caso de los proletarios de la región minera del Ruhr, donde una huelga de masas de espartaquistas y otros comunistas, que apoyaban los consejos y la socialización, fue violentamente reprimida por los *Freikorps* y sus manipuladores del SPD en la primavera de 1919. Mientras que en Berlín la acumulación de poder estatal armado hacía imposible la insurrección, en el Ruhr el poder estaba más disperso. Situada al este del Rin, la cuenca del Ruhr era, al igual que Pensilvania en Estados Unidos, una zona rica en yacimientos de hierro y carbón, y por eso un lugar natural para la industria pesada alemana. Se trataba de industrias que requerían mucha mano de obra y atraían a trabajadores de todas las partes del Imperio alemán, incluidos polacos de las regiones eslavas y católicos del sur, que tenían sus propios sindicatos. La vivienda escaseaba, por eso, tras la revolución, los desempleados de las regiones siderúrgicas y metalúrgicas del Ruhr que habían contribuido al esfuerzo bélico no pudieron emigrar a los yacimientos carboníferos cercanos, que necesitaban mano de obra, ya que no tenían dónde alojarse ni transporte para llegar hasta allí. Debido a la alta densidad de población y al empobrecimiento general, la región sufrió una grave escasez de alimentos durante la guerra; durante el último año, muchas personas sobrevivieron exclusivamente a base de nabos.

Tras la Revolución de Noviembre, los consejos más radicales se distinguieron por expropiar y redistribuir los alimentos que los empresarios y los ricos habían ocultado, ya fuera para sus propios fines o para utilizarlos como incentivo. Aquí, la inmensa riqueza de los industriales más ricos de Alemania

contrastaba la miseria y el pauperismo de la clase trabajadora, en forma de enormes plantas industriales, como el complejo Thyssen, que tenía su propio yacimiento de carbón, sus propias refinerías de coque y altos hornos para transformar el carbón y el mineral de hierro en acero. Por eso, las demandas de socialización de la producción fueron especialmente fuertes en esta región, sobre todo en las zonas occidental y septentrional del Ruhr, donde los grupos anarcosindicalistas estaban muy activos. No obstante, el SPD había formado consejos de forma preventiva en otras regiones, donde cooperaban con los administradores municipales y formaban cuerpos de guardias de seguridad en nombre de los empresarios. Los anarcosindicalistas, los comunistas y los independientes libraron encarnizadas batallas por el control de los consejos en la cuenca del Ruhr durante la oleada de huelgas de principios de 1919, que en varios lugares pasó de la huelga general a la guerra civil. En esos lugares, el comisario del SPD para la región y el *Reichswehr*, junto con los *Freikorps*, desarmaron por la fuerza a los consejos, matando a decenas de personas. La demanda central de esta oleada de huelgas de febrero y abril fue la socialización de la industria del carbón, algo que el Congreso de los Consejos había propuesto. En Essen se había aprobado una estructura para la socialización de las minas a través de estructuras de delegados. Se ocuparon las instalaciones de los empresarios para llevar a cabo una primera aplicación del modelo, pero este era una especie de posición de compromiso desarrollada por los socialdemócratas independientes con el fin de impedir la socialización más radical imaginada por los sindicalistas y comunistas de los grupos de fábrica. Según este modelo, la socialización

pasaría por la nacionalización y mantendría la propiedad privada durante un tiempo, combinándola con el control obrero.⁵⁰ Aunque se eligieron consejos y delegados, la ambigüedad sobre el papel de estos últimos hizo que su poder se fuera debilitando gradualmente hasta que, en el mejor de los casos, pasaron a tener una función meramente consultiva.

La clase obrera del Ruhr era, por tanto, inusualmente combativa, pero también ciertamente el Estado y, en particular, el ejército eran muy débiles a nivel local. Como condición para el armisticio, los Aliados ocuparon la orilla occidental del Rin, junto con tres cabezas de puente clave hacia el resto de Alemania; el Tratado de Versalles, firmado en 1919, estipuló la desmilitarización de toda la región del Rin, incluidas partes del valle del Ruhr. Por esta razón, el comandante del ejército local, Oskar Von Watter, y su homólogo del SPD, Carl Severing, se vieron obligados a recurrir a unidades de *Freikorps* con el fin de mantener el orden, unidades que habían sido brutalmente utilizadas contra las huelgas «socializadoras» proconsejistas de 1919. La declaración inicial de Von Watter de neutralidad, en lugar de lealtad, en respuesta al *putsch* de Kapp, pareció a muchos en la región un respaldo implícito y, aunque más tarde declaró su apoyo al gobierno del SPD, ya era demasiado tarde. La respuesta de los proletarios de la región fue rápida y contundente, uno de los ejemplos más increíbles de autoorganización proletaria de la historia: en pocos días, casi 100.000 trabajadores se armaron, luego desarmaron a las unidades de

⁵⁰ Jürgen Tampke, *The Ruhr and Revolution: The Revolutionary Movement in the Rhenish-Westphalian Industrial Region, 1912-1919*, Londres, Croom Helm, 1979, pp. 117-311.

Freikorps en Dortmund y convocaron la elección de delegados para los consejos obreros. Cuando Kapp huyó de Berlín, este «Ejército Rojo del Ruhr» controlaba toda la región desde el río Ruhr hasta el Lippe y había derrotado en combate abierto a las unidades de la Reichswehr enviadas desde Münster, obteniendo aún más armamento, incluida una pequeña fuerza aérea. Los acontecimientos de un año más tarde, la llamada Acción de Marzo, fueron más limitados en este sentido y no implicaron en ningún lugar una movilización tan total. Aquí, al menos, se daban las condiciones previas para el comunismo: la violencia organizada del Estado había sido destrozada por una mayoría proletaria armada. Pero se trataba de nuevo de una mayoría dividida, insegura no solo en lo que se refiere a sus métodos, sino también a sus objetivos. ¿Se trataba simplemente de defender al gobierno de Berlín, el *statu quo* y la situación que los había llevado hasta allí, o era ahora posible tomar las armas y perseguir objetivos sin actuar de forma irreflexiva, buscando no solo derrotar el golpe, sino también una insurrección consejista? Muchos grupos armados, en su voluntad de luchar hasta el final, así lo creían, pero sus líderes, orientados por naturaleza hacia el compromiso y la negociación, no pensaban lo mismo.

Tras esa primera semana, se produjo una situación complicada: en el resto del país, el golpe de Estado había fracasado, repelido por la huelga general; además los enfrentamientos armados habían sido, en su mayor parte, limitados, lo que permitió a los trabajadores conservar sus armas. En el Ruhr, sin embargo, los trabajadores habían asumido el poder *de facto* y no estaban dispuestos a renunciar a él sin

garantías de que no serían masacrados. De hecho, muchas unidades consideraron una traición todos los acuerdos negociados para su desarme y atacaron a los líderes que los habían firmado. El problema del consenso tenía, en cierto modo, un componente geográfico: en el oeste del Ruhr, los sindicatos «eran débiles o inexistentes, porque la mano de obra estaba compuesta en gran parte por hombres sin raíces y trabajadores temporales, muchos de ellos polacos y rusos».⁵¹ Donde los sindicatos eran más débiles y operaban sindicatos patronales en su sustitución, los grupos de fábrica comunistas y anarquistas tuvieron más éxito; estos se habían estado organizando desde las huelgas por la socialización de 1919. Sin embargo, en la parte oriental del valle, donde se llevaron a cabo todas las negociaciones y donde se concentraban la mayor parte de las fuerzas del ejército del Reich desplegadas contra los proletarios del Ruhr, los sindicatos, el SPD y los independientes tenían raíces más profundas en los lugares de trabajo. La mayoría de quienes participaron en las negociaciones procedían de esos grupos ya consolidados, en parte porque el comisario del SPD, Severing, se negaba a tratar con ninguna organización combatiente y solo se reunía con representantes políticos de los sindicatos y los partidos, y en parte porque la izquierda comunista de la región estaba demasiado ocupada armándose y desarmando al enemigo, así como preparando la república de los consejos. Las *unionen* eran «organizaciones unitarias» no solo porque aspiraban a una única organización revolucionaria,

⁵¹ Werner T. Angress, «Weimar Coalition and Ruhr Insurrection, March-April 1920: A Study of Government Policy», *Journal of Modern History*, núm. 29 (1), 1957, p. 3.

tanto política como económica —que organizara no solo la producción, sino también la vida al completo—, sino también porque rechazaban la división del movimiento obrero en sindicatos y partidos políticos y la separación entre reivindicaciones económicas y políticas. Estas divisiones eran impracticables en el caso de la huelga general, pero también permitían la sustitución y la duplicación.

No existía así un único «Ejército Rojo», salvo en la medida en la que algunas figuras políticas se autoproclamaban sus representantes. Los actos espontáneos de armarse y desarmarse significaban que no existía un verdadero mando militar central, y mucho menos un liderazgo político que lo dirigiera. El 23 de marzo, representantes de los consejos, alcaldes y delegados de los partidos y sindicatos se reunieron con Severing y Von Watter en Bielefeld para negociar una tregua. Un comité de acción de Hagen ya había presentado sus demandas: que la Reichswehr se retirara y que el orden público quedara en manos de las milicias obreras. En Bielefeld, los representantes de los trabajadores (en su mayoría, socialdemócratas, independientes y miembros del recientemente formado KPD) acordaron un plan de desarme gradual. Sin embargo, al mismo tiempo, las unidades del Ejército Rojo en el oeste asaltaron la fortaleza de Wesel, donde estaban estacionadas las unidades más cercanas de la Reichswehr. El Ejército Rojo, que luchaba en defensa de la democracia, no podía ser democrático; del mismo modo, los llamamientos a la democracia proletaria solo podían ser llamamientos para revocar el poder de los falsos delegados que hablaban en su nombre, algo que se conseguía fácilmente rompiendo el alto el fuego

sin esperar a una votación a mano alzada. Para las *unionen* activas en los yacimientos carboníferos del Ruhr occidental, como los grupos de fábrica aliados con la FAU anarcosindicalista o la AAU comunista (fundada en febrero de 1920) y que incluían a futuros miembros del KAPD, no podía haber un Ejército Rojo unitario antes de las elecciones a los consejos. Sin embargo, para estos consejistas, la defensa de la democracia proletaria requería una acción unilateral e incluso dictatorial.

A pesar de su división, durante unas semanas existió así un verdadero poder proletario en la cuenca del Ruhr que controlaba algunos de los principales instrumentos de la economía alemana y, de hecho, de la economía europea. Podríamos llamarlo incluso un poder consejista, si tenemos claro qué tipo de consejos funcionaban y qué tipo de poder era. En buena medida, no existían verdaderos consejos de fábrica en gran parte de la región. Por eso, los comunistas, los independientes y los anarquistas pidieron la reelección de los delegados de los centros de trabajo, ya que, en muchos casos, los consejos existentes tenían poca relación con el lugar de trabajo. Quizá valga la pena revisar cómo se formaron los consejos durante la Revolución de Noviembre, a medida que se extendía a partir del motín de los marineros en Kiel. En el Ruhr, como en otros lugares, el poder local fue derrocado en ocasiones por comisiones de trabajadores en huelga que desarmaron a las autoridades; sin embargo, con mayor frecuencia, el momento culminante se producía cuando una delegación de marineros revolucionarios llegaba desde Kiel, desarmaba a la policía, destituía al alcalde y llamaba a la formación de consejos. La composición y

el funcionamiento de dichos consejos dependían en gran medida de quiénes estuvieran presentes. A menudo, los miembros no eran elegidos en los lugares de trabajo, sino entre los distintos partidos, con o sin pruebas de su historial laboral proletario. A menudo, trabajaban directamente con los administradores municipales y formaban parte de los «guardias de seguridad» más o menos leales a los empresarios. Se trataba de consejos burgueses, totalmente recuperables por el Estado democrático liberal y que, en última instancia, quizá resultaron útiles para el proceso de formación del Estado republicano.

Las convocatorias para elegir delegados en los lugares de trabajo eran pues, en realidad, convocatorias para que los trabajadores conservaran sus armas y su autonomía, así como para destituir a la Asamblea Nacional. Suponían una exigencia negativa (la destitución de los delegados) oculta tras una positiva (las elecciones), ya que cualquier delegado elegido que no estuviera a favor de los consejos y la socialización sería rechazado. Sin embargo, esto también significaba que, por el momento, las unidades del ejército tendrían que aceptar que, de hecho, eran tales consejos de soldados. Como escriben Dauvé y Authier:

Los proletarios son vencedores mientras se apoyan sobre sus funciones sociales, utilizando el aparato productivo para abastecerse, armarse, transportarse, sin por ello quedarse dentro de los límites de la producción. Las ciudades sublevadas unidas envían apoyo a los obreros de otras ciudades. Pero incluso aquí el movimiento pone de manifiesto los puntos flacos que marcan toda la época. Después de haber vencido al ejército, con sus mismos métodos y sobre su propio terreno, la inmensa mayoría de los proletarios dan por

finalizada su tarea y entregan el poder a los partidos y a la democracia. El ejército rojo echa a los militares y luego se transforma en un clásico movimiento de trabajadores. Los obreros se han movilizado por la democracia, y aquellos que han querido ir más lejos han sido abatidos por la misma fuerza militar que apoyaba el *putsch* antidemocrático y a la que rápidamente recurrió el Estado.⁵²

Desde la perspectiva de las organizaciones unitarias, el problema radicaba precisamente en la división entre el poder político y el poder económico, entre el ejército y el consejo, algo que quedó patente en la negativa de Severing y von Watter a negociar directamente con las unidades militares. En Duisburgo, por ejemplo, «el ultraizquierdista Wild decidió confiscar las cuentas bancarias y los alimentos, y pidió que los consejos obreros se eligieran exclusivamente entre quienes defendían la dictadura del proletariado». ⁵³ En otras palabras, se erigieron como un poder e impusieron un contenido concreto a los consejos, y no solo una forma. Esto es lo que faltaba en la concepción democrática y pluralista de los consejos: los delegados que no eran revolucionarios o proletarios no eran delegados en absoluto, sino falsos sustitutos. Los delegados deben ser trabajadores y comunistas explícitos. Solo cuando se especifica ese contenido puede tener éxito la forma consejo.

Los consejos son estructuras de pertenencia y comunidad. Vinculan a los trabajadores con los lugares donde trabajan y viven, y con determinadas masas de capital fijo que deben ser expropiadas y

⁵² Dauvé y Authier, *The Communist Left in Germany...*, cap. 12 [ed. cast.: *La izquierda comunista...*, p. 189]

⁵³ Broué, *The German Revolution...*, p. 375.

con las que cada proletario tiene una historia particular (vivienda, medios de producción). Por otro lado, los ejércitos son organismos universalistas e igualadores que nivelan las diferencias y no requieren ni historia ni pertenencia. Organizan a quienes no pertenecen, es decir, a los desplazados por la guerra, las catástrofes o la propia revolución, por eso los campos de refugiados están estructurados como un ejército. La característica definitoria del ejército es la uniformidad: vestuario, lenguaje y protocolos comunes que distinguen al amigo del enemigo y manifiestan la velocidad del mando. En la Acción de Marzo, los grupos armados del KAPD asumieron este papel nivelador de manera diferente, pero lo asumieron de todos modos: los expropiadores de Max Hölz se pagaban un salario estándar y enviaban los ingresos restantes al partido con el fin de apoyar a los que estaban en la clandestinidad. El amigo de Paul Mattick, Karl Gonschoreck, que lideraba un grupo diferente, entraba en el barrio burgués de una ciudad, sacaba todos los muebles de las casas a la calle, donde cualquiera podía llevárselos, y luego prendía fuego a los edificios alegando que esas casas no podían ser expropiadas ni compartidas.⁵⁴

Independientemente de cómo valoremos esta acción, ese momento pone de manifiesto la conexión entre el ejército revolucionario (que nivela e iguala) y el consejo revolucionario (que vincula a las personas con lugares concretos). En la cuenca del Ruhr, al igual que con Gonschoreck y Hölz, estos ejércitos no eran ejércitos, del mismo modo que los consejos no eran consejos. No había unidad entre las distintas

⁵⁴ Paul Mattick, *La révolution fut une belle aventure*, Montreuil, L'Echappee, 2016, p. 64.

direcciones. No se trataba solo de un ejército voluntario, sino de uno autodirigido. Incluso cuando estaba compuesto por voluntarios, la naturaleza del ejército es el reclutamiento, ya que en cuestiones militares no se puede elegir y hay que aceptar cierta inmediatez en la toma de decisiones. Cuando el mando se derrumba, ya no hay ejército, solo proletariado en armas, pero entonces también existe la posibilidad de que la revolución la lleven a cabo los propios proletarios. El Ejército Rojo del Ruhr estableció la posibilidad de un camino alternativo para los consejos: no la socialización, que habría afianzado su dependencia de la República de Weimar (la socialización aquí significa nacionalización), sino la comunización, es decir, la expropiación directa e inmediata de los medios de producción, que ya pertenecían al conjunto de los proletarios armados.

Los consejos en perspectiva comparada

Los consejos y las repúblicas de consejos se declararon de forma diversa, esporádica y sin sincronía en toda Europa Central y más allá durante el periodo de 1917-1923, surgiendo esporádicamente y a veces de forma caprichosa en lugares tan distantes como Seattle y Limerick, São Paulo y Trondheim. En Hungría, en la primavera de 1919, se formó un gobierno de consejos de corta duración, que radicalizó a los consejistas de Baviera, quienes, al carecer de suficiente presencia en los lugares de trabajo, reinaron de forma vacía como una república consejista cualquiera, antes de ser burlados, traicionados o

simplemente destruidos.⁵⁵ Al otro lado de los Alpes, en las ciudades industriales del norte de Italia, un movimiento de huelga de masas durante el Bienio Rojo (1919-1920) dio lugar a una ola de «consejos de fábrica» que adoptaron una forma diferente a los de Rusia, Alemania y Europa del Este. De forma similar al movimiento de delegados sindicales británico, que también promovía la idea de los consejos, estaba formado por comisiones internas o comités de fábrica que elegían delegados para organizar las huelgas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en Rusia, Alemania y Europa del Este, no existía en este caso un «soviet» inter-fábricas, por lo que la coordinación quedó en manos de los sindicatos y los partidos. Los consejos italianos eran instrumentos muy localizados y tendían a culminar en ocupaciones de fábricas y enfrentamientos negociados con el Estado y los empresarios, más que en explosiones insurreccionales. A diferencia de los consejos de Alemania y Rusia, los consejos italianos se coordinaron *a posteriori* en grandes asambleas nacionales dominadas por los sindicatos. Sin embargo, mientras que en Alemania y Rusia el proyecto económico de los consejos quedó relegado a un segundo plano en favor de su transformación en instrumentos políticos bajo el control de los partidos y los sindicatos, en Italia el proyecto económico de control obrero tendió a eclipsar los objetivos específicamente políticos y, con ellos, cualquier perspectiva revolucionaria.

En el caso italiano tampoco se produjo un colapso parcial del poder del Estado. El militarismo y el pauperismo provocado por la guerra habían animado

⁵⁵ Volker Weidermann, *Dreamers: When the Writers Took Power, Germany 1918*, Londres, Pushkin Press, 2018.

poderosas revueltas de la clase obrera, así como huelgas generales —como las de Ancona en 1914 y las de todas las ciudades del norte en 1917—, pero en 1919 el ejército estaba en gran parte desmovilizado y no se produjo ninguna agitación significativa entre la clase obrera dentro del ejército. De manera excepcional, el Partido Socialista Italiano se opuso a la guerra, si bien una fracción reformista del movimiento obrero, muy arraigada en los sindicatos, colaboró con el Estado para reprimir las acciones de la clase obrera durante la guerra. Las comisiones internas, que sentarían las bases de los comités de fábrica italianos, fueron en realidad una invención del sindicato reformista del metal, la FIOM. Este pudo utilizarlas con el fin de mediar y canalizar el descontento de la clase obrera con la producción en tiempos de guerra. De todos modos, los sindicatos tuvieron una seria competencia por parte de la Confederación General del Trabajo (CGILO), de orientación sindicalista, y del sindicato anarcosindicalista italiano (USI), más pequeño, los cuales lograron arrebatarse los comités de fábrica a la FIOM y convertirlos en instrumentos de la huelga general. En principio, el sindicalismo no distingue entre los sindicatos como instrumentos de la lucha de clases dentro del capitalismo y contra el capitalismo; tiende a considerar la revolución como un abrumador crecimiento del poder de la clase obrera en los centros de trabajo. La orientación economicista de los consejos italianos y su descuido del aspecto político se derivan, en parte, de este aspecto de la teoría sindicalista, por no mencionar la mediación de los reformistas. La organización sindicalista es industrial: organiza a los trabajadores por industria y, solo después, por región, postura propicia para la negociación a nivel de clase, pero no para

organizar la insurrección o la producción directa del comunismo, que necesitaría coordinar los lugares de trabajo sobre una base geográfica amplia, con el fin de ser tanto comuna como consejo.

El anarcosindicalismo es una respuesta al economicismo estrecho y a la antipolítica del sindicalismo en general, sin mencionar las tendencias reformistas de algunos sindicalistas, visibles desde el principio en la CGT francesa, que se unió a la «unión sagrada» durante la Primera Guerra Mundial y acordó suprimir las huelgas. La Unión Anarquista Italiana (UAI), por ejemplo, reconoció pronto los límites de los consejos de fábrica, pero le faltó una concepción de estos como un híbrido político-económico que superara la distinción entre lo político y lo económico mediante la descentralización política y la coordinación económica. En lugar de ello, sugirieron la necesidad de un complemento político; en julio de 1920, escribieron:

Los consejos [de fábrica] solo resuelven una parte del problema del Estado: lo vacían de sus funciones sociales, pero no lo eliminan; vacían el aparato de Estado de su control sin destruirlo. [...] Los consejos no pueden cumplir esta función y, por eso, es necesaria la intervención de una fuerza organizada: el movimiento específico de la clase que llevará a cabo esta misión. Solo así se puede evitar que la burguesía, expulsada por la puerta con el disfraz de patrón, vuelva por la ventana disfrazada de policía.⁵⁶

Este papel debería desempeñarlo la propia UAI, al igual que quince años más tarde lo harían la

⁵⁶ Tommy Lawson, «Anarchists in a Worker's Uprising», disponible en libcom.org, marzo de 2021.

Federación Anarquista Ibérica (FAI) española y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) anarcosindicalista. Curiosamente, con esta postura, los anarquistas italianos se hacen eco de las críticas de su supuesto antagonista en esa coyuntura, Amadeo Bordiga, cuya variante del leninismo se desarrolló en oposición a la facción de Antonio Gramsci dentro del Partido Socialista Italiano (PSI), centrada en torno a *L'Ordine nuovo*. Esta apoyaba los consejos de fábrica y adoptaba una visión de la organización sindicalista industrial como complemento del derrocamiento revolucionario del capitalismo. Para Bordiga, las ocupaciones de fábricas de octubre y diciembre de 1920 fueron prematuras, ya que los trabajadores no podían apoderarse de los medios de producción taller por taller:

La clase obrera conquistará las fábricas —sería demasiado insignificante y poco comunista que cada taller lo hiciera por separado— solo después de que haya tomado el poder político en su conjunto. Sin esto, la Guardia Regia, los carabineros, etc., es decir, el mecanismo de fuerza y opresión a disposición de la burguesía, su aparato de poder político, se encargarán de disipar todas las ilusiones.⁵⁷

Bordiga reconoce la diferencia entre los consejos de fábrica y los soviets, pero imagina un proceso de desarrollo muy similar al que se produjo en Rusia, con los soviets como órganos políticos y los consejos de fábrica como órganos económicos:

⁵⁷ Amadeo Bordiga, *The Science and Passion of Communism: Selected Writings of Amadeo Bordiga (1912-1965)*, ed. Pietro Basso, trad. por Giacomo Donis y Patrick Camiller, Leiden, Brill, 2020, p. 133.

Solo hasta cierto punto, las comisiones internas de fábrica pueden considerarse precursoras de los soviets. De forma más precisa, las consideramos precursoras de los consejos de fábrica, que tienen funciones técnicas y disciplinarias durante y después de la socialización de la propia fábrica. El soviet político cívico puede elegirse donde sea más oportuno, probablemente en asambleas similares a las actuales urnas electorales.⁵⁸

Para Bordiga, los soviets deben restringir el poder político a los proletarios, no solo a los trabajadores, por lo que tanto los empleados como los desempleados deben poder elegir delegados a nivel regional. Bordiga también afirma que los soviets deben ser comunistas en su contenido y, por este motivo, propone que los delegados deben provenir exclusivamente del partido comunista. Bordiga parte de una teoría del interés proletario, en la que las comisiones de fábrica representan el interés «sectorial» de los trabajadores —es decir, los intereses de los trabajadores de un lugar de trabajo concreto con el fin de mejorar sus propias vidas—, mientras que los soviets representan los intereses de la clase obrera en su conjunto. En este sentido, los delegados no pueden representar a un taller concreto, deben preocuparse por la reproducción de la sociedad en su conjunto.

A la luz de las diferencias entre los consejos de Alemania y los consejos de Italia, la percepción de Bordiga del movimiento de los consejos de fábrica como representantes de intereses sectoriales tenía mucho que ver, en última instancia, con el carácter sindicalista de los consejos de fábrica italianos, en los que los representantes de los sindicatos

⁵⁸ *Ibidem*, p. 128.

representaban a los trabajadores de un sector industrial concreto. Esta crítica no es aplicable a los consejos alemanes y, de hecho, coincide con la crítica de Appel a los sindicatos alemanes: aunque los consejos de fábrica italianos estaban dirigidos por sindicatos «revolucionarios», acabaron adaptándose a la negociación con los empresarios y el Estado en lugar de optar por el derrocamiento revolucionario. Al igual que Korsch, que también fundamentó su postura en una lectura de *El Estado y la revolución* de Lenin, Bordiga critica el formalismo de algunos consejistas y hace hincapié en la importancia de dos aspectos: uno de clase y otro doctrinal. Los soviets deben ser plenamente proletarios y comunistas. Es importante para los intérpretes posteriores de la idea del consejo que enfatice que la clase no está determinada por las relaciones laborales, sino por las relaciones de propiedad: los proletarios son todos aquellos que están *senza riserva* [sin reservas] entre la clase de los desposeídos, lo que incluye a toda la clase trabajadora. Incluye a los desempleados, pero también, implícitamente, a las mujeres y otras personas, ya sean jóvenes o mayores, que no trabajan. Cuando los trabajadores ocupan sus lugares de trabajo y se autoorganizan, no deben ni pueden hacerlo solo para sí mismos. Sus productos pertenecen a todos los proletarios y sus puertas deben estar igualmente abiertas a todos ellos. Si los consejos han de ser «esencialmente un gobierno de la clase obrera» y «la forma política finalmente descubierta para llevar a cabo la emancipación económica del trabajo», entonces su mandato es comunista desde el principio. Los delegados que intentan reproducir el capitalismo —los que votan a favor de una asamblea nacional, por ejemplo— no son delegados en absoluto, ya que

no representan un proyecto proletario y comunista. Se autorrevocan, como se hace evidente cuando los consejos que los nombran repudian sus decisiones, como ocurrió con frecuencia en el caso alemán, ya fuera de forma formal o tácita.

Sin embargo, Bordiga se equivoca al considerar que el partido puede actuar como garante de este contenido comunista proponiendo a individuos ilustrados, seleccionados por su comprensión del programa comunista. Existe aquí un idealismo tecnocrático que convierte al comunismo en una función del pensamiento correcto. Sin embargo, como hemos visto en Luxemburg, la adopción de decisiones acertadas no solo depende del conocimiento, sino también de la información disponible. Sin la participación de las masas, los delegados son incapaces de tomar decisiones acertadas, sencillamente carecen de información suficiente sobre las condiciones locales. Por eso, la toma de decisiones debe descentralizarse en la mayor medida posible, al tiempo que se permite una acción unitaria. Los soviets de Bordiga carecen de reflexividad en la medida en que están supervisados por el partido desde arriba y no por los consejos desde abajo. Hay, no obstante, una forma de leer a Bordiga a contracorriente, la cual se analizará más a fondo en el apartado dedicado a su recepción en Francia en la década de 1960. Según esta, el partido no sería tanto una organización formal como una forma de nombrar a todos aquellos comprometidos con la revolución comunista. En esta línea, el partido definiría el mandato fundamental de los soviets y su principio de inclusión: para delegar o ser delegado, hay que ser tanto proletario como comunista.

Lo que les faltó a los consejos italianos durante el Bienio Rojo fue la capacidad de actuar de forma conjunta. Como nos dice Trotsky, el Soviet de San Petersburgo ratificó y consolidó una unanimidad ya existente. No había nada que votar, solo asuntos prácticos a decidir y preparativos que hacer. Algo similar ocurrió con la Comuna de París y con Berlín: esa unanimidad forma parte de la comuna. Es fácil desarrollar tal unanimidad cuando la tarea es una huelga de masas; es más difícil cuando se trata de una insurrección general; y aún más difícil cuando se trata de coordinar la distribución y la producción comunistas. Ningún sistema de consejos durante el periodo de 1917-1923 fue capaz de transformar las primeras unanimidades en las segundas; antes bien, se suicidaron en la constitución republicana antes de llegar a ese punto. Solo en España, durante la Guerra Civil, se intentó realmente establecer una producción y distribución comunistas, pero, en este caso, no había consejos independientes de los sindicatos y las formas de poder desde abajo eran poco sistemáticas, *ad hoc*, y más fuertes fuera de las ciudades o en zonas donde se concentraban los radicales, como Barcelona. El comunismo surgió en los márgenes, sin consolidarse, sin ningún plan común ni mecanismo de autorreflexividad.

En Alemania, los consejos invistieron el poder del Estado burgués en contra de la voluntad de sus electores. En Rusia, ayudaron a los bolcheviques a hacerse con el poder del Estado y a utilizarlo como instrumento para llevar a cabo la transición comunista. En ningún lugar disolvieron el poder del Estado ni salvaron la brecha entre lo económico y lo político. De hecho, incluso los planes de socialización

consejista en Alemania propuestos por los socialdemócratas independientes en 1919 y 1920 presuponían la existencia del Estado colaborador que mediaría en los conflictos con la burguesía parcialmente expropiada. Al desarrollarse primero como poder político, independiente del control real sobre los medios de producción, los consejos contribuyeron a su captura. Por otro lado, la ocupación aislada de las fábricas no supone el control de los medios de producción, como demuestra el caso italiano, ya que dichas fábricas siguen dependiendo del mercado y del Estado. En un caso se trata de una extensión sin la intensidad suficiente; en el otro, de una intensificación sin la extensión suficiente. En un caso, se trata de un republicanismo latente heredado del SPD; en el otro, de un economicismo derivado del sindicalismo.

Lo que al parecer se necesitaba eran formas de coordinación sin constitución política. Los consejos tenían que coordinarse para producir según un plan común, distribuir sus productos entre sí y entre los residentes de los distintos distritos, al tiempo que organizaban la defensa de la revolución. En las condiciones en las que los consejos deben extenderse y profundizarse, cualquier autoridad delegada debía ser revocable de forma continua, reafirmada constantemente por las organizaciones de base y estar en consonancia con su composición y función cambiantes. La coordinación revolucionaria surge tras una acción no sistemática y unilateral con el fin de ampliar e intensificar dicha acción y convertirla en una acción común y universal en sus objetivos.

El levantamiento en el Ruhr ofrece algunos detalles sobre cómo puede desarrollarse una revuelta comunista. Los trabajadores liberan una zona concreta

y distribuyen sus frutos más allá de esta. Invitan a todo el mundo a unirse a ellos en su trabajo. Hay un impulso universalizador y nivelador que trasciende los límites de cualquier empresa o zona. Solo después de armar al pueblo y nivelar las diferencias se puede producir de manera significativa la formación de consejos de fábrica, consejos que no serían instrumentos de socialización en términos de nacionalización, sino de comunización directa, vinculando de inmediato cada lugar de trabajo con su región correspondiente y con todo el alcance del comunismo. En una situación en la que los líderes autoproclamados quieren traicionar a los grupos armados, las conexiones laterales y diplomáticas entre ellos son tan importantes como los delegados. Con el tiempo, esa coordinación puede formalizarse, pero una formalización prematura hace que la organización no responda a las condiciones cambiantes. Lo que se necesita no es tanto un plan específico, como un plan para un plan: una orientación hacia la acción común que pueda convertir el caos del momento insurreccional en una forma de comunismo que se reproduzca por sí mismo. El Ejército Rojo, un ejército sin centro, podría haberse convertido en el catalizador de ese proceso si la huelga general contra el golpe de Kapp hubiera logrado desestabilizar o desplazar el poder armado en Berlín y en otras ciudades.

Para algunos participantes, la Revolución alemana y, con ella, la ola revolucionaria de 1917-1923 fracasaron porque las masas no les respaldaron. Para otros, fracasaron por falta de claridad sobre sus objetivos. Según Paul Mattick, la timidez de las masas se vio reflejada en la debilidad de la teoría revolucionaria, aunque una no fue causa de la otra:

El entusiasmo espontáneo de los obreros se debía más a la finalización de la guerra que a la transformación de las relaciones sociales existentes. Sus reivindicaciones, expresadas a través de los consejos de obreros y soldados, no trascendían las posibilidades de la sociedad burguesa. Incluso la minoría revolucionaria, y particularmente la *Spartakusbund*, fracasaron en el desarrollo de un programa revolucionario congruente. Sus reivindicaciones económicas y políticas eran de una naturaleza dual; habían sido elaboradas para servir como reivindicaciones sobre las que llegar a acuerdos con la burguesía y sus aliados socialdemócratas, y como consignas de una revolución que suprimiría la sociedad burguesa y sus defensores.⁵⁹

Esto nos lleva a preguntarnos qué relación existe entre esa timidez y esa debilidad. La teoría del ejemplo revolucionario descrita anteriormente nos recuerda que la práctica es siempre su propia teoría, por lo que tal debilidad refleja esa timidez y, al mismo tiempo, la consolida. En otras palabras, la apatía de estos trabajadores podría deberse, parcialmente, a la debilidad de lo que se pretendía conseguir: la nacionalización de la industria pesada en lugar del comunismo real. La teoría no puede clarificarse de forma independiente de la rectificación de la práctica, del mismo modo que la práctica no puede rectificarse de forma independiente de la depuración teórica, ya que la práctica es en sí misma teoría.

Esto es, en parte, lo que sostiene Jan Appel en su discurso de 1921 ante el Komintern. Al desarrollar un marco basado en la acción propia del proletariado, se puede amplificar y reforzar su entusiasmo

⁵⁹ Paul Mattick, *Anti-Bolshevik Communism*, White Plains, Nueva York, M. E. Sharpe, 1978, p. 93 [disponible en castellano en www.marxists.org].

espontáneo por los consejos. Los consejos tendrían que convertirse en un ejemplo vivo de socialismo y no limitarse a ser meros órganos políticos. El discurso de Appel se pronunció durante su segundo viaje a Rusia en nombre del KAPD. Viajó allí por primera vez en 1920, inmediatamente después de la formación del KAPD, para testificar ante el Komintern sobre la traición de la dirección del KPD durante el *putsch* de Kapp. Con las flotas británica y estadounidense aún participando en el bloqueo de Rusia, la única ruta abierta para Appel y sus compañeros delegados era a través del Mar del Norte, rodeando la costa norte de Noruega y atravesando los icebergs del Ártico hasta el puerto siberiano de Múrmansk, del que acababa de partir la flota estadounidense. Se embarcaron clandestinamente en un barco pesquero del Mar del Norte, el *Senator Schröder*, cuya tripulación simpatizaba en gran medida con su causa. Una vez a bordo, secuestraron el barco, provocando un motín, y navegaron la última etapa de la ruta sin cartas náuticas, como deben hacer los revolucionarios. Llegaron al puerto ruso el 1 de mayo de 1920 y desde allí se dirigieron en tren a San Petersburgo y Moscú.

Desgraciadamente, no fueron bien recibidos en la capital. Lenin dio la bienvenida a los «camaradas piratas» con cordialidad, pero con desdén. Les leyó algunas páginas de un manuscrito que había escrito en parte como respuesta a la fundación del KAPD, titulado *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*. Appel regresó a Alemania y a su trabajo clandestino en el Ruhr, donde fue arrestado por el ejército de ocupación francés y deportado a Hamburgo para

ser juzgado por piratería marítima.⁶⁰ Según nos cuenta, mientras estaba en la cárcel en 1924, reflexionó sobre sus experiencias y el destino de la revolución, ahora definitivamente acabada, allí «encontró la oportunidad de estudiar los volúmenes I y II de *El capital* de Marx». ⁶¹ Al comprender la historia del capitalismo como una historia de creciente desposesión, concentración y centralización del capital en manos de la clase dominante, se vio obligado a concluir que la Revolución rusa no había anulado la desposesión, sino que la había exacerbado. Appel concluye:

La contradicción más profunda e intensa de la sociedad humana reside en el hecho de que, en última instancia, el derecho a decidir sobre las condiciones de producción, sobre qué y cuánto se produce y en qué cantidad, se le quita a los productores y se pone en manos de órganos de poder altamente centralizados [...] Esta división básica de la sociedad humana solo puede superarse cuando los productores asuman finalmente su derecho a controlar las condiciones de su trabajo, lo que producen y cómo lo producen.

Aunque el debate sobre la naturaleza de la Unión Soviética y la Nueva Política Económica, que para

⁶⁰ La región del Ruhr no solo era el motor económico de Alemania, sino también un centro económico vital para toda Europa occidental, de ahí la insistencia de la Entente en la desmilitarización de la región y su reocupación por parte de los franceses tras el levantamiento del Ruhr. Una revolución que tuviera como centro una zona así se convertiría necesariamente en internacional. La insurrección en el Ruhr y el avance del Ejército Rojo a través de Polonia fueron, en retrospectiva, los dos únicos caminos para la revolución mundial. De ahí el interés de Appel por esta región y su protagonismo en los mejores libros de historia.

⁶¹ Jan Appel, «Autobiography of Jan Appel», 22 de julio de 2025, disponible en libcom.org.

Appel equivalía al capitalismo de Estado, estaba en pleno apogeo, «centrar la atención en la esencia del proceso de liberación de la esclavitud salarial, es decir, en el ejercicio del poder por parte de las organizaciones fabriles y los consejos obreros al asumir el control de las fábricas y los lugares de trabajo, era una concepción totalmente nueva».

Appel estaba en prisión, escribiendo este documento en el que acepta el fracaso de la revolución, al mismo tiempo que Adolf Hitler también cumplía una condena por su papel en el *putsch* de Múnich. Si antes de 1923 los elementos conservadores del ejército habían contemplado una vía insurreccional para alcanzar el poder, a partir de ese momento Hitler decidió seguir una vía parlamentaria, más que estrictamente insurreccional, con el fin de consolidar el poder nazi. Las conclusiones de Appel son opuestas: un movimiento comunista, a diferencia de uno destinado a restaurar el poder de clase, no puede utilizar los mecanismos heredados de la burguesía, sino que debe radicar su poder en el aparato económico del que los proletarios obtienen su fuerza en la lucha contra la clase capitalista. Appel se lleva el manuscrito que ha elaborado a los Países Bajos, huyendo de la situación de deterioro en Alemania. Allí se une al GIK [Grupo de Comunistas Internacionales] y, juntos, debaten y revisan el texto durante cuatro años. Lo publican como *Los principios fundamentales de la producción y distribución comunistas* (en adelante, *Grundprinzipien*), difundiendo eficazmente este programa preliminar en el entorno comunista consejista.⁶²

⁶² Gruppe Internationaler Kommunisten (Holanda), *Grundprinzipien kommunistischer Produktion und Verteilung*, Berlín, Neuer Arbeiter-Verlag, 1930. La traducción al inglés no se publicó hasta

Lo que Appel propone no es tanto un plan para la producción común como un plan para elaborar un plan: una forma «completamente expansiva», provisional e incompleta por diseño, que solo puede completarse cuando se lleve a cabo como un proyecto de los propios consejos revolucionarios. El texto es una aclaración y un refinamiento teórico de su propia experiencia y de la experiencia generacional de la lucha comunista. «Habrá demostrado su éxito — como se afirma en el prefacio de la publicación del GIK— solo cuando todos los trabajadores revolucionarios hayan leído conscientemente sus páginas y hayan aplicado la experiencia acumulada que contienen en la lucha por la victoria de la causa proletaria, ¡la victoria del comunismo!». La recuperación de esta experiencia revolucionaria acumulada tendrá que producirse de una forma u otra, por las buenas o por las malas, por medio de lecciones recordadas o aprendidas de nuevo. El objetivo de estos textos es conservar la claridad alcanzada por la revolución pasada. Si bien esto no puede, por sí solo, producir el comunismo, tal vez pueda conservar las energías revolucionarias al permitirles un mejor enfoque. En el próximo capítulo, examinaremos los *Grundprinzipien* del GIK y evaluaremos sus aportaciones: los contornos lógicos de la revolución comunista revelados por la ola revolucionaria de 1917-1923. Aquí cabe señalar, no obstante, que Appel fue en gran medida responsable de introducir la idea, fundamental para el comunismo de los consejos y de la ultraizquierda en general, de que el poder desde abajo de los consejos obreros debe ejercerse a través de una forma

1990, *Fundamental Principles of Communist Production and Distribution*, Londres, Movement for Workers' Councils, 1990.

de contabilidad o inventario colectivo. Desde este punto de vista, el comunismo es, entre otras cosas, un libro de contabilidad abierto, una red de libros distribuidos y abiertos, visibles para todos y mantenidos por todos. Así es como Anton Pannekoek, a quien Appel tuvo que convencer de este aspecto, describe la visión del texto del GIK:

Como imagen numérica clara e inteligible, el proceso de producción queda expuesto a la vista de todo el mundo. Mediante este sistema la humanidad puede contemplar y controlar su propia vida. Lo que los trabajadores y sus consejos idean y planean en la colaboración organizada se muestra, en su carácter y resultado, en las cifras de la contabilidad. Solo si están de forma permanente ante los ojos de cada trabajador se hará posible la dirección de la producción social por los mismos productores.⁶³

En cierto sentido, esta es la esencia de lo que los consejos revelan sobre el comunismo y añaden a los descubrimientos de 1871: la política desde abajo no puede consistir simplemente en levantar la mano y contar (o descartar) personas, sino que debe implicar un control real materializado a través de la apropiación de toda la riqueza de la sociedad, tanto en términos de representación como de práctica, ya que ambas están indisolublemente unidas. Si todo pertenece a todos, alguna parte de esa pertenencia será necesariamente virtual o imaginaria, ya que lo que se contabiliza en esos inventarios no es solo lo que es, sino también lo que podría ser.

⁶³ Anton Pannekoek, *Workers' Councils*, ed. Robert F. Barsky, Oakland (CA), AK Press, 2003, p. 27.

Las comparaciones siempre acaban topándose con la historia. Antes de 1945, los consejos solo tuvieron relevancia durante un breve periodo histórico, entre 1917 y 1923. Después de 1945, comenzando con la Revolución húngara de 1956, los consejos o instituciones similares aparecieron en diversas formas, pero en ningún caso en el que el poder armado del Estado se hubiera visto suficientemente fracturado, como ocurrió en Alemania y Rusia. Algunos de estos casos se analizan en la última sección de este libro. Sin embargo, el periodo previo a 1945 es posible que se comprenda mejor si se examina una revolución en la que el poder armado se fracturó, pero en la que no hubo verdaderos consejos, como ocurrió en España durante la Guerra Civil. Un análisis del alcance del comunismo en España podría revelar la capacidad y la necesidad particulares del consejo obrero y servir de contraargumento al de Appel contra Radek y el Komintern. En España, donde la socialdemocracia y el marxismo eran más débiles, el socialismo se desarrolló de forma diferente a como lo hizo en Alemania y Europa Central. Al igual que en Italia, desde la época de Bakunin en adelante, el anarquismo y el republicanismo se volvieron predominantes, al tiempo que el sindicalismo se hacía fuerte desde principios del siglo xx. Aprendiendo de los compromisos alcanzados en Italia y otros lugares, los anarquistas lograron consolidar una orientación revolucionaria y antiestatista dentro de la principal organización sindical, la CNT. Además crearon la FAI como complemento político de los sindicatos de esta. Sin embargo, los anarquistas españoles rechazaron los consejos obreros como forma revolucionaria de transición, en parte porque, según su acertada lectura de los acontecimientos de Rusia y Alemania,

los consejos obreros se habían convertido en instrumentos políticos de los partidos. Cuando Francisco Franco y otros generales se sublevaron contra la Segunda República en 1936, la respuesta fue similar al levantamiento del Ruhr de 1920, pero a una escala mucho mayor: se crearon milicias de masas y se ocuparon masivamente los lugares de trabajo. Sin embargo, dado que los sindicatos estaban más o menos comprometidos con la insurrección, en este caso los consejos no fueron explícitamente necesarios como instrumentos de la huelga de masas; los comités de trabajadores siguieron siendo comités sindicales. La anarquista CNT colectivizó los lugares de trabajo donde tenía fuerza, socializó la producción y estableció políticas salariales, de tarifas y de condiciones de trabajo. Sin embargo, los sindicatos no eran instituciones duraderas para el control obrero desde abajo. Las decisiones sobre la producción se tomaban en gran medida desde arriba por parte de los dirigentes sindicales y, a medida que avanzaba la guerra civil, incluso la CNT reintrodujo prerrogativas gerenciales y medidas disciplinarias con el fin de mantener la productividad. Organizados por industria, el único horizonte socialista posible era la nacionalización bajo control sindical, que además tendría que compartir con el sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores (UGT); esto es, capitalismo de Estado. Estructuras consejistas existieron dentro de las milicias anarquistas y de los colectivos rurales, donde se produjo una auténtica supervisión desde abajo, e incluso se suspendió el dinero y los salarios por medio de la organización de planes comunes locales. De forma creciente, en cualquier caso, los liberales y los comunistas estatistas fueron consolidando su posición dentro del gobierno, bloqueando una mayor

socialización en las ciudades y subordinando las milicias a su autoridad.

Al final de la Guerra Civil, tanto en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) como entre los anarquistas Amigos de Durruti, surgió la conciencia de estos impases organizativos. De todos modos, las soluciones propuestas en la mayoría de los casos eran demasiado vagas. En 1938, tras la disolución de las milicias y colectivos de la CNT-FAI, los Amigos de Durruti llamaron a la creación de una «Junta Revolucionaria», elegida directamente por los sindicatos, con el fin de hacerse cargo del esfuerzo bélico y someter al ejército a la supervisión de las bases.⁶⁴ Los sindicatos se encargarían así de dirigir la socialización de la economía. No obstante, los Amigos de Durruti no explican por qué los sindicatos socializarían la producción, cuando no lo hicieron cuando tuvieron oportunidad en julio de 1936. Aunque la CNT estaba comprometida con la colectivización revolucionaria en su programa, no quería tomar el poder e imponerla de forma unilateral, ya que eso la obligaría a seguir el camino de los comunistas de Estado y suprimir la autoorganización del proletariado. Por eso, dejó los restos de la República en su sitio, dejó que otros gobernarán. Esperaba que los colectivos y las milicias acabarían subordinando al Estado a su propia agenda. En este sentido, el anarcosindicalismo pluralista repitió los errores del Comité Ejecutivo de los Consejos en Alemania, que pensó que podía subordinar al Gabinete de Comisarios del Pueblo a

⁶⁴ Friends of Durruti, *Towards a Fresh Revolution*, Barcelona, Cienfuegos Press, 1978 [1938] [ed. cast.: «Hacia una nueva revolución», *Los Amigos de Durruti*, ed. por Agustín Guillamón, Barcelona, Descontrol, 2021].

su voluntad, cuando antes bien acabó subordinándose al mismo. Solo Grandizo Munis, miembro del POUM, que trabajó estrechamente con los Amigos de Durruti, ofreció una solución al estancamiento de la revolución que involucra a los consejos obreros. En su «Programa de los comunistas bolcheviques españoles», escrito después de abandonar el POUM, defiende el pluralismo anarcosindicalista dentro de un compromiso marxista con la dictadura del proletariado, entendida como la subordinación de la guerra y la economía a los consejos de soldados y trabajadores, compuestos por delegados revocables que permitirían que «el verdadero deseo de las masas se manifestase con la mayor libertad posible. Estos consejos tendrían como tarea la defensa de las conquistas de la revolución, el mantenimiento del orden público y el control de la economía y la distribución. Cada partido propondría sus soluciones y serían las masas quienes decidan».⁶⁵

Munis no explica cómo se organizaría la producción, cómo se tratarían las cuestiones relacionadas con los salarios, el dinero, los mercados y la planificación. Lo que proponía era una «forma totalmente expansiva», una forma que, a través de la deliberación, daría lugar a la producción socializada, comenzando por la ocupación de los lugares de trabajo por parte de los propios trabajadores, algo

⁶⁵ «The Programme of the Spanish Bolshevik-Leninists», *Fight*, núm. 1, (10), septiembre de 1937, pp. 4-5, disponible en marxists.org [ed. cast.: «El programa de los bolcheviques leninistas españoles», disponible en www.grupgerminal.org]. Al igual que muchas de las figuras que se analizan en los capítulos siguientes, Grandizo Munis acabará rompiendo con el trotskismo y abrazando el comunismo de consejos después de 1945, formando el Fomento Obrero Revolucionario en Francia.

que ya se había logrado en España en gran medida, incluso en esta fecha tan tardía. No podemos dar por sentado, sin embargo, que todas las soluciones propuestas por las partes lograrían instaurar el comunismo, tampoco Munis deja claro que la producción y la distribución comunistas debían ser la base de la acción unánime de los consejos. Un problema clave al que se enfrentó la CNT al colectivizar la economía fue el «egoísmo de empresa»: en mayor medida que en cualquier otro lugar, los trabajadores y campesinos españoles se apoderaron realmente de los medios de producción y pusieron las fábricas y las granjas bajo control directo.⁶⁶ En las colectividades agrarias relativamente autosuficientes de Aragón y Valencia se eliminó el dinero y se organizó la producción en función de las necesidades. Incluso después de la derrota de los anarquistas de Barcelona y la consolidación del poder político en manos de los comunistas de Estado y los liberales, estas formas protocomunistas persistieron, en algunos casos a pesar de las contradicciones internas y las presiones externas; en otros incluso florecieron. Sin embargo, no existió una arquitectura unitaria para la coordinación entre regiones, más allá de los sindicatos. Los colectivos individuales buscaron así ventajas para sus miembros sin tener en cuenta las consecuencias más allá de sus lugares de trabajo. Carecieron así de los medios para producir una verdadera solidaridad entre empresas, salvo distribuciones *ad hoc a posteriori*. La planificación industrial por parte de los sindicatos tendió por tanto a intensificar los intereses

⁶⁶ Loren Goldner, *Revolution, Defeat and Theoretical Underdevelopment: Russia, Turkey, Spain, Bolivia*, Historical Materialism Book Series, vol. 122, Chicago, Haymarket Books, 2017, p. 134.

sectoriales, de tal modo que los planificadores de la CNT se vieron obligados a subordinar los sindicatos a un aparato de planificación central que se parecía cada vez más al capitalismo de Estado de los comunistas alineados con Moscú. La supervisión desde abajo de los colectivos se enfrentó, de este modo, a una presión creciente desde arriba, lo que les obligó a ajustarse a un plan heterónomo, sin ningún mecanismo de reflexividad entre los colectivos y los planificadores. Como describe Munis, se trataba menos de un poder dual que de «una atomización incompleta del poder político en manos de los trabajadores y los campesinos [...] limitada únicamente por su falta de centralización y por la interferencia de la derecha y de las burocracias de la clase obrera».⁶⁷ En la medida en que los colectivos no eran instrumentos de participación de masas y se organizaban por sectores o empresas, no podían coordinarse de manera significativa, ya que, como nos recuerda Munis, la intensidad y la extensión son mutuamente constitutivas.

En España, los anarquistas carecieron de un enfoque y una visión clara del éxito, lo que contribuyó a la desmoralización del partido revolucionario. Esto es igualmente cierto para la Alemania de los espartaquistas y los delegados sindicales, así como para el movimiento italiano de los consejos de fábrica. Podemos decir que España dejó claras las consecuencias de la ausencia que Appel y otros diagnosticaron en Alemania: lo que habría sido necesario eran formas de control colectivo y rendición de cuentas desde abajo, distribuidas por los barrios y los lugares

⁶⁷ Cit. en *ibídem*, p. 128.

de trabajo pertinentes. En ningún lugar los consejos obreros lograron superar la oposición entre la esfera económica y la esfera política, ni convertirse en organizaciones extensas e intensivas. En Italia y en España se produjo la socialización de la producción por parte de comités de base de los trabajadores, y en España en un alto grado. Sin embargo, estas no eran organizaciones extensivas de poder político capaces de dismantelar y desplazar al Estado como centro del poder, así como tampoco de coordinar la resistencia armada y la reproducción del comunismo. En Italia no existió ningún plan para una organización tan extensa, así como para la conquista política del poder. En España, donde el poder cayó en manos de los comités de la CNT, su forma extensiva se entregó a los sindicatos y a los partidos sin un plan claro para su consolidación en los colectivos. En Alemania, por el contrario, los consejos se formalizaron políticamente sin consolidar un poder económico real, convirtiéndose esencialmente en apéndices del Estado burgués. En España, en 1936, no hubo una ola revolucionaria más amplia que les proporcionara apoyo y socavara a los enemigos de la revolución en el extranjero. Antes al contrario, los aviones de Hitler y los tanques de Mussolini hicieron que las armas soviéticas y las políticas colaboracionistas que las acompañaban resultaran para muchos difíciles de rechazar.

Pero, si pudiéramos imaginar una situación internacional diferente, quizás con algunos éxitos militares más para las milicias revolucionarias al comienzo de la guerra, ¿qué podrían haber hecho los revolucionarios? El proletariado estaba armado y controlaba directamente gran parte de la producción. Un

proyecto de socialización inmediata desde abajo, sin temor a la represión policial o militar, quizá podría haber estabilizado el comunismo. Esto habría requerido no solo voluntad revolucionaria y claridad sobre el mismo, sino también una distribución de la información básica necesaria para que el proletariado revolucionario pudiera socializar la producción. En un excelente ensayo sobre la Guerra Civil española, Loren Goldner vincula la falta de visión revolucionaria entre los anarquistas españoles con el antiutopismo marxista contemporáneo, que rechaza la propuesta de soluciones no inmanentes a las propias luchas. Siguiendo a Appel, Goldner concluye que la revolución, entonces y ahora, requiere de «un inventario inmanente de la producción material mundial y, sobre todo, de la reproducción material de quienes se dedican a ella».⁶⁸ Para Goldner, dicho inventario debe tener en cuenta tanto las luchas proletarias como la riqueza material de la sociedad, con el objetivo de comprender cómo pueden combinarse para producir comunismo. En otras palabras, un inventario de este tipo tendría que ser «inmanente» a la propia revolución y formar parte del proceso en el que «todo será juzgado y transformado en función de las necesidades globales, una vez que sea posible la verdadera producción para el valor de uso, centrada en la reproducción del último valor de uso: la fuerza de trabajo».

⁶⁸ *Ibidem*, p. 149.

2. La prueba del comunismo

EN TANTO FORMAS «plenamente expansivas» cuyo potencial quedó sin materializar, la Comuna de 1871 y los consejos obreros de 1917-1923 provienen del futuro. Cuando Rosa Luxemburg, Jan Appel o Grandizo Munis reclamaban la creación de consejos obreros en medio de una secuencia revolucionaria que aún consideraban capaz de tener éxito, miraban hacia un pasado inmediato o ligeramente más lejano y veían en este una forma capaz de abrir las puertas al futuro. Esto hace que la teoría de la comuna sea a la vez retrospectiva y prospectiva. Porque lo que los partidarios del consejo o la comuna ven en el pasado no es una realidad, sino un potencial; no un programa que hay que llevar a cabo, sino una serie de requisitos lógicos y concomitantes que hay que sortear.

La comuna y el consejo nos muestran lo que hay de eterno en la lucha revolucionaria contra el capitalismo, lo que siempre seguirá siendo cierto mientras persistan el capitalismo y sus problemas. Hoy sigue siendo tan cierto como en 1871 que «la clase obrera

no puede simplemente apoderarse del aparato estatal ya existente y utilizarlo para sus propios fines». Del mismo modo, sigue siendo cierto que «París solo pudo resistir porque, como consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército y lo había sustituido por una Guardia Nacional, compuesta en su mayor parte por trabajadores». Lo que Marx describe como el «primer decreto» de la Comuna —«la supresión del ejército permanente y su sustitución por el pueblo armado»— es en realidad una condición previa para cualquier revolución, materializada por los acontecimientos de 1871 y ratificada *a posteriori*. Solo cuando la guerra, el caos o la crisis vuelven al ejército ingobernable para el poder del Estado vemos la posibilidad real de una revolución comunista. Esto no significa que todos los aspectos de la revolución puedan deducirse lógicamente, pero comprender lo que es contingente en la revolución requiere comprender lo que no lo es. En este capítulo, trato la teoría de la revolución comunista desde la perspectiva de la eternidad. En el siguiente, la examino desde la perspectiva de la historia, poniendo a prueba esta teoría lógica frente a la lucha de clases en el presente.

Lo que está en juego aquí es tanto un método para leer la historia como para leer a Marx. Partes clave de la historia de las revoluciones pasadas, así como de las páginas de *El capital* de Marx —y gran parte de la teoría revolucionaria— solo son ilegibles a la luz de un comunismo considerado inevitable, tanto histórica como lógicamente. Esto tiene el efecto de hacer que Marx parezca más grandioso cuando es de hecho más modesto. En 1868, escribe sobre *El capital*, su crítica de la economía política recién publicada, que es «sin duda el proyectil más terrible

que se ha lanzado contra la cabeza de la burguesía».¹ «Cabeza», aquí, limita su obra al campo del discurso. Marx se dedicaba a la crítica, es decir, a hundir los barcos de suministro de la economía burguesa, precisamente porque no consideraba que esa labor fuera determinante en la lucha de clases. Lanzaba libros contra las cabezas de la burguesía, mientras que el movimiento proletario les cortaba las piernas.

Tomemos, por ejemplo, la carta que escribió a su viejo amigo y partidario Louis Kugelman. Este le informó, inmediatamente después de la publicación original de *El capital* en alemán, que los lectores familiarizados con la teoría económica tenían dificultades con la teoría del valor. Marx responde:

El economista vulgar no tiene la más mínima idea de que las relaciones de intercambio cotidianas reales no tienen por qué ser idénticas a las magnitudes de valor. El punto central de la sociedad burguesa consiste precisamente en que *a priori* no existe una regulación social consciente de la producción. Lo razonable y lo necesario en la naturaleza se impone solo como un promedio que funciona ciegamente.²

La burguesía y sus representantes intelectuales se ven así obligados a tratar como un «gran descubrimiento» el hecho de que «en apariencia las cosas parecen diferentes». No necesitan la «ciencia» de Marx y, en efecto, su posición en la sociedad les dificulta

¹ Karl Marx, «Letter to Johann Philipp Becker», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 42, Londres, Lawrence & Wishart, 1994, pp. 358-359.

² «Marx to Kugelman in Hanover», 11 de julio de 1868, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 43, Londres, Lawrence & Wishart, 1994, p. 68.

comprender cuestiones muy sencillas: «La tontería de la necesidad de demostrar el concepto de valor proviene de la ignorancia total tanto del tema tratado como del método científico. Todo niño sabe que un país que dejara de trabajar, no diré durante un año, sino durante unas pocas semanas, moriría». En otras palabras, el problema no es tanto que Marx sea muy inteligente, sino que los economistas burgueses son particularmente estúpidos, ya que su reacción «muestra hasta qué punto han llegado estos sacerdotes de la burguesía, al contrario que los trabajadores, e incluso los fabricantes y los comerciantes, que entienden mi libro y saben orientarse en él». Fíjense en el énfasis: *incluso* los fabricantes y los comerciantes pueden entenderlo, pero los trabajadores lo hacen de forma natural. Si su crítica de la economía política es un misil lanzado contra la cabeza de la burguesía, no lo es para *explicarle* el capitalismo mediante misiles intelectuales, sino para criticar en nombre de la clase trabajadora, la cual impulsa el ataque en otros frentes.

No es porque los trabajadores estén mejor educados sobre los principios de la economía que entienden intuitivamente la obra de Marx. Más bien es porque la experiencia de la explotación y la opresión les recuerda a diario la coherencia y la corrección de la crítica de Marx, la necesidad de la revolución. Lo que dice de «todos los niños» probablemente no sea cierto en el caso de los niños burgueses, para quienes los productos del trabajo aparecen como por arte de magia; pero los niños proletarios, que comienzan a trabajar desde pequeños y ven trabajar a sus familias, sí comprenden estas cuestiones básicas. Sin embargo, lo que está en juego es más que la experiencia,

es también la actitud, el punto de vista: *El capital* de Marx está siempre iluminado por un comunismo futuro. Una vez que se «comprende» la «conexión interna» entre las magnitudes del valor y las relaciones de intercambio, le dice a Kugelmann, «toda creencia en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba ante su colapso práctico». Este primer colapso, el colapso crítico, no es ni la causa ni la condición previa del colapso práctico en la crisis o la revolución. Marx no cree que al demostrar que el capitalismo no es permanente vaya a inducir a la burguesía a abandonar simplemente el campo. De hecho, señaló que les resultaría intrínsecamente difícil vislumbrar su propia ruina en la niebla del ciclo económico. En 1865, Marx es el tribuno de un movimiento obrero que ya ha anunciado su misión histórica: abolir el capitalismo. No es que Marx pueda acabar con el capitalismo con sus ideas, sino que ha expresado en ideas un movimiento ya en marcha, que parecía destinado a provocar un colapso práctico. El objetivo de la crítica de la economía política no es tanto la crítica ideológica como la iluminación de las condiciones existentes a la luz de su colapso práctico, en nombre y en favor del movimiento que lo precipitará.

Marx escribió un libro titulado *El capital*, no uno titulado *El comunismo* o *El proletariado*, porque el movimiento obrero no necesitaba que se articularan sus fines, no necesitaba una descripción explícita de la sociedad sin clases, en tanto horizonte común. Lo que necesitaba era mejores armas, una clarificación de los medios. Lo que está en juego aquí no es tanto una afirmación sobre el método de Marx, sino sobre los métodos que los comunistas deberían emplear

para leer a Marx. Sin duda, podemos tratar *El capital* como un gran análisis sin presupuestos, una crítica inmanente, una ciencia, un proyecto de investigación, pero ciertos aspectos clave seguirán siendo inescrutables, escritos con tinta invisible que solo el calor del comunismo puede sacar a la superficie. Creo que este es el caso de partes importantes de la teoría del valor de Marx. Como señala Marx en la carta, la burguesía no necesita preocuparse por el concepto de valor. Le basta con las apariencias. Si los proletarios comprenden más fácilmente el concepto de valor es porque, para Marx, el valor nombra la coherencia interna de ese monstruo que los proletarios reconocen como su enemigo. El valor expresa la *differentia specifica* del modo de producción capitalista, el único elemento que presupone todos los demás, el lazo que une el dinero, los salarios, los beneficios, los precios, la propiedad, la policía, el Estado, el sistema bancario, los mercados mundiales y los conflictos internacionales. El concepto de valor es tanto un concepto descriptivo como un jeroglífico revolucionario, una herramienta crítica diseñada para centrar la atención de quienes quieren derrocar el capitalismo en lo esencial.

Estos objetivos quedan más claros en los primeros intentos de Marx por criticar la economía política, en los que Marx solía tener en mente a interlocutores políticos muy concretos. Los primeros anticapitalistas, como Pierre-Joseph Proudhon y su discípulo Alfred Darimon, por un lado, y los «socialistas ricardianos» como John Francis Bray, John Gray y Thomas Hodgskin, por otro, proponían con frecuencia corregir los males del capitalismo mediante la reforma del

sistema monetario y bancario.³ Marx reconoció la incoherencia y la inviabilidad de estas reformas — que consistían principalmente en propuestas para sustituir el dinero nacional y bancario por «dinero trabajo» — y fue al desarrollar conceptos adecuados para estas críticas, primero en los *Grundrisse* y luego en su *Contribución a la crítica de la economía política*, cuando Marx dio con aspectos clave de su teoría del valor.⁴

El dinero trabajo era, en muchos aspectos, una derivación de la teoría del valor trabajo desarrollada por Adam Smith y posteriormente por David Ricardo. En Gran Bretaña, durante las décadas de 1820 y 1830, a medida que la resistencia al capitalismo incipiente tomaba cuerpo en forma de sindicatos y cooperativas, los reformadores sociales asociados primero con Robert Owen y luego con el cartismo desarrollaron la teoría del valor trabajo como una teoría de la explotación basada en los derechos naturales y los precios naturales, expresada en términos morales absolutos.⁵ Una vez demostrada la afirmación de que el trabajo es la fuente y la medida de toda riqueza, solo era necesario dar un paso más

³ Alfred Darimon y Emile de Girardin, *De la réforme des banques*, París, Guillaumin et Cie, 1856; John Gray, *Lectures on the Nature and Use of Money: Delivered before the Members of the «Edinburgh Philosophical Institution» during the Months of February and March, 1848*, Edimburgo, A. & C. Black, 1848.

⁴ Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin, 1993 [ed. cast.: *Grundrisse*, trad. por Pedro Scarón, Madrid, Siglo XXI, 2007]; Karl Marx, «General Rules and Administrative Regulations of the International Working Men's Association», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 23, Londres, Lawrence & Wishart, 1988, pp. 257-518.

⁵ E. K. Hunt, «The Relation of the Ricardian Socialists to Ricardo and Marx», *Science and Society*, núm. 44 (2), 1980, pp. 177-198.

para proponer corregir las injusticias del capitalismo denominando a los bienes según su valor «real» o natural. Según los defensores de esta teoría, con los precios de los bienes expresados en horas y minutos de trabajo en lugar de dólares y céntimos, sería casi imposible estafar a los trabajadores y no pagarles el valor total de su producción. La teoría del valor trabajo ofrecía, por tanto, una crítica del capitalismo y una forma de mejorarlo, al subordinar el dinero y el capital al beneficio de los trabajadores y, por ende, de la nación. Todos los intercambios monetarios serían iguales y transparentes, con el valor real del productor escrito en la misma moneda.

Marx acabó refutando esta idea al demostrar que esta noción de intercambio justo resultaba contradictoria: la propia idea de intercambio igualitario presupone la desigualdad, como él mismo demuestra, porque el valor del *trabajo* (lo que produce un trabajador) nunca es igual al valor de la *fuerza de trabajo* (lo que necesita para reproducirse y, por lo tanto, el precio que debe pagar un capitalista por su uso). A partir de esta distinción, Marx desarrolla otra aún más fundamental entre trabajo concreto y trabajo abstracto, que constituye el núcleo de su teoría madura del valor. Su principal logro en este ámbito no fue, como a veces se supone, una teoría de la plusvalía o una prueba de la explotación, ya que estas ya existían, como él mismo resumió en el manuscrito titulado *Teorías de la plusvalía*. Tal y como formula elegantemente Diane Elson en su influyente ensayo «Value: The Representation of Labor in Capitalism» [El valor: la representación del trabajo en el capitalismo], que resume los debates sobre la cuestión en la Conferencia de Economistas Socialistas de la década

de 1970, la teoría del valor de Marx había sido radicalmente malinterpretada por quienes veían en ella un método para calcular la magnitud de la explotación: «No se trata de buscar una explicación de por qué los precios son lo que son y encontrarla en el trabajo. Se trata más bien de comprender por qué el trabajo adopta las formas que adopta y cuáles son las consecuencias políticas».⁶

Elson se muestra abiertamente preocupada en su introducción por que su lectura, que distingue entre la teoría del valor de Marx y la teoría del valor trabajo ricardiana, pueda resultar despolitizadora. Porque la prueba ricardiana de la explotación, con o sin dinero trabajo, al menos tenía la virtud de ser políticamente relevante y conducir a objetivos prácticos muy claros. Esto se debe a que, a pesar del poder de su lectura, no ve cómo el concepto de valor está directamente relacionado con los objetivos del comunismo, nombrando no solo un proceso histórico — «por qué el trabajo toma la forma que toma» —, sino una gran desgracia, cuya comprensión ayudaría a superarla. Elson se sitúa a la vanguardia de una nueva forma de leer a Marx, iniciada en los años sesenta y setenta con la publicación de sus obras completas, a veces denominada «teoría de la forma valor» o, en referencia a sus exponentes alemanes, la *Neue Marx-Lektüre* [nueva lectura de Marx]. Estas intervenciones marxiológicas han sido enormemente esclarecedoras para los lectores de Marx, dando sentido a la coherencia analítica interna de su obra. Sin embargo, esta lúcida forma de leer a Marx ha tenido, en mi opinión, el precio de una cierta pérdida

⁶ Diane Elson (ed.), *Value: The Representation of Labour in Capitalism*, Londres, CSE Books, 1979, p. 123.

de poder político. Es una forma de leer a Marx para una época que carece de las certezas de Marx.

En el texto que sigue, reconocemos otra forma complementaria de leer *El capital*, en la que la obra maestra de Marx no solo es una representación adecuada del modo de producción capitalista, sino también un esbozo negativo de su superación por el comunismo. He llegado a esta forma de leer a Marx tras un largo y sinuoso camino, a través de un terreno que va a ser cartografiado minuciosamente aunque sus orígenes se encuentran en el método programático de Amadeo Bordiga, para quien, en palabras de Gilles Dauvé, «la totalidad de la obra de Marx era una descripción del comunismo».⁷ Bordiga presta especial atención a los momentos de la obra madura de Marx, que resultan sorprendentemente abundantes si se sabe dónde buscar, en los que, para ilustrar alguna característica del capitalismo, Marx se da cuenta de que debe compararlo con un comunismo ficticio. «Imaginémonos finalmente, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, su multitud de fuerzas de trabajo individuales como *una* fuerza de trabajo social».⁸ Esto se ofrece como el contraste definitivo con el capitalismo, donde el fetichismo de las mercancías produce una complicada situación en la que los seres humanos se convierten en maniqués manipulados

⁷ Jean Barrot (Gilles Dauvé) y François Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Detroit, Black & Red, 1974, p. 125 [ed. cast.: *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, trad. por Emilio Madrid Expósito, Barcelona, Ediciones Espartaco Internacional, 2003, p. 254].

⁸ Karl Marx, *Capital*, vol. 1, *A Critique of Political Economy*, Nueva York, Penguin, 1992, p. 171 [ed. cast.: *El capital...*, p. 96].

y ventriloquizados por sarcásticas mercancías, sin libertad y engañados sobre las fuentes de su falta de libertad. El propósito de este contraste es destacar las características fundamentales del modo de producción capitalista y de la sociedad de clases en general, que de otro modo serían imposibles de teorizar. Solo a la luz del comunismo podemos ver las interpretaciones erróneas de la forma mercancía: «La figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, solo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, estos la hayan sometido a su control planificado y consciente». Marx no solo ofrece una descripción del capitalismo, sino que también muestra los predicados clave del comunismo.

Lo que está en juego aquí no es tanto una afirmación sobre el método de Marx, sino el método que los comunistas deben aplicar a la hora de leer a Marx. Para los comunistas, la ciencia del capitalismo es la teoría de las reglas de un juego que esperan enviar al cubo de basura. Nuestro objetivo no es solo enumerar esas reglas ni aprender a jugar mejor, sino desarrollar a partir de ellas una comprensión de cómo se puede superar el propio juego. Si hay algo que les sirve a los comunistas del siglo XXI es una ciencia aplicada: la ciencia de destruir el capitalismo, cuyas descripciones y predicciones sobre la lucha de clases y su desarrollo tienen significado en la acción, en la propia lucha de clases. Por tanto, nuestra preocupación debería ser menos lo que Marx pretendía —¿ciencia del capitalismo?, ¿arma contra él?— que lo que nosotros, como comunistas, necesitamos. Necesitamos saber qué es el capitalismo, pero no para maravillarnos con él y enumerar

sus elementos sublimes. El concepto de valor no es nada para los comunistas si no una mira que parpadea en rojo cuando necesitamos destruir algo.

En Marx también encontramos, junto a la teoría heurística, una teoría *tendencial*. La luz del comunismo reveló a Marx la direccionalidad de la producción capitalista, que apuntaba hacia su ruina, pero también hacia su superación en el comunismo. Las tendencias identificadas son numerosas y están entrelazadas de forma compleja: proletarización de masas, empobrecimiento y aumento de las poblaciones superfluas, concentración y centralización del capital, globalización del comercio, aumento de la composición orgánica del capital, caída de la tasa de beneficio, agotamiento del suelo, colonización e imperialismo. Sin embargo, la más importante de todas estas tendencias era la capacidad del capitalismo para producir sus propios sepultureros en la forma del proletariado militante en ascenso. Estas tendencias también están, como ahora parece innecesario decir, iluminadas por un comunismo futuro. Esto se debe, en primer lugar, a que el proletariado en ascenso ya está prácticamente orientado hacia el comunismo, y en segundo lugar, a que las tendencias del capitalismo conducen inexorablemente hacia el comunismo. Dichas tendencias son direccionales y sus direcciones no son neutrales, sino que están teñidas por la lucha de clases, ya sea esta progresista o reactiva.

Algunos elementos de la teoría tendencial de Marx no se han cumplido, al menos si se leen de forma estricta, y en algunos casos hay que admitir que Marx estuvo gravemente equivocado. Sin embargo, el hecho de que algunas se hayan cumplido,

a pesar de que no se haya producido la revolución comunista y el capitalismo haya seguido adelante mucho más tiempo del que Marx hubiera podido imaginar, no es poca cosa. Ninguno de sus contemporáneos lo ha hecho mejor. De todos modos, la teoría tendencial debe volver siempre a los hechos del mundo y de la lucha de clases para ser confirmada. También debe saber lo que busca y hacia dónde espera que conduzca la historia. Una vez más, Marx puede parecer grandilocuente, cuando en realidad es mucho más modesto. No necesita hacer proselitismo, lanzar invectivas ni elaborar planes de batalla o programas, porque las tendencias del capitalismo ya están creando una resistencia adecuada. El análisis tendencial no es prescriptivo, es un diagnóstico que pone de relieve los límites y las oportunidades. Se trata, sin embargo, de oportunidades que, para Marx, la clase obrera debe llegar a comprender de una forma u otra. Es la lucha de clases en sí misma la que le recuerda a Marx estas oportunidades; su trabajo consiste en aclarar y refinar las tendencias políticas, principalmente el movimiento comunista, que ya se encuentra en proceso de formación.

Desde esta nueva perspectiva histórica, Marx concluye no solo que los defensores del dinero trabajo estaban equivocados, sino también que sus propuestas serían necesariamente rechazadas, y de hecho ya estaban siendo rechazadas, por los nuevos movimientos proletarios que se extendían por Europa y el mundo. El dinero trabajo, y la teoría de la explotación que le es subyacente, supone una clase baja compuesta no tanto por trabajadores asalariados como por artesanos que poseen (o toman prestados) sus medios de producción y venden su producción

en el mercado. Estos pequeños productores eran explotados por comerciantes y banqueros que les ofrecían condiciones cada vez más miserables, amenazándoles con la quiebra y, a su vez, con la pérdida de los medios de producción, reduciéndoles en última instancia a meros proletarios. Una reforma del mercado, que ofreciera «condiciones justas» o el restablecimiento de las convenciones precapitalistas del derecho natural, resulta atractiva para los artesanos porque el mercado es el lugar donde se produce su explotación. Los proletarios, por su parte, son más propensos a ver el origen de su opresión en la propia producción. Como tal, Marx no rechazaba el dinero trabajo solo en el plano de las ideas, por resultar inviable en la práctica, sino también porque se basaba en una base pragmática de clase que hacía inaplicables sus teorías morales del derecho natural y el precio. Los partidarios del dinero trabajo pensaban así, según la teoría desarrollada por Marx, debido a una división social del trabajo y a un proceso histórico (la formación de un proletariado estrictamente desposeído) que les engañó haciéndoles creer que sus propias ideas eran causas, cuando en realidad no eran sino simples efectos.

En *La ideología alemana*, Marx y Engels caricaturizaron a sus contemporáneos posrománticos, «el tipo de los nuevos filósofos revolucionarios en Alemania», comparándolos con el proverbial personaje que pensaba que «los hombres se hundían en el agua y se ahogaban simplemente porque se dejaban llevar por la idea de la gravedad».⁹ John Gray y Alfred Darimon estaban así cortados según el mismo

⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 5, Londres, Lawrence & Wishart, 2010, p. 24 [hace referencia a ed. cast.: *La ideología alemana...*, p. 9].

patrón que los socialistas reaccionarios, burgueses y utópicos a los que Marx y Engels criticaron en *El manifiesto comunista*, y los diversos poshegelianos a los que atacaron en otros escritos. Sin embargo, de forma única en la historia del pensamiento radical hasta entonces, Marx y Engels desarrollaron una visión de la historia en la que situaban la lucha de clases y la autoactividad proletaria en el centro de cualquier proyecto significativo para superar el capitalismo. Ya no se trataba simplemente de ideas, aunque estas estaban en juego, en la medida en que el asunto tenía que ser debatido en las páginas de los libros. Lo que importaba era la lucha de clases, la acción colectiva, la práctica social.

Una vez que se ponen de manifiesto los fundamentos morales del dinero trabajo, las implicaciones políticas del giro de Marx hacia la economía y la crítica de la economía política en la década de 1850 adquieren todo su sentido. Estas vienen tras la crítica exhaustiva de los presupuestos morales, religiosos e idealistas que sus compañeros socialistas y comunistas habían desarrollado en la década de 1840. Diane Elson no tiene por qué preocuparse tanto por perder relevancia política al deshacerse de las ataduras ricardianas de la pseudo-ortodoxia marxista. El análisis del valor no solo renueva el pensamiento crítico y desnaturaliza la economía, aunque también hace todo esto. Más bien, la teoría del valor de Marx ofrece un método para poner a prueba ciertas propuestas socialistas. Se trata de una predicción, pero de un tipo concreto. No predice lo que va a pasar, sino lo que debe pasar o lo que no puede pasar. La prueba del valor es una prueba lógica: trabaja con la definición del capitalismo y su estructura básica con

el fin de destilar qué significa superarlo. Sin embargo, hay que decir, desde el principio, que la dialéctica ha traicionado a muchos viajeros de esta región, llevando a algunos a creer que la abolición del valor —condición *sine qua non* del capitalismo— es, en sí misma, la condición suficiente para el comunismo, cuando, en realidad, es solo una condición necesaria. El comunismo *no puede* derivarse lógicamente de las presuposiciones del capitalismo. A la inversión del valor, le falta un momento, un momento positivo. De hecho, ese momento ausente es precisamente lo que falta de manera fundamental a la vida, no solo bajo el capitalismo, sino en toda sociedad de clases.

La prueba del valor 1: Marx contra el dinero trabajo

El quid de la crítica de Marx es el siguiente: los partidarios del dinero trabajo identifican como defectos lo que en realidad son características inherentes al capitalismo. Existe una diferencia insalvable entre la magnitud del trabajo individual invertido en la producción de una mercancía y la magnitud del trabajo social —es decir, el trabajo socialmente necesario promedio— que la mercancía exige en el mercado. No se puede cerrar esta brecha salvo reformando la economía de arriba abajo. Mientras los reformadores se limiten a emitir nuevo dinero con nuevos símbolos impresos, las fuerzas del mercado introducirán invariablemente una brecha entre el valor declarado y el valor real de un bien denominado en tiempo de trabajo. Si los mercados son competitivos y se permite a los vendedores cambiar sus condiciones y a los compradores buscar el mejor precio,

un billete de diez horas ganado por un trabajador no siempre exigirá diez horas de trabajo, sino más o menos horas, dependiendo de la oferta y la demanda. La única manera de evitar este problema y seguir permitiendo que el mercado determine los precios (como deseaban muchos de estos reformadores) sería garantizar que la oferta y la demanda estuvieran siempre equilibradas. Sin embargo, esto es más fácil de decir que de hacer, ya que requiere distribuir adecuadamente las materias primas, los componentes y la mano de obra en toda la economía. La escasez de un componente o de una materia prima, como el algodón, provocará necesariamente una escasez de todos los bienes que lo incorporen, como es el caso de las camisas de algodón. Las distorsiones que estos reformadores quieren eliminar son un síntoma de una enfermedad que se encuentra en la propia producción y cuya cura requeriría la reestructuración de toda la economía, no solo la creación de nuevos tipos de dinero. Al igual que ocurre hoy en día con las nuevas teorías monetarias que sugieren que las injusticias del capitalismo podrían superarse mediante una prodigiosa flexibilización del dinero crediticio estatal; estos reformadores del siglo XIX confunden causa y efecto al esperar lograr, mediante métodos superficiales, algo que solo puede conseguirse mediante una revisión total del capitalismo. Marx somete sus propuestas a una prueba de lógica y descubre que dan por sentada su conclusión:

Ante todo: si se asumen los presupuestos en base a los cuales el precio de las mercancías es = a su valor de cambio, si hay una adecuación entre demanda y oferta, entre producción y consumo, y en última instancia una *proportionate production* (las llamadas relaciones de distribución son ellas mismas relaciones de

producción), entonces se vuelve totalmente secundario el problema del dinero, y en especial el problema de la emisión de los tickets, sean ellos azules o verdes, de lata o de papel, o de las distintas formas posibles de mantener la contabilidad social.¹⁰

Al atacar estos esquemas, primero en los manuscritos conocidos como *Grundrisse* y luego en *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx muestra que, lejos de proponer una reforma del capitalismo, en realidad describe implícitamente un mundo que ya ha sido superado:

Lo que permanece oculto en Gray, y que especialmente sigue siendo un secreto para él, a saber, que el dinero-trabajo es una frase de sonoridad económica para el deseo irrealizable de deshacerse del dinero, con este del valor de cambio, con el valor de cambio de la mercancía y con la mercancía de la forma burguesa de la producción, lo dicen lisa y llanamente algunos socialistas ingleses que escribieron algunos antes y otros después de Gray.¹¹

El dinero trabajo implica este «deseo piadoso» porque presupone toda una serie de medidas radicalmente transformadoras. Marx lo demuestra sometiendo las propuestas, como hemos visto, a una especulativa *reductio ad absurdum*, lo que hemos llamado la prueba del valor, y tomando la palabra a los reformistas, reflexionando cuidadosamente sobre el

¹⁰ Marx, *Grundrisse...*, p. 153 [ed. cast.: *Grundrisse...*, p. 80].

¹¹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 29, Londres, Lawrence & Wishart, 1988, p. 323 [ed. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, trad. por Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Miguel Murmis, José Aricó, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 72].

efecto dinámico del dinero trabajo, según su comprensión de las leyes que rigen el movimiento del capitalismo. Se trata de una prueba especulativa, previa a la prueba real, en la que «la bancarrota asumiría, antes bien, el papel de la crítica práctica».¹²

En estos pasajes, Marx ofrece, de hecho, dos dinámicas distintas pero intrínsecamente vinculadas que acabarían con el dinero trabajo; la segunda es más relevante a medida que avanzamos en la prueba comunista del valor. Incluso cuando la oferta y la demanda están en equilibrio, hay otra razón por la que las unidades que figuran en un vale de trabajo no equivalen necesariamente al tiempo de trabajo real invertido en la producción de una compra determinada. Si los productores operan con diferentes niveles de productividad —por ejemplo, si un zapatero necesita tres horas para fabricar un par de zapatos que otro puede fabricar en dos—, entonces se deben restringir absolutamente la libertad de los productores para fijar sus precios y la libertad de los consumidores para buscar los precios más bajos, caso de que se quiera confiar en el valor nominal de un vale de trabajo. Suponiendo que la oferta y la demanda son iguales, y que los productores y los consumidores son libres de actuar como deseen, el zapatero que puede fabricar un par de zapatos en dos horas exigirá el precio más alto posible en vales de trabajo, sin dejar de vender por debajo de sus competidores, atrayendo así a todos los consumidores. El zapatero que necesita tres horas se verá, a su vez, obligado a bajar los precios para poder vender algo. De este modo, el precio de los zapatos en vales de trabajo se igualará al tiempo medio de

¹² *Ibídem.*

trabajo necesario para fabricar un par, y un productor cambiará sus zapatos por más horas en vales de trabajo de las que necesita para cubrir sus necesidades, mientras que el otro lo hará por menos.

Hay dos formas de evitar este escenario: o se garantiza que todos los productores sean igualmente productivos —homogeneizando las herramientas, las técnicas, la intensidad del trabajo y el tamaño de los talleres para cada producto—, o se establece una situación en la que los productores no puedan fijar precios variables para sus productos y los consumidores no puedan elegir qué productos comprar. El primer escenario requeriría una transformación trascendental de la economía, que implicaría la reconstrucción de cada taller y la transformación total de la escala de la producción. También requeriría, lo que es más problemático y más importante para nuestra crítica, el desarrollo y la aplicación de normas de producción que pudieran confirmar y garantizar una intensidad de trabajo igual para cada persona. El segundo escenario requeriría igualmente una operación de vigilancia masiva con el fin de poder fijar el precio de los productos con precisión en horas y minutos de trabajo. Sin embargo, a diferencia del primero, esto generaría una desigualdad desestabilizadora, ya que los productores podrían recibir ingresos muy diferentes por razones que no solo tendrían que ver con el esfuerzo que aplican, sino también con las herramientas y el equipo a los que pueden acceder. Un trabajador podría ganar el doble que otro simplemente porque se afilió a una fábrica dos veces más productiva. Los consumidores también verían que su capacidad de consumo depende de su lugar en la cola o de otros mecanismos de clasificación, ya que sería necesario

encontrar alguna forma de asignar precios diferentes a los distintos consumidores.

Podemos resumir la *reductio* de Marx al comunismo de la siguiente manera: lejos de ser un simple mecanismo de reforma monetaria que garantizaría un salario justo para cada trabajador, el dinero trabajo en todas sus formas presupone una transformación profunda de la economía. Aunque muchos defensores del dinero trabajo pensaban que un banco central debería actuar como comprador y vendedor de todos los bienes, Marx demostró que las operaciones necesarias iban mucho más allá. Marx detecta en Gray un piadoso deseo de comunismo, ya que ese «banco» debería equilibrar la producción en todos los sectores de la economía, determinar la demanda de cada tipo de bien final e intermedio, vigilar y, potencialmente, disciplinar a los trabajadores en cada centro de trabajo, y garantizar un nivel tecnológico uniforme en todos los talleres que producen bienes idénticos. Sería más que un banco, incluso más que una cámara de compensación; se trataría más bien de un aparato de planificación capaz de ejercer un control *ex ante* de la producción y de determinar todas las decisiones que toman los productores. Una vez llevada a cabo una reconstrucción tan completa, la cuestión del dinero trabajo parecerá bastante secundaria, e incluso puede que ni siquiera sea un problema, como sugiere Marx. Para Marx, la cuestión del carácter opresivo o emancipador del banco central en un escenario así es mucho más importante, consideradas las exigencias que se le imponen. Aquí solo hay dos opciones, Marx escribe: «En realidad, sería o bien el gobierno despótico de la producción y el administrador de la distribución, o bien solo un *board* que llevaría los libros y la

contabilidad de la sociedad trabajadora colectiva».¹³ En otras palabras, *o bien* sería un aparato de planificación que intenta desesperadamente superar por medio del despotismo las desigualdades arraigadas en la infraestructura material, *o bien* sería un aparato natural resultado de una sociedad que ha superado dichas desigualdades.

La prueba del valor es, por lo tanto, una prueba lógica, una crítica inmanente que, dada cualquier propuesta comunista para la economía, revela sus presupuestos y, a partir de ahí, construye un curso especulativo de desarrollo. Si los reformistas quieren que el dinero funcione como dinero, esto significa que deberá cumplir ciertas funciones, que presuponen las características *x*, *y* y *z*. Si, por el contrario, los reformistas quieren que el dinero desempeñe una nueva función —la de igualar los salarios en torno a una única medida de la riqueza—, entonces, como demuestra Marx, será necesario determinar nuevas funciones que, por lógica, presuponen una reorganización material de la economía. A partir de la ciencia del valor, podemos desarrollar una ciencia ficción crítica del valor, trazando el curso que debe seguir una revolución mediante la delimitación de ciertos puntos lógicos de fracaso, ciertas barreras de seguridad.

La prueba del valor 2: Marx contra Lassalle

Estos primeros escritos sobre el dinero trabajo no suelen ser objeto de debate, quizá porque parecen contradecir las observaciones más conocidas que Marx hizo una década y media más tarde, en su

¹³ Marx, *Grundrisse...*, pp. 155-156 [ed. cast.: *Grundrisse...*, p. 83].

«Crítica al Programa de Gotha». En esta parece haber aceptado que una sociedad comunista en transición utilizaría «certificados» para medir y regular el consumo de los trabajadores individuales.¹⁴ En este texto tardío, escrito para circulación interna entre sus compañeros, Marx no ofrece en modo alguno un programa positivo, sino más bien una serie de correcciones. El texto posterior de Marx es también una prueba del valor, en este caso, una revisión del borrador del programa del Congreso de Unidad de Gotha de 1875, que fundó el Partido Obrero Socialdemócrata (SPD) y la corriente principal del marxismo, por medio de la fusión del partido de Ferdinand Lassalle, principal oponente socialista de Marx y Engels en Alemania, y el grupo que habían formado los colaboradores cercanos de Marx, Wilhelm Liebknecht y August Bebel. Engels publicó el texto en 1891, tras la muerte de Marx, durante el debate dentro del partido sobre el programa posterior, el Programa de Erfurt, del que Engels consideraba que, con el texto de Marx y sus propias polémicas, había eliminado «los últimos vestigios de Lassalle».¹⁵

Como hiciera antes, en este texto, Marx se apresura a desacreditar el «eslogan lassalleano de los “beneficios íntegros del trabajo”», una noción sin sentido, ya que no hay forma de llegar aritméticamente a una suma que no se vea reducida para alguna de las partes.¹⁶ No existe tal cosa como «una distribución justa de los beneficios del trabajo» o

¹⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 24, Londres, Lawrence & Wishart, 1989, pp. 75-99.

¹⁵ *Ibídem*, p. 239.

¹⁶ *Ibídem*, p. 83.

una distribución íntegra.¹⁷ Si todos los miembros de la sociedad tienen derecho a la misma riqueza, entonces los productos no pueden ser íntegros, ya que algunos miembros de la sociedad (los niños, los ancianos y los enfermos) no trabajan ni pueden hacerlo, por lo que proporcionarles lo mismo reduciría la producción de los demás. Una forma de igualdad contradice a otra. La igualdad presupone una desigualdad y esto es cierto con independencia de las medidas de distribución que se elijan. Marx extiende su crítica al lenguaje del derecho natural y del precio natural por medio de un ataque a la idea misma de un salario «justo» o «igual», una tontería que confunde a los comunistas peligrosamente. Su respaldo a un «certificado» implica la aceptación de que habrá que tolerar cierto grado de esta igualdad desigual en las primeras etapas del comunismo, mientras persistan «las marcas de nacimiento de la vieja sociedad de cuyo seno surge».¹⁸ Sin embargo, a diferencia de los partidarios del dinero trabajo proudhonianos o ricardianos de izquierda, estos certificados no pretenden solucionar los problemas, sino que, por el contrario, expresan problemas dados y se consideran intrínsecamente perjudiciales. La principal diferencia entre las observaciones de Marx y las de los reformadores del dinero trabajo mencionados anteriormente es que, en este caso, Marx presupone una profunda reconstrucción de la economía: opera de forma deductiva y lógica a partir de la definición de una sociedad cooperativa: «En una sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no intercambian sus

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ *Ibíd.*, p. 84.

productos; del mismo modo, el trabajo empleado aquí no aparece como el valor de estos productos, como una cualidad material que estos poseen».¹⁹ Esto significa que, por definición, los certificados no circularían, sino que solo serían utilizados por los trabajadores individuales (o quizás por grupos de trabajadores) para tener una medida de los bienes que consumen. No funcionarían como dinero con el fin de regular la distribución de materias primas y productos semiacabados entre unidades productivas separadas y, por lo tanto, no podrían funcionar como capital.

Todo esto es muy importante para Marx, porque en los quince años transcurridos desde que comenzó a trabajar seriamente en la crítica de la economía política, desarrolló considerablemente sus distinciones anteriores. En estos textos maduros, en los borradores publicados e inéditos de *El capital*, llegó a discernir, entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto, entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor del producto del trabajo, una forma social positiva, que no es simplemente una magnitud, sino un poder impersonal que llega a parecer una «cualidad material» de las propias mercancías y, por lo tanto, coordina y regula la producción colectiva, que de otro modo permanecería descoordinada. Puede hablar con confianza de la economía capitalista en tanto organizada por ciertas «leyes naturales» que, de hecho, son históricamente producidas. La diferencia clave entre el esquema que critica en su obra anterior y el escenario que imagina en la «Crítica del programa de Gotha» es que, en opinión de Marx, la «ley

¹⁹ Marx y Engels, *Collected Works...*, vol. 22, p. 85.

del valor» no se cumpliría, porque en esta situación el dinero y las mercancías no servirían como un poder impersonal, coordinando funciones que de otro modo no estarían coordinadas a través de la distribución *a posteriori*. En lugar de la función automática del beneficio, el precio y el salario, que impulsan las acciones de los capitalistas y los trabajadores, Marx imagina decisiones conscientes, libre asociación, cálculo deliberado, elección.

El lenguaje que utiliza Marx aquí es casi idéntico al de los enigmáticos pasajes de *El capital*, volumen 1, sobre el «fetichismo de la mercancía», que «vela de hecho, en vez de revelar, el carácter social de los trabajos privados, y por tanto las relaciones sociales entre los trabajadores individuales».²⁰ Los dos pasajes están aún más profundamente relacionados, ya que esta sección de *El capital*, junto con la «Crítica del programa de Gotha», están entre los pocos lugares de sus últimos escritos en los que Marx aborda directamente el comunismo. Las mistificaciones del capitalismo, la «magia y la nigromancia que rodean los productos del trabajo», solo pueden hacerse visibles por contraste con «otras formas de producción», incluida la «asociación de hombres libres». Es a la luz de estas otras formas de organización social que vemos no solo la especificidad histórica del capitalismo, sino también el horizonte específico de su superación por el comunismo.

En ambos textos, la prueba del valor requiere especulación e imaginación, no solo agudeza analítica: «Imaginémonos finalmente, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios

²⁰ Marx, *Capital...*, vol. 1, p. 168 [ed. cast.: *El capital...*, p. 93].

de producción colectivos».²¹ Esta es la frase que la editorial Penguin colocó en la contraportada de mi gastado ejemplar del primer volumen de *El capital*. La editorial entresacó un fragmento del texto en el que se recurre a la especulación sobre el comunismo con el fin de resaltar elementos del capitalismo, pero la relación especulativa también puede funcionar al revés, como muestra Marx en «Crítica del programa de Gotha». La prueba del valor es, no obstante, algo distinto de la narración histórica: Marx no nos muestra la particularidad histórica del modo de producción capitalista colocándolo en una secuencia histórica. Más bien, ofrece una serie de distinciones analíticas y nos pide que consideremos las «formas» de producción, pero no los modos de producción (*Produktionsformen*, no *Produktionsweisen*). La forma de producción, «Robinson en su isla», es totalmente sintética, extraída de las páginas de la ficción burguesa y elegida para marcar un contraste con «la magia y la nigromancia que rodean a los productos del trabajo sobre la base de la producción capitalista». *Robinson Crusoe* es la economía burguesa tal y como se ve a sí misma y tal y como ve al hombre: autoconsciente y dueña de sí misma, capaz de registrar sus acciones en su diario y de medir con precisión con su reloj los productos de las mismas. Pero Marx también deja claro que las relaciones pueden ser transparentes sin ser manejables, como en la «Europa medieval», donde «encontramos que todos son dependientes», pero donde los productos del trabajo se distribuyen de forma bastante transparente entre el señor y el vasallo. La misma transparencia se da en la «producción doméstica», donde el trabajo se

²¹ *Ibidem*, p. 171 [ed. cast.: p. 96].

organiza y la riqueza se distribuye según una división orgánica y transparente del trabajo en la que los individuos no son libres, sino que están ligados a su ubicación. Solo en una «forma» de producción sintética, como «Robinson en su isla», pero hecha realidad por la historia, encontramos «hombres libres, que trabajan con medios de producción comunes y gastan sus diferentes formas de fuerza de trabajo con *plena conciencia de sí mismos como una única fuerza de trabajo social*» (las cursivas son mías). Estas distinciones son importantes en tanto implican que se puede abolir la ley del valor y su dominación impersonal sin abolir al mismo tiempo la dependencia y la dominación. Solo con la «libre asociación» coinciden transparencia y trazabilidad, autoconciencia y autoactividad. Tal y como subraya más adelante, «la figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, solo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, estos la hayan sometido a su control planificado y consciente».

Estos pasajes son esenciales para esclarecer el pensamiento de Marx en sus breves comentarios de la «Crítica al programa de Gotha» y para comprender lo que está en juego cuando sugiere que, en la libre asociación, el trabajo ya no aparece como una propiedad de las cosas. Estos pasajes también aclaran que, para Marx, la utilidad del análisis del valor ha seguido siendo política en todo momento. De todos modos, como debería quedar claro a partir del análisis especulativo de Marx, el problema es que la abolición de la ley del valor no es idéntica a la libre asociación. Existen formas de heteronomía más allá de la ley del valor —la historia precapitalista

da testimonio de miles de años de tales formas— y, aunque el capitalismo es la única forma que conocemos en la que dicha heteronomía toma la forma de dominación impersonal, no podemos descartar la posibilidad de una dominación impersonal no capitalista o quizás poscapitalista, una ley social naturalizada que opera a través de medios distintos al valor, pero que no por ello deja de ser reguladora y reproductora de la sociedad de clases. La abolición de la ley del valor deja un remanente, y es a partir de este remanente y contra él que debe construirse el comunismo.

Una consecuencia lógica es que Marx podría estar equivocado en este punto, pero por razones válidas. Si la forma de producción que emplea certificados de trabajo no fuera ni transparente ni manejable, y si además persistieran formas impersonales de dominación en tal estado de cosas, fracasaría, si no en la prueba negativa del valor, sí al menos en la prueba positiva del comunismo. Sin embargo, como dice Marx en cada uno de los textos citados, no se puede llegar a ninguna conclusión únicamente sobre la base de un análisis de la distribución. El concepto mismo de distribución implica que los productos se distribuyen a los consumidores *post festum*, después de que se han tomado las decisiones de producción. Pero la dimensión de la libertad se refiere tanto a la decisión *ex post* como a la *ex ante*; no solo a lo que consumen las personas, sino también al tipo de actividades que realizan y en qué condiciones. Es mucho más significativo la organización de la totalidad de la producción social. Si participo libremente en la producción colectiva con otros, basándome en mi propia y libre voluntad, y utilizo un trozo de papel

para asegurarme de que mi consumo no afecte a los demás, eso no tiene ninguna importancia. Pero si se espera que ese trozo de papel por sí solo me obligue a hacer algo que de otro modo no haría, entonces tenemos un grave problema. Por eso Marx insiste en que el certificado es, en realidad, una cuestión técnica superficial, subordinada a la organización subyacente de la economía.

La prueba del valor 3: Marx y el GIK

El intento más serio de concretar las ideas de la «Crítica del Programa de Gotha» lo llevó a cabo Jan Appel, en su síntesis de su experiencia en la Revolución alemana y su intento de desarrollar el ejemplo revolucionario de los consejos obreros. Él y los demás miembros del Grupo de Comunistas Internacionales (GIK) elaboraron estas ideas en *Los principios fundamentales de la producción y distribución comunistas*.²² En el centro de la investigación de Appel está el certificado de trabajo de Marx y la fijación continua del precio de todos los bienes de consumo en términos de la «hora de trabajo socialmente promedio». En este caso, para los comunistas de consejos, dicha hora no es un instrumento de mistificación, como ocurre en el capitalismo, sino de clarificación; una simple heurística mediante la cual los trabajadores pueden comprender su relación mutua, «una imagen clara e inteligible» mediante la cual «el proceso de producción queda abierto a la vista de cualquiera».²³

²² GIK, *Los principios fundamentales de la producción y distribución comunistas*, Dos Cuadrados, 2024.

²³ Pannekoek, *Workers' Councils...*, pp. 26-27.

En el sistema de consejos del GIK, a los trabajadores se les paga por las horas reales que trabajan, pero los bienes se distribuyen según su tiempo medio de producción. Por una hora de trabajo, se reciben bienes por valor de una «hora de trabajo socialmente promedio». Al igual que Marx, los autores reconocen que es imposible devolver a cada trabajador el «producto íntegro de [su] trabajo». Antes de que pueda producirse la distribución para el consumo individual, deben hacerse numerosas deducciones del producto social total: para las necesidades de aquellos que no pueden trabajar, como los enfermos, los ancianos y los niños; para bienes sociales generales como hospitales, escuelas y bibliotecas que se proporcionan gratuitamente; para el trabajo de administración y distribución; y, finalmente, para cualquier expansión de la producción total o per cápita que deba llevarse a cabo, caso de haberla. Si el producto restante se distribuye equitativamente entre los trabajadores, según el tiempo trabajado, independientemente de la productividad, entonces la proporción de todas estas deducciones respecto al producto total determina, recíprocamente, un «factor de consumo individual» (FCI), es decir, la fracción de una hora media de producto social que reciben los trabajadores por cada hora real trabajada. Si se deduce el 20 % o una quinta parte del producto social total para estos costes generales, entonces el FCI es de cuatro quintas partes, lo que significa que al final de una semana de cuarenta horas el trabajador recibirá certificados de trabajo por treinta y dos horas de trabajo social promedio. Podrán consumir los bienes que, por término medio, tardaron treinta y dos horas en producirse. Implícitamente, los trabajadores también consumen esas ocho

horas extra (o lo harán, en algún momento), pero lo hacen de forma colectiva, no individual.

Esta diferencia resulta ser la fuente de una novedosa invención, exclusiva de los *Grundprinzipien*. Donde el documento del GKI es original y se aleja de Marx es en que la necesidad de estas deducciones permite a los autores introducir una importante distinción entre «establecimientos productivos» y «establecimientos para uso social general [establecimientos GSU]». Los primeros producen bienes para su distribución a través de certificados de trabajo, así como los medios de producción que esos bienes requieren: alimentos y ropa, hierro y algodón. Los segundos producen bienes que se distribuyen gratuitamente a todos los que los necesitan: educación, sanidad, administración. Por supuesto, los establecimientos productivos deben destinar una parte de su producción a apoyar a los establecimientos GSU, por lo que la división entre los dos tipos de establecimientos y su uso final no se corresponde exactamente con la producción. Además, los trabajadores de ambos tipos de establecimientos reciben una compensación en certificados de trabajo por el tiempo trabajado. La producción de los establecimientos GSU solo cuenta en la medida en que reduce el FIC. Esta producción, que incluye todos los bienes que consumen estos establecimientos, así como el consumo de sus trabajadores, es pagada por todos en lugar de individualmente, y por lo tanto cuenta como un bien gratuito. Finalmente, según los *Grundprinzipien*, a medida que aumenta la productividad, los alimentos, la vivienda, la ropa, el transporte y otros bienes y servicios básicos pueden distribuirse libremente y a demanda, en lugar de a cambio de

certificados de trabajo. A medida que cada vez más ramas de la producción se convierten a la producción GSU, el FIC cae y el sistema del comunismo de los consejos avanza hacia la superación de los certificados de trabajo. Los autores de los *Grundprinzipien* parecen pensar que el libre acceso y la circulación totalmente ilimitado es un límite que la curva asintótica del desarrollo productivo a lo largo del tiempo nunca llega a alcanzar, ya que la producción de artículos especiales que solo desean unos pocos trabajadores nunca puede realizarse sobre una base GSU. Así, a medida que el sistema madura y se estabiliza, los certificados seguirán utilizándose para una pequeña parte de las necesidades especiales, mientras que la mayor parte de lo que consumen los trabajadores estará disponible bajo demanda y sin restricciones. Así pues, los *Grundprinzipien* se toman muy en serio la afirmación de Marx de que el certificado es solo una situación transitoria.

Appel afirma que no había leído la «Crítica al Programa de Gotha» hasta que estuvo preparando el manuscrito para su publicación. Sin embargo, fue capaz de deducir todas las características de los escritos de Marx sobre los certificados de trabajo a partir de una lectura atenta del pasaje de Crusoe en *El capital*, volumen 1, y otros momentos similares. El texto del GIK es notable porque, a diferencia de sus contemporáneos, subraya la conexión crucial entre la transparencia y la manejabilidad en la descripción que hace Marx de la economía planificada, y también porque entiende que lo que está en juego es el concepto de valor. Los autores del GIK insisten en que este concepto no se da en su esquema, ya que las relaciones de intercambio entre dos mercancías no

se expresan en términos de una tercera mercancía, sino directamente. Appel y sus coautores entienden que, para Marx, la ley del valor es una estructura de heteronomía, «un sistema que se erige como una fuerza ajena sobre los productores», que obliga a actuar. En el sistema que ellos proponen, por el contrario, «en una sociedad en la que las relaciones de los productores con el producto se expresan directamente», este peligro no existe. Anton Pannekoek explica con claridad por qué el valor como tal no se da en el esquema del GIK:

En una sociedad donde los bienes se producen directamente para el consumo no hay mercado para intercambiarlos; y ningún valor se establece automáticamente como expresión del trabajo contenido en ellos, a partir de los procesos de compra y venta. En este caso el trabajo invertido debe expresarse de una manera directa mediante el número de horas. La administración lleva un libro (registro) de horas de trabajo incluidas en cada pieza o cantidad de unidades del producto, así como de las horas invertidas por cada uno de los trabajadores. En los promedios de todos los operarios de una fábrica, y finalmente, de todas las fábricas de la misma categoría, se atenúan las diferencias personales y los resultados personales se vuelven comparables entre sí.²⁴

La diferencia clave aquí es que la determinación de los precios no tiene lugar de forma automática e invisible. No se efectúa a través del comportamiento «legal» del mercado, sino a través de las decisiones de trabajadores y consumidores, acciones que pueden cambiar los valores numéricos relevantes. El proceso no tiene lugar inconscientemente a espaldas

²⁴ *Ibidem*, p. 27.

de los trabajadores, sino conscientemente, a través de un proceso transparente de contabilidad colectiva. Los consejos de trabajadores son, en el fondo, un sistema de libros abiertos.

La prueba de valor 4: Bordiga contra el GIK

Mientras el fascismo, el estalinismo y el capitalismo liberal competían por el control de Europa y del mundo, la historia de la izquierda comunista germano-holandesa, que se negó a unirse al Frente Popular, cayó prácticamente en el olvido. Los documentos de la izquierda germano-holandesa fueron objeto de un mayor escrutinio por parte de las publicaciones en lengua francesa de la década de 1930, debido principalmente a la presencia de comunistas de izquierda italianos en Bélgica y Francia. Exiliados de Italia por Mussolini después de 1926, los comunistas vinculados a Amadeo Bordiga y a la fracción de izquierda del Partido Comunista Italiano (la *Sinistra Italiana*) se establecieron en Bélgica y Francia, donde editaron distintas revistas en francés, como *Bilan*. Aunque la *Sinistra Italiana*, prohibida en Italia hasta 1943, en ocasiones discrepaba diametralmente de la izquierda germano-holandesa en su interpretación de la revolución mundial de 1917 y permanecía fundamentalmente fiel a las tesis de Lenin expuestas en *El Estado y la revolución*, ambas posiciones se acercaron debido a su crítica compartida a la Unión Soviética como Estado capitalista, una postura que pocos otros grupos marxistas defendían en aquella época.

Cabe recordar que, enviado de vuelta a Moscú en nombre del KAPD en 1921 y viajando por medios legales no corsarios, Jan Appel reiteró la oposición por principio de su partido a cualquier colaboración con los sindicatos o la participación en las elecciones. Según le dijo al Komintern, los sindicatos y el SPD son el producto del movimiento obrero del siglo XIX, que esperaba mejorar la posición de los trabajadores dentro del capitalismo, no abolirlo. Por lo tanto, se elige a representantes que saben cómo actuar en el parlamento y negociar con la burguesía, pero que no están preparados para llevar a cabo una revolución.

La emergencia del consejo obrero, que tiene la capacidad de organizar a la totalidad de la clase obrera y permitirle participar directamente en la revolución, obvia estos mecanismos anticuados. El papel del partido debe ser ayudar a la transición al poder del consejo, no negociar ni contemporizar.

Amadeo Bordiga era igualmente intransigente, maximalista y comprometido con la acción revolucionaria inmediata. Sin embargo, debido a la peculiaridad de la ola revolucionaria en Italia —como recordarán los lectores—, Bordiga llega a asociar los consejos obreros con el mutualismo, el sindicalismo y el cooperativismo, sin reconocer el carácter genuinamente comunista del poder de los consejos. De esta experiencia, Bordiga sacó la conclusión de que lo que le faltaba al movimiento obrero no era el poder consejista, sino un liderazgo intransigente y revolucionario en el partido. Una vez formado el Partido Comunista de Italia, la facción de Bordiga mantuvo la mayoría numérica hasta 1923, pero finalmente, cuando el Komintern giró hacia las políticas del Frente Único, se impuso *L'Ordine nuovo* de

Antonio Gramsci, orientado a los sindicatos y al antifascismo. Debido al apoyo de Gramsci a los consejos de fábrica de Turín, que él consideraba la base inmediata para la autogestión obrera, Bordiga siempre asoció la posición del KAPD y del comunismo de los consejos en general con el fabriquismo de Antonio Gramsci, que, de hecho, estaba mucho más cerca del sindicalismo revolucionario en su visión de la transición al socialismo.

Después de 1926, una vez Mussolini estaba ya consolidado en el poder, Bordiga fue puesto en prisión. Pero cuando fue liberado, abandonó por completo la política, negándose incluso a discutir la lucha de clases con sus antiguos compañeros. Sus compañeros de la izquierda italiana, exiliados en Francia y Bélgica, se vieron obligados a continuar sin él. La política de Bordiga era implacablemente antipersonal: estaba comprometido con el liderazgo basado en la doctrina, no en los individuos, y rara vez firmaba sus textos, lo que daba a quienes trabajaban con él la libertad de continuar como antes o incluso de apartarse de las posiciones a veces dogmáticas de Bordiga. Estos comunistas italianos de izquierda en el exilio se pusieron en contacto con otros grupos expulsados del Komintern y publicaron dos reseñas de los *Grundprinzipien* en la revista *Bilan*: una positiva y otra negativa, en las que ambos autores trataban de desarrollar la crítica del sindicalismo y el fabriquismo que Bordiga había esbozado anteriormente. Es en una serie de artículos escritos por Jean Melis bajo el pseudónimo de Jehan Mitchell donde se puede leer por primera vez la idea —que tendrá una poderosa repercusión y será la inspiración del concepto de la prueba del valor— de que, contrariamente a lo

que afirman los autores, los *Grundprinzipien* conservan «valor».

[Los autores de los *Grundprinzipien*] señalan, sin embargo, que «la supresión del mercado debe interpretarse en el sentido de que, si bien el mercado parece sobrevivir bajo el comunismo, su contenido social en cuanto a la circulación es completamente diferente: una circulación basada en el tiempo de trabajo, expresión de la nueva relación social» [...] Pero, precisamente, si el mercado sobrevive (aunque se modifiquen el fondo y la forma de los intercambios) es porque solo puede funcionar basado en el valor. Eso no lo perciben los internacionalistas holandeses, «subyugados» como están por su fórmula «tiempo de trabajo», la cual, sustancialmente, no es otra cosa sino el valor mismo.²⁵

Este argumento es meramente apodíctico, una apelación a la autoridad, y no una «prueba de valor» concluyente, que dé cuenta de la dinámica del sistema en cuestión. Cuando Bordiga regresa a la vida política después de 1945, uniéndose a los nuevos partidos comunistas de izquierda que se formaron en Italia y rehabilitando las máximas de los años veinte, intenta precisamente eso: desarrolla sus primeras intuiciones sobre los consejos de fábrica y la necesidad de la organización del partido en una extensa crítica de lo que él denomina «empresarialismo», que, según afirma, subyace no solo al

²⁵ «Bilan, the Dutch Left, and the Transition to Communism (ii)», *International Review*, núm. 152, octubre de 2013, disponible en International Communist Current, internationalism.org. El original es Mitchell, «Problèmes de la période de transition», part III, *Bilan*, núm. 34, agosto-septiembre de 1936, pp. 1133-1138, disponible en Antonie Pannekoek Archives, aaap.be [ed. cast.: disponible en www.internationalism.org/es].

capitalismo liberal y a la economía mixta de la Italia de posguerra, sino también a la Rusia estalinista (que considera esencialmente capitalista) y a las propuestas de diversos sindicalistas revolucionarios, proudhonianos y comunistas de los consejos, a los que amalgama descuidadamente.²⁶ Bordiga nunca se refiere a los *Grundprinzipien* ni a ningún otro documento comunista de los consejos por su nombre y parece fundamentalmente incapaz de distinguir entre los esquemas mutualistas del dinero trabajo que Marx critica (donde se intercambian bienes de producción) y los sistemas de certificados de trabajo, que solo organizan el consumo. Su enfoque es, en realidad, más ético e incluso metafísico que una investigación de las dinámicas que proporcionarían una prueba rigurosa del valor. Pero, curiosamente, esto es también la fuente de su extraño poder. Bordiga reconoce que el comunismo es tanto una cuestión de principios como relativa a la historia: un objeto ideal y un movimiento real. A partir de ahí, desarrolla su curiosa metafísica marxista, afirmando que la teoría del comunismo no ha cambiado desde 1848. El programa comunista fue expresado por Marx y Engels de manera plena y completa, y la tarea de los comunistas es preservar esta teoría y defenderla de falsificadores y modernizadores.

En estos poderosos ensayos de posguerra, en los que Bordiga desarrolla su teoría de la «forma empresa», no encontramos un relato histórico, y mucho menos materialista. De hecho, la teoría de la invariancia impide tal cosa. Lo que hace es describir fenómenos contemporáneos que le permiten

²⁶ Bordiga, *The Science and Passion of Communism...*, p. 44.

deducir, a partir de los primeros principios del comunismo, la definición misma del comunismo como la formación de una sociedad sin clases, la superación de la división del trabajo y la oposición entre campo y ciudad. Aunque están basados en una cuidadosa observación e investigación, sus escritos sobre Rusia, reconocidos desde hace tiempo por los lectores como el corazón mismo de su teoría, se orientan menos a explicar la trayectoria de la URSS que a juzgarla a la luz del comunismo. Así, la explicación más clara de sus puntos de vista sobre la «economía de los consejos» se halla en sus textos más programáticos, en particular en «Los fundamentos del comunismo revolucionario».²⁷ Allí, utiliza la experiencia italiana para atacar al comunismo de los consejos como un todo, vinculándolo al sindicalismo soreliano, al mutualismo proudhoniano y a otras formas de abordaje del problema que mantienen los mercados tanto para los bienes de consumo como para los de producción.

Para Bordiga, la revolución no es una cuestión de forma organizativa, sino de programa. Esto le lleva a asumir, a veces erróneamente, que todas las cuestiones organizativas o formales son superficiales. Si la tarea de la revolución es abolir las clases, superar la división del trabajo y la separación entre campo y ciudad, la formación de consejos y otros organismos autoorganizados no será suficiente, ya que estos se limitarán a seguir los surcos trazados por el mercado. Bordiga se opone programáticamente a cualquier enfoque «celular» o «parcelario» de la

²⁷ Amadeo Bordiga, «I fondamenti del comunismo rivoluzionario», *Il Programma Comunista*, núms. 13-15, 1957, disponible en marxists.org.

economía porque, en su opinión —y aquí estoy reconstruyendo el argumento que él presenta como un dogma—, mantienen los intereses antagónicos entre los trabajadores situados en las distintas posiciones sociales. Bordiga imagina que estos intereses operan a través de un cripto-mercado que, como ya estableció Marx en los *Grundrisse* y en la *Contribución a la crítica de la economía política*, devolvería finalmente al dinero su capacidad de regular la producción según la ley del valor. Donde hay empresas, afirma así Bordiga (falsamente) debe haber un mercado, «ya que un sistema de medida de tal complejidad no podría funcionar sin el viejo recurso a un equivalente general: el dinero, la medida lógica de todo intercambio». La única forma de superar esta tendencia interna hacia el mercado y la fragmentación en las empresas es que el partido unifiqué radicalmente los intereses de los proletarios, acabe con el individuo como lugar de decisión y lleve a toda la sociedad a una construcción unitaria:

En la sociedad socialista, los individuos no serán libres de elegir en qué actividades productivas participen y qué consumen, ya que ambas esferas serán dictadas por la sociedad y en interés de esta. ¿Por quién? Esta es la inevitable e imbécil pregunta, a la que respondemos sin vacilar: en la fase inicial será la «dictadura» de la clase proletaria revolucionaria, cuyo único órgano capaz de llegar a una comprensión previa de las fuerzas que entonces entrarán en juego es el Partido revolucionario; en una segunda fase histórica, la sociedad en su conjunto ejercerá su voluntad espontáneamente a través de una economía extensa que habrá abolido tanto la autonomía de las clases como la de las personas individuales, en todos los campos de la actividad humana.

Esta antropología, radicalmente antiindividualista y sin fundamento en ningún relato de la autoactividad obrera, encuentra su justificación en una lectura novedosa de la «Crítica del Programa de Gotha», en la que Bordiga no localiza las contradicciones que nos han preocupado hasta ahora:

Ya nada puede ser adquirido por un individuo y ligado a su persona, o a su familia, por medios monetarios: un vale no acumulable de corta validez le da exclusivamente derecho a productos para el consumo humano dentro de un límite aún restringido y socialmente calculado. Nuestra concepción de la dictadura (al principio; seguida de una racionalidad social, de especie) sobre el consumo implica que el vale no estará marcado como una determinada denominación de dinero (que entonces, por ejemplo, podría convertir todo en tabaco o alcohol, en lugar de en leche o pan), sino de productos específicos, al igual que las «cartillas de racionamiento» de los tiempos de guerra.

Al especificar no solo la cantidad, sino también el tipo de bienes de consumo, muchos de los problemas planteados por la cuestión de los certificados de trabajo quedan en suspenso, ya que toda la planificación puede realizarse entonces *ex ante*. Pero, ¿qué sucede con el «control consciente y planificado» y la «libre asociación»?²⁸ La reconstrucción antindi-

²⁸ El tratamiento de estos temas en *La ideología alemana*, que Bordiga, para su propio descrédito, señala como la articulación más completa del comunismo que Marx jamás produjera, contradice la interpretación de Bordiga en varios puntos. «Solo dentro de la comunidad cada individuo tiene los medios para cultivar sus dones en todas las direcciones; por lo tanto, la libertad personal solo es posible dentro de la comunidad [...] En la comunidad real, los individuos obtienen su libertad en y a través de su asociación». Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 5..., p. 78.

vidualista de Bordiga de la doctrina invariable del comunismo debe ignorar la descripción que Marx hace, de forma casi continua, del comunismo como «el reino de la libertad», organizado por la «libre asociación», y en el que «el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos».²⁹ Si por «partido» se entiende una capa administrativa central que determina de antemano y sin consulta lo que la gente hace y consume, entonces no hay libertad en absoluto y lo que tenemos es el colectivismo forzado que Marx y Engels llamaron «comunismo de cuartel»³⁰ en una reseña de *Los fundamentos del sistema social futuro* de Sergey Nechayev. Sin embargo, «partido» también podría significar únicamente el lugar colectivo en el que se toman decisiones que tienen en cuenta tanto las limitaciones de producción como las demandas de consumo; por ejemplo, una cantina colectiva que, tras estudiar las necesidades y deseos locales, pide ingredientes y elabora un menú.

La elocuente exposición de Bordiga sobre las tareas del comunismo plantea importantes desafíos a los *Grundprinzipien* del GIK e indica, como mínimo, que el sistema de ubicaciones, obligaciones y derechos proletarios introducido por una sociedad de consejos tendría que ser dinámico y no limitarse a reproducir la división técnica del trabajo, que le legó el capitalismo, a fin de no fracasar en la consecución de los objetivos fundamentales de la emancipación. Sin embargo, Bordiga resulta vago sobre los mecanismos precisos de la alternativa y sobre lo que

²⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 6, Londres, Lawrence & Wishart, 1994, p. 506; Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Nueva York, Penguin, 1991, p. 958.

³⁰ Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 23..., p. 543.

entiende por «partido», ya que su insistencia en la teoría invariable, en el contenido más que en la forma del comunismo, se reduce, en última instancia, a una fe ciega en que el partido, como extensión de la doctrina, aplicando los operadores lógicos marxianos a cuestiones de necesidad, simplemente lo resolverá cuando llegue el momento. Para Bordiga, el partido es una suerte de caja negra, un lugar vacío de toma de decisiones, una forma que es un contenido y, por lo tanto, resulta curiosamente indeterminado. Quizá esto significa que allí donde Bordiga deja un vacío, podemos introducir estructuras más concretas basadas en la libre autoactividad.

Aunque en estos ensayos Bordiga advierte que la fragmentación de la economía de los consejos requerirá necesariamente la reafirmación de la ley del valor, en su mayor parte no nos proporciona una «prueba del valor», sino algo más útil: una «prueba del comunismo», es decir, una evaluación de la economía de los consejos desde el punto de vista de una sociedad sin clases, sin dinero y sin Estado. A veces, argumenta a partir de los determinantes particulares del capitalismo —dinero, mercancía, mercado, beneficio— y, al encontrarlos, constata que el capitalismo persiste. En cambio, la mayor parte del tiempo examina distintos programas o instancias concretas del socialismo a la luz de la definición de comunismo, de la sociedad sin clases, dada por Marx y Engels, y los encuentra deficientes. Uno de los objetivos principales de este ensayo es demostrar que la prueba del valor no es la prueba del comunismo y que la confusión entre ambas ocluye fundamentalmente las tareas del comunismo. Existe una brecha entre ambas pruebas y el poder de la crítica de Bordiga

no radica en que localiza el valor en estos diversos escenarios poscapitalistas, sino en que formula lo que debe hacerse para producir el comunismo una vez abolido el valor. Tanto Appel como Bordiga confunden las dos pruebas: Appel concluye que, si su escenario ha pasado la prueba del valor, ha pasado también la prueba del comunismo; y Bordiga, que si no ha pasado la prueba del comunismo, no ha pasado tampoco la prueba del valor. Incluso si no estamos de acuerdo con Bordiga en que la revolución de los consejos estaría condenada por su abjuración del papel crucial del partido, podemos estar de acuerdo con él en que hay tareas particulares que necesitará llevar a cabo ese sistema a la hora de desplazarse hacia el comunismo, y estas tareas podrían verse bloqueadas o incluso obstaculizadas por el sistema de los consejos cuando surja de la huelga de masas. La revolución de los consejos tendría que superar la división del trabajo entre las empresas, reorganizar la relación entre el campo y la ciudad y evitar volver a ser subordinada por el Estado nación y, a su vez, por el sistema internacional de mercado. Tendría que tomar las decisiones de producción *ex ante* y no simplemente las de distribución *ex post*. Por eso ni las asociaciones de productores ni las de consumidores podrían ser el *locus* del poder, sino que tanto las decisiones de producción como las de consumo deberían tomarse de forma sintética, algo que prohíbe la distribución a través del lugar de trabajo por medio del certificado laboral o el salario, en la medida en que escinde a los productores de los consumidores y convierte a los primeros en portadores de derechos de los segundos. El comunismo exige la superación de esta brecha, que el certificado se limita a imprimir en papel.

La crítica de Bordiga sería poco conocida si no fuera por el interés que le prestaron los comunistas franceses de los años sesenta, en particular Jacques Camatte y Gilles Dauvé, cuyo innovador intento de comprender la oleada revolucionaria de 1968 se basó poderosamente en los escritos de Bordiga sobre Rusia y su crítica de la forma consejista. La formulación de Dauvé sobre la revolución como un proceso de comunización o de producción inmediata de relaciones comunistas se deriva esencialmente de una síntesis crítica entre la teoría del comunismo consejista y la de la izquierda comunista italiana. Dauvé conserva el énfasis de Appel en la autoorganización y el control consciente y planificado, pero argumenta, basándose en Bordiga, que el proyecto comunista consejista habría fracasado si hubiera seguido las líneas trazadas en los *Grundprinzipien*, en la medida en que preservaba el valor. Dauvé desarrolló por primera vez esta crítica en un ensayo no traducido, «Sur l'idéologie ultragauche» [Sobre la ideología ultraizquierdista], escrito para la reunión de 1969 de Informations et Correspondances Ouvrières (ICO), el principal grupo comunista consejista de Francia en aquel momento.³¹ ICO se había escindido del grupo Socialisme ou Barbarie (S. ou B.), objeto frecuente de los comentarios críticos de Bordiga, en la década de 1950, y fue en y alrededor de S. ou B, formado por disidentes trostkistas después de la Segunda Guerra Mundial, que se produjo parte del renacimiento del comunismo de los consejos en Francia.³² Pero dado que, por las curiosas

³¹ En François Danel (ed.), *Rupture dans la théorie de la révolution: Textes 1965-1975*, Gienbra, Entremonde, 2018, pp. 205-215.

³² Marcel van der Linden, «Socialisme ou Barbarie: A French Revolutionary Group, 1949-1965», *Left History*, núm. 5 (1), 1997, disponible en libcom.org; Henri Simon, «Workers' Inquiry in So-

razones históricas ya comentadas, la izquierda italiana también tuvo cierta representación en la «ultraizquierda» francesa, resulta necesario investigar la evidente discrepancia entre estas visiones diferentes. Dauvé resume así la crítica de Bordiga:

Al rechazar la teoría de la autogestión obrera [de los comunistas consejistas], el bordiguismo realiza una de las críticas más mordaces de la economía rusa, poniendo en primer plano no a la burocracia, como hacen los trotskistas y *Socialisme ou Barbarie*, sino las relaciones de producción. La revolución, insiste la prensa bordiguista, debe consistir en la destrucción de la ley del valor y del intercambio.³³

La influencia de esta frase final, que describe el comunismo como la destrucción del valor, ha sido enorme y ha dado forma a la comprensión vernácula de la teoría de la comunización desarrollada por Dauvé y aquellos a quienes ha influido. ¿Qué es el comunismo? La destrucción de la forma-valor. ¿Cuál es la tarea de la revolución como comunización? Abolir el valor.

Estas formulaciones han sido un potente estímulo para el comunismo revolucionario desde 1968, en tanto establecen un vínculo largamente buscado entre la esotérica teoría del valor de Marx y las tareas del comunismo. Sin embargo, Dauvé confunde la prueba del valor y la prueba del comunismo, lo que debilita su crítica. No obstante, si reformulamos como prueba del comunismo lo que Dauvé describe

cialisme ou Barbarie», trad. por Asad Haider y Salar Mohandesi, *Viewpoint Magazine*, núm. 3, 26 de septiembre, 2013, disponible en viewpointmag.com.

³³ Danel, *Rupture dans la théorie de la révolution...*, p. 214.

como prueba del valor, conservamos la fuerza de su formulación crítica de las tareas del comunismo a la luz de la teoría del valor de Marx, sin confundir valor, capitalismo y comunismo.

La trayectoria editorial de Gilles Dauvé ha sido tortuosa, pero lleva cincuenta años revisando este ensayo. Los lectores anglófonos conocieron su obra con la publicación, en 1974, de *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista* en 1974, traducido por Fredy Perlman para Black & Red Press, una importante distribuidora de material ultraizquierdista en general, y de *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord en particular.³⁴ En el libro, Dauvé revisa «Sur l'idéologie ultragauche» [Sobre la ideología de ultraizquierda] y lo convierte en el capítulo «El leninismo y la ultraizquierda». Dauvé lee la «Crítica al programa de Gotha» de manera similar a Bordiga, sugiriendo que representa un esquema sobre la distribución del valor de uso *después* la destrucción de la ley del valor. Pero Dauvé tiene una concepción curiosa y confusa de la relación entre la legalidad de la «ley» del valor y la medida del tiempo de trabajo. Sugiere que, si persiste una norma de trabajo, una hora promedio de trabajo social, entonces también persiste el valor. Esta comprensión del valor se

³⁴ Jean Barrot (Gilles Dauvé) y François Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Detroit, Black & Red, 1974. Este texto ha sido objeto de distintas revisiones, y todas las versiones HTML han sido editadas para reflejar los cambios introducidos en la edición de PM Press de 2015. A menos que se indique lo contrario, los números de página corresponden al PDF de la edición de Antagonism Press de 1997, que reproduce los capítulos de la edición de 1974: Gilles Dauvé y François Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Londres, Antagonism Press, 1997 [ed. cast.: *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, Barcelona, Espartaco Internacional, 2003].

presta peligrosamente a confundirse con la racionalidad instrumental, ya que sumar y dividir para hallar promedios no implica necesariamente ninguna estructura de distribución. Dauvé señala acertadamente que el análisis del valor debe tener en cuenta la «dinámica» de un sistema concreto, pero en tanto confunde la ley del valor con una de sus funciones particulares (la medición del tiempo de trabajo), lo que nos ofrece no es un análisis dinámico basado en la estructura material real del esquema del GIK, sino una explicación de cómo la ley del valor, siempre latente, debe reafirmarse:

Marx excluye la hipótesis de un avance gradual hacia el comunismo que pase por la progresiva destrucción de la ley del valor. Antes el contrario, la ley del valor sigue afirmándose violentamente mientras no se produzca el derrocamiento del capitalismo: la ley del valor no deja nunca de autodestruirse [...] para acabar reapareciendo a un nivel superior.

La teoría de la gestión social mediante consejos obreros no tiene en cuenta la dinámica del capitalismo; conserva todas sus categorías y características: trabajo asalariado, ley del valor, intercambio. El tipo de socialismo que propugna no es más que un capitalismo gestionado democráticamente por los trabajadores. Si se pusiera en práctica, cabrían dos posibilidades. O bien, los consejos de trabajadores intentarían no funcionar como empresas capitalistas, lo cual es imposible, ya que las relaciones de producción capitalistas seguirían existiendo. En este caso, los consejos obreros serían destruidos por la contrarrevolución. O bien, los consejos obreros aceptaría funcionar como empresas capitalistas. En este caso, el sistema de consejos no sobreviviría; se convertiría en una ilusión, una de las numerosas formas de asociación entre el capital y el trabajo.³⁵

³⁵ *Ibíd.*, p. 73 [ed. cast.: pp. 161-162].

El análisis dinámico solo funciona si aceptamos su afirmación apodíctica de que la ley del valor sigue vigente. Pero, ¿es así? En el esquema del GIK, los bienes de producción no se intercambian, sino que se distribuyen directamente entre las unidades productivas según cálculos basados, en primer lugar, en las necesidades sociales y, en segundo lugar, en la capacidad productiva, a diferencia de lo que ocurre en el capitalismo. De hecho, el cálculo de los precios del tiempo de trabajo no es suficiente para distribuir los productos y el trabajo entre los diferentes productores, sino solo para calcular las proporciones entre ellos, dadas las necesidades existentes. En el capitalismo, dicha distribución se produce porque los capitalistas se lanzan a desarrollar nuevas líneas de producción o invierten en nuevas plantas y maquinaria con el fin de obtener mayores tasas de rendimiento. Como consecuencia de segundo orden, este movimiento de capital (y de trabajo, ya que el trabajo sigue al capital) satisface de manera deficiente las nuevas necesidades sociales y solo si dichas necesidades satisfacen primero los requisitos de la producción con fines lucrativos. En el sistema del GIK, las cantidades deseadas de productos finales se determinarían de antemano sobre la base de un estudio de las necesidades sociales. Aunque se pueda ser escéptico acerca de cómo podría funcionar dicho estudio, lo importante es que las cantidades totales de producción de las unidades individuales se elegirían directamente y no serían determinadas por la tasa media de beneficio. Y este es el sentido más importante en el que dejaría de operar la «ley» del valor.

Además, en el sistema del GIK, las normas de producción no pueden establecerse automáticamente a

espaldas de los productores como consecuencia de los motivos egoístas de los propietarios individuales o de las empresas. Cuando se paga a las personas ocho «horas» de riqueza social a cambio de ocho horas de trabajo real, no existe un mecanismo establecido para imponer una norma de producción ni una fuerza inherente que obligue a los trabajadores a alcanzar un determinado nivel de producción. En el capitalismo, la fuerza de trabajo se compra y se convierte en propiedad del capitalista durante el tiempo de producción, por lo que los capitalistas pueden establecer las condiciones que exijan, dentro de los límites biológicos y, a veces, de la ley burguesa. Pueden establecer normas de producción y despedir a los trabajadores si no las cumplen. Sin embargo, en el sistema del GIK, como en cualquier sistema que se denomine socialista o comunista, el trabajo es una obligación, no un derecho. Si todos los que pueden trabajar deben hacerlo, entonces nadie puede ser despedido. Por tanto, el sistema del GIK sería incapaz de hacer cumplir las normas de producción, salvo por medio de una voluntad unánime ya existente o de la reintroducción de estructuras de incentivos y violencia política. Sin embargo, si esa unanimidad ya existe, entonces el certificado resulta superfluo, un mero instrumento de contabilidad.

El sistema del GIK plantea también problemas implícitos de información y contabilidad, ya que depende de la honestidad de los informes o de la vigilancia. Tal y como señala Marx en la «Crítica del programa de Gotha», un punto que Bordiga reitera, la fragmentación de la producción en bloques de productores que trabajan con herramientas y capacidades muy diferentes en lugares de trabajo de distintos tamaños

y ubicados en lugares geográficos concretos, implica que no es posible establecer normas productivas uniformes. Los trabajadores de determinadas unidades pueden establecer sus propias normas o incluso mentir sobre su producción. Pueden incluso verse obligados a hacerlo si consideran que el sistema es injusto. Si, por ejemplo, la distribución de las capacidades productivas existentes dificulta el trabajo de algunos y lo facilita a otros, estos podrían decidir no seguir las normas de producción, lo que los pondría en conflicto con otros productores.

En este punto, las observaciones de Marx y Bordiga sobre el efecto determinante de la organización subyacente de la producción, y no del sistema de distribución, resultan muy pertinentes. En la medida en que el sistema del GIK tuviera éxito, tendría que acabar con la fragmentación de la producción, que lleva a una situación en la que los productores de diferentes empresas tienen intereses opuestos. Esto solo puede lograrse mediante una profunda reorganización del aparato subyacente que elimine las injusticias arraigadas en la infraestructura material. Esto resulta particularmente evidente en el caso de la agricultura, uno de los principales focos de atención de Bordiga. La transformación en consejos de las empresas agrícolas existentes sería claramente insuficiente, incluso si no se plantease de forma inmediata la superación de la división entre la ciudad y el campo.³⁶ De hecho en Estados Unidos, gran parte de la producción agrícola se lleva a cabo a través de pequeñas explotaciones familiares cuyos intereses son opuestos a la producción con

³⁶ Bordiga, *The Science and Passion of Communism...*, pp. 426-460.

fines lucrativos. La transformación en consejos de estas explotaciones tendría que implicar, como mínimo, procesos de colectivización y reorganización material en gran medida incompatibles con la continuidad de la producción familiar, antes incluso de abordar los problemas de la división entre el campo y la ciudad. Para Bordiga, la persistencia de estos pequeños productores orientados al mercado en la Unión Soviética implicaba que el capitalismo no había sido abolido: los mercados seguían existiendo y vinculaban la agricultura soviética a la disciplina del comercio internacional, el dinero mundial y, en última instancia, a la mediación de la ley del valor, en particular a través del capital circulante, que se regía por el comercio internacional. Podemos estar de acuerdo con Bordiga en que la economía soviética estaba mediada externamente por la ley del valor sin necesidad de pensar el valor como una función operativa y reguladora en Rusia. En lo que respecta a la prueba del valor, el análisis de Bordiga debe juzgarse no solo por sus afirmaciones categóricas, sino también por la dinámica atribuida a la URSS. Es posible que esta dinámica no esté gobernada por la ley del valor, pero no por ello dejaría de llevar a su reinstauración o a algo igual de malo. Además, se puede demostrar que esta nos aleja del comunismo, es decir, que no supera la prueba del comunismo. Se puede realizar un análisis dinámico de un sistema, incluso de uno no capitalista, en la medida en que se demuestre que posee capacidad de desarrollo no intencionado. Se trata de mostrar no solo lo que es, sino también hacia dónde va. En este sentido, aunque Bordiga se equivoque con los sustantivos, acierta con los verbos.

El demonio en Matrix

Hasta 1997, Gilles Dauvé revisó *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, añadiendo nuevos prefacios, introducciones y apéndices. La edición de PM Press de 2015 presenta así importantes revisiones internas y el capítulo «El leninismo y la ultraizquierda», que hemos estado siguiendo, se ha dividido ahora en tres capítulos. Uno de ellos, «Valor, tiempo y comunismo: relectura de Marx», aclara sus comentarios anteriores sobre el valor:

El GIK situaba explícitamente a la empresa como una unidad económica ubicada en el centro del sistema. Por supuesto, los comunistas de los consejos eran conscientes del hecho ineludible de que algunas empresas, y algunos trabajadores dentro de cada empresa, serían más productivos que otros: pensaban que esto podría ser compensado con un complejo mecanismo regulador que Mattick había explicado en detalle [...]

Lamentablemente, si el elemento regulador es el tiempo de trabajo, esto implica la obligación de ser productivos, y la productividad no es ningún sirviente: gobierna la producción. El taller pronto perdería el control sobre sus supervisores elegidos y los co-organizadores designados democráticamente terminarían actuando como jefes. El sistema de consejos sobreviviría como una ilusión, y la gestión obrera llevaría de vuelta al capitalismo, o mejor dicho [...] el capitalismo nunca habría desaparecido. No podemos tener las dos cosas: o mantenemos el fundamento del valor o prescindimos de él. No se puede cuadrar el círculo.

Este esquema es lo más cerca que se puede llegar a estar de preservar las bases del capitalismo, si bien poniéndolas bajo el control total de los trabajadores.³⁷

³⁷ Dauvé y Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement...*, p. 120. No está claro qué motivó una revisión tan

Esto supone una mejora, pero sigue confundiendo la prueba del valor con la prueba del comunismo. No pretendo refutar la crítica de Dauvé, que diagnostica con precisión algunas de las trayectorias dinámicas del sistema del GIK, sino criticarla con respeto, al tiempo que trato de identificar mejor los elementos problemáticos, separando la prueba del valor de la prueba del comunismo.

Dauvé sigue confundiendo la *medida* consciente del tiempo de trabajo con la *regulación* por medio del tiempo de trabajo. Es necesario distinguir entre ambos conceptos. Imaginemos, como hipótesis reductiva, una sociedad de pura abundancia en la que las personas solo dedican unas pocas horas al día a interactuar con la naturaleza y sus herramientas para generar recursos que superan con creces sus necesidades. No existe ninguna medida de la riqueza social. Las personas simplemente toman lo que necesitan, ya sea con o sin acuerdo previo. Las decisiones sobre la producción se toman de antemano, teniendo en cuenta las necesidades sociales. ¿Qué efecto tendría la medida del tiempo de trabajo promedio —cuántas horas se tarda en fabricar un par de zapatos, por término medio— en un sistema así? Por sí sola, sin duda, no afectaría a la distribución de la riqueza ni podría orientar a las personas hacia determinadas actividades en detrimento de otras.

profunda, pero estas partes del libro recibieron una respuesta muy esclarecedora en David Adam, «Marx's Critique of Socialist Labor-Money Schemes and the Myth of Council Communism's Proudhonism», disponible en libcom.org, 23 de enero de 2013. Adam distingue de manera crucial entre el dinero-trabajo, criticado en los primeros textos, y los certificados de trabajo, una distinción que ni Bordiga ni Dauvé parecen registrar. Los autores responden a Adam en una nota en la versión de PM Press.

En este sentido, no sería diferente de calcular la altura o el peso medio de los niños de nueve años de un pueblo o de contar cuántas personas se necesitan para cosechar un campo determinado. ¿Sería inútil? Quizás. ¿Peligroso? No, intrínsecamente, a menos que se piense que la práctica de la suma conduce inexorablemente a la forma valor.

El peligro no reside en la medida en sí misma, como si las herramientas del análisis matemático abstracto contuvieran, encriptadas en sus profundidades, las condiciones necesarias para la forma valor: *donde hay cálculo, debe haber capital*. No, el peligro reside en el efecto regulador de la medida del tiempo de trabajo, una regulación que se produce no solo a través de la medida, sino también de la certificación y la individualización del acceso a la riqueza social, lo cual requiere de la medida en tanto condición. Debemos recordar que el dinero tiene funciones particulares: medida del valor, medio de intercambio, medio de pago y depósito del valor. Algunas funciones están subordinadas a otras. Por ejemplo, la función de medio de intercambio presupone que el dinero es medida del valor, pero no al revés. La medida del valor no presupone las funciones de medio de intercambio, depósito de valor y medio de pago, y mucho menos la de capital. La prueba del valor nos pide que examinemos el certificado de trabajo a la luz de estas funciones y que observemos que no cumple su cometido. En otras palabras, el problema clave del certificado no es que pueda regular la producción como lo hace el dinero, sino que no puede hacerlo y que, por tanto, o bien fallará o necesitará mecanismos adicionales que equivalgan al restablecimiento del valor y a la transformación de

los certificados de trabajo de nuevo en dinero y en salarios monetarios. La disyuntiva lógica, el «o una cosa o la otra», no puede evitarse aquí, ya que lo que está en juego son cuestiones de libre acción política frente a obstáculos.

Para ser más específicos sobre esta diferencia, Dauvé afirma que, en lugar de ser los trabajadores libremente asociados quienes miden el valor, es la medida la que controla sus acciones. Pero, ¿cómo podría suceder esto? Solo podría suceder si el certificado, además de garantizar una cierta cantidad de productos, también *obligara a* realizar un cierto nivel de trabajo. Pero tal y como está redactado, no hay forma de que el certificado pueda hacerlo. Cada ocho horas, independientemente de lo que haga la persona, cuentan para acceder a ocho horas de riqueza social. No es posible establecer una norma de productividad solo con el certificado de trabajo, a menos que se asuma que se puede despedir a los trabajadores. Sin embargo, en el sistema del GIK, las personas desempleadas también tienen acceso a la riqueza social, por lo que esta no es una solución. No habría forma de imponer una norma de producción a una empresa en concreto. Se necesitaría algún otro mecanismo —sanciones, incentivos, violencia directa— independiente del certificado. El problema no solo radica en lo que hace el certificado, sino también en lo que no hace. El certificado no permite a los trabajadores regular libremente la producción ni los empuja automáticamente de un puesto de trabajo a otro, al tiempo que establece normas de producción. Para ello se necesitarían estructuras políticas de comunicación o mecanismos de control que, a su vez, deberían evaluarse no solo por la prueba del valor, sino también por la prueba del comunismo.

Bordiga y Dauvé sugieren que los productores tendrían que liberalizar el certificado para que funcionase como dinero y recompensase a las empresas y a los individuos según su producción. Sin embargo, también se podría imaginar que el sistema simplemente se derrumbara. Si el sistema fuera capaz de regular la producción con el certificado, entonces este dejaría de ser necesario como mecanismo regulador. No habría ninguna justificación dinámica para ello. Esto conlleva que las implicaciones de la prueba del valor sean un poco diferentes de lo que se interpreta. No se trata del argumento de la necesidad que esgrimen Bordiga y Dauvé: no es que el certificado de trabajo o la medida del tiempo de trabajo conduzcan *necesariamente* al valor, al capitalismo, como si un bulbo de patata, al sumergirse, se transformara en una planta entera. Marx argumenta, en ocasiones, desde la necesidad, como con el dinero trabajo, que necesariamente se convierte en dinero como tal. No obstante, también argumenta por medio de la disyunción lógica, como cuando sugiere que, para alcanzar sus objetivos (es decir, para evitar las condiciones para la necesaria reintroducción del dinero como tal), el dinero trabajo requeriría de un Estado planificador despótico y totalmente administrado o simplemente sería innecesario, ya que los problemas que este pretende solucionar, la libre asociación y el libre desarrollo ya los habrían superado.

El peligro no es que el sistema del GIK se convierta en un capitalismo autogestionado, como a veces se supone —eso solo podría suceder si los certificados se sustituyeran por dinero real—. El peligro estriba en que, en la medida en que el certificado de trabajo no pueda cumplir con su función, serán otras

relaciones sociales las que lo harán. El fracaso del sistema se parecería entonces más al curso real de la URSS, que no fracasó por continuar con la acumulación capitalista, sino porque no podía hacerlo. La URSS era, en palabras de Chris Arthur, un «reloj sin resorte»: conservaba la infraestructura subyacente del capitalismo, pero carecía de las relaciones sociales necesarias para distribuir eficazmente bienes y trabajadores que impulsaran un crecimiento equilibrado.³⁸ Los fracasos del sistema se derivan, por tanto, de las respuestas del Estado, los planificadores y los gestores de tal estado de cosas, que constituyeron intentos de hacer avanzar manualmente el mecanismo del reloj del valor mediante formas de violencia directa. La ley del valor no funcionaba en la URSS, salvo a través de una suerte de mimesis política.

Por lo tanto, si queremos llamar «valor» a la medida del tiempo de trabajo, debemos admitir que dicho valor es solo ideal, ya que no se ha convertido en un mecanismo regulador ni funciona automáticamente de espaldas a los productores, determinando *a posteriori* tanto la producción como las decisiones de inversión. Creo que este uso de la terminología es confuso y propondría que, siguiendo a Marx, distingamos entre trabajo abstracto y valor, en tanto el trabajo abstracto es una parte esencial del valor, pero podría existir sin que se aplicara la ley del valor. El trabajo abstracto está más cerca del elemento de medida que Dauvé quiere identificar con la forma valor. El trabajo abstracto reúne dos actos de trabajo mercantilizados totalmente diferentes y representa su contenido en una tercera mercancía: la mercancía

³⁸ Christopher Arthur, «Epitaph for the USSR: A Clock without a Spring», *Critique*, núm. 30 (1), 2002, pp. 91-122.

dinero. Crea igualdad a partir de la desigualdad, un tipo que, como insiste Marx, persiste en el esquema del certificado de trabajo. El valor, en contraste con el trabajo abstracto, se da cuando las magnitudes del trabajo abstracto parecen una propiedad de las cosas mismas, y donde estas propiedades, por sí solas, determinan las decisiones de los trabajadores y los capitalistas. Si yo trabajo ocho horas fabricando zapatos, produzco seis pares de zapatos y recibo seis horas de riqueza social, pero mi amigo Joshua fabrica ocho pares de zapatos en su lugar de trabajo y también recibe seis horas de riqueza social, entonces tenemos algo similar al trabajo abstracto, en el que la masa de productos correspondiente a seis horas de riqueza social llega a representar el contenido de dos actos de trabajo totalmente diferentes. Esto es lo que Marx piensa cuando se refiere a la persistencia del derecho burgués, una igualdad abstracta que solo puede representarse a través de las desigualdades existentes. Sin embargo, no está claro que se pueda decir que el trabajo abstracto existe si no hay mecanismos reguladores que lo hagan cumplir. Es mejor pensar en ello como una especie de potencialidad, un demonio atrapado en la matriz del sistema. Huelga decir que cualquier intento de regularlo, de liberar al demonio, ya sea a través del blockchain o de medidas lagrangianas del tipo coste de oportunidad, no supondrían más que el retorno del valor, adecuándose a todas las funciones del dinero.

En el sistema del GIK no existen tales mecanismos, ni siquiera potencialmente, por lo que no se puede suponer una trayectoria directa hacia la reimposición del valor. La mayor productividad de Joshua no permite que su empresa me venda más

barato ni atraiga más capital por su mayor tasa de beneficio. En el capitalismo, gracias al valor, la presencia de una igualdad desigual entre dos productores pone en marcha interacciones dinámicas que obligan a aumentar la productividad general y a transferir mano de obra y capital de una empresa a otra. Nada de esto ocurre en el sistema de Marx o del GIK. Si los consejos de trabajadores quieren aumentar mi productividad en respuesta a esta discrepancia, deberán tomar una decisión política y realizar una distribución directa. No hay nada en el sistema que pueda obligarme a trabajar más. Si se quiere forzar la situación, será necesario utilizar la fuerza.

La prueba del comunismo

«Sur l'idéologie ultragauche», el artículo que presenta la prueba de valor a los lectores anglófonos, estaba dirigido a los participantes en la reunión de 1969 de Informations et Correspondances Ouvrières, a la que habían sido invitados participantes de todo el mundo.³⁹ Dauvé y François Martin habían llegado a reconsiderar la ideología de la autogestión obrera que dominaba los centros de actividad de ultraizquierda durante los acontecimientos de mayo de 1968. En su primera revisión, prologaron el artículo diciendo que esperaban entablar una conversación con Paul Mattick, una elección lógica, dada su prominencia en aquel momento como uno de los principales exponentes del comunismo de los consejos, y su mentalidad bastante abierta así como su

³⁹ Danel, *Rupture dans la théorie de la révolution...*, pp. 205-215.

curiosidad intelectual. El término que utilizan, *ul-tragauche*, era nuevo y pretendía abarcar el amplio espectro de los grupos alineados con el comunismo consejista histórico, pero que no se derivan en modo alguno de él. En Francia, el ICO era el más destacado de esos grupos.

Lo fascinante, y lo que ha pasado prácticamente desapercibido, es que en 1969 Paul Mattick había revisado su postura anterior sobre los *Grundprinzipien* y, al analizar la transformación del capitalismo desde la década de 1930, ya no consideraba necesario ni viable el certificado de trabajo.⁴⁰ De hecho, cuando Mattick escribe una introducción a la reedición alemana de los *Grundprinzipien* en 1970, su valoración madura resulta bastante despectiva y, si no más tajante, sin duda más precisa que la de Dauvé. Por un lado, señala que las fuerzas productivas se han desarrollado de tal manera que, en la mayor parte del mundo, se había superado hacía tiempo el punto en el que la mayoría de los bienes podían incluirse directamente en la categoría de GSU. Pero, incluso si no fuera así, debido tal vez a la destrucción de las fuerzas productivas por la lucha de clases, considera que el certificado es «superfluo» en todos los casos que él mismo puede imaginar. Cuando hay escasez, los productores libremente asociados pueden racionar simplemente el consumo sin distribuirlo a través del lugar de trabajo, por lo que el cálculo del tiempo de trabajo a efectos de distribución resulta innecesario. Incluso en lo que respecta a la organización de

⁴⁰ Paul Mattick, «Introduction to *Grundprinzipien kommunistischer Produktion und Verteilung*», trad. por Jac. Johanson, *Controversies: Forum for the International Communist Left*, 26 de julio de 2014, disponible en leftcommunism.org.

la producción y la distribución de bienes entre unidades productivas, Mattick considera que el cálculo del tiempo de trabajo tiene una utilidad limitada y lamenta que los autores dediquen tan poco tiempo a discutir la cuestión mucho más fundamental de cómo se determinarán los niveles de necesidad.

Después de esta crítica, queda muy poco en pie. Entonces, ¿por qué presentar el libro si sus técnicas más básicas se consideran inadecuadas? Para Mattick, el diablo no está en los detalles, más bien el texto es una exposición de la idea de que la economía podría someterse a un «control consciente y planificado». La principal crítica que Dauvé formula a la ultraizquierda es que esta es puramente formalista, ya que no define el *contenido* del comunismo, sino que lo confunde con la autonomía política y la autogestión, que son meras formas políticas. Sin embargo, si se lee atentamente la introducción, Mattick rechaza las formas particulares elaboradas por el GIK y, de hecho, somete a examen su contenido: la sociedad sin clases, que define como la autonomía de los trabajadores y la abolición de la explotación. En otras palabras, los detalles deberán ajustarse a estos principios y, si se cree que los trabajadores pueden gestionar la producción, sin duda podrán modificar los detalles de la propuesta del GIK según sea necesario.

Paul Mattick solo tenía veintidós años cuando Jan Appel comenzó a escribir los *Grundprinzipien*. Mattick, un joven activo en la izquierda comunista, había planeado con otros sacar a Appel de la cárcel de Düsseldorf, pero el plan se canceló cuando a este le ofrecieron una pena menor.⁴¹ Cincuenta años

⁴¹ Gary Roth, *Marxism in a Lost Century: A Biography of Paul Mattick*, Chicago, Haymarket, 2016, p. 45.

después, ya establecido en Estados Unidos, Mattick se encuentra en una posición privilegiada a la hora de considerar los *Grundprinzipien* como un documento histórico, cuya visión se ajusta a la posición de la clase obrera en la época de la Primera Guerra Mundial. Se trataba quizás de la clase obrera más numerosa y mejor organizada de la historia del movimiento obrero, dispuesta a tomar el control de los centros industriales de Europa occidental. ¿Estaba condenada al fracaso una visión así, incluso entonces? No parece posible llegar a esa conclusión, una vez descartamos la idea de que el valor está latente en la propuesta del GIK. Es indiscutible que los intentos de gobernar la producción existente a través de los consejos habrían tropezado con obstáculos poderosos, especialmente si el certificado tenía por objeto imponer normas de producción. Sin embargo, imaginemos una propuesta del GIK modificada en la que los bienes básicos (alimentación, vivienda y sanidad) se incluyeran de inmediato en la categoría GSU. Si la mayoría de las industrias que producen esos bienes pudieran funcionar por medio del sistema de consejos, se podría disponer de tiempo suficiente para reorganizar la producción y superar los conflictos generados por la división del trabajo y la distribución previa de los medios de producción fijos. La propuesta del GIK tiene sentido en un país en proceso de industrialización, con una clase obrera en crecimiento, organizada en grandes unidades y capaz de suministrar rápidamente productos básicos, como ocurría en gran parte del mundo a mediados de siglo. Sin embargo, tras la desindustrialización, como indica Mattick, una propuesta de este tipo se presenta de manera muy diferente.

A la luz de la prueba del comunismo, los mecanismos formales no resultan determinantes. Lo que importa es si la forma es compatible con el comunismo. ¿Qué es el comunismo? Ya hemos encontrado algunas definiciones: sociedad sin clases, sin dinero, sin Estado; trabajadores libremente asociados que satisfacen sus necesidades con los medios de producción bajo un control consciente y planificado. El comunismo es un prisma y, por lo tanto, cualquiera de estas definiciones es suficiente e intercambiable. Si hay una clase, un Estado o dinero, entonces no puede haber control consciente o planificado. Sin embargo, en la misma medida, si un trozo de papel como el certificado no inhibe el control consciente y planificado, entonces no es dinero.

Imaginemos, por ejemplo, una situación en la que trabajadores libremente asociados trabajan, de forma voluntaria, en diferentes talleres según un plan común. Si no hay obligación de trabajar, si la actividad se elige libremente y si quienes no pueden o no quieren trabajar no están obligados a hacerlo, entonces un certificado utilizado para repartir los ingresos no es en absoluto un mecanismo de coacción, sino un simple registro contable que sirve para distribuir la riqueza social según un plan igualmente elegido. Puede que sea innecesario o insignificante, pero desde luego no es peligroso. En tal situación, no hay diferencia entre el certificado y un registro voluntario de la retirada individual de los almacenes de riqueza social. Es un instrumento de registro y nada más; se parece menos al dinero que a un libro de contabilidad en el que se anotan los ingresos o una rueda de tareas en una casa colectiva. En tal caso, como mínimo, podríamos decir que el certificado de

trabajo, si es que sigue llamándose así, es un nombre erróneo, ya que no se trata de un trozo de papel que se intercambia por trabajo, sino de un mecanismo mediante el cual la sociedad divide la riqueza disponible entre sus miembros. Esta es la única forma en la que el certificado podría desmitificarse y hacerse transparente: cuando se convirtiera simplemente en una ficha de consumo.

Aquí nos encontramos con la diferencia entre lo que Evgeny Pashukanis denomina regulación jurídica de la sociedad y regulación técnica.⁴² Los propios conceptos de ley y derecho, argumenta Pashukanis, presuponen como base abstracta un «sujeto jurídico», el portador de los derechos. Se observa claramente cómo el certificado presupone tal sujeto y, de hecho, la teoría del derecho de Pashukanis se deriva de una lectura novedosa de la «Crítica del programa de Gotha», en la que se subraya que Marx identifica el certificado y las formas de igualdad desigual, que presupone, con el «derecho burgués», ese defecto congénito preservado en el socialismo. Para Pashukanis, la regulación jurídica mediante la determinación de los derechos de sujetos abstractos surge como consecuencia particular de la igualdad desigual de las relaciones de intercambio, que tanto el derecho civil como el derecho penal reproducen de forma abstracta. Lo que presupone el derecho burgués es que el intercambio tiene lugar entre individuos con intereses contrapuestos, ya que solo entonces es necesario que el Estado haga cumplir los contratos y resuelva las disputas. Para extraer la base del sujeto jurídico en los intereses conflictivos,

⁴² Evgeny B. Pashukanis, Barbara Einhorn y Chris Arthur, *Law and Marxism: A General Theory*, Londres, Pluto, 1990, p. 81.

Pashukanis compara la regulación jurídica, en la que un órgano dotado del poder de resolver disputas mediante la violencia implícita impone contratos a uno o más sujetos jurídicos, con la regulación técnica, en la que una comunidad de intereses subyacente conduce a una norma común. Por ejemplo, la responsabilidad del propietario de un ferrocarril por la mercancía transportada es un orden de regulación diferente al de un horario que garantiza que los trenes no choquen entre sí. En el primer caso hay intereses contrapuestos; en el segundo, no. Del mismo modo, una situación en la que un certificado de trabajo obliga a alguien a trabajar cuando no quiere, vinculando una responsabilidad abstracta (trabajar) a un derecho abstracto (consumir), es totalmente diferente de una situación en la que un certificado de trabajo se utiliza simplemente para repartir la riqueza social entre personas voluntariamente asociadas. Incluso se podría recurrir a la violencia para rectificar tal situación, por ejemplo, forzando el descarrilamiento de un tren si ello pudiera provocar un choque, sin tener en cuenta el conflicto de intereses. Esa violencia redundaría en interés de todos, incluso del maquinista que se viera obligado a descarrilar el tren.

Este acuerdo subyacente de intereses, vinculado a una distribución de los medios de producción, es, de hecho, el objeto de lo que Bordiga, de forma confusa, denomina el *contenido del comunismo*. Bordiga identifica el contenido del comunismo con la doctrina y el principio teórico, en lugar de con el proceso histórico, incurriendo así en un error idealista. Sin embargo, en su análisis queda implícito que los intereses conflictivos sedimentados en la división

de clases y la división del trabajo solo pueden superarse mediante un proceso de reingeniería social, fusionando los fragmentos rotos de los medios de producción dispersos en un todo cohesionado que presupone un plan común y unos intereses comunes. Este es, de hecho, el objetivo de la prueba del comunismo, para la cual la doctrina o el principio solo pueden servir como heurística revolucionaria. Allí donde los conflictos latentes de intereses entre empresas parceladas frustran la comunalidad de intereses y de planes, la labor del comunismo no puede limitarse a aplicar una forma abstracta a esos intereses, con la esperanza de soldarlos entre sí, sino que debe rehacerlos en su materialidad real. Para ello, la prueba del comunismo se basa, de hecho, en un ideal abstracto, el concepto de comunismo, de sociedad sin clases, que podemos leer como la negación de aquellos elementos no solo del capitalismo, sino de la sociedad de clases desde la revolución neolítica: la división del trabajo, el Estado y las clases.

La tarea de la revolución comunista no consiste así simplemente en abolir el valor, aunque este es un primer acto que no se puede omitir. La ley del valor es la coherencia interna y dinámica del modo de producción capitalista, ese devastador de mundos. Pero el valor une otros elementos, es el anillo espectral que mantiene unidos los otros anillos del mercado, el dinero, el Estado, la ley, la clase y la división del trabajo. Una vez destruido el valor, esos otros elementos podrían persistir, portando consigo antiguas formas de heteronomía que podrían combinarse en nuevas formas. Una vez destruido el jefe final del valor, aún quedan otros enemigos que deben ser derrotados. La revolución lo hará, sin

embargo, centrándose en el terreno que presuponen todas estas otras formas: los intereses opuestos, sedimentados en las relaciones materiales reales entre las personas.

Entre los aspectos más negativos del certificado, cuando se contraponen a intereses opuestos, se encuentra el hecho de que implica un juicio social sobre la capacidad de trabajar, basado implícitamente en las nociones burguesas de la conexión entre el derecho y el trabajo. Las fuentes de la teoría clásica del valor trabajo se encuentran en las primeras teorías racionalistas de la propiedad, en particular en la teoría de John Locke, quien escribe: «Cualquier cosa, que él saca del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, y la modifica con su labor y añade a ella algo que es de sí mismo, es, por consiguiente, propiedad suya».⁴³ La ética burguesa del trabajo y el derecho subyace al movimiento obrero, como hemos visto, y constituye el objeto principal de la primera formulación de Marx de la prueba del valor. Bajo el capitalismo, considerado el carácter unitario de la producción, es imposible devolver a los trabajadores el valor que han producido. No hay forma de escribir una frase así como una proposición lógica que no sea falsa en todas las interpretaciones. Esta ilusión lassalleana persiste en el movimiento obrero; está inscrita en la ley burguesa que regula las huelgas y los salarios, y ha sido adoptada por ciertas visiones sindicalistas que imaginan el control absoluto de cada lugar de trabajo solo por parte

⁴³ John Locke, *Two Treatises on Civil Government*, Londres, G. Routledge and Sons, 1884, p. 204 [ed. cast.: *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, trad. por Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 56-57].

de los involucrados. El comunismo no solo heredará una división del trabajo que requiere una vasta comunalidad de la producción, sino que tendrá que convertirla en una verdadera comunalidad, sobre una base completamente diferente. Cada pedazo de la tierra está ahora tan entremezclado y entrelazado con tantos trabajos humanos y formas de endeudamiento y pertenencia que sería ridículo parcelarlo y decir a quién pertenece. Esto se ve fácilmente en el problema del clima al que se enfrentará cualquier comunismo que podamos imaginar. La quema de hidrocarburos, la liberación de carbono del suelo, no puede ser una elección de quienes trabajan la tierra, ya que tiene consecuencias para todos y para toda la producción común. Nuestros esfuerzos se han dispersado al viento y no hay forma de volver a meterlos en la botella. La tarea del comunismo será superar todas las estructuras egoístas y comunizar el consumo y la producción, hacer visible nuestra interdependencia común, en una provisión directa y colectiva de las necesidades básicas en la que las decisiones sobre qué producir y qué consumir estén reunidas en órganos de planificación conscientes.

Cuando se establecen certificados de alimentos, vivienda y otras necesidades, se crea un individualismo innecesario que fragmenta el consumo. Se establece un juicio social explícito sobre quienes pueden trabajar y quienes no, quienes aportan trabajo y quienes se benefician de los recursos sociales sin contribuir (por ser niños, discapacitados o ancianos). Pero, ¿quién puede emitir tal juicio? ¿Y estamos seguros de que estas personas no contribuyen a la reproducción de formas que simplemente no son medibles? Si el consumo se individualiza, sin duda

habrá formas de trabajo no remunerado que se producirán en los espacios privados de consumo. En el capitalismo, la división entre trabajo remunerado y no remunerado está determinada por el género, la raza y la capacidad. Los trabajadores asalariados reciben dinero, que se utiliza para apoyar la reproducción de los trabajadores no asalariados, pero de tal manera que las estructuras informales de dominación interpersonal median en la actividad. Lo que está en juego aquí no es realmente si persisten estructuras como la familia, sino si se aplican activamente en el comunismo, a través del juicio social del certificado de trabajo. La comunización del consumo elimina este problema de inmediato, permitiéndonos distinguir entre formas de parentesco y relaciones personales voluntarias y aquellas que no lo son.

No solo es factible hacerlo, sino que probablemente sea mejor, ya que donde el consumo ya es habitual, según un plan común, los intereses se fusionan. Si los bienes personales limitados se distribuyen individualmente a través del lugar de trabajo, tal vez incluso como incentivo, no parece que esto vaya en contra de la gran comunidad de vida ya establecida sobre la base de la actividad voluntaria y el acceso libre y colectivo, y es probable que dicha distribución individual se convierta rápidamente en anacrónica. ¿Cómo podría ser de otra manera con tantas cosas en común? En este sentido, aunque la forma celular del derecho burgués persistiera de alguna manera residual, sería muy similar a la peluca de un abogado inglés, incapaz de parcelar los intereses individuales. No habría «regulación legal», aunque persistiera algún tipo de igualdad abstracta,

ya que el plan subyacente presupondría la comunalidad de intereses.

La prueba del comunismo es un concepto, y ningún concepto producirá jamás el comunismo, ni siquiera el concepto del comunismo. Para convertirse en algo más que un concepto, la prueba del comunismo deberá reformularse en forma de tareas, por medio de un movimiento capaz de llevarlas a cabo. Tales tareas presuponen una comprensión de la diferencia entre capitalismo y comunismo, de su incompatibilidad mutua.

Quizás una vía para formular las ideas de este capítulo sea afirmar que la relación entre el capitalismo y el comunismo es más de disyunción que de conjunción. Puede haber capitalismo. Puede haber comunismo. Pero no puede haber *ambos*, capitalismo y comunismo. Su relación no es una simple disyunción de tipo «esto o lo otro», sino una no conjunción. Podríamos formularlo como el axioma de la contradicción, ya que representa la contradicción real entre el trabajo y el capital en el capitalismo, que de otro modo se presuponen mutuamente como aspectos de este sistema. Los futuros que proyectan estas clases están en contradicción, incluso cuando las clases mismas no lo están.

Marx desarrolla, refina y depura la prueba del comunismo añadiéndole, como presupuesto, la prueba del valor: el concepto adecuado de capitalismo. Al hacerlo, deja claro que la relación entre capitalismo y comunismo es de no conjunción, demostrando la existencia de modos de producción que no son ni capitalistas ni comunistas (o, para verlo desde el punto de vista de sus contemporáneos, demuestra

que el capitalismo es una variante de la sociedad de clases, no su forma general). Al axioma de la contradicción, añade lo que podríamos llamar el corolario de la ruina común: puede no haber ni capitalismo ni comunismo. Si se trata la relación entre capitalismo y comunismo como una disyunción excluyente, se olvida que existen otros modos de producción más allá del capitalismo y el comunismo, y se asume que solo el comunismo puede surgir del capitalismo y que todo lo que surge del capitalismo que no es comunismo es, por lo tanto, simplemente más capitalismo. Para ser más específicos, que no se trata de ninguno de ambos, significa que no es ni capitalismo ni comunismo. Lo que implica la no conjunción del capitalismo y el comunismo es una elección de negaciones a través de la cual se revela el contenido positivo del comunismo. O se suprime el capitalismo o se suprime el comunismo.

La prueba del comunismo nos dice el qué, pero no el cómo: este debe estar armado; debe quebrar el poder armado del Estado; debe ser proletario, y atraer a la gran mayoría de la sociedad hacia asociaciones voluntarias que reclamen directamente la totalidad de la riqueza social; debe ser comunista, proveer para uso común según un plan común sin regulación legal ni intercambio; debe superar las divisiones entre personas y lugares cimentadas en la división del trabajo y la estructura de la empresa; debe ser transparente, comprensible para todos y manejable, permitiendo a las personas participar en las decisiones que les conciernen a través de estructuras de delegación revocable y mandatada, comprometidas con la reproducción de una sociedad sin clases, sin dinero y sin Estado.

3. Investigación, organización y el largo 68

DEBIDO A QUE PROVIENEN DEL FUTURO, los consejos obreros se pierden fácilmente en la historia, traicionados por las historias oficiales de la revolución y sus protagonistas. Como teoría, práctica e historia coherentes, el comunismo de los consejos es en gran medida una reconstrucción *a posteriori*, desarrollada en la década de 1930, mantenida viva durante la década de 1940 y que encontró nuevos adeptos después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, solo con la aparición de la Nueva Izquierda, en Estados Unidos y Europa Occidental, surgió un interés real. Gran parte de la historiografía en la que se basa este estudio tiene su origen en este momento que, en palabras de Axel Weipert, «popularizó el movimiento consejista como una alternativa antiautoritaria al presente».¹ Dentro del SDS alemán, «hubo una amplia aceptación de las ideas democráticas consejistas» y Rudi Dutschke, figura central del SDS,

¹ Axel Weipert, *The Second Revolution: The Council Movement in Berlin 1919-20*, Historical Materialism Book Series, vol. 284, Leiden, Brill, 2023, p. 10.

«elaboró incluso un esbozo de una futura República Consejista de Berlín Occidental».

En Francia, Italia y Estados Unidos, la historia es similar. En Estados Unidos, proyectos editoriales como *Radical America*, que popularizó las ideas de C. L. R. James, y *Root and Branch*, editado por el hijo de Paul Mattick, Paul Mattick Jr., transmitieron las ideas del comunismo de los consejos a la Nueva Izquierda. En Francia, Mayo del 68 aumentó enormemente el prestigio de distintos grupos que ya habían situado el consejo obrero en el centro de su teoría, en particular la Internacional Situacionista. Durante este periodo se crearon decenas de grupos comunistas consejistas y pro-situ, que iniciaron los debates sobre el valor descritos en el capítulo anterior.

Sin embargo, este renacimiento se basa en corrientes poco conocidas que se remontan al final de la Segunda Guerra Mundial y que introducen modificaciones y elementos novedosos en la teoría del consejo obrero, en respuesta a las transformaciones históricas del capitalismo de posguerra. En esta historia son importantes los disidentes del trotskismo o del comunismo oficial, como C. L. R. James y Raya Dunayevskaya en Estados Unidos, Cornelius Castoriadis y Claude Lefort en Francia y el grupo de *Quaderni Rossi* en Italia, reunido en torno a figuras como Mario Tronti y Raniero Panzieri.²

² Estas no son, ni mucho menos, las únicas figuras implicadas en este renacimiento: también están el grupo en torno a Marc Chirik, Union Communiste, y los grupos en torno a Serge Bricaner y Maximilien Rubel, que incluían a muchos antiguos militantes del POUM como Grandizo Munis. Este último grupo estaba personalmente relacionado con Henk Canne Meijer, del GIK, y estableció así un importante vínculo entre los comunistas de los consejos antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Otra

Estos grupos aportaron novedades al concepto de consejo, característico de la época de posguerra. Se trataba de la nueva temática de la «encuesta obrera» que, bajo diversas denominaciones, vinculaba a estos mismos grupos. La encuesta obrera, contraparte epistemológica de la autoactividad o de la autoorganización de los trabajadores, consistía en representar dicha autoactividad con el fin de promoverla y comunicar posibles tácticas y métodos a otros trabajadores. El texto seminal aquí fue *The American Worker*, escrito por el trabajador del automóvil Phil Singer en colaboración con Grace Lee, y publicado en 1947 por la Tendencia Johnson-Forest, facción liderada por C. L. R. James y Raya Dunayevskaya, que teorizó su salida de la Cuarta Internacional de Trotsky.³ Como muchos otros, en particular Amadeo Bordiga, que volvió a la política italiana después de la guerra pensando que había comenzado una nueva era de ofensiva proletaria, C. L. R. James vio en el final de la guerra el comienzo de una nueva secuencia revolucionaria, que surgiría de la gran ola de huelgas de la posguerra que se estaba produciendo entonces. Con base en Detroit, donde se había establecido tras llegar a Estados Unidos desde Inglaterra en 1938, James estableció contactos con trabajadores, en particular con trabajadores negros y mujeres, cuyas perspectivas habían mejorado notablemente debido a la escasez de mano de obra durante la guerra. Esto provocó una reorganización de la división racial del trabajo, tal y como se relata en la excelente novela

fueron fuente del interés francés por la encuesta obrera es la reedición de Rubel de la «Enquête ouvrière» de Marx en Maximilien Rubel, *Karl Marx. Essai de biographie intellectuelle*, París, M. Rivière, 1971.

³ Paul Romano y Ria Stone, *The American Worker*, Detroit, Bewick, 1972 [1947].

que el amigo de James, Chester Himes, escribió sobre un trabajador negro en la industria naval de Los Ángeles durante la guerra, *If He Hollers Let Him Go* [Si grita, déjalo ir]. Las políticas colaboracionistas de clase, propias de los sindicatos y los partidos, que modulaban la militancia de los trabajadores a cambio de acuerdos salariales y libertad frente a la persecución, habían empujado la resistencia a la clandestinidad, pero también habían vuelto superfluas a las organizaciones obreras existentes. Concluidas estas políticas con el fin de la guerra, se desencadenó una avalancha de acciones en los lugares de trabajo. James y sus colaboradores esperaban ver una ofensiva revolucionaria similar a la del periodo 1917-1923, si bien esta vez contra los sindicatos colaboracionistas. A diferencia de las revoluciones del periodo anterior, esta ola tendría lugar independientemente de los partidos de vanguardia e incluso en oposición a los mismos. Para James, la labor del partido de vanguardia había concluido. Si bien Karl Kautsky y Lenin habían tenido razón cuando en su momento afirmaron que el proletariado necesitaba la educación del partido, este ya había obtenido el diploma. Entre 1938, cuando James llegó a Estados Unidos y visitó a Trotsky en México, y 1947, cuando trazó su rumbo alejándose del trotskismo, muchas cosas habían cambiado. Mientras en 1938 hablaba de la autoorganización de los trabajadores como una «escuela para la economía planificada», en la que «el proletariado se preparará para la gestión directa de la industria nacionalizada cuando llegue el momento», en 1947 escribía que ese momento había llegado:

Los trabajadores ya no necesitan penetrar en ninguno de los resortes de la economía capitalista. En algunos

de los países más importantes del mundo, la ruina y el robo de la economía capitalista son secretos a voces para los trabajadores. El control obrero de la producción mediante un plan [sic] de descarrilamiento se convierte en el único medio por el que sería posible reconstruir la arruinada economía nacionalizada.⁴

Para James, los trabajadores ya no necesitaban ni siquiera el marco del KAPD. Lo poseían implícitamente, aunque quizá de forma fragmentaria. El papel de los comunistas consistía entonces en catalizar la autoorganización y la autoconciencia de las organizaciones ya existentes, reuniendo y haciendo explícito el control tácito sobre la producción que el proletariado ya poseía. Mientras los activista afines a Trotsky en el Workers' Party o en el Socialist Workers' Party intentaban reorganizar a los trabajadores en la CIO u otros sindicatos alineados con Stalin, James observó que los trabajadores se estaban apropiando de estas organizaciones para sus propios fines. Así pues, paradójicamente, tras el colapso de los sindicatos y los partidos comunistas, «no hay nada más que organizar [...] La organización tal y como la hemos conocido ha llegado a su fin».⁵ Los trabajadores ya estaban organizados; el truco consistía en hacerles conscientes de ese hecho. Para ello, la Tendencia Johnson-Forest produjo textos como *The American Worker, Indignant Heart: A Black Worker's Journal* y *A Woman's Place*,⁶ investigaciones sobre el papel de los

⁴ J. R. Johnson [C. L. R. James], *The Invading Socialist Society*, Nueva York, Johnson-Forest Tendency, 1947.

⁵ C. L. R. James, *Notes on Dialectics: Hegel, Marx, Lenin*, Londres, Allison & Busby, 1980, p. 117.

⁶ Ed. cast.: Selma James, «El lugar de la mujer», *Sexo, raza, clase. Una perspectiva para vencer*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023 [N. de E.]

trabajadores, los trabajadores negros y las mujeres en la sociedad capitalista avanzada. Estos textos no solo estaban dirigidos a estos grupos, trataban sobre ellos y estaban escritos por ellos, como expresión de una conciencia revolucionaria. El primer texto, por ejemplo, combinaba las observaciones y reflexiones de Phil Singer sobre su experiencia en la fábrica con las extrapolaciones teóricas de Grace Lee. Pero tal y como señalan Asad Haider y Salar Mohandesi en su ensayo sobre la historia de la encuesta obrera, los textos que produjo la JFT fueron parcos en investigación y análisis reales, y tendían a generalizar a partir de un solo caso en lugar de realizar una investigación sistemática.⁷ Esto se debe a que el objetivo de estos textos era más el desarrollo de la autoconciencia que la investigación, más un grito de guerra que una estrategia para allanar el terreno. Si no había más organización que hacer, entonces tampoco había más investigación que hacer.

El esperado asalto de la clase trabajadora nunca llegó: la oleada de huelgas de posguerra se vio frenada no solo por el anticomunismo, sino también por las desalentadoras acciones de los propios comunistas. No fue hasta la década de 1960 cuando surgieron los aliados que James y su grupo habrían necesitado, primero dentro del Movimiento por los Derechos Civiles y finalmente dentro del Black Power, pero para entonces James ya había sido expulsado de Estados Unidos y, aunque grupos como la Sojourner Truth Organization y la League of Black Revolutionary Workers se inspiraron en sus ideas, el

⁷ Asad Haider y Salar Mohandesi, «Workers' Inquiry: A Genealogy», *Viewpoint Magazine*, núm. 3, 27 de septiembre de 2013, disponible en viewpointmag.com.

espíritu de la época se desarrolló en su mayor parte de un modo distinto.⁸ A nivel internacional, el efecto más duradero del grupo de James fue inspirar, en otros lugares, lo que acabaría llamándose «encuesta obrera». Tanto en Francia como en Italia, *The American Worker* inspiró a imitadores —y esto es lo importante—, que reconocieron las limitaciones de su investigación y análisis, y trataron de ir más allá de los testimonios. Exiliado en Francia, James se reunió con los miembros de *Socialisme ou Barbarie*, un grupo que también había surgido de una ruptura con el trotskismo internacional y que planeaba un proyecto obrero de escritura mucho más ambicioso: un periódico obrero llamado *Tribune Ouvrière*, que se publicaba desde la enorme fábrica de Renault en Billancourt (entonces el mayor centro industrial de Francia y conocida como la «fortaleza» del capitalismo francés). Este grupo se tomó muy en serio la cuestión de cómo debía escribirse y producirse una publicación de este tipo, caso de que la autoactividad obrera fuera a ser no solo el contenido, sino también la forma de dicho proyecto. Más tarde, en Italia, la revista *Quaderni Rossi* se empeñó en un replanteamiento sistemático del leninismo desde la perspectiva de la autoactividad de los trabajadores. En esta revista, Romano Alquati retomó y desarrolló el tema de la encuesta obrera de nuevas y sofisticadas maneras, lo que inspiraría una auténtica tradición de este tipo de pensamiento que sigue viva a día de hoy.

La diferencia entre los estadounidenses y los franceses surgió de sus actitudes completamente

⁸ James regresó a Estados Unidos para dar clases en 1968, en el Federal City College de Washington DC, pero no parece que esto reforzara su influencia dentro de la Nueva Izquierda estadounidense.

distintas hacia sus compañeros de trabajo. Para James, imbuido de Hegel, el término clave era «conciencia». Para *Socialisme ou Barbarie*, que tomó algunas indicaciones de la fenomenología francesa y, en particular, de Maurice Merleau-Ponty, el término clave era «experiencia», como en el ensayo «Experiencia proletaria», de Claude Lefort, que abogaba por un proceso de autoindagación de los trabajadores, una indagación desde dentro que tomaba el punto de vista subjetivo de los propios trabajadores como punto de partida para su investigación sobre el proceso laboral en su objetividad. Sin embargo, a diferencia de C. L. R. James, Claude Lefort no imaginaba este proceso de indagación como la extracción de una subjetividad ya revolucionaria, sino que el proceso de investigación sería en sí mismo revolucionario, catalizando la subjetividad revolucionaria. Lo que el proletariado sabía, lo sabía de forma tácita, no explícita, por eso dicho proceso de investigación ofrecería a la clase obrera «una oportunidad para formalizar, condensar y confrontar tipos de conocimiento normalmente implícitos, más “sentidos” que pensados, y fragmentarios».⁹ *Socialisme ou Barbarie* tendría que reflexionar directamente no solo sobre el contenido, sino también sobre la forma de dicha escritura, es decir, no solo sobre el estilo de la escritura en sí, sino también sobre las relaciones sociales y productivas mediante las cuales se producía y distribuía la escritura.

⁹ Claude Lefort, «Proletarian Experience» (1952), trad. por Stephen Hastings-King, *Viewpoint Magazine*, núm. 3, 26 de septiembre de 2013 [ed. cast.: «La experiencia proletaria» en *¿Qué es la burocracia? y otros ensayos*, París, Ruedo Ibérico, 1970].

Tribune Ouvrière surgió del núcleo de una huelga salvaje en un particular departamento de la Billancourt en 1947. Aunque los miembros de *Socialisme ou Barbarie* se unieron al periódico e intentaron convertirlo en un órgano de investigación obrera, este proceso fue siempre prospectivo, y el comité original conservó cierto control sobre la dirección del periódico. Siguió utilizándolo como un órgano a través del cual una minoría activa de trabajadores podía educar, hacer propaganda o liderar a la gran masa de la clase, al igual que el periódico del partido de Lenin. En su reflexión sobre su experiencia como editor de *Tribune Ouvrière*, Daniel Mothé expone los problemas a los que se enfrenta un proceso genuinamente autoorganizado de escritura obrera: «¿Cómo se puede desarrollar la capacidad de gestión de la clase obrera? Es esta la pregunta que debe responder el periódico obrero, no solo en su contenido, sino también en su propia concepción y en su forma de funcionamiento; es decir, debe ser gestionado por los propios trabajadores».¹⁰

Un verdadero periódico obrero es el instrumento mediante el cual se desarrolla esta capacidad de autogestión. Se convierte progresivamente no solo en su contenido sino también en su forma, en ese «marco» para la organización del comunismo que le falta al proletariado. Así pues, ese marco no es una cosa, un objeto, un documento o un programa informático, sino más bien el proceso mismo de autoconciencia proletaria desarrollado en y a través del periódico. El periódico desarrolla la capacidad de autogestión y es también la realización de dicha

¹⁰ Daniel Mothé, «The Problem of the Workers' Paper» (1955), *Viewpoint Magazine*, núm. 3, 26 de septiembre de 2013.

capacidad, sin dar por sentado, como James, que tal capacidad existe ya.

Tanto en *Tribune Ouvrière* como en *Socialisme ou Barbarie*, los miembros adoptaron diversas posturas sobre la encuesta obrera: algunos adoptaron una postura «anarquista» cercana a la de James y rechazaron cualquier dialéctica entre editores militantes y redactores de clase obrera; otros simplemente querían utilizar el periódico como instrumento para agitar y organizar a los trabajadores. En el contexto de la guerra de Argelia y el golpe de Estado de De Gaulle en 1958, estas fracciones se dividieron, y Claude Lefort y otros se marcharon para formar *Informations et Correspondances Ouvrières* (ICO) junto con muchos miembros de *Socialisme ou Barbarie*, incluido el comunista consejista Henri Simon.¹¹ Aunque en sus documentos se habla de forma abstracta sobre la autogestión en lugar de sobre los consejos, ICO fue un vector clave en el resurgimiento contemporáneo del comunismo de los consejos. Más que una organización, era una red en la que todos los participantes conservaban plena autonomía. ICO creció con nuevos miembros después de 1968, principalmente estudiantes, pero esta afiliación ya no permitió la organización en y como encuesta obrera. Muchos de los grupos que sucedieron a ICO, como *Échanges et Mouvement*, eran explícitamente comunistas consejistas.

Mientras el grupo de James pensaba que la autoorganización existía, si uno sabía dónde buscarla, y *Socialisme ou Barbarie* imaginaba una dialéctica

¹¹ Henri Simon, «1958-1998: Communism in France: Socialisme ou Barbarie, ICO and Echanges» (1998), disponible en libcom.org, 3 de enero de 2006.

entre militantes y trabajadores autoorganizados, ICO temía que la intervención de los militantes estropeará el desarrollo de la decisiva espontaneidad de la clase obrera. Estas posiciones reflejaban, en cierto modo, sus diferentes momentos históricos: 1947 frente a 1952 y 1952 frente a 1958. Al igual que muchos comunistas, James tuvo la esperanza de una ofensiva proletaria tras el fin de la guerra y, en el momento de escribir ese artículo, la ola de huelgas de la posguerra bien podría considerarse el primer paso de tal proceso. Más adelante, sin embargo, en la década de 1950, durante un periodo más explícitamente contrarrevolucionario, los términos cambiaron de «conciencia» a «experiencia» y de «expresión» a «investigación». Se trataba de una extensión de la teoría de la izquierda comunista, una teoría diseñada para producir comunismo en una coyuntura revolucionaria, más allá de su contexto original. La teoría de los grupos de fábrica, por ejemplo, nunca fue una teoría sobre cómo desarrollar o medir la conciencia de clase, sino sobre cómo catalizar una conciencia ya revolucionaria. Sin embargo, en la calma de la década de 1950, la ausencia de perspectivas revolucionarias significaba, en la práctica, que no estaba claro qué podían o debían hacer los comunistas en tiempos no revolucionarios. La respuesta de ICO resulta atractiva: establecer resonancias, redes y correspondencias entre los miembros más revolucionarios de la clase, prestar atención para descubrir las fuentes del conflicto de clase, seguir los nuevos contornos de la lucha de clases y anticipar la forma de la autoactividad venidera.

Sin embargo, el compromiso con la autoorganización podría llevar a los militantes a concluir que

debían autoabolirse de inmediato, ya que un partido u organización comunista consejista es, en tiempos no revolucionarios, una contradicción en sí misma. Si las acciones de los intelectuales y los militantes dedicados podían ser contraproducentes y no solo ineficaces, entonces quizás era mejor no hacer nada. La otra alternativa al liquidacionismo, al que ICO tuvo que responder, era una orientación hacia la acción de vanguardia, el liderazgo y los actos de agitación y politización que el resto de miembros de *Socialisme ou Barbarie* seguía persiguiendo. En 1960, cuando Guy Debord se unió al grupo de lucha política de *Socialisme ou Barbarie, Pouvoir Ouvrier*, en un momento en que él y sus compañeros de la Internacional Situacionista estaban replanteándose su propia orientación hacia la acción de vanguardia e incorporando una visión del comunismo y la revolución centrada en los consejos obreros, se encontró con un grupo cuya teoría estaba en contradicción con su práctica. Castoriadis había desarrollado un modelo de sociedad de clases aplicable tanto a la URSS como a Francia, al socialismo realmente existente y al capitalismo realmente existente, en el que las relaciones sociales eran aquellas entre el director (o capitalista) y el ejecutante (o trabajador). Debord observó que, en la práctica, seguía existiendo una división del trabajo, la mayoría de los miembros orbitaban alrededor de uno u otro líder intelectual: «La división de la sociedad en directores y ejecutantes [...] reaparece bajo la forma de la división entre “actores” y “espectadores”». ¹² Debord expresó esta

¹² «Letter from Guy Debord to the Participants in the National Conference of Pouvoir Ouvrier», 5 de mayo de 1961, trad. por Bill Brown, disponible en notbored.org.

crítica al grupo en una carta de renuncia en la que dejaba claro que, por esta razón, no apoyaba el «lefortismo» y que aún imaginaba algún papel intervencionista para tales grupos, al tiempo que insistía en que la división entre líderes y seguidores debía abolirse directamente a través de dicha actividad.

La IS fue, no obstante, la heredera de estas nuevas ideas comunistas de izquierda. De *Socialisme ou Barbarie*, tomaron un compromiso decidido con la autoorganización de la clase obrera a través de la forma de los consejos y la oposición al capitalismo de Estado. De James, y a partir de indicios que venían de Estados Unidos y otros lugares, confirmaron la sensación de que la insurrección era inminente, la autoorganización estaba en todas partes y no se reconocía: el proletariado ya era intuitivamente consciente de su misión renovada. Una vez liberada de la carga de desarrollar la conciencia y de organizar directamente a los trabajadores, la IS podía convertirse en un órgano teórico e intervencionista sin seguidores, orientado hacia la experimentación, la elaboración, la acción directa y la especulación. La IS se concebía a sí misma como un instrumento catalizador en un proceso más amplio de autoorganización de masas, un catalizador más que un mecanismo, porque el papel del grupo era abolirse a sí mismo en el proceso de insurrección, tras lo cual surgiría la autoorganización comunista directa, obviando la necesidad de un partido dirigente. Esto se acerca bastante a la visión original de Appel, tanto en su discurso de Hempel como en los *Grundprinzipien*. Aunque la IS no se consideraba depositaria de un marco preciso, sí abrazaba una noción de revolución que apuntaba a una fusión del anarquismo y

el marxismo centrada en los consejos, instrumento de una «autogestión generalizada» que superaría los límites del lugar de trabajo propiamente dicho.

Este optimismo resultó útil a la IS, ya que le permitió ser especialmente sensible a los signos de desorden y a la insurgencia proletaria tanto en lugares probables como inesperados. Gracias a ello, pudieron anticipar eficazmente, tanto en la teoría como en la práctica, el próximo 68 global. Alejándose de la intervención directa en la esfera de la cultura y el arte, como resultado no solo de su encuentro con grupos como *S. ou B.*, sino también del fracaso de tales experimentos frente a un capitalismo maduro, rápidamente llegaron a los límites de la teoría comunista existente. En fecha tan temprana como 1962, en su ensayo «Los malos días pasarán», que hace referencia tanto a *Correspondence* como a *Socialisme ou Barbarie*, leen en las hojas de té de un puñado relativamente menor de revueltas obreras lo que más o menos se convertirá en la lógica estructurante de la revuelta en la era venidera, con ataques no solo contra la maquinaria de la producción, sino también contra el consumo, el transporte, la comunicación y la información; en otras palabras, el plexo nervioso del capitalismo industrial avanzado.¹³ Centrándose estrictamente en las acciones de los trabajadores y excluyendo las acciones de los «jóvenes» y «adolescentes» que defienden en otros lugares, señalan que los trabajadores ya no luchan explícitamente contra

¹³ Situationist International, «The Bad Days Will End», en *Situationist International Anthology*, Berkeley (CA), Bureau of Public Secrets, 2006, pp. 107-114 [ed. cast.: *Internacional Situacionista*, vol. 2. *La supresión de la política* (núms. 7-12), Madrid, Literatura Gris, 2000].

las condiciones de trabajo, sino que también atacan las «máquinas de consumo».

Al igual que Appel, describen un antiguo movimiento obrero y otro nuevo. Si bien el ensayo comienza describiendo la sociedad europea como un «castillo de Elsinore televisado, cuyas brumas políticas se disipan tan pronto como surgen los consejos obreros y mientras estos reinan», las formas de autoorganización obrera que detalla el ensayo solo en ocasiones se dirigen contra sus condiciones de trabajo.¹⁴ Al celebrar la destrucción de los coches de sus compañeros de trabajo por parte de los mineros, el sabotaje de las rotativas de los periódicos durante una huelga general y los disturbios de los trabajadores de las fábricas en Nápoles, detallan un alejamiento de la producción como lugar exclusivo de lucha y un nuevo antagonismo general dirigido igualmente al consumo y la distribución. Al poner en tela de juicio las pseudosatisfacciones de la sociedad de consumo, ese antagonismo anuncia también el fin de una política «militante» definida por la disciplina y el deber, e inaugura una nueva política festiva cuyas «asociaciones revolucionarias de nuevo tipo romperán con el viejo mundo al permitir y exigir a sus miembros una participación auténtica y creativa». Aquí vemos algo en gran medida nuevo en la teoría revolucionaria comunista, que la *IS* deriva de la vanguardia artística: la idea de que los grupos revolucionarios deben ejemplificar en su conducta las nuevas formas de vida que traerá la revolución; si la revolución implica, entre otras cosas, la liberación creativa, entonces los revolucionarios,

¹⁴ *Ibidem*, p. 107.

tanto antes como durante la revolución, necesitarán ser creativamente liberados. Como resultado:

Los grupos que reconocen el fracaso fundamental (y no meramente circunstancial) de la vieja política también deben reconocer que solo pueden aspirar a ser una *vanguardia permanente* si ellos mismos ejemplifican un nuevo estilo de vida, una nueva pasión. No hay nada utópico en este criterio de estilo de vida: fue evidente durante el surgimiento y el auge del movimiento obrero clásico. Creemos que en el periodo que se avecina esto no solo seguirá siendo cierto, en la misma medida que en el siglo XIX, sino que irá mucho más allá. De lo contrario, los militantes de estos grupos solo constituirían aburridas sociedades de propaganda, proclamando ideas bastante correctas y básicas, pero sin que prácticamente nadie las escuche. La espectacular transmisión unilateral de una enseñanza revolucionaria —ya sea dentro de una organización o en su acción dirigida hacia el exterior— ha perdido toda posibilidad de resultar eficaz en la sociedad del espectáculo, que simultáneamente organiza un espectáculo completamente diferente e infecta cada espectáculo con un elemento de náusea. Por lo tanto, esta propaganda especializada tiene pocas posibilidades de conducir a una intervención oportuna y fructífera en situaciones en las que las masas se ven obligadas a librar luchas reales.¹⁵

Con esto, la IS añade algo nuevo al discurso del comunismo de izquierda y del comunismo de los consejos, algo que tiene afinidad con el comunismo anarquista de Kropotkin y Malatesta. A menudo, la IS había enfatizado la permanencia de los principios anarquistas en el capitalismo y después de él, difuminando así la línea entre la organización de los anarquistas en el capitalismo y la organización del

¹⁵ *Ibidem*, p. 112.

anarquismo o el socialismo como tal. Aunque Appel y el KAPD imaginaban un partido que se constituyera como un «núcleo» en el que cada individuo pudiera actuar de forma autónoma según los principios correctos y proporcionar el marco para la autoorganización del comunismo, no insistían necesariamente en que la ética de tales grupos anticipara el comunismo a través de un nuevo estilo de vida. No existía un «criterio de estilo de vida» para el KAPD, aunque las bandas armadas practicaran un crudo igualitarismo. Sin embargo, si bien Debord suscribía la idea de Appel del partido como catalizador, el marco que el KAPD consideraba necesario plasmar en una doctrina era, para la IS, más importante aún, y este venía demostrado por las acciones y los gestos de los propios proletarios. La teoría era inmanente a la práctica proletaria y se comunicaba directamente a través de ella; el proyecto del comunismo ya era legible en los sabotajes, el rechazo y las expropiaciones de una juventud proletaria rebelde, que daba usos extravagantes a la abundancia de la sociedad de posguerra. Esto significaba que, por mucho que centraran su visión en los trabajadores o en los consejos obreros, consideraban toda la sociedad, y no solo el lugar de trabajo, como un laboratorio para el desarrollo del comunismo. A los proyectos de investigación de *Socialisme ou Barbarie* añadieron un campo ampliado, más allá de las fábricas, buscando nuevas formas de organización y nuevas tácticas por parte de los proletarios —y no solo de los trabajadores— de todo el mundo, con especial atención a las formas de acción de los jóvenes proletarios, a menudo calificadas de estrictamente criminales y frecuentemente racializadas. Para la IS, cuyas conexiones con la clase obrera eran débiles, tal investigación

podía llevarse a cabo mediante un examen de lo que hacían los proletarios. No era necesario recurrir a la fenomenología lefortiana, bastaba con informar. Lo que pensaban los proletarios se podía ver en sus acciones y la IS fue una de las primeras en discernir en estas acciones lo que Mario Tronti y otros llamarían más tarde «la estrategia del rechazo» o «el rechazo del trabajo»: un antagonismo hacia el trabajo y un deseo de realización inmediata y creativa que podía expresarse en forma de vandalismo, sabotaje y disturbios.¹⁶ En particular, podía verse en el carácter festivo que adoptaba la lucha proletaria, incluso y quizás especialmente cuando esta era violenta.

Como se ha señalado, esta teoría anticipa, en mayor o menor medida, muchos aspectos del 68 global y, en particular, del Mayo del 68 en Francia. La IS, un grupo volátil con pocos miembros, desempeñó un papel secundario de instigación en los acontecimientos de Mayo, lo hizo principalmente a través de su influencia en el Movimiento del 22 de Marzo en Estrasburgo y su publicación *Sobre la miseria en el medio estudiantil*. Sin embargo, la IS tuvo un papel importante en las cristalizaciones ideológicas mediante las cuales se entendió el acontecimiento, contribuyendo profundamente al lenguaje, la teoría y la cultura visual del momento y del movimiento. La gente leía las consignas de la IS en las paredes y adoptaba sus actitudes a nivel gestual sin haber leído, tal vez, ninguno de los textos pertinentes. Como resultado, tras los acontecimientos de Mayo, el atractivo teórico del comunismo de los consejos aumentó enormemente, hasta tal punto que ahora se podía hablar de

¹⁶ Mario Tronti, *Workers and Capital*, Nueva York, Verso, 2019, pp. 241-262 [ed. cast.: *Obreros y capital*, Barcelona, Verso, 2024].

un entorno «ultraizquierdista», vagamente influido por la IS y *Socialisme ou Barbarie*, pero que buscaba una teoría adecuada al momento. En cierto sentido, el «comunismo consejista» es una reconstrucción retroactiva de este momento de amplio renacimiento de la ultraizquierda: 1918 visto desde 1968.

Esto, por supuesto, concuerda con la forma en la que los comunistas consejistas como Appel y Mattick concebían la teoría: la teoría de los consejos era, recordemos, un producto de la historia, una destilación de algo que el proletariado revolucionario ya había comenzado a elaborar por sí mismo, al menos de forma intuitiva. El retorno de la teoría de los consejos no tenía sentido si no venía acompañado de la práctica consejista, independientemente de lo que eso significara. La historia nos ha proporcionado un ejemplo de ello. El discurso secreto de Nikita Khrushchev de 1956, que abrió la puerta a las críticas a Stalin dentro del comunismo oficial, fue seguido, ese mismo año, por la Revolución húngara de 1956, en la que los consejos obreros convocaron huelgas generales y asumieron el poder sobre la economía antes de ser aplastados por el ejército soviético. La Revolución Cultural — sobre la que se podía encontrar muy poca información real y siempre con muchas distorsiones — también parecía indicar un periodo de autoactividad revolucionaria contra la burocratización del Partido Comunista con comités, consejos, milicias y comunas recién formadas.

Al principio, Mayo del 68 parecía un eco de esta secuencia al otro lado del muro. Después de que las ocupaciones de fábricas se extendieran a mediados de mayo, la Internacional Situacionista se instaló en la Sorbona ocupada, formó el Consejo para el

Mantenimiento de las Ocupaciones y pidió la formación de consejos obreros que pudieran liberarse del yugo de los sindicatos, armar a los trabajadores e iniciar las tareas de la revolución. Pero este metaconsejo, al igual que los comités de acción obrera y estudiantil del campus ocupado de Censier de la Sorbona, donde estaban representadas todas las facciones de la ultraizquierda, solo sirvió para subrayar la ausencia de consejos reales en las fábricas ocupadas. Una vez que los sindicatos llegaron a la conclusión de que no se podían detener las ocupaciones de las fábricas, se erigieron fácilmente en representantes del movimiento, un hecho que, en retrospectiva, solo puede atribuirse a la incapacidad o a la falta de voluntad de los trabajadores para formar organizaciones de base con el fin de oponerse a ellos, como había ocurrido en Alemania en 1918. Esta vacilación por parte de la clase debe atribuirse en parte al origen del levantamiento en la universidad, pero también, en términos más generales, a una «crítica de la separación» que, a veces de la manera más voluntarista posible, pretendía superar todas las divisiones que impedían la unión del proletariado. Esto incluía la división del trabajo, representada principalmente por la división entre la universidad (trabajo intelectual) y las fábricas (trabajo manual), así como las divisiones entre los trabajadores inmigrantes y los trabajadores franceses, y entre el Partido Comunista Francés y el movimiento comunista internacional. Los estudiantes universitarios se oponían a los sistemas de evaluación que introducían divisiones arbitrarias entre ellos, al tiempo que los jóvenes trabajadores, que también estaban divididos por clasificaciones laborales arbitrarias, podían identificarse con esta postura. El rechazo al trabajo

era, ante todo, un rechazo a estas clasificaciones, ya fuera como estudiantes o como trabajadores. Una de las razones por las que los trabajadores no se autoorganizaron en las fábricas según la especificación de su trabajo fue que el propio movimiento se oponía a dicha especificación. Los proletarios más activos se reunieron fuera del lugar de trabajo, por ejemplo, en los comités de acción de trabajadores y estudiantes en el campus ocupado de Censier.

Aunque la poesía antibolchevique de la IS marcó la pauta de los acontecimientos, muchos participantes respondieron a la crítica de la separación convirtiéndose en militantes, es decir, dedicándose, como intelectuales, a servir al pueblo o a liderarlo, tal y como insistían entonces muchas variantes del maoísmo y del marxismo-leninismo. El militantisismo era *le métier* de los grupos estudiantiles maoístas, pero también afectó a la ultraizquierda, como nos enseña el excelente relato de primera mano y el análisis de Fredy Perlman y Roger Gregoire sobre la ocupación de Censier.¹⁷ Después de que los sindicatos frenaran las ocupaciones de fábricas, se extendió la conciencia de la necesidad de unirse en los campus y en los lugares de trabajo, lo que dio lugar a los famosos comités de acción. En Censier, Perlman participó en el Comité de Acción Citroën y narra una marcha paradigmática desde Censier hasta las puertas de la fábrica ocupada de Citroën, donde los diversos trabajadores y estudiantes se encontraron

¹⁷ Fredy Perlman y Roger Gregoire, *Worker-Student Action Committees, France May '68*, Detroit, Black & Red, 1969. Los vectores de influencia también iban en sentido contrario, como se puede ver en la tendencia mao-spontex —maoísta y espontaneísta— y, concretamente, en la Gauche Prolétarienne.

con representantes sindicales, que les impidieron entrar en la fábrica y mediaron en su comunicación con los trabajadores. El primer día que llegó esta marcha, colaboró con el sindicato para que los trabajadores extranjeros —algunos de los participantes en los comités de acción también eran inmigrantes, que hablaban los mismos idiomas que estos trabajadores— se sumaran a la huelga. Sin embargo, esa noche, tras reflexionar sobre los acontecimientos, decidieron dejar de colaborar con el sindicato y volver a las puertas de la fábrica para hacer un llamamiento a los trabajadores y organizar una asamblea general en la que pudieran hablar en su nombre y organizarse contra los sindicatos:

Las fábricas ocupadas deben estar abiertas a todos los compañeros, tanto trabajadores como estudiantes, para que puedan tomar decisiones juntos.

Los trabajadores y los estudiantes tienen los mismos objetivos. A pesar del gobierno, las universidades ya están abiertas a todos.

Si los altavoces deciden por ti, si los altavoces transmiten las decisiones que «nosotros» hemos tomado, entonces los hombres detrás de los altavoces no están trabajando contigo, te están manipulando.¹⁸

Por supuesto, el sindicato silenció estas peticiones. Por eso el comité de acción salió a buscar a los trabajadores en sus hogares, fuera del lugar de trabajo, lo que ponía de manifiesto su debilidad, pero también sus nuevas áreas de poder.

Aquí vemos un encuentro arquetípico, la propia gramática del 68 y alguna cosa más. En primer lugar,

¹⁸ *Ibidem*, p. 26.

tenemos a los trabajadores autoorganizados, un hervidero de negatividad, que pueden ir a la huelga, pero no organizar el lugar de trabajo. Luego están los sindicatos, que sustituyen a los trabajadores y los representan ante los empresarios, el Estado y la opinión pública, pero sin que los trabajadores los impugnen en absoluto. A continuación, estaba la turba activista —intelectuales, estudiantes, trabajadores en paro, trabajadores en huelga de otros centros de trabajo— que mostraba antagonismo hacia los sindicatos, pero desde el otro lado de las puertas de la fábrica. Sus opciones eran sustituir al sindicato, ofreciendo su propia dirección, como hicieron los grupos maoístas y marxistas-leninistas; servir de auxiliares, fomentando la autoorganización, como hizo el Comité de Acción de Citroën; o quizá no hacer nada en absoluto, como los miembros del ICO, que se reunían en una sala aparte en Censier y no participaban en los comités de acción.

Había una cuarta opción, que consistía en dejar de ser un Comité de Acción de Citroën y, en su lugar, orientarse hacia proyectos que estuvieran al alcance de los miembros del grupo y, lo que es más importante, que satisficieran sus necesidades. Esto requeriría renunciar por completo al militantismo, pero también, y lo que es más importante, tratar el «sí mismo» de la autoorganización con sumo cuidado. ¿Quién organizaba exactamente en las universidades, en las fábricas? En retrospectiva, escriben Perlman y Gregoire, los comités de acción habían malinterpretado la radicalidad de las ocupaciones estudiantiles y del movimiento en su conjunto: «Los “estudiantes” no “tomaron” las universidades. En la Sorbona, Censier, Nanterre y otros lugares, la

universidad fue proclamada propiedad social, las universidades se convirtieron en exuniversidades. Los edificios se abrieron a toda la sociedad —a estudiantes, profesores, trabajadores— a cualquiera que quisiera venir».¹⁹ Estas «asambleas generales no eran ejemplos de autoorganización de los estudiantes sobre “sus propios” asuntos», sino simplemente «ejemplos de autoorganización de las personas dentro de un edificio específico, independientemente de sus especializaciones». Las implicaciones de este error de reconocimiento son profundas, ya que significa que, de hecho, en tanto «propiedad social», la planta de Citroën no pertenece más a los que están dentro de las puertas que a los que están fuera. Armados con este reconocimiento, Perlman y Gregoire se preguntan qué habría pasado si el comité de acción hubiera respondido a la perfidia sindical escuchando la sugerencia de algunos de sus miembros y ocupando la emisora nacional de radio, para hablar directamente a los trabajadores a través de las ondas. Lo que frenó a los participantes fue la lógica del militantismo, que decía que solo los propios trabajadores de la radio podían hacerse con las torres. ¿A quién debería pertenecer una torre de radio? ¿A los trabajadores de la estación de radio? ¿O a todos los comunistas revolucionarios?

Perlman y Gregoire llegaron a esta crítica tras una lectura detenida de Guy Debord y la Internacional Situacionista, con quienes entraron en contacto durante la ocupación de Censier. Perlman regresó a Michigan después de 1968, donde fundaría Black & Red, la editorial en lengua inglesa de Debord, la

¹⁹ *Ibidem*, p. 71.

is y buena parte del contenido de la ultraizquierda mencionado aquí. También publicó *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, de Gilles Dauvé y François Martin, ya comentado en el último capítulo. Este ofrece un relato de los acontecimientos de mayo muy similar al de Perlman y Gregoire sobre los límites de la autoorganización que se habían alcanzado en Censier, desarrollando a partir de ahí un relato más completo de las implicaciones de estos límites para el desarrollo del comunismo.²⁰ Como nos dice Dauvé en un escrito más reciente, los participantes en Censier defendían ideas sobre la democracia obrera como camino hacia la liberación que se probaron inútiles en el desarrollo de Mayo:

En tanto creíamos en los consejos de trabajadores como medio para lograr la autogestión de la vida cotidiana, defendíamos la democracia obrera, siempre que fuera auténtica (no manipulada por burócratas o políticos), y la autogestión, siempre que fuera generalizada. Este era, de hecho, el estado de ánimo predominante en los comités de Censier. Pero, tal y como se desarrolló ante nuestros ojos, la realidad de la huelga fue en contra de esta creencia.

Inicialmente, en muchas fábricas, sin ninguna reunión formal para tomar decisiones, una minoría radical impuso el paro laboral a la mayoría. Más tarde, a medida que la huelga avanzaba, los dirigentes sindicales emplearon los debates y las votaciones mayoritarias para desgastar al movimiento. Criterios democráticos como la expresión adecuada de la voluntad colectiva, el debate previo a la acción y el control

²⁰ Jean Barrot (Gilles Dauvé) and François Martin, *Eclipse and Re-emergence of the Communist Movement*, Detroit, Black & Red, 1974 [ed. cast.: *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*, trad. por Emilio Madrid Expósito, Barcelona, Ediciones Espartaco Internacional, 2003].

mayoritario de las decisiones resultaron inútiles a la hora comprender cómo lanzar la huelga y mucho menos de contribuir a ella. Ante un acto minoritario, ningún criterio formal habría sido suficiente para determinar si la minoría estaba actuando como una restricción sobre la mayoría o iniciando una acción respaldada por la voluntad general. El mismo gesto (soldar las puertas de la fábrica, por ejemplo) adquiriría un significado diferente según las circunstancias.

Cuando la mayoría de nosotros (yo incluido, en mi estudio sobre la fallida Revolución rusa) defendíamos la democracia obrera, no era con el fin de renovar el parlamentarismo, sino porque la autogestión de la lucha era un paso necesario en el camino hacia la autogestión de la producción. De este modo, reexaminar la democracia nos llevó a cuestionar la prioridad que se suele dar a toda la cuestión de la gestión.²¹

Como se ha comentado anteriormente, Dauvé y Martin desarrollaron esta crítica de la democracia sobre la base de su propia experiencia de lucha, no desde la 15, sino desde los escritos de posguerra de Amadeo Bordiga, quien convirtió la crítica de las ideas liberal-democráticas dentro del movimiento socialista en una parte central de su noción de ortodoxia marxista. Ingeniero de formación, Bordiga veía el partido como un dispositivo técnico, un medio funcional para alcanzar un fin objetivo, algo así como una caja negra. Lo importante no era cómo lo hacía, sino que funcionara, que produjera la revolución y el comunismo. La función del partido era producir el comunismo y organizarlo directamente a partir de un momento revolucionario. Por tanto, el objetivo del partido era primordial, algo que podía

²¹ Gilles Dauvé, *From Crisis to Communisation*, Oakland, PM Press, 2019.

definirse concretamente como una serie de tareas, como los aspectos del capitalismo o de la sociedad de clases que debían abolirse y las nuevas relaciones que debían establecerse. Ese era el contenido del comunismo y también la función del partido.

Bordiga era famoso por su indiferencia hacia los medios: su tratamiento del comunismo como fin, como contenido, podía convertirse en una especie de platonismo, un respaldo al comunismo como tecnocracia ilustrada y también como una especie de oportunismo basado en la suficiencia del método. Pero si la libertad es la esencia del comunismo, como creía Marx, entonces no se puede ser indiferente a la forma. Y, como reconoce Debord, la gente solo lucha por algo que mejore sus vidas. Ya la encarne o la afecte, una teoría del comunismo no puede eludir la cuestión de los motivos o los deseos proletarios, tan claramente planteada por el 68. El ensayo de Dauvé, «Sur l'idéologie ultragauche», tomó prestado de Bordiga la crítica a las deficiencias de la ultraizquierda, en particular del comunismo de los consejos, sin dejar de hacer hincapié en la autoorganización, los deseos y las motivaciones de la clase obrera.²² El texto estaba dirigido a una reunión convocada por ICO para el verano de 1969, a la que asistirían comunistas consejistas de Francia y otros lugares, como ya se ha señalado. A través de una curiosa lógica de ejemplificación, el hecho de que ICO hubiera convocado la reunión y, por lo tanto, cuestionado lo que todos estos grupos compartían, permitió a Dauvé convertirlos en un ejemplo de toda una corriente contemporánea así como de una tradición histórica.

²² Gilles Dauvé, «Sur l'idéologie ultra-gauche», en François Danel (ed.), *Rupture dans la théorie de la révolution: Textes 1965-75*, Ginebra, Entremonde, 2018, pp. 205-215.

De Bordiga, Dauvé deriva la idea crucial de que el comunismo no es una forma de gestión (o distribución) y, por lo tanto, la autogestión proletaria por parte de los consejos obreros es insuficiente como definición del comunismo. El comunismo debe ser la destrucción de la ley del valor, algo que no es solo una cuestión de gestión o forma, sino de la propia estructura material del capitalismo. Un grupo que se compromete a afirmar hechos como estos, derivados de la teoría, no tiene por qué temer el papel que desempeñará con respecto a la autoorganización proletaria, como hizo ICO en Censier, cuando su miedo a asumir el liderazgo le llevó a lo que Debord llama una «elección por la inexistencia». Al igual que Perlman y Gregoire, Dauvé ve en la ultrazquierda la imagen culpable e invertida del militante: tanto el miedo al partido como el deseo del mismo manifiestan la falta de fe en las capacidades de los proletarios, al tiempo que reinscribe la división entre proletarios revolucionarios y comunistas revolucionarios, que debe superarse. Este es el resultado necesario de una teoría del comunismo que define el comunismo como una forma de organización más que como un objetivo que hay que alcanzar, como una serie de tareas. Si el comunismo no es una cuestión de organización formal, sino de objetivos y metas en movimiento, la ansiedad por la influencia de ICO, su preocupación por perjudicar la autoactividad proletaria al constituirse como un grupo coherente con una posición propia, resulta fuera de lugar. Para Dauvé, los problemas del 68 no eran tanto organizativos como históricos: la separación de los intelectuales comunistas, el movimiento de los comunistas, del movimiento obrero, que tendría que ser la base del movimiento comunista, deriva

en última instancia de la división del trabajo en la sociedad capitalista, y principalmente de la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. En la insurrección y en la revolución, estas divisiones son superadas a través del proceso revolucionario: los intelectuales y los trabajadores se unen no como dirigentes y dirigidos, sino como participantes en un proceso que es a la vez práctico y teórico. Esto es lo que había comenzado a suceder en Censier, y el autoaislamiento de ICO, preocupado por la posibilidad de contaminar una esencia proletaria pura, fue un profundo error.

«Ultraizquierda» es un término que Dauvé utiliza para referirse a la vez a unos cuantos grupos, a un amplio entorno y a una tradición histórica; anteriormente, el término había sido en gran medida peyorativo, utilizado por los leninistas para referirse a una «enfermedad infantil» de la izquierda. Al denominar a estos grupos «ultraizquierda», Dauvé destaca cómo se basan negativamente en los principios centrales de la izquierda socialdemócrata y bolchevique, en la oposición a una izquierda ortodoxa cuya posición deben invertir. Dauvé ve un hilo conductor que une a la AAUD-E (que se escindió del KAPD en 1920 e insistió en que los grupos de fábrica eran suficientes), el GIK germano-holandés e ICO, todos las cuales rechazan al partido como figura de liderazgo pedagógico o pastoral. Aquí, basándose en Bordiga, distingue entre, por un lado, el partido formal y, por otro, lo que él llama el partido histórico, que puede que ni siquiera sea reconocible en tanto partido. La oposición a los grupos que se establecen como vanguardia centralizadora y decisoria de la revolución es una cosa, pero una revolución

no es simplemente la ausencia de vanguardia, es un proceso histórico que deben llevar a cabo los propios proletarios, los cuales deben organizarse para abolir el capitalismo. Sea cual sea la forma que adopte, sabemos que adoptará una forma, y esto es lo que podríamos llamar el partido histórico, que puede que ni siquiera se reconozca a sí mismo como partido. El partido no es simplemente una forma, una organización, sino también un contenido, una función, es decir, la superación del capitalismo y la producción del comunismo. Dauvé escribe:

Para Marx, el partido no es más que la organización espontánea (es decir, totalmente determinada por el desarrollo social) del movimiento revolucionario producido por el capitalismo. El partido surge espontáneamente del terreno histórico de la sociedad moderna. El deseo de crear el partido y el miedo a crearlo son igualmente ilusorios.²³

Para Dauvé, siguiendo esta particular interpretación del partido marxista como función más que como forma, el partido debe tener como objetivo la superación de la división del trabajo, que es la raíz de las divisiones dentro de la clase obrera y también entre la clase obrera y la burguesía. No puede ser simplemente una organización del movimiento de los comunistas —es decir, de los intelectuales—, como lo son la mayoría de los partidos, y como reconocían grupos como ICO. Pero tampoco puede ser simplemente la propia clase obrera, es decir, esas organizaciones que la clase utiliza para mejorar su posición dentro del capitalismo. El militantismo intenta sellar

²³ *Ibídem*, p. 209.

por la fuerza la brecha entre el movimiento obrero y el movimiento comunista, mientras que la no intervención imagina que, de alguna manera, puede prescindir de toda la capa intelectual, dejando a la clase obrera libre para organizarse sin la intromisión de intelectuales bienintencionados. Ninguno de los dos es capaz de superar las fuentes de estas divisiones, que se encuentran en la vida cotidiana, en el entorno urbano y, más ampliamente, en la división del trabajo. La organización del trabajo no produce la superación de la división del trabajo; solo organizarse contra el trabajo lo hace, y eso es algo que solo puede ocurrir en coyunturas en las que es posible el rechazo masivo del trabajo. La brecha no es, pues, un agujero en la organización, sino un agujero en la historia.

Pero, ¿qué queda tras la intervención de Dauvé, que disuelve más que resuelve la famosa pregunta leninista del «¿qué hacer?». Puede que el comunismo no sea solo un sistema de gestión u organización, pero concebirlo de esta manera permite a los comunistas presentar el comunismo como un marco —un plan, una estructura—, así como señalar formas organizativas concretas, como los consejos, que podrían ponerse en marcha como pasos intermedios. Una cosa es decir que los consejos por sí solos son insuficientes, pero ¿significa esto que son innecesarios? ¿Y qué entendemos exactamente por consejo? ¿Cuál fue el partido histórico y cuál el partido formal en la cuenca del Ruhr o en Barcelona? En cada caso, vemos estructuras de lo que podríamos llamar autonomía proletaria, estructuras cuyo carácter es ambiguamente revolucionario. En cada caso, una sección de la clase se separa de la clase y de su

contraclase e insiste en su autonomía sin comprometerse definitivamente con la abolición de la contraclase y, por lo tanto, de sí misma. Aquí la forma es radical, ya que obliga a algo radical, a una ruptura en la reproducción del capitalismo. Pero no es necesariamente revolucionaria en su contenido: a menos que se comprometa con la abolición del capital, la autonomía del capitalismo siempre será autonomía dentro del capitalismo, una contradicción en términos. En la Comuna, como sabemos, los comuneros dudaron en destruir a los versalleses, nacionalizar los bancos e instaurar el comunismo. En el Ruhr, los partidarios de los consejos lucharon para evitar ser desarmados, pero no para instaurar el comunismo. En Mayo del 68, la clase obrera se levantó para negarse a trabajar, para insistir en su autonomía, pero no pudo o no quiso formalizar esa autonomía, dejando el acuerdo en manos de los árbitros del poder obrero. No se formaron guardias armados para garantizar la autonomía proletaria. Esto fue tanto una continuación de la lógica de la secuencia anterior como su culminación. El proletariado había vislumbrado algo y ya no podía dejar de verlo. La autonomía ya no podía ser un peldaño en el camino hacia el comunismo, ya que el capitalismo había demostrado ser capaz de convertir esta autonomía dentro del capitalismo en una fuente de heteronomía. A partir de entonces, la autonomía solo podía ser negativa, manifestándose como rechazo, secesión y expropiación, que también rechaza cualquier programa común o unidad organizativa. La revolución comunista en tanto comunización se despliega como un proceso de fisión: medidas comunistas unilaterales que desintegran las empresas y las estructuras de la vida cotidiana, provocando nuevas medidas, hasta

alcanzar una especie de masa crítica. Y, sin embargo, para reproducirse, para persistir, será necesario que surjan nuevas formas en ese proceso. ¿Estamos seguros de que no serán una especie de consejos, si por consejos entendemos «la capacidad de respuesta autorreflexiva a las condiciones naturales y sociales en el proceso de su transformación colectiva por parte de los individuos»?²⁴

Para Bordiga, no hay nada nuevo en el capitalismo ni en su teoría. La teoría del comunismo ha permanecido inalterada desde 1848. Los errores de la teoría y la práctica comunistas que se han descrito anteriormente se derivan de la doctrina y de la inadecuada aplicación de la teoría marxista por parte de los revisionistas. Pero una cosa es decir que el movimiento obrero dio un paso adelante y luego no dio el siguiente paso, y otra muy distinta es decir que debería haberse saltado desde el primer momento. ¿Eran los consejos obreros simplemente insuficientes, como podrían haber reconocido los propios comunistas de los consejos, o eran un impedimento activo, como pensaba Bordiga? Aquí es donde la teoría del partido histórico requeriría una teoría histórica y una teoría de la crisis, de las que carecía el propio Bordiga. El punto principal de los comunistas consejistas es que los consejos eran revolucionarios porque los trabajadores los habían elegido, espontáneamente, como el motor con el que derrocar el capitalismo. Incluso si estos mismos acababan por ser un impedimento, había que empezar por ahí, por su ejemplo revolucionario. Lo que diferencia a 1968 es que la clase obrera rechazó no solo el trabajo, sino también la formación de consejos,

²⁴ A New Institute for Social Research, «Theses on the Council Concept», 2019, disponible en isr.press.

salvo en unos pocos casos. La autoorganización no podía llevarse a cabo a través de los consejos obreros, que parecían estar claramente controlados por los sindicatos. Era imposible imaginar una vida mejor por esta vía. ¿Por qué? ¿Qué había cambiado? La respuesta habría que buscarla en la naturaleza cambiante del proceso de producción y de la vida cotidiana, en las estructuras de la división del trabajo que hacían que los consejos parecieran imposibles.

En retrospectiva, podría parecer que los participantes en los acontecimientos de Mayo en Francia, en los Estados Unidos de los años sesenta o en la Italia de los setenta llegaron a esta crítica del comunismo de los consejos casi directamente. Pero, de hecho, en la década de 1970, las cosas parecían bastante diferentes para muchos dentro de la amplia «ultraizquierda», que veía en la forma de los acontecimientos en Francia y en los acontecimientos posteriores —en Portugal, Chile, Polonia, Irán— no los ritos fúnebres de la forma consejo, sino su renacimiento. En cada uno de estos casos aparecieron consejos o intentos de formarlos, una constelación consejista que, en comparación con otras décadas, resulta notable. Portugal fue especialmente señalada como una revolución consejista. Solo seis años después del Mayo francés y con una proximidad que permitió a muchos militantes viajar allí desde Francia (o Inglaterra, o Italia, o cualquier otro lugar) para participar en los acontecimientos, Portugal pareció ofrecer —incluso para figuras tan diversas como Louis Althusser y Debord— una reedición de Mayo, la cual podía tener éxito o fracasar, pero que, en cualquier caso, contaría con los mismos elementos, junto con algunos nuevos y cruciales.

La IS colapsó después de Mayo del 68, aunque en realidad nunca existió realmente como organización más allá de los caprichos de Debord a la hora de expulsar a sus miembros. Debord acabó retirándose de la intervención política directa y dedicándose a reflexionar sobre el mundo y sus propias experiencias. Pero durante un tiempo vaciló, contemplando la posibilidad de volver a la política activa. Ningún escenario político le resultaba más tentador que Portugal, cuyos acontecimientos seguía de cerca y en los que esperaba influir desde la distancia. La correspondencia de Debord era muy amplia: mantenía contacto incluso con personas que había expulsado de su organización y, durante este periodo, se carteaba y enviaba instrucciones específicas a sus contactos en Portugal y a quienes se dirigían allí, indicándoles lo que podían hacer para acelerar el desarrollo de la revolución social.²⁵ Su análisis se basaba directamente en Mayo y en lo que la IS había hecho allí, y le decepcionaba que sus contactos en Portugal, que se organizaban y hacían propaganda basándose en gran medida en los textos de la IS y en las cartas que Debord les enviaba, ni siquiera hubieran intentado hacer en Portugal lo que él y sus compañeros habían hecho con el Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones. El contacto de Debord en Lisboa, Afonso Monteiro, un exiliado portugués que había traducido *La sociedad del espectáculo*, creó un Conselho para o Desenvolvimento da Revolução Social y comenzó a presionar en los comités de trabajadores y en las fábricas ocupadas que se habían creado para que declararan su autonomía del

²⁵ Ricardo Noronha, «Letters from “Glaucos”: The Correspondence of Guy Debord during the Portuguese Revolution», *Historical Materialism: Research in Critical Marxist Theory*, núm. 28 (4), 2020, pp. 176-201.

Partido Comunista Portugués (PCP), así como de sus frentes y ramificaciones. Sin embargo, Monteiro carecía de la profundidad de contactos que Debord y su red tenían en París.

La principal queja de Debord era que Monteiro no había dado a conocer al mundo lo que estaba sucediendo en Portugal ni había aprovechado el momento para popularizar la autonomía de los consejos obreros y otras asambleas vecinales que se habían formado. Tampoco había advertido del proyecto de alianza capitalista estatal entre el PCP y el ala de derecha del Movimento das Forças Armadas (MFA). Este quería llevar a cabo la purga del aparato corporativo de gestión industrial del régimen fascista con el fin de encaminar al país hacia una industrialización más sólida, tecnocrática y de tipo de capitalismo de Estado, sin dar cabida al movimiento obrero. La corriente principal del MFA era supuestamente socialista, pero en realidad era mayoritariamente populista. La descolonización y el antifascismo eran, para ellos, las pantallas tras las cuales podían completar la transición industrial que el fascismo agrario, clerical y tradicionalista de Salazar no había podido llevar a cabo. En cambio, Debord y sus colaboradores en París desarrollaron por su cuenta un relato de la revolución y publicaron *La guerre sociale au Portugal*, de Jaime Sempún, basada en su correspondencia y su investigación, pero con poca experiencia directa.²⁶

En cualquier caso, los relatos más cercanos al meollo de los acontecimientos confirmaron la

²⁶ Jaime Sempún, *La guerre sociale au Portugal*, París, Editions Champs Libres, 1975.

percepción de Debord según la cual los sucesos de Portugal revelan algo sobre la lógica de Mayo del 68.²⁷ La Revolución portuguesa recapitula las lecciones de la Comuna y los consejos obreros de 1917-1923; los pone a prueba frente a las condiciones emergentes del orden de posguerra, revelando qué sigue siendo cierto y qué ha cambiado. Dado que Portugal estaba relativamente subdesarrollado económicamente y su sistema político era un vestigio del fascismo de entreguerras, los acontecimientos de la Revolución portuguesa repiten muchas de las lecciones de Alemania y España. Pero en la medida en que los acontecimientos en Portugal se precipitaron por el proceso de descolonización mundial, por el fin del sistema monetario de Bretton Woods, la crisis del petróleo de 1973 y la nueva división internacional del trabajo, en la que la industria manufacturera portuguesa se volvió atractiva para las empresas extranjeras, muchos elementos resultan significativamente nuevos.

Podemos ver en la explosión de comités de trabajadores, comités de barrio, asambleas populares y otras formaciones de base, la forma que tomará la revolución en las décadas siguientes y los nuevos problemas que esta planteará. En Portugal, al igual que en otras revoluciones consejistas tardías —en

²⁷ Phil Mailer, *Portugal, the Impossible Revolution?*, Black Rose Books, F32, Londres, Solidarity, 1977 [ed. cast.: *Portugal: ¿la revolución imposible?*, traducido por Jorge del Arco, Madrid, Klinamen, 2015]; Charles Reeve, *The Development of Workers' Self-Organization*, vol. 6, Root & Branch Pamphlet, Root & Branch, 1976. Véase también Loren Goldner, *Ubu Saved from Drowning: Worker Insurgency and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, Marx / Third Millennium Series, Cambridge (MA), Queequeg Publications, 2000.

Chile, Polonia o Irán—, se crean consejos o estructuras similares de forma muy amplia en gran parte del tejido industrial. Sin embargo, en ninguno de ellos los consejos avanzan hacia una ruptura con la reproducción capitalista, sino que, por el contrario, en la medida en que proyectan la autogestión o la autonomía, esta es una autonomía que, paradójicamente, requiere del apoyo del Estado. La radicalidad de la autonomía se convierte, cada vez más, en una radicalidad en la forma que acepta e incluso efectúa un contenido reformista. De todos modos, no podemos culpar a los comunistas por ver en estos consejos un potencial comunista, ya que esa era la experiencia que la época recordaba de la secuencia de 1917-1923.

En Portugal, el problema del ejército y de los trabajadores en armas cobra gran importancia, lo que nos recuerda la primera lección de Marx sobre la revolución: la destrucción del ejército permanente. Al igual que en Alemania, el ejército había quedado prácticamente neutralizado como fuerza de mantenimiento de paz, lo que dejaba a la clase dominante sin recurso alguno para ejercer la violencia organizada contra los trabajadores. Pero solo en Alemania los trabajadores se armaron realmente, lo que pone de manifiesto la sutil debilidad del caso portugués y la nueva disposición de la clase obrera. A diferencia del gran motín de los soldados que puso fin a la Primera Guerra Mundial, el Movimento das Forças Armadas (MFA) que precipitó la Revolución portuguesa en 1974 fue una revuelta de los oficiales, organizada contra la derrota del esfuerzo bélico en las colonias africanas de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, donde los hijos de Portugal eran enviados a morir luchando contra una resistencia guerrillera que

muchos reconocían como moralmente justa. Por lo tanto, hay que entender que el MFA evitó un colapso del ejército por desertiones y motines como el que se produjo en Alemania, un colapso que habría supuesto una movilización de la tropa más que de los oficiales, que en su mayoría procedían de la clase media. Las organizaciones de lucha de la tropa en los cuarteles tardaron más en desarrollarse y nunca escaparon a la influencia del MFA. No obstante, el MFA redujo considerablemente el poder policial del Estado portugués contra la actividad autónoma de los trabajadores. No se aplicaron de forma coherente los derechos de propiedad de empresarios y terratenientes, lo que dio lugar a una explosión social bastante radical, tan radical que se pasó por alto erróneamente el asunto pendiente del ejército. El hecho de que el ejército no se derrumbara respaldó el colapso del Estado e impidió que ninguna posición política afirmara su control; esto fue lo que permitió que florecieran las tendencias políticas radicales, incluidas las de ultraizquierda. Los periódicos y las radios emitían programas de orientación ultraizquierdista, junto a programas estalinistas o marxistas-leninistas. En Portugal, quizás en mayor medida que en cualquier otro lugar del mundo, todas las posiciones aquí discutidas fueron debatidas abiertamente por un movimiento de masas cuya magnitud, en relación con la población portuguesa, fue bastante significativa, a un nivel tan alto como las movilizaciones mencionadas anteriormente.

Esto ocurrió junto con una huelga de masas de una magnitud y ferocidad extraordinarias, si se tiene en cuenta el carácter relativamente subdesarrollado del capitalismo portugués. La Revolución portuguesa

fue, ante todo, una revolución antifascista contra el Estado salazarista, por lo que sus primeras acciones fueron típicamente *saneamentos* (purgas) de gerentes, administradores y propietarios relacionados con los nombramientos de Salazar o la policía política. Se retoman aquí las lecciones del antifascismo, manifiestas por primera vez durante el *putsch* de Kapp y subrayadas con mayor contundencia durante la Guerra Civil española. La huelga de masas reactiva fracasa cuando solo se levanta en defensa de la República. Aunque el MFA y sus aliados del Partido Comunista Portugués intentaron convencer a los trabajadores de que no hicieran huelga y no pidieran aumentos salariales, estos se autoorganizaron exactamente como cabría esperar, formando comités de empresa que, en algunos casos, se convirtieron en los gestores *de facto* de sus lugares de trabajo, debido a que los directivos y propietarios habían huido. No se trataba de una fracción insignificante de la economía portuguesa: en 1975, 380 centros de trabajo estaban bajo autogestión y había miles de comités de empresa. En el sur, los trabajadores agrícolas ocuparon más de 300 fincas diferentes, en muchos casos tierras dejadas en barbecho por los propietarios de grandes latifundios; en septiembre se estimaba que más de 10.000 trabajadores habían ocupado cerca de 400.000 hectáreas. A esto hay que añadir cientos de comités vecinales, ocupaciones de viviendas, asambleas populares y organizaciones de soldados rasos que, tomando prestado el nuevo repertorio táctico del 68 global, intentaron fusionar estas organizaciones al margen del control de los partidos y del MFA. Aunque estos grupos pensaban que podían contar con el apoyo de las facciones de izquierda dentro del MFA, no se hizo ningún intento serio de armar a los consejos.

En lugar de un verdadero Ejército Rojo, como el que se había formado en el Ruhr, había brigadas independientes bajo control de oficiales politizados. Un ejemplo destacado es el del Comando Operacional do Continente (COPCON), la fuerza de seguridad del MFA, bajo el mando del general Otelo de Carvalho. En la práctica, el COPCON era la única fuerza policial de Portugal a la que se podía recurrir para resolver conflictos laborales. Se había ganado la reputación de apoyar las acciones de los trabajadores autónomos: cuando fue llamado a las instalaciones de *La República*, el principal periódico matutino, cuyos trabajadores habían formado un comité y expulsado al consejo editorial de tendencia socialista, decidió no intervenir, apoyando de hecho a los trabajadores, mientras imponía violentamente las prerrogativas del capital en otros lugares. Antes de la revolución, la izquierda portuguesa estaba formada por distintos grupos de vanguardia, muchos de ellos dedicados al trabajo clandestino y a la lucha armada. Sin embargo, la extensión de la huelga general, los comités obreros y las asambleas vecinales llevaron a muchos de los integrantes de estos grupos a abrazar los consejos obreros y apoyar el movimiento autónomo de los trabajadores. La Liga de Unidade e Acção Revolucionária (LUAR), por ejemplo, fue un grupo de lucha armada escindido del PCP, formado por el carismático Hermínio da Palma Inácio para oponerse al régimen de Salazar y sus esfuerzos coloniales. La LUAR secuestró aviones para lanzar panfletos sobre Lisboa, robó bancos para financiar sus esfuerzos, asaltó armerías e incluso intentó ocupar la pequeña ciudad de Covilhã. Sin embargo, tras la caída del régimen, sus miembros adoptaron posiciones que iban «desde el luxemburguismo hasta el comunismo

de consejos» y se convirtieron en un «grupo de servicio» al que el movimiento podía recurrir para ocupar casas. De orientación luxemburguista o espartaquista era también el PRP-BR, formado por las Brigadas Revolucionarias clandestinas, que también se habían escindido del PCP y estaban inspiradas en el programa del Che Guevara para la lucha armada popular. Tras la revolución, se consagraron a los consejos y asambleas autónomos y formaron el Partido Revolucionario Popular. En el punto álgido de la ola revolucionaria, cuando el definitivamente capitalista Grupo de los Nueve propuso un camino hacia la restauración del dominio de clase, el PRP y el COPCON hicieron una propuesta alternativa con el fin de empoderar a los consejos obreros. Debido a que la comisión y los comités obreros estaban en gran medida desorganizados y habían sido infiltrados por agentes del PCP y militantes maoístas, intentaron poner en marcha una estructura organizativa diferente, con consejos reales relacionados entre sí a través de una estructura definida de delegados. Sin embargo, este esfuerzo llegó demasiado tarde y la implantación de estos consejos revolucionarios no resultó muy profunda.

En retrospectiva, esta alianza con COPCON parece errónea y tal vez delata la superficialidad del apoyo del PRP a los consejos. Si bien algunas unidades del COPCON pueden haber estado genuinamente comprometidas con la revolución e incluso con la autonomía de las asambleas, la estructura misma del ejército y la trayectoria de los oficiales dentro del mismo iban en contra de la esencia del verdadero poder de los consejos que, si recordamos, había sido introducido en Alemania por medio del motín. Los

grupos de base no eran una fuente de poder práctico o político, que seguía estando en manos de oficiales individuales cuya lealtad o alianza había que asegurar ideológicamente. No existía un verdadero poder consejista en el ejército y, de hecho, la mayoría de los miembros del MFA y los soldados aceptaban que tal cosa era una contradicción en sí misma. Sin embargo, muchos sospechaban ingenuamente que podían contar con el COPCON para respaldar a los consejos. Si bien se produjeron intentos limitados de armar a los propios trabajadores, cuando llegó el día en que la jerarquía del ejército destituyó al COPCON y se reorganizó en torno al ala derecha del movimiento, los trabajadores que estaban armados no opusieron resistencia. No podía haber resistencia, ya que, para el MFA, comprometerse con la revolución significaba comprometerse con el propio aparato de la contrarrevolución. La sorprendente fragilidad de la revolución es una de las muchas formas en que se hace eco del anticlímax de 1968, así como de otros momentos, como la resistencia al golpe de Augusto Pinochet en 1973, que la izquierda comunista chilena había anticipado desde hacía tiempo y contra el que había formado consejos obreros de forma preventiva y ocupado gran parte del tejido industrial cerca de la capital chilena, pero que al final apenas disparó un tiro en defensa de Salvador Allende. Su arsenal escondido permaneció enterrado.

La Revolución portuguesa confirmó las suposiciones de los comunistas consejistas *soixante-huitards* de que había llegado una nueva era de consejos, pero también generó una situación en la que esos mismos consejos, por su propia naturaleza, no solo eran inadecuados para la tarea que tenían entre

manos, sino que se vieron obligados a trabajar con objetivos contrapuestos y a socavar la construcción de su propio poder. Incluso si se hubieran armado y hubieran impedido la contrarrevolución del Movimiento de los Nueve, habrían tenido que enfrentarse al hecho de que los consejos bajo autogestión dependían del Estado, tal y como existía, así como del capitalismo. En Portugal se produjo una dinámica única que, de hecho, caracteriza a la nueva era y hace que la autogestión de los trabajadores sea incompatible con el proyecto de emancipación. En este sentido, resulta significativo el hecho de que el poder de los consejos no surgiera de un solo golpe y que, debido a la limitada penetración sindical, no todos los lugares de trabajo tuvieran consejos.

La industria portuguesa en el sur estaba concentrada y centralizada, por lo que muchos de los sectores vitales de la economía —los que estaban directamente relacionados con el colonialismo— vieron la formación de comités de trabajadores, como la aerolínea portuguesa TAP y los astilleros. Estas empresas eran conglomerados público-privados dirigidos por el Estado, por eso no se planteó la posibilidad de permitir el control obrero mientras el MFA mantuviera el poder. Por otro lado, las empresas que adoptaron la autogestión, cuyos propietarios y gerentes habían huido o habían sido expulsados, a menudo eran apenas sostenibles económicamente sin la hiperexplotación de los trabajadores y las subvenciones estatales. Intentar gestionar la producción con salarios más altos y mejores condiciones laborales no solo significaba que tenían que producir de forma diferente, sino que, en ocasiones, significaba que tenían que fabricar productos completamente distintos.

Las empresas autogestionadas solían ser las menos productivas y se veían superadas en la competencia abierta con otros productores, por lo que necesitaban trabajar más duro o protegerse de los mercados competitivos. Estas podían recurrir al Estado para obtener crédito o a los movimientos de solidaridad. De todos modos, a menos que se abolieran los mercados y el dinero y se sustituyeran por otra cosa, la restauración capitalista estaba asegurada, aunque en Portugal esto nunca fue una demanda real. La demanda era, en cambio, la autonomía de los consejos obreros, si bien expresada a través de su petición de mejores condiciones. Para tener éxito, habría sido necesaria una reorganización total de la estructura de la industria portuguesa que superara la división existente entre la industria y la agricultura en el sur industrial, donde abundaban las grandes explotaciones comerciales, y los pequeños agricultores y productores del norte conservador, católico y cada vez más pro-fascista, por no mencionar la fronteriza economía española, que también estaba sufriendo una ola de huelgas. En tanto estructura, los comités de trabajadores no podían convertirse en la base de tal esfuerzo y, de hecho, el PRP-BR y la LUAR a menudo centraron sus energías centralizadoras en otros ámbitos, como las asambleas de barrio, las ocupaciones de viviendas y otros organismos locales que, en realidad, estaban más comprometidos con el proyecto de socialización. Aunque podría decirse que se trataba de una de las expresiones más puras de la cuasirrevolución consejista, el centro de la acción ya no se encontraba únicamente en el lugar de trabajo. Algo había cambiado, pero se necesitarían décadas para reconocer qué era.

Una forma de aclarar qué había cambiado era decir que, si la revolución del siglo xx era un círculo centrado en el lugar de trabajo, ahora era una elipse, con un foco excéntrico al lugar de trabajo y otro dentro del mismo. La autoorganización no podía limitarse a la autonomía de la clase trabajadora, ya que esta autonomía la separaba del resto del proletariado. Tampoco podía limitarse a la autoorganización fuera del lugar de trabajo, ya que eso habría conducido a la persistencia de la reproducción capitalista. Tenía que surgir tanto dentro como fuera del lugar de trabajo y, en el proceso, superar la distinción entre ambos. Tendría que ser un cuerpo geográfico y comunitario con raíces en los lugares de trabajo, pero no idéntico a estos, que reorganizara la reproducción de acuerdo con las necesidades comunitarias y extracomunitarias. Podríamos llamar a este organismo consejo o comuna, o quizás, mejor aún, podríamos inventar un nuevo nombre. Pero seguiría compartiendo lógicamente algo con la comuna y el consejo: tendría que ser comunista por mandato y rigurosamente proletario. Tendría que convertir la reproducción del comunismo en un libro abierto, un inventario vivo, y permitir que todos participaran en las decisiones relevantes para su vida. Para los comunistas de los consejos, arraigar la estructura de delegación de los soviets directamente en las fábricas era una forma de garantizar su carácter proletario. Los consejos de desempleados se encargarían de organizar a aquellas personas que pudieran demostrar una trayectoria laboral proletaria. Hoy en día, tal vez sea necesario replantearse este método de proletarización. Quizá Bordiga tenga razón al afirmar que el requisito debería ser la desposesión y no la explotación, y que los consejos deberían estar abiertos a

todas las personas que «no tengan reservas». Solo así esas estructuras podrían convertirse en organizaciones autorreflexivas de «la gran mayoría» en el proceso de producción de una comunidad humana real sin clases, sin Estado y sin dinero.

Estas condiciones limitantes han persistido hasta bien entrado el siglo XXI. El ciclo de luchas desatado a partir de la crisis económica de 2008 pone de manifiesto lo que ya se vislumbraba en la década de 1970: los movimientos surgen al margen de la producción y su transición a la insurrección tiende a politizar luchas que, curiosamente, tienen un carácter antipolítico y, por lo tanto, son incapaces de concretar sus demandas, y a orientarse hacia el Estado como antagonista o aliado. Esta estructura ha resultado quizás más evidente en aquellas insurrecciones en las que han participado los trabajadores, como en el levantamiento de Oaxaca de 2006, en el que un sindicato de profesores lideró una prolongada ocupación de la ciudad de Oaxaca en colaboración con militantes proletarios de dentro y fuera de los lugares de trabajo. En México, donde los estudiantes y los profesores con frecuencia ocupan autobuses e interrumpen la circulación para hacer valer sus demandas, entrando en conflicto violento con el Estado y las organizaciones paramilitares, la excentricidad de la lucha en el lugar de trabajo resulta bastante obvia. Otra coordenada importante es la de Argentina en 2001, que ofrece una imagen de cómo podría ser una huelga insurreccional de masas en nuestra época. Cuando la economía argentina se derrumbó debido a su vinculación con el dólar estadounidense y a la reestructuración impulsada por el FMI, las protestas antigubernamentales, que se aglutinaron en torno al

lema antipolítico «Que se vayan todos», provocaron la dimisión del presidente Fernando de la Rúa. Las retiradas masivas de depósitos bancarios y el colapso del peso argentino radicalizaron al movimiento, lo que permitió formas de difusión «económicas» que permitieron extender y generalizar las energías políticas insurreccionales de los disturbios que derrocaron al gobierno en diciembre de 2001. Las empresas insolventes fueron tomadas por los trabajadores y puestas en régimen de autogestión. Los piqueteros —grupos de trabajadores desempleados que desde la década de 1990 bloqueaban las autopistas, principalmente en las zonas rurales, para exigir ayudas al gobierno— colectivizaron los recursos, creando redes de provisión comunal gratuita. Se establecieron redes de trueque en las ciudades. Pero, en su mayor parte, estas formas de expropiación fueron limitadas, dejando intacta la mayor parte de la vasta riqueza de la economía argentina. En los grandes conglomerados multinacionales, las huelgas no se convirtieron en ocupaciones. Allí, las condiciones económicas favorables para la adquisición de empresas insolventes llevaron a los trabajadores a privilegiar el acceso a un salario, aunque fuera uno que se depreciaba rápidamente. Las empresas aisladas que fueron «tomadas» se vieron agobiadas por deudas impagables. Solo una apelación al gobierno para renegociar los términos podía devolverles la solvencia, un dilema estructural que los teóricos de la comunización habían identificado desde el principio, con la imposición en 1973 del control obrero sobre la empresa relojera francesa Lip.²⁸ A menudo

²⁸ Négation, «Lip and the Self-Managed Counter-revolution», trad. por Peter Rachleff y Alan Wallach, *Black and Red*, núm. 3, 1975.

se trataba de las empresas menos productivas, que requerían de una fuerte sobreexplotación para obtener la tasa media de beneficio. La única alternativa era establecer economías solidarias, en relación de intercambio con el movimiento, lo que, por supuesto, dependía de que el movimiento avanzara en otros frentes, principalmente, rompiendo el poder armado del Estado.

¿Cómo sería este desarrollo? Los acontecimientos más recientes no han sido determinantes. Cuando se ha renunciado al poder armado del Estado, como en Portugal, en realidad esto solo se ha suspendido temporalmente, como quedó claramente de manifiesto en la Revolución egipcia y en otros lugares durante las revueltas de la Primavera Árabe. No se puede predecir cómo será una auténtica destrucción del poder armado del Estado, dados los ejércitos y la policía modernos, pero es obvio que solo puede surgir por medio de una desmovilización masiva desde dentro y no de una confrontación militar directa. Solo la historia misma puede proporcionar una forma y un contenido positivos, un verdadero proceso de comunización, pero en el estudio realizado hasta ahora hemos esbozado ciertas condiciones lógicas de este proceso. Debe ser proletario, debe ser comunista, debe coordinarse por medio de un mandato revocable, debe estar armado y destruir el poder armado del Estado, y debe superar las divisiones entre el lugar de trabajo y la vida cotidiana, entre lo económico y lo político, por no mencionar otras divisiones. Estas divisiones se manifiestan hoy principalmente bajo la forma de la separación de la lucha proletaria de la producción, una separación que los movimientos tendrán que superar sin afirmar una

imposible autonomía proletaria dentro de la producción. Entre el foco excéntrico a la producción y el foco atenuado dentro de la misma, debe surgir algún proceso diagonal, una lucha tanto dentro como fuera del lugar de trabajo.

Todo lo que podemos observar hoy son los antecedentes de ese proceso, destellos, pasados o presentes, que en su mayoría iluminan la malla de límites y barreras a través de la cual podemos intuir lo nuevo. En la Revolución portuguesa se podían vislumbrar muchos aspectos de esta nueva coyuntura, en particular el problema al que se enfrenta el proceso de una revolución consejista cuando se topa con el capital transnacional y global. Una empresa clave en la revolución, como ya se ha mencionado, fue la aerolínea nacional portuguesa, TAP, que asumió un papel fundamental en la economía debido principalmente a la importancia de las colonias africanas. Por esta razón, COPCON se mostró reacio a permitir que el naciente movimiento obrero obstaculizara la producción en este caso y militarizó TAP tras una serie de huelgas. Se formaron comisiones de trabajadores —quizás protoconsejos— con el fin de coordinar las huelgas y hacer valer las demandas de los trabajadores ante la dirección. Rápidamente, sin embargo, quedaron dominadas por representantes sindicales y de los partidos que propusieron la cogestión. Estos utilizaron estas estructuras de autogestión esencialmente para subordinar a los trabajadores a las prerrogativas del Estado. La respuesta del comité de trabajadores fue convocar asambleas generales en las que participaran no solo los trabajadores de TAP, sino todos los trabajadores con el fin de debatir el destino de la empresa que, dada su importancia

para la economía y su dependencia del dominio colonial, preocupaba a todos los proletarios portugueses y, de hecho, también a muchos africanos desposeídos.²⁹ Una asamblea general de este tipo tenía un alcance limitado en el caso portugués, pero quizá en otra coyuntura, una organización como esta, situada dentro y fuera del lugar de trabajo, podría llegar tener éxito donde otras fracasaron.

Imaginemos, extrapolando las tendencias actuales, un desastre ecológico con un número de víctimas similar al de una pequeña guerra. A raíz de este, surge un movimiento tumultuoso que exige el cese inmediato de toda la producción de combustibles fósiles y la expropiación de los recursos de las empresas del sector con el fin de mitigar el impacto medioambiental y salvar a la población. Los trabajadores de estas empresas están divididos: algunos están dispuestos a ir a la huelga, pero otros no. No obstante, una ocupación por parte de las personas migrantes desplazadas por el desastre y que exigen ayuda provoca el cierre de las empresas. En el conflicto resultante, se produce una crisis política y un colapso parcial del poder armado del Estado. La huelga se extiende a los productores de la cadena de suministro de combustibles fósiles y se establecen redes de solidaridad que expropián otros lugares de trabajo para apoyar a los huelguistas y a los migrantes. Sin especificar la forma o el procedimiento, podemos afirmar que cualquier proceso de socialización que surja aquí tendría que tener lugar tanto dentro como fuera de la producción, reorganizando los lugares de trabajo y las formas de vida de las personas, en parte porque el trabajo y la vida se ven cuestionados por la crisis climática.

²⁹ Reeve, *The Development of Workers' Self-Organization...*, pp. 24-25.

En ocasiones, la crisis podría suceder como sigue. Ante una nueva situación de austeridad, injusticia, crisis o desastre, un movimiento de masas se reúne de forma excéntrica a la producción, obstaculiza la circulación, se enfrenta a la policía, saquea y quema. Es una huelga de masas, pero no es una huelga. Tiene sus altibajos y una dinámica centrífuga y centrípeta que se extiende en espiral desde el centro de la ciudad hacia los suburbios o desde estos hacia el centro. No tiene medios formales y sistemáticos para la toma de decisiones o la rendición de cuentas, aunque estos tienden a surgir de forma local y *ad hoc*, listos para ser capturados políticamente por actores buenos o malos. Tampoco existe un objetivo común, en ausencia del cual domina una suerte de maximalismo vacío. Las opciones son luchar con más intensidad o no luchar en absoluto. La brillantez táctica abunda en ausencia de estrategia.

Se trata de un movimiento condicionado, por un lado, por la policía y, por otro, por la economía. No puede penetrar en la producción; el trabajo continúa, en su mayor parte, excepto cuando las movilizaciones se vuelven tan masivas que paralizan indirectamente la economía. En la medida en que el movimiento se vuelve revolucionario, es solo una revolución política y, además, superficial, capaz de derrocar a tal o cual líder odiado, pero incapaz de alterar la economía o el aparato represivo del Estado, que tiende a endurecerse ante el asalto insurreccional. La politización del movimiento revolucionario conduce a callejones sin salida electorales, referéndum suicidas o, en el mejor de los casos, a la aprobación de una ley que el capital anulará más tarde. El peso muerto de la policía, y tras ella del ejército, se

alza impotente. Esto puede llevar a una especie de repliegue interior, a un énfasis en los valores éticos que anticipan el comunismo, a un deseo de construir el nuevo mundo en el caparazón del antiguo, lo cual no puede realizarse sin la extensión e intensificación del movimiento, sin la apropiación de la riqueza social.

A falta de un elemento nuevo, este movimiento fracasará, como lo han hecho otros. Será aplastado o se marchitará y sus partidarios se dispersarán. ¿Qué se necesitaría para que tuviera éxito? La propia historia tendría que dar lugar a una organización revolucionaria autorreflexiva capaz de atraer a la gran mayoría de la sociedad y abarcar el lugar de trabajo y el hogar, la ciudad y el campo, a personas de todas las edades, y producir de forma libre y transparente para el uso libre y común de sus miembros. De la comuna y el consejo podemos derivar la lógica de tal organización, pero no sus condiciones históricas suficientes, es decir, su surgimiento a partir del desastre del capital. ¿Organizarse ahora o esperar al momento oportuno? Sí. A largo plazo, lo que habrá triunfado será probablemente tanto el trabajo paciente de generaciones como el trabajo rápido de semanas electrizantes. Los movimientos de años y los movimientos de meses confluyen durante los días revolucionarios. Pero en esos momentos no se plantea la cuestión del sí o el no, y por lo tanto el hecho de preguntar es en sí mismo la respuesta. La minoría militante, el movimiento de los comunistas, es como un transistor, una caja negra con alguna función, pero no puede transmitir una señal que no existe. Al mismo tiempo, su propio ruido introduce distorsiones reales, por lo que la transmisión es siempre,

en cierta medida, una clarificación. Lo inevitable es buscar y amplificar lo que es crítico dentro de la práctica proletaria, aquello que es consciente de sus propios límites y de la necesidad de superarlos.

¿Qué habría funcionado? Tendría que haber sido un ejemplo seleccionado de la lucha proletaria, refinado y clarificado por la propia lucha. La teoría del ejemplo comunista, extraída de la teoría y la práctica de Jan Appel, es la teoría de la acción replicable, cuya proliferación, extensión e intensificación producirían el comunismo. La proliferación de la medida comunista se extiende a través de la propia medida comunista y, por lo tanto, no es necesario formularla de antemano. No obstante, estas medidas se propagarán, o no, a ritmos que dependerán de su mediación por parte de las redes y las relaciones existentes entre los proletarios. Es aquí donde la teoría del partido catalizador de Appel sigue siendo relevante. Formal o no, el partido es lo que cataliza la medida comunista —en el caso de Appel, el consejo—, y es el medio crítico de su transmisión en y a través de la práctica. Surge como consecuencia de la acción clarificadora de la propia medida comunista, que encuentra sus compromisos incluso donde no existe una organización formal, agudizando las contradicciones en todas partes.

La primera tarea de la teoría es, por lo tanto, reflejar las luchas proletarias, propias o ajenas, amplificarlas críticamente. La acción que importa es la acción conjunta, que en sus significados se muestra consciente de la acción con otros, cercanos o lejanos, pasados, presentes y futuros, y por lo tanto conduce a la composición de las acciones. Lo que importa organizativamente son los lugares que transmiten

y amplifican la reproducción de la lucha. La tarea consiste en establecer correspondencias, redes en las que puedan proliferar las resonancias comunistas.

Por lo tanto, la primera tarea del movimiento comunista consiste en observar las luchas actuales, en primer lugar, las propias y las más cercanas, y reflexionar sobre ellas de forma crítica, es decir, desde la perspectiva del comunismo y sus implicaciones lógicas. El periódico como partido, tal y como lo concebía Lenin, es un cliché organizativo, pero se basa en una verdad evidente: toda organización comunista es un medio de comunicación para la acción, lo que también es válido para los comités de correspondencia antileninistas del resurgimiento del comunismo de los consejos. La diferencia es que, en este último caso, estas redes no son simplemente lugares para la consolidación de un liderazgo hegemónico, sino para la proliferación crítica de la lucha, cuya clarificación revelará el consenso comunista tal cual existe. El objetivo no es liderar un movimiento o simplemente expandirlo, sino facilitar la difusión de ejemplos revolucionarios elegidos por la propia lucha.

La investigación sobre la lucha de clases es, por lo tanto, el ámbito de la ultraizquierda, tal y como la hemos definido. Los mejores escritos sobre las luchas contemporáneas, los más profundamente estudiados y analizados, suelen ser obra de grupos influidos de alguna manera por el renacimiento del comunismo de los consejos o por su crítica desde la perspectiva de la comunización: desde *Endnotes* hasta *Théorie Communiste*, desde *Chuang* hasta *Angry Workers*, desde *Insurgent Notes* hasta *Field Notes* en *Brooklyn Rail*. De estos proyectos y de muchos otros

obtengo mi explicación y síntesis de la lógica de la era actual de luchas. Quienes renuncian a cualquier papel directivo en las luchas suelen ser los que mejor escuchan lo que estas tienen que decir, sin prejuicios, proyecciones ni hipérboles. Y, aunque estos proyectos no son precisamente un relevo para la acción proletaria, cuando surgen movimientos, desarrollan medios de comunicación en los que se producen debates y discusiones similares y se transmite un conocimiento similar.

El breve esbozo con el que comencé este capítulo podría ser una descripción de cualquiera de los levantamientos y movimientos sociales recientes: el estallido social en Chile, los *gilet jaunes* [chalecos amarillos] en Francia, el George Floyd Uprising (GFU) [Levantamiento de George Floyd] de 2020 en Estados Unidos, sin mencionar muchos otros ejemplos de los últimos veinte años. En el caso de este último, se ha escrito muy poco más allá de las revistas mencionadas anteriormente: el proyecto *Ill Will* (también con una orientación de ultraizquierda), una colección editada por el Grupo Vortex y publicada por PM Press (que contiene principalmente artículos publicados en *Ill Will*), y el libro *States of Incarceration*, de Zhandarka Kurti y Jarrod Shanahan, publicado por *Field Notes*.³⁰ La ausencia de una reflexión significativa sobre el GFU tiene mucho que ver con lo que Idris Robinson ha descrito como su «negación y desarticulación» por parte de la izquierda, gran parte de la cual permaneció paralizada por

³⁰ Vortex Group (ed.), *The George Floyd Uprising*, Oakland, PM Press, 2023; Zhandarka Kurti y Jarrod Shanahan, *States of Incarceration: Rebellion, Reform, and America's Punishment System*, Field Notes Series, Londres, Reaktion Books, 2022.

el fenómeno Bernie Sanders y el torbellino mediático de Donald Trump.³¹ En la caótica coyuntura de la pandemia, marcada por el caos económico y político, con Trump y sus redes participando en una respuesta hiperbólica y apocalíptica al levantamiento, los liberales y la izquierda produjeron sus propias construcciones conspirativas, en las que los disturbios eran, en algunos casos, expresiones limitadas de un descontento justificado y, en otros, la acción de provocadores malintencionados y oportunistas criminales. Sin embargo, durante un breve instante, otros canales brillaron con fuerza gracias al ejemplo revolucionario, en primer lugar con la quema de la comisaría del tercer distrito policial de Mineápolis. El movimiento se generalizó a través de un contagio mimético (e incluso «memético»), una red de prácticas proliferantes que se extendió por cientos de ciudades estadounidenses en los primeros días del levantamiento.³² Se trataba de prácticas tanto nuevas como antiguas, refinamientos de un repertorio de tácticas ya existente, difundidas a través de aplicaciones de mensajería semiprivadas, en parte abiertas y en parte cerradas.

La primera tarea de cualquier revolución es desarmar a la policía y armar al proletariado. Este proceso no puede llevarse a cabo de la noche a la mañana, como hemos visto. Ni siquiera el colapso total del imperio alemán y su ejército en 1918 abolió por completo el poder armado del Estado. Los oficiales conservadores del Reich y sus unidades reformadas

³¹ Idris Robinson, «How It Might Should Be Done», *Ill Will*, 16 de agosto de 2020, disponible en illwill.com.

³² Adrian Wohlleben, «Memes Without End», *Ill Will*, 16 de mayo de 2021, disponible en illwill.com.

compitieron por el control con los consejos y las milicias obreras. Vimos destellos de este colapso del poder armado del Estado durante el levantamiento de George Floyd. La propagación del movimiento desde Mineápolis fue en parte catalizada por el ejemplo revolucionario del incendio de la comisaría del tercer distrito. Se trataba de una acción replicable, ya fuera en sí misma o como grito de guerra, un acto que exigía más actos, con el fin de su reproducción insurreccional. La destrucción de la comisaría fue, en parte, el resultado de una retirada táctica de la policía, una desmovilización y no una derrota total, después de que el edificio fuera sitiado por un conglomerado de manifestantes algunos armados y otros no violentos. Aquí también vimos la réplica de las nuevas «tácticas de primera línea», aprendidas en parte del levantamiento de Hong Kong de 2018: el uso táctico de láseres, paraguas y fuegos artificiales para combatir y defenderse de la policía.

Sin embargo, el movimiento se caracterizó por la incapacidad para extender este tipo de acciones. A principios de junio, en Seattle, donde las multitudes estaban especialmente centradas en enfrentarse con la policía, las escaramuzas frente a la comisaría del distrito de Capitol Hill provocaron una desmovilización similar cuando los agentes se retiraron del edificio. Algunos de los presentes querían quemar también esta comisaría e intentaron hacerlo, pero fueron frenados por la milicia informal presente, que aparentemente estaba allí para defenderse de los ataques de los contramanifestantes de MAGA y de los neofascistas, si bien en este caso vigilaba al movimiento. En lugar de quemarla, se tomó la decisión de ocupar, bloquear y defender el área, ahora

convertida en una zona autónoma libre de policía. Aquí se dio otra forma potencialmente replicable seleccionada por la propia lucha, la zona autónoma. Estas zonas ya se habían formado en Minéapolis, en el lugar donde fue asesinado George Floyd, y se formaron también en otras zonas como espacios informales para el movimiento. Por ejemplo, tras el asesinato policial de Rayshard Brooks en un restaurante de la cadena Wendy's en Atlanta en el verano de 2020, una multitud por la abolición de la policía rodeó el local, lo prendió fuego y estableció allí una zona autónoma. El hecho de que estos dos ejemplos revolucionarios —incendiar y ocupar— entraran en conflicto en Seattle, cuando está claro que destruir el poder policial y establecer zonas libres de policía son actividades complementarias e incluso se presuponen mutuamente, indica la incoherencia del movimiento y la indefinición de sus objetivos.

Aunque la quema de comisarías no se extendió por las ciudades estadounidenses, sí lo hizo el incendio provocado. Una de las primeras conclusiones de una investigación sobre el GFU es que el fuego resulta enormemente eficaz a la hora de hacer ingobernables las ciudades estadounidenses. El fuego desmoviliza a la policía, un patrón que se repite en una ciudad tras otra. Una vez que se ha producido un cierto número de incendios, la policía pasa a actuar para la protección pasiva de los bomberos, el control del tráfico y la defensa de lugares clave. Esto abre la temporada de caza mayor de la propiedad privada, en la medida en que los saqueos incipientes en los centros de las ciudades, cerca de los lugares de confrontación, se vuelven cada vez más organizados, descarados y generalizados. Las redes recién

creadas y las ya existentes eligen objetivos diferentes y mal vigilados: normalmente, centros comerciales suburbanos situados en un radio cada vez mayor desde el centro de la ciudad y a los que se llega en vehículo en lugar de a pie. En muchas ciudades, estas «vacaciones» de policía duraron entre tres y cinco noches, tras lo cual la ralentización natural de los saqueos y los incendios provocados le permitió volver a restablecer el control. Si la policía no podía hacerlo sola, se llamaba a la Guardia Nacional, como ocurrió en cierta medida en más de treinta y un estados. A principios de junio, ochenta ciudades estaban bajo toque de queda.

Este fue el momento crítico para el movimiento. La escalada insurreccional quedó bloqueada, excepto en los casos en los que las facciones organizadas pudieron impulsar los acontecimientos, como ocurrió en Portland, lo que dio lugar a una secuencia de lucha única en esa ciudad, o en los casos en los que acontecimientos locales posteriores, como el asesinato de Rayshard Brooks, reavivaron una secuencia local. El fuego fue el medio de este movimiento en sus comienzos, pero también sirve como una potente metáfora de su dinámica interna. El fuego es incontrolable y está dirigido por variables físicas que no se pueden conocer de antemano, al mismo tiempo erosiona también sus propias condiciones de reproducción: se consume, al igual que los disturbios, se queda sin aire y sin combustible. Recordemos que, para Luxemburg, esta es la característica central de los movimientos: su ritmo periódico. Ese momento puede ser el precursor de una intensificación posterior si la pausa permite que se propague a material nuevo y más fresco, llevando las brasas a los pajares

de la ciudad. Algo así ocurrió a principios de junio, con la proliferación capilar del movimiento, sus consignas y sus lemas, hasta las históricas fiestas del 19 de junio y el 4 de julio; pero estas no sentaron las bases para una reintensificación posterior del movimiento. Sin duda, se podría llenar una pequeña biblioteca con la bienintencionada legislación abolicionista. Esta legislación fue propuesta durante las primeras semanas y luego neutralizada por medio de las declaraciones oportunistas de oposición al racismo contra los negros y a la violencia policial por parte de organizaciones, corporaciones, municipios, así como todos los que tenían una plataforma, para ser luego olvidada a la primera oportunidad.

A medida que los saqueos se dispersaban y se volvían más complejos desde el punto de vista técnico, también se volvían menos comunistas, festivos y colectivos, para acabar siendo monopolizados por bandas criminales que prolongarían sus actividades insurreccionales hasta el verano y más allá, centrándose en objetivos de gran valor. Después de varias semanas de grandes manifestaciones y de marchas convocadas por grupos progresistas, el movimiento pasó a estar cada vez más dominado por militantes que buscaban formas de prolongar el enfrentamiento. En Portland, donde las marchas rituales contra la policía continuaron todas las noches durante el mes de junio con continuos enfrentamientos con las fuerzas del orden alrededor del edificio federal, Trump puso bajo control federal la respuesta policial, desplazando de hecho el centro de gravedad político hacia su figura. Esto permitió que el movimiento se prolongara hasta julio: Trump convirtió el levantamiento en un referéndum sobre la historia

nacional y la obra inconclusa de la Reconstrucción negra, como quedó especialmente claro con la ola de retiradas de estatuas confederadas, a menudo realizadas de forma preventiva por las autoridades. Sin embargo, estos derribos se extendieron más allá de los confederados para apuntar también a los reconstruccionistas genocidas y se convirtieron en una forma mediante la cual el movimiento articuló sus valores proyectados sobre la historia estadounidense.

Por lo demás, el movimiento pareció tener dificultades para reconocerse a sí mismo o darse a conocer, y desde el principio estuvo acompañado de una epistemología paranoica. ¿Quiénes somos? El carácter multirracial del levantamiento, especialmente entre sus participantes jóvenes, se consideró un escándalo que se explicaba como una provocación policial o una infiltración de supremacistas blancos. Los medios de comunicación de derechas lo trataron como una insurrección liderada por los demócratas, mientras que los medios liberales minimizaron los disturbios, presentándolos como una indignación justificable, señalando las grandes marchas pacíficas diurnas que se produjeron después de los días insurreccionales como el verdadero corazón del movimiento. En las zonas autónomas, donde podría haberse producido una coordinación y una mayor extensión, los problemas prácticos derivados de la abolición de la policía lo impidieron. En la práctica, eran zonas sin ley, lo que las convertía en áreas de oportunidad para todo tipo de personas. Se produjeron tiroteos caóticos y hubo personas que recibieron disparos por parte de los defensores del movimiento, que claramente no eran ni policías ni vigilantes fascistas. Esto no quiere decir que estas

zonas autónomas no pudieran haberse estabilizado y ampliado, pero para ello habría sido necesario establecer una coherencia ética y organizativa que las convirtiera en espacios por los que valiera la pena luchar: habrían tenido que ser espacios libres de policía, pero también espacios de verdadera libertad y autonomía para las personas. Esto es lo que ocurrió en cierta medida en Minéapolis en los primeros días. Se abrió un hotel ocupado y se alojó a la gente de forma gratuita y se crearon depósitos donde se distribuían los bienes saqueados; pero estas iniciativas habrían tenido que ampliarse, profundizarse y dotarse de una consistencia replicable. Aquí la investigación debe volverse especulativa.

Todo el mundo odia a la policía, pero nadie sabe qué hacer al respecto. El mérito del levantamiento de George Floyd fue sacar a la luz esta unanimidad fundamental, algo que también los liberales podían admitir. Incluso la policía odia a la policía. El movimiento denominó a esta unanimidad «abolición»: *¡abolir la policía!* Ese fue su lema y el incendio de la tercera comisaría, su objetivo correlativo. Sin embargo, es imposible imaginar la abolición de la policía sin la abolición de la sociedad de clases y la instauración del comunismo. Incendiar dos, tres, cuatro o muchas comisarías parece un suicidio si no existe la posibilidad de cultivar una forma de vida que pueda prescindir de la policía. Tampoco se puede construir el nuevo mundo sobre las cenizas del antiguo, ya que se necesitan sus riquezas, recursos y capacidades reales. Así es como la abolición llega a significar todo y nada. Dado que la policía es un enemigo absoluto, un mal absoluto, se puede considerar la lucha contra ella como un juego de suma

cero. Cualquier reducción de la población carcelaria es positiva. Cualquier reducción de la violencia policial es positiva, por lo que todas las reformas son abolicionistas. Pero esto también se aplica a cualquier cosa que mejore la vida de las personas.

Y, sin embargo, hay que trabajar con los términos que el proletariado ya ha elegido, como nos muestra Jan Appel. En el caso de la GFU esto resulta claro. El nombre del ejemplo revolucionario es «abolición», pero aún no ha encontrado su forma, ya sea el incendio provocado, la zona autónoma o cualquier otra cosa. Abolición era el nombre que recibía el soviets sin consejos del movimiento y sus partisanos revolucionarios. Y al igual que con los soviets, su significado era indeterminado: necesitaba un límite al número de sus participantes, una delimitación de sus funciones. Así es como se podría haber respondido a los llamamientos al liderazgo negro del movimiento, no solo por parte de las personas, sino también en el compromiso fundamental del movimiento con la abolición: no solo la superación de la policía, sino también la larga historia de dominación racial en Estados Unidos; la tarea inconclusa de la abolición de la esclavitud; es decir, la abolición de la sociedad de clases y, con ella, la racialización. ¿Qué pasaría si, en Mineápolis o en cualquier otro lugar, en estos primeros días se celebrara una gran asamblea abolicionista cuyo resultado fuera la formación de un comité y la ocupación permanente de un espacio determinado? ¿Qué pasaría si esto se extendiera a otras ciudades? ¿Y si estos comités pudieran crecer o replegarse a medida que el movimiento pasara por diferentes fases, extendiendo la energía del momento inicial a una posterior intensificación insurreccional? Estos

serían espacios en los que el significado de la abolición tendría que determinarse de manera práctica: por un lado, creando zonas libres de vigilancia policial y, por otro, superando las estructuras racistas, tanto internas como externas. Esto implicaría, naturalmente, el liderazgo y la participación de los proletarios negros, pero también, y de igual importancia, el liderazgo y la participación de quienes están fundamentalmente comprometidos con la abolición en todos sus significados señalados.

El comité de abolición que describo es una ficción heurística, un marcador de posición, un nombre para una forma que aún no ha surgido. No debe tomarse literalmente y solo puede surgir como respuesta a las preguntas planteadas por los propios movimientos, que surgen por necesidad y no por elección, como expresión del contenido proletario y comunista de dicho movimiento. Hacer un llamamiento a la creación de comités o consejos en ausencia de tal momento es gritar en el vacío. No obstante, esta ficción es útil a la hora de analizar ciertas funciones que habría que cumplir para que el movimiento lograra volverse revolucionario y, obviamente, requiere de un elevado grado de abstracción respecto de los problemas particulares del GFU.

¿Qué tendrían que hacer estos comités de abolición, aparte de abolir la sociedad de clases, con ella el proletariado y a sí mismos? En primer lugar, tendrían que actuar como foco crítico y amplificador del contenido de la lucha, para la distribución de tácticas y formas viables que pudieran agudizar los medios del movimiento y aclarar sus fines, extendiendo las energías de los disturbios a nuevas categorías y espacios sociales. Tendrían que catalizar

la acción entre los no militantes y los no activistas en los lugares de trabajo, las escuelas y las prisiones. Necesitarían establecer correspondencias a través de la prensa escrita y otros medios de comunicación para permitir la autorreflexividad. También necesitarían establecer puntos de entrada abiertos, es decir, formas en las que la gente pueda participar, tanto en la vida real como digitalmente.

Desde el principio, cabe esperar que estos comités estén dominados por grupos oportunistas o, en el mejor de los casos, reformistas, que se orienten hacia la legislación y el trabajo electoral. Probablemente surgirá una tendencia hacia la creación de una enmienda constitucional o un referéndum nacional, como ocurrió con los chalecos amarillos en Francia y el estallido social en Chile, y anteriormente con Podemos en España y Syriza en Grecia. Habría que resistirse a estas tendencias cultivando la capacidad organizativa fuera de los entornos típicos de la izquierda. Para ello, habría que extender estos desarrollos a los lugares de trabajo y a los barrios, y cultivar en ellos una capacidad real de autoorganización que pudiera resistir la politización del movimiento. La coordinación debe buscarse fuera del Estado. Aquí es donde la investigación podría convertirse en la forma misma de organización. Los comités de abolición no solo podrían dedicarse al trabajo práctico, sino también al trabajo especulativo: «¿Cómo sería la abolición? ¿Qué requeriría?».

Mientras se desarrollan los disturbios, ocupaciones, bloqueos, sabotajes y expropiaciones, los comités de investigación para la abolición podrían desarrollar esencialmente planes para el comunismo. Sus preguntas fundamentales podrían ser: ¿qué

hacemos si el poder estatal desapareciera hoy? ¿Qué hacemos si ya no hubiera policía y, tras ella, tampoco ejército? ¿Qué hacemos si arden todas las prisiones? Una tarea clave para dichos comités de investigación sería la investigación técnica de las condiciones de la producción capitalista y la vida cotidiana. La apropiación y transformación de los medios de producción existentes en producción y distribución comunistas es también la apropiación y transformación del conocimiento correspondiente a dichos medios, su dimensión virtual, haciéndolos transparentes y manejables para todos y cada uno. Se trata de un proceso especulativo, porque la pregunta para los comunistas no es solo cómo *funciona* esto, sino cómo *podría* funcionar. Un comunista mira una central eléctrica, una fábrica, un supermercado, una flota de autobuses o una granja siempre con la mirada puesta en lo que podría ser en el comunismo, que no es en absoluto lo que es en el capitalismo. Pero lo que podría ser está determinado fundamentalmente por lo que es, y por lo tanto el conocimiento de la base de datos de los recursos existentes es el primer paso para producir una historia real del comunismo a partir de ellos.

¿A qué se dedica la gente en el lugar donde vives? ¿Qué se produce y con qué insumos? ¿De dónde proviene la electricidad? ¿Y el agua? ¿Cómo se abastecen los mercados? Pocos de nosotros conocemos las respuestas a estas preguntas en profundidad. Para Appel, el papel del partido comunista era proporcionar un marco, los consejos, es decir, su teoría. Los *Grundprinzipien* son un modelo que puede aplicarse mediante una apropiación deliberativa. Pero aquí pienso en un marco a un nivel más fundamental,

no en un plano, sino en un mapa con la ubicación de los elementos a partir de los cuales los propios constructores podrían elaborar un plan.³³ No se trata tanto de un plan común como de un plan para un plan común. La construcción del mapa también consistiría, en parte, en reunir a quienes poseen los conocimientos necesarios, estableciendo conexiones con personas que trabajan para el departamento de aguas, la empresa suministradora de energía y los distribuidores. La idea es imaginar un atlas de la reproducción comunista, con todo el conocimiento que un movimiento comunista podría necesitar para comenzar a reproducirse en un momento insurreccional determinado. Por supuesto, es imposible recopilar y depurar todos estos datos antes de que se produzca el hecho, pero eso no significa que no se pueda recopilar nada. Toda clarificación previa puede ser de ayuda.

Estos mapas también pueden ser útiles durante la fase de huelga de masas de un movimiento, mucho antes de que se plantee la cuestión de la comunización o la socialización de la riqueza. Durante los momentos iniciales del levantamiento de George Floyd, cuando la policía estaba paralizada por las labores de extinción de incendios, se podría haber hecho casi cualquier cosa que los militantes quisieran, pero las multitudes carecían de objetivos o metas claras. Aparte de algunos puntos de referencia clave, no

³³ Esta noción de mapa se inspira en cierta medida en la propuesta de Fredric Jameson de crear «mapas cognitivos» en su influyente ensayo sobre el posmodernismo. Fredric Jameson, «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review* núm. 146, julio/agosto de 1984, pp. 89-92 [ed. cast.: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*, Barcelona, Verso, 2024].

sabían dónde se encontraban los centros de poder. La distribución de un mapa con objetivos, así como de las herramientas necesarias, podría haber contribuido en gran medida a catalizar la acción militante en ese momento. La selección de dichos objetivos requiere sensibilidad hacia el ejemplo revolucionario: se eligen objetivos que el movimiento probablemente reconozca, simplemente por su nombre o por su aspecto, como válidos.

La clave aquí es lo que he denominado «contralógica»: trazar un mapa de la circulación capitalista y buscar sus puntos débiles, aquellos lugares donde un bloqueo puede interrumpir la producción.³⁴ Los puertos, los aeropuertos, los centros logísticos y los intercambios intermodales son fundamentales en este sentido. Vivimos en la era del bloqueo como forma de protesta, un bloqueo que, cuando permanece en el tiempo, se convierte en una ocupación, una *bloqueo*. Los movimientos proletarios buscan cada vez más su poder sobre la producción fuera de la producción, pero este es un poder que debe penetrar en el corazón de la producción. Debe interrumpir la producción capitalista, ya sea ganando a los trabajadores para su causa y convenciéndolos de que dejen sus herramientas, o haciendo imposible que la producción continúe. Aquí es esencial la clásica encuesta obrera y el desarrollo de sindicatos de base o comités de empresa: estos movimientos deben buscar aliados dentro de la producción. Cómo se lleva esto a cabo es una de las cuestiones esenciales de la investigación comunista en nuestro momento.

³⁴ Jasper Bernes, «Logistics, Counterlogistics and the Communist Prospect», *Endnotes*, núm. 3, septiembre de 2013, pp. 172-201 [ed. cast.: «Logística, contralógica y perspectiva comunista», *Endnotes*, núm. 3, Madrid, Ediciones Extáticas, pp. 217-254].

La debilidad de los movimientos actuales revela sus fortalezas potenciales. Cuando los proletarios, que pueden ser trabajadores pero no tienen oportunidades de intervenir en sus propios lugares de trabajo, bloquean los lugares de trabajo de otros proletarios, revelan las antinomias de la autoorganización, la necesidad de que esta se convierta en la organización conjunta de la comuna universal. Al examinar la historia de las huelgas de masas prerrevolucionarias, se observan dos desviaciones del camino hacia el comunismo: los soviets o consejos se declaran antes de que los proletarios controlen activamente sus lugares de trabajo o, alternativamente, los trabajadores se apoderan de sus lugares de trabajo, pero sin establecer un mecanismo de coordinación, por lo que se ven obligados a depender del Estado como negociador o árbitro de la socialización o de la nacionalización. Si los trabajadores se organizan solo para sí, colectivizando su lugar de trabajo por su cuenta, desconectados de otras expropiaciones, entonces se verán obligados a depender del mercado (que los castigará), del trabajo voluntario (que disminuirá) o del Estado (que los traicionará a favor de la clase capitalista). Pero si se organizan solo entre sí, formando consejos sin una profunda base en los lugares de trabajo u otros centros de la vida proletaria, entonces no lograrán cambiar significativamente las condiciones de la vida cotidiana y perderán la oportunidad de incorporar a la gran mayoría a un proyecto comunista. Los «blocupas» tratan el capital desde el punto de vista del comunismo, como propiedad común, que pertenece a todos y a nadie. Reconocen que el capital es una relación social que involucra a todos, en primer lugar al proletariado, en el proyecto de la destrucción común de la sociedad de clases por una

humanidad ampliamente proletaria. Si una fábrica produce armas que se utilizan para matarte, esto no solo concierne a sus trabajadores. Pero, para los trabajadores, ese capital es el medio de supervivencia: su reivindicación ética es real, aunque solo sea pertinente para el capital. Si se les impide trabajar y se lleva a su empresa a la quiebra, morirán de hambre al carecer de otros medios para reproducirse.

Las soluciones a este dilema solo pueden surgir a través de un antagonismo diagonal a estas categorías. Desde 1968, la lucha ha surgido de forma excéntrica a la producción, como un foco de una elipse que tiene su otro foco en el silenciado lugar de trabajo. Solo la lucha dentro y fuera de la producción puede superar esta división. El nombre que *Théorie Communiste* ha desarrollado para esta lucha proletocomunista es *l'écart*, que da al acontecimiento el nombre del problema que supera: el «desvío» entre la lucha de circulación y el foco ausente de la producción que supera la «falla» o el «salto» entre la lucha proletaria y su objeto, sedimentado en la distribución de los medios de producción.³⁵

Si en las próximas décadas surgiera algo parecido a los consejos es probable que no fueran consejos obreros en sentido estricto. La elipse con sus dos puntos centrales tendría que colapsar en el círculo de la reproducción comunista, pero esta contracción no se produciría hacia el foco anterior en el lugar de trabajo, sino más bien hacia el punto tangencial de la producción y la circulación, superando la división

³⁵ Roland Simon y *Théorie Communiste*, «Théorie de l'écart», *Théorie Communiste*, núm. 20, septiembre de 2005; Roland Simon, «The Present Moment», *Sic*, núm. 1, noviembre de 2011, p. 96, disponible en sicjournal.org.

entre ambas, principalmente al desvincular la contribución social de la distribución social a nivel individual. El proceso para lograrlo requerirá un inventario vivo de recursos y capacidades, que no será en absoluto exhaustivo, pero sí suficiente para las necesidades de aprovisionamiento para uso común. El comunismo es un libro abierto que sus lectores escriben libremente: lo mejor de la historia está aún por contar.

Agradecimientos

LA REVOLUCIÓN ES UNA TAREA COLECTIVA, pero escribir es una tarea solitaria. Docenas de amigos y compañeros leyeron los borradores de este libro, contribuyeron a debatir sobre el mismo e hicieron recomendaciones de vital importancia. No obstante, la responsabilidad del libro es exclusivamente mía. Estoy enormemente agradecido a todos y cada uno de estos lectores, y espero haberles transmitido mi agradecimiento personalmente. Mis lectores más cercanos saben quiénes son. Sin embargo, es importante nombrar a los colectivos e instituciones que han contribuido a este proyecto. El capítulo 2 surgió de los debates independientes sostenidos en el podcast *Reel Abstractions* y el New Institute for Social Research. *Red May* organizó un debate sobre el capítulo 2 y, más tarde, junto con Ahuehuete, organizó una serie de conferencias en línea, así como un grupo de debate a través del cual desarrollé el capítulo 1. Tamarack Oakland proporcionó el espacio para un grupo de debate presencial y Friends of the Classless Society patrocinó una charla en Berlín. Por último, me gustaría dar las gracias a mis editores de

Verso, Ben Mabie y Sebastian Budgen, así como a todo el equipo de esta editorial, que han convertido mi manuscrito en un libro y lo han dado a conocer.

